

A vintage, sepia-toned map of Europe and Asia, featuring various geographical labels and decorative patterns. A white rectangular text box is centered over the map. The map shows parts of Europe, including Russia, and Asia, including India and the Indonesian archipelago. Labels include 'S. Petersburg', 'Moscow', 'Tobolsk', 'Constantino', 'Calcutta', 'INDIAN CORAL', and 'Madagascar'. The text box contains the title and authors of the book.

PUTAS INSOLENTES

LA LUCHA POR LOS DERECHOS
DE LAS TRABAJADORAS
SEXUALES

Juno Mac
y
Molly Smith

tráfico de personas
mapas

Putas insolentes
La lucha por los derechos de las
trabajadoras sexuales

Juno Mac y Molly Smith

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2018, Juno Mac y Molly Smith.
© 2020, de la edición, Traficantes de Sueños.






**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España
(CC BY-NC-ND 3.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición en inglés: *Revolting Prostitutes. The Fight for Sex Workers' Rights*,
Londres, Verso, 2018.

Primera edición: 1500 ejemplares, septiembre de 2020

Título:

Putas insolentes. La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales

Autoras:

Juno Mac y Molly Smith

Traducción y edición:

Ana Useros Martín

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13 . C.P. 28012 Madrid.

Tlf: 915320928. [editorial@traficantes.net]

Impresión:

Gráficas Cofas

ISBN: 978-84-121259-8-6

Depósito legal: M-21125-2020

Putas insolentes
La lucha por los derechos de las
trabajadoras sexuales

Juno Mac y Molly Smith

*Traducción:
Ana Useros Martín*

traficantes de sueños
mapas

Índice

Prólogo. <i>Cristina Garaizábal</i>	17
Introducción	29
Este libro no va a contar nuestra historia personal	32
Bastan dos minutos para politizar a una puta	35
«Se montó un buen cristo entre las prostitutas y el movimiento»	40
Polis, fronteras y feministas punitivistas	48
Acerca de hablar y de ser escuchada	52
1. Sexo	59
¿Es malo el sexo?	59
¿Es bueno el sexo?	71
2. Trabajo	83
¿Es bueno el trabajo?	84
¿Es malo el trabajo?	91
3. Fronteras	105
Monstruosidad e inocencia	109
El papel de la frontera	113
Culpabilidad blanca y el «nuevo comercio de esclavos»	129
¿Hacia dónde vamos?	142
4. Un vestigio victoriano: Gran Bretaña	147
Clase baja, clase alta	151
La guerra contra las trabajadoras sexuales que consumen droga	155
De puertas afuera	161
De puertas adentro	168
Mirar hacia otro lado	180

5. Nación cárcel: Estados Unidos, Sudáfrica y Kenia	185
El campo de batalla ideológica	185
Nación cárcel	188
El delito de trabajo sexual	191
¿Puede una legislación en contra de la prostitución ser progresista?	199
Cuerpos que alteran	206
Organizarse	211
6. El hogar popular: Suecia, Noruega, Irlanda y Canadá	219
¿Cómo funciona?	222
¿Hay alguien que nos escuche?	255
Proteger la marca	257
El patriarcado, la policía y el Estado	261
7. El círculo mágico: Alemania, Países Bajos y Nevada	267
El círculo mágico	270
¿A quién le beneficia?	278
Combatir el poder	280
8. No hay bala de plata: Aotearoa (Nueva Zelanda) y Nueva Gales del Sur	285
«Es trabajo y funciona»	289
Derrocar el poder de la policía	295
Escepticismo feminista	300
Conclusión	309
«Lo primero es no hacer daño»	312
Ninguna persona es desechable	315
«El terrorismo que practica el Hombre y los hombres individuales»	319
«Poder para las mujeres prostitutas de todo el mundo, poder para todas las mujeres»	321
Agradecimientos	327

Para Sharmus, Paula, Mariana, Daria, Jessica, Luciana,
Tania, Gemma, Anneli, Annette, Romina, Emma, Rivka,
Lenuta, Jasmine, Xiao Mei, Bonnie, Shirley.

Las mujeres a las que realmente imitamos y con las que nos obsesionamos ahora mismo en nuestra cultura — strippers, estrellas del porno, pinups— ni siquiera son personas. Son meros personajes sexuales, muñecas eróticas procedentes del país de los sueños. Sus representaciones, que son el único estado en el que contemplamos a estas mujeres a quienes fetichizamos de esta manera, ni siquiera hablan. Hasta donde sabemos, no tienen ideas, ni creencias políticas, ni relaciones, ni pasado, ni futuro, ni humanidad.

Ariel Levy

Cuando nos paramos a pensar en lo expansiva que es en realidad la prostitución, debería alarmarnos que pocas veces escuchemos las voces reales de las personas que tienen una experiencia de primera mano en esta industria. Cuando pienso en la importancia de la prostitución en los movimientos sociales, así como en su flagrante exclusión de estos, me obsesiona la necesidad de crear vínculos con los aspectos de los movimientos radicales de justicia social que se corresponden con los del movimiento por los derechos de la prostitución: la visibilidad, la autonomía y la ecuanimidad desde abajo.

Pluma Sumaq

Prólogo

*Cristina Garaizábal,
confundadora del colectivo Hetaira**

EL TRABAJO SEXUAL es un de los temas más controvertidos dentro del feminismo. En la actualidad, en nuestro país, divide a los feminismos llegando a imposibilitar muchas veces la necesaria unidad de acción. Es más, algunas corrientes feministas quieren expulsar a las trabajadoras del sexo del movimiento negándoles la consideración de feministas ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué resulta tan atacante su presencia? ¿En qué interpelan las trabajadoras sexuales a determinados feminismos? El libro que tienes en tus manos proporciona muchas claves para entender las polémicas actuales sobre prostitución.

Ahora bien, no es un manifiesto teórico-feminista. Por el contrario, como sus propias autoras explican, lo que les preocupa es «la seguridad y la supervivencia de las personas que venden servicios sexuales». Por ello el libro tiene un enfoque político, centrándose en las cuestiones materiales y prácticas, más que en las ideológicas o simbólicas. Creo que este es uno de sus principales aciertos.

Este enfoque no huye del trasfondo, es decir, del pensamiento feminista en el que sustentan sus posiciones. Pero centran muy claramente cuál debe ser el objetivo de la acción feminista en el tema del trabajo sexual: que las trabajadoras del sexo, sean cis o

* Colectivo en Defensa de los Derechos de las Prostitutas que nace en Madrid compuesto por mujeres provenientes del feminismo y por trabajadoras del sexo.

trans, tengan seguridad y derechos en el ejercicio de su trabajo para mejorar las condiciones en las que lo ejercen. Coincidió totalmente con este planteamiento.

En la actualidad, a la luz de cómo se están produciendo los debates en nuestro país creo que un sector del feminismo (el que hace del abolicionismo una de sus señas de identidad) no tiene en consideración la situación de las trabajadoras del sexo, a la vez que invisibiliza sus problemas concretos, negándolos o magnificándolos, de tal manera que parece que la única solución pasa por acabar con el trabajo sexual. Richard Hare, un filósofo inglés que trabajó sobre las valoraciones morales desde la racionalidad, definió esta posición como fanatismo. Hare describe al fanatismo como la actitud de quienes persiguen la afirmación de los propios principios morales dejando que estos prevalezcan sobre los intereses reales de las personas de carne y hueso, indiferentes al daño que sus creencias moralistas ocasionan. Y este fanatismo, peligroso cuando se formula desde los movimientos sociales, resulta inaceptable cuando marca las acciones institucionales o gubernamentales, tal y como estamos asistiendo en los últimos tiempos: como cuando el anterior gobierno socialista defendió la prohibición de OTRAS (Sindicato de Trabajadoras sexuales) por defender una actividad que ellos califican de contraria a la dignidad de las mujeres.¹

Dentro de los feminismos, las discusiones sobre este tema están tomando un cariz preocupante, donde todo vale. Vale mentir y difamar diciendo que las líderes de las trabajadoras sexuales que se manifiestan públicamente y las organizaciones pro-derechos estamos financiadas por las redes de proxenetas; vale negar derechos democráticos básicos como el derecho a la sindicación afirmando que son sindicatos de proxenetas; vale organizar contramanifestaciones o lanzar campañas en las redes acosando con nombres y fotos a mujeres que son cargos públicos por participar en manifestaciones proderechos; vale prohibir debates en la

¹ El 30 de agosto de 2018, la noticia de que la Dirección General del Trabajo había admitido la inscripción de un sindicato llamado OTRAS, promovido por trabajadoras sexuales, provocó una tormenta política que acabó con la dimisión de la Directora General de Trabajo y que fue el pistoletazo de salida para una ofensiva de cierto sector dentro de la postura abolicionista. Posteriormente, tanto la fiscalía como asociaciones particulares denunciaron estos estatutos y la Audiencia Nacional los invalidó. El sindicato OTRAS continúa actualmente activo militando a favor de los derechos de las trabajadoras y trabajadores del sexo. [N. de E.]

Universidad en los que participen trabajadoras sexuales, acusando a estas de proxenetismo; vale decir que las trabajadoras sexuales trans no pueden hablar en nombre de las trabajadoras sexuales porque no son mujeres; vale hablar de supervivientes de la prostitución o de mujeres prostituidas, utilizando términos con fuertes connotaciones ideológicas y colocando a las trabajadoras sexuales como si no tuvieran capacidad de decisión. Mal terreno para poder discutir tranquilamente. Pero lo más grave es la invalidación que se hace de la voz de las trabajadoras sexuales cuando estas no se manifiestan *arrepentidas* por ello y no coinciden con los planteamientos abolicionistas.

Considero que la *lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales* es imprescindible para centrar lo que realmente debería ser el foco de acción feminista. Este libro da voz a los «daños que las trabajadoras sexuales experimentan en el trabajo sexual». Las autoras no exaltan la figura del cliente ni discuten sobre si el sexo es «bueno» o «malo», no cuentan «sus historias personales», ni desarrollan análisis abstractos sobre la industria del sexo, la prostitución y el capitalismo. Lo cual no quiere decir que no tengan una posición crítica y feminista ante todas estas cuestiones. Pero eligen centrarse en las situaciones concretas de malestar, discriminación y exclusión con las que se encuentran las trabajadoras del sexo relacionándolas con las legislaciones y las políticas públicas especialmente en Gran Bretaña, que es donde las autoras viven y trabajan.

En la «Introducción» recogen las complicadas relaciones entre las trabajadoras del sexo y el movimiento feminista. Analizan esta relación a nivel internacional haciendo un rápido repaso desde el siglo XIX hasta la actualidad. Quizás en esta edición en castellano puede merecer la pena detenernos un poco en cómo se ha ido produciendo esta relación en nuestro país.

En un primer momento, en los años ochenta, la posición del movimiento feminista era muy contradictoria. Partíamos del eslogan «NO a la prostitución. SÍ a las prostitutas», lo que nos llevó a acercarnos a las trabajadoras del sexo pero con la idea implícita de que «tenían que abandonar la prostitución». En 1982, se celebró la Copa Mundial de Fútbol en nuestro país. Con motivo de esta celebración se pretendía «limpiar las calles», persiguiendo a las trabajadoras sexuales que captaban en la calle a sus clientes. A

raíz de estas redadas, un sector de feministas nos acercamos a las prostitutas con la posición antes mencionada. La intención era buena, pero el punto de partida era muy discutible y resultaba incomprensible para las trabajadoras del sexo. Escucharlas nos hizo ver lo equivocadas que estábamos y lo poco que sabíamos de su realidad.

En nuestros primeros encuentros con las trabajadoras sexuales nos convencimos de que era imprescindible conocer la situación de las mujeres que habitan la prostitución, visibilizar sus estrategias de empoderamiento dentro de ella, contemplar y promover el protagonismo que se merecen en la elaboración de políticas públicas y poner en primer plano la defensa de sus derechos. Por ello pensamos en una organización donde también participaran trabajadoras del sexo, convencidas de nuestra ignorancia y de que ninguna teoría ni ninguna ideología pueden servir para negar derechos básicos a ningún sector de la población. Y, especialmente, pensando que no se puede utilizar el feminismo para negar los derechos de las prostitutas porque estas no hacen lo que una *vanguardia iluminada* cree que deben hacer. Queríamos desarrollar un feminismo abierto, plural, inclusivo y que atendiera las demandas de todos los sectores de personas que están excluidos y son marginadas por el sistema de géneros. Las trabajadoras del sexo trans nos enseñaron mucho en este sentido y nos permitieron incluir en nuestras propuestas no solo a las mujeres cis.

En 1995 nació Hetaira, con la finalidad de crear un espacio de intercambio entre mujeres donde se pudiera cuestionar el estigma que pesa sobre las prostitutas, así como atender a sus demandas concretas y apoyar su construcción como sujetos de derecho. Pretendíamos subvertir el significado de la categoría «puta», despojándola de sus contenidos patriarcales —mujeres «malas», sin deseos propios, «objetos» al servicio de los deseos sexuales masculinos— y reivindicarla resaltando la capacidad de autoafirmación, de autonomía y libertad que las trabajadoras sexuales pueden tener. Considerábamos todo esto como un acto de afirmación feminista de primer orden.

Posibilitar, cuidar y alimentar esta alianza entre mujeres ha sido la base de nuestro colectivo. Luchar contra el estigma que recae sobre las putas es cuestionar uno de los pilares de la

ideología patriarcal: *la idea de que existen «buenas» y «malas» mujeres*. Una idea que, pese a todos los cambios que se han producido en este terreno, nos sigue dividiendo y juzgando a las mujeres en función de nuestra sexualidad.

Aunque la prostitución no es un delito, sigue siendo socialmente enjuiciada desde la moral, sea esta la moral dominante o responda a un supuesto *deber ser* feminista. La sexualidad sigue estando teñida de moralina.

La *simbología que subyace* a la prostitución es la de que sirve para dar salida a una supuesta sexualidad masculina más «foga-sa» y «manifiesta» en los hombres que en las mujeres. La ideología heteropatriarcal presupone que las mujeres tenemos una sexualidad menos explícita que la de los hombres y nos otorga la función de controlar tanto nuestra sexualidad como la de ellos. Así, se invisibilizan otras formas de prostitución cuando son ejercidas por hombres, al tiempo que sobre los trabajadores sexuales recae un estigma menor, que en el caso de las relaciones homosexuales está más ligado al hecho homosexual que al trabajo sexual en sí mismo.

En función de esto, la imagen heteropatriarcal que se recrea en la prostitución es la de «mujeres que se venden sexualmente a los hombres, que están disponibles para todos y con la que estos pueden hacer lo que quieran». Las trabajadoras sexuales aparecen, de ese modo, como objetos pasivos, sin voluntad propia ni capacidad de decidir, plegadas siempre a las exigencias masculinas de los clientes. En consecuencia, estas «malas mujeres» son vistas como pura categoría para mantener sujetas al resto, a las que se obliga a ser «buenas». No son contempladas como sujeto de derecho y son objeto de todo tipo de discriminaciones, sin que tengan instrumentos legales para combatirlas.

La *puta* es la representante por excelencia de los límites que construyen la normativa sexual para las mujeres. Su estigmatización y la condena moral que recae sobre ellas son la expresión del castigo con el que la sociedad responde a la trasgresión de estos mandatos sexuales, al tiempo que sirve para controlar la sexualidad de las mujeres en su conjunto.

Este mito sexual heteropatriarcal de la entrega ilimitada de las mujeres a los hombres actúa no solo en las visiones tradicionales sobre la prostitución sino también en determinadas visiones

feministas en las que se invisibiliza la capacidad de decisión y negociación de las prostitutas. Esta invisibilidad, se traduce en una victimización extrema de las trabajadoras del sexo planteando, por ejemplo, que *todas* las prostitutas están obligadas y son víctimas de trata. Las leyes contra la trata en nuestro país, elaboradas de acuerdo a esta máxima, equiparan trata y prostitución. Son leyes que están encaminadas a combatir la prostitución en general, pero particularmente a las mujeres inmigrantes que se encuentran sin papeles, más que a proteger a las víctimas de trata. Si se leen las memorias de la Fiscalía General del Estado en relación con el delito de la trata podemos ver su inutilidad en lo que se refiere a la protección de las víctimas de trata. Sin embargo, han conseguido cambiar el imaginario social. Se ha extendido la idea de que todas las trabajadoras del sexo son víctimas de terceros, invisibilizando a aquellas que quieren seguir trabajando y hacerlo en mejores condiciones.

El proceso de estigmatización que sufren las prostitutas hace que por el hecho de desarrollar esta actividad se las considere una categoría particular de personas: mujeres traumatizadas, trastornadas, víctimas extremas de las circunstancias, sin capacidad de decisión sobre sus propias vidas. Las prostitutas no son consideradas como trabajadoras sino como *putas* y toda su vida es valorada bajo este prisma.

Pero las vivencias de las trabajadoras del sexo en relación con su trabajo son ambivalentes, como ambivalente suele ser la relación de muchas mujeres con la sexualidad: placer y peligro, vergüenza y orgullo, seguridad y riesgo, protección y libertad... Todos estos sentimientos, necesidades y deseos cohabitan en la mayoría de mujeres. El trabajo sexual es frecuentemente una caja de resonancia donde se polarizan y producen malestares, dadas las situaciones en las que se ejerce el trabajo y el estigma que recae sobre las trabajadoras.

Estas complejidades y ambivalencias no se tienen en cuenta. Por lo general, al hablar de la prostitución se tiende a mostrar exclusivamente su lado oscuro y victimista: el control social, la represión, la desprotección, los abusos y la vulnerabilidad que padecen las trabajadoras. Pero se oculta el aspecto trasgresor que representan las prostitutas autoafirmadas como profesionales. El libro que tienes en tus manos parte del lado oscuro y de los

problemas que plantea el trabajo sexual, pero huye de la perspectiva victimista y punitiva, poniendo en primer plano la capacidad de agencia de las trabajadoras sexuales.

Cuando fundamos Hetaira, además de la lucha contra el estigma era igualmente importante atender las situaciones concretas en las que ejercían su trabajo y apoyar sus estrategias y propuestas para mejorarlas. Nos propusimos así identificar los lazos de solidaridad y apoyo entre ellas reforzándolos para que sirvieran de embrión organizativo, ayudar en la formación de liderazgos, mediar en los conflictos, promover ideas sobre los derechos que deberían tener las trabajadoras sexuales y desarrollar un pensamiento feminista radical sobre la prostitución, no puritano, que contemplara la realidad de estas.

Para poder abordar estos asuntos de manera consecuente fue necesario huir de unilateralidades y mantener una mirada amplia, una mirada feminista integradora de las diferentes causas y problemas que confluyen en la realidad concreta. Huir también de fundamentalismos ideológicos y de las grandes abstracciones para ver y apoyar las estrategias concretas que este sector de mujeres utiliza para autoafirmarse y seguir adelante en un mundo que no es ni mucho menos ideal. Así mismo, fue necesario también cuestionar cierta visión binarista que partía de que las cosas malas que les pasan a las mujeres se deben, exclusivamente, a la maldad de los hombres y de su sexualidad.

La prostitución es una realidad compleja que tiene sus luces y sus sombras. En este sentido no puede plantearse un sí o un no a la prostitución porque no sirve para nada y porque nadie defienda la prostitución en sí misma. Lo que he explicado anteriormente es la cara oscura de la prostitución. Pero en la realidad no todo es así. Como J. Butler plantea «solo habitando/ocupando el lugar injurioso podré oponerme a él, transformando el poder que me constituye en el poder al que me opongo». Y muchas trabajadoras sexuales han recorrido un largo camino en este sentido: apoderándose de la palabra *puta* para resignificarla, reclamando derechos, apareciendo empoderadas y nada victimizadas, fortaleciendo y desarrollando su capacidad de negociación con los clientes para imponer sus condiciones y no aceptar siempre las de ellos... Todo ello, que es el contrapunto antagónico de lo que la ideología patriarcal pretende, no puede ser olvidado desde el

feminismo. Al contrario. Si queremos participar en la transformación de la sociedad actual desde una perspectiva feminista y anticapitalista es fundamental tener en cuenta esta realidad y apoyarla firmemente, porque con todo ello las trabajadoras sexuales han hecho y siguen haciendo sus grandes aportaciones al feminismo. Su labor es puro feminismo.

Frente al proteccionismo que algunos feminismos manifiestan ante las trabajadoras sexuales apuesto por mantener la tensión entre seguridad y libertad. Comparto la perspectiva de un feminismo radical y anticapitalista. Esto para mí implica trabajar para ampliar nuestra capacidad de agencia, nuestro poder de decisión, apostar por ampliar los márgenes estructurales e individuales de libertad y seguridad de las mujeres, pero sabiendo que la vida es insegura y que la seguridad total es imposible y puede ser contraria a la libertad. Muchas decisiones implican riesgos y la posibilidad de equivocarnos, pero yo apuesto por ello, defendiendo el derecho de las mujeres a decidir, a equivocarnos y a correr riesgos. Y aspiro y trabajo para que tengamos las herramientas suficientes para decidir con autonomía, responsabilidad, sabiendo las implicaciones de estas y teniendo un amplio abanico de opciones. Porque en nuestra situación interseccionan diferentes ejes de opresión y los márgenes no son los mismos para tod*s. Es necesario, por lo tanto, luchar para ampliar estos márgenes y eso no es solo un problema individual sino estructural. Hemos de cuestionar las estructuras que hoy sostienen los diferentes ejes de opresión, con una mirada amplia e integradora.

El reconocimiento de la prostitución como trabajo no es solo una cuestión de libertad y voluntariedad individual. Esto es fundamental pero no exclusivo. La libertad y el acceso a los derechos es un asunto colectivo, que afecta a las estructuras que habitamos. No se trata de que cada cual pueda hacer lo que le dé la gana (porque ya sabemos que solo una minoría privilegiada tienen acceso a ello) sino que tenemos que garantizar las condiciones que hagan posible el ejercicio de todos los derechos, la efectiva igualdad entre las personas, frenar los abusos y la explotación laboral, la vulnerabilidad, la violencia institucional, las discriminaciones y los estigmas. Reconocer el trabajo sexual es la primera piedra, a partir de ahí sigue quedando mucho por hacer.

Las trabajadoras del sexo autoafirmadas, que deciden (amparadas por las leyes) qué servicios sexuales quieren ofrecer y escogen a sus clientes, negándose a aceptar a aquellos que no les inspiren confianza, convertidas y reconocidas como sujeto político de derechos que reclama leyes que los defiendan, ciertamente trasgreden los mandatos heteropatriarcales. El resto de mujeres, especialmente las feministas, no debemos temer ser acusadas de «putas», ni verlas como enemigas sino como hermanas en la lucha antipatriarcal; entendamos que, en parte, tod*s nos prostituimos cuando vendemos nuestra fuerza de trabajo o nuestra capacidad intelectual; reivindicemos que somos «putas» cuando nos gusta el sexo explícito, el sexo duro, el BDSM, o cualquier preferencia sexual consentida y en la que no hacemos daño a nadie. ¡Esto es lo que ayuda a crear un imaginario diferente al dominante!

El debate a favor o en contra de la prostitución es un debate falso: nadie está a favor de la prostitución pero las cosas no se resuelven porque estemos en contra. Un feminismo que incida en el cambio social y en las políticas públicas debe partir de lo que hay, debe ser un feminismo político y no solo ideológico. Y, en este sentido, la discusión sobre qué hacer con la prostitución no se mueve entre abolición y regulación.

El movimiento de trabajadoras sexuales y de las organizaciones pro-derechos estamos en contra de las regulaciones neoliberales (como la que planteó en su momento el partido Ciudadanos²) porque están pensadas para controlar a las trabajadoras (por medio de registros policiales) dejándolas desprotegidas frente a los intereses empresariales. Criminalizan a las que

² Esta propuesta, planteada con vistas a las elecciones generales de 2016, se alinea básicamente con el modelo regulacionista que se describe en este libro. En el programa electoral de Ciudadanos de 2019, la propuesta no se repite, pero sí se habla repetidamente de un «feminismo liberal». En general, en los asuntos que se pueden reducir, simplificando mucho, a las funciones del cuerpo de la mujer que habitualmente se adscriben a la esfera privada (la reproducción, el sexo...), la postura de Ciudadanos ejemplifica un liberalismo empresarial casi caricaturesco, insistiendo en que otorgar carácter de mercancía a una actividad (vientre de alquiler, prostitución...) automáticamente confiere a la «dueña» de esa mercancía la libertad absoluta de comerciar con ella. El elogio de esa supuesta libertad oculta cualquier consideración material, y nos convierte a todas, por el hecho de ejercer la «propiedad de sí mismo», que diría Locke, en empresarias, codeándonos en igualdad de condiciones con la élite financiera. [N. de E.]

captan su clientela en la calle (delito), deja al resto en manos de los abusos empresariales (al no regular las relaciones laborales y no contemplar sus derechos en tanto que trabajadoras) y las estigmatiza como grupo de riesgo (controles sanitarios obligatorios y «cartillas de buena salud»).

Actualmente en nuestro país, el partido socialista en el gobierno se plantea revisar la Ley contra la Trata de Mujeres y Niñas con fines de Explotación Sexual,³ con el fin de introducir una normativa de abolición de la prostitución en general. Tal ley endurecerá mucho las condiciones en las que actualmente se ejerce el trabajo sexual y aumentará la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales, especialmente la de aquellas que captan su clientela en la calle, así como de las inmigrantes.

Mientras tanto en los últimos años hemos asistido a una proliferación de ordenanzas municipales que, con la excusa de la convivencia ciudadana, se dedican a penalizar el trabajo sexual. Se ha demostrado que estas normativas empeoran las condiciones de quienes captan su clientela en la calle, aumentando su vulnerabilidad y su discriminación. La investigación realizada por el Grupo Antígona de la Universidad de Barcelona⁴ sobre el impacto de este tipo de normativas en las trabajadoras del sexo concluye que «han incidido negativamente y de manera preocupante en sus condiciones de vida».

Independientemente de nuestras valoraciones generales sobre la industria del sexo y la prostitución creo que todas las personas progresistas, defensoras de los derechos humanos podríamos ponernos de acuerdo en exigir que no se criminalice a las mujeres. Pienso que como feministas no lo podemos permitir y cualquier partido que se llame progresista o feminista no puede colaborar en ello.

³ El nombre de la propia Ley ya dice mucho de su enfoque: solo mujeres y niñas, solo la que tiene como fin la prostitución forzada, como si no existiera trata en otros campos laborales y entre sus víctimas no hubiera hombres y niños.

⁴ Encarna Bodelón González y Paula Arce Becerra (Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos Universidad de Barcelona), «La reglamentación de la prostitución en los Ayuntamientos: una técnica de ficticia seguridad ciudadana», *Revista Crítica Penal y Poder*, núm. 15, noviembre de 2018, pp. 71-89.

En nuestro país las trabajadoras del sexo siguen sin derechos a pesar de las políticas que se han elaborado para favorecer la igualdad de las mujeres. Son perseguidas cuando pretenden, al igual que otros trabajadores, organizarse en un sindicato para mejorar sus condiciones laborales; siguen siendo multadas en muchas ciudades cuando se les aplican unas ordenanzas municipales que bajo el auspicio de una supuesta *convivencia ciudadana* esconden criminalización, acoso, humillaciones y desafueros contra las prostitutas; son estigmatizadas por un sector del feminismo que las considera *traidoras al género* e intenta expulsarlas del movimiento; no se identifican ni se protegen adecuadamente a las víctimas de trata, porque las energías se dedican más a la persecución de la prostitución en general que a la protección de las mujeres que están atrapadas en esas redes.

Se necesitan políticas proderechos y el firme compromiso de las fuerzas de izquierda de no tomar medidas punitivas que empeoren más sus condiciones de vida y de trabajo. En el libro encontraréis muchos ejemplos y datos que apoyan la idea de esta necesidad, además de concretar en qué puede consistir esta. Tiene además el enorme valor de estar escrito en primera persona por sus protagonistas. Estamos ante un libro de *lectura obligada* para armarnos de argumentos en los tiempos inciertos que corren en relación con este asunto.

Introducción

LAS TRABAJADORAS SEXUALES están en todas partes.¹ Somos tus vecinas. Nos rozamos cuando nos cruzamos por la calle. Nuestras hijas e hijos van a las mismas escuelas. Estamos en el auto-servicio, haciendo cola detrás de ti, con el menú infantil y una botella de vino blanco en la bandeja. Hay personas que venden

¹ El término *trabajo sexual* fue acuñado en 1978 por la activista y trabajadora sexual Carol Leigh. El término *trabajadoras sexuales* se refiere a las personas que venden o comercian con su fuerza de trabajo sexual a cambio de un recurso, que a menudo es dinero, pero que también puede ser drogas, alcohol o alojamiento. Aunque el término *trabajo sexual* cubre, por su propia definición, muchas formas diferentes de actividad laboral sexual —stripteasing y *peepshows*, pornografía y *camming*, líneas eróticas telefónicas y trabajos de BDSM— en este libro lo vamos a emplear principalmente para referirnos a las actividades que tradicionalmente se entienden como prostitución. Cuando nos refiramos a algún otro tipo de trabajo sexual, lo explicitaremos.

El movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales no considera que los patrones o los jefes sean trabajadores sexuales y aquí empleamos de manera coherente ese enfoque, que compartimos.

Trabajadora sexual es un término político y, por lo tanto, no todas las personas implicadas en el comercio sexual lo usan identificándose abiertamente con él. Su empleo por lo general indica que la persona hablante piensa que la venta de servicios sexuales es o puede ser un trabajo. Es, por lo tanto, rechazado por aquellas personas que piensan que la venta de servicios sexuales no es un trabajo.

[Aunque en inglés el término *sex worker* es neutro, no nos queda más remedio que asignarle un género en castellano. Atendiendo a la composición mayoritaria del trabajo sexual y a la elección de las autoras del libro de emplear el pronombre personal femenino para referirse a las personas que ejercen la prostitución, elegimos entonces hablar de «trabajadoras sexuales». N. de la T.]

sus servicios sexuales en la cafetería de la empresa, en tu partido político, en el comité de actividades extraescolares, en la sala de espera del médico, en tu lugar de culto. Las trabajadoras sexuales están encerradas en los CIES y las trabajadoras sexuales están protestando a las puertas de los CIES.

Aunque estamos en todas partes, la mayoría de la gente no sabe casi nada acerca de la realidad de nuestras vidas. Las trabajadoras sexuales somos un objeto de enorme curiosidad y debate en la cultura popular, en el periodismo y en la legislación política. Cuando somos visibles en tanto trabajadoras —en las calles, en los burdeles señalizados, en los espacios digitales— nuestra presencia provoca desasosiego. Somos cada vez más visibles como trabajadoras en los espacios políticos y aquí también nuestra presencia provoca desasosiego. Mucha gente quiere impedirnos que vendamos sexo o arreglar el mundo para que no tengamos que hacerlo o, simplemente, asegurarse de que no tendrán que vernos. Pero ya se sabe que es muy difícil librarse de nosotras, al menos mediante el derecho penal.

La prostitución está cargada de sentidos y hace aflorar emociones muy profundas. Es el caso especialmente de las personas que nunca han comerciado con sexo y que piensan ese comercio en términos simbólicos. La *idea* de la prostitución funciona como un pararrayos para las cuestiones que afectan al trabajo, a la masculinidad, a la clase, a los cuerpos; a la maldad arquetípica y a su castigo; a quién se «merece» qué; a lo que significa vivir en una comunidad; y a lo que significa expulsar a algunas personas de los límites de esa comunidad. Las actitudes ante la prostitución siempre se han vinculado estrechamente con las cuestiones de raza, fronteras, migraciones e identidad nacional, de maneras que a veces están explícitas pero que la mayoría de las veces están ocultas. El trabajo sexual es la cámara acorazada en la que la sociedad almacena algunos de sus temores y angustias más acuciantes.

Tal vez la pregunta más difícil que suscita la prostitución atañe a qué significa ser una mujer en una sociedad patriarcal. La escritora feminista Kate Millett apunta a la retórica feminista que sugiere «que todas las mujeres son prostitutas, que el matrimonio es prostitución».² Las trabajadoras sexuales han

² K. Millett, *The Prostitution Papers: A Quartet for Female Voice*, Nueva York, Ballantine Books, 1976.

designado desde hace mucho tiempo, de manera ambivalente, la interacción entre la prostitución como un lugar metafórico y como su *puesto de trabajo* real. En 1977, el colectivo PROS (Programme for Reform of the Law on Soliciting), encabezado por trabajadoras sexuales, escribía (en la icónica revista feminista británica *Spare Rib*) que quería que el movimiento de liberación de la mujer «reflexionara sobre la cuestión en su conjunto [la prostitución] y que lo debatiera, pero que no se limitara a *usarlo*», aclarando que el movimiento de las mujeres ha «usado la palabra *prostituta* de una manera especialmente desagradable, hablando sobre las amas de casa, para resumir su idea de la situación de explotación de las mujeres».³ Apuntaban a que este interés por los usos metafóricos de la *prostituta* no se veía acompañado por un respaldo práctico a los esfuerzos de las trabajadoras sexuales para abordar la criminalización.

En algunos sentidos, la situación no ha cambiado demasiado. El rechazo de las feministas contemporáneas a la prostitución sigue totalmente desvinculado del pragmatismo. Se gasta mucha energía política en obstruir el trabajo sexual, una energía que no se emplea en lo que realmente es necesario, como ayudar a las trabajadoras sexuales a esquivar las condenas, o asegurar modos de vida alternativos y viables que sean algo más que empleos miserables pero respetables. Como ha dicho la trabajadora sexual trans y líder de la comunidad Ceyenne Doroshow: «Si no queréis que las trabajadoras sexuales hagan ese trabajo, cariño, ¡dadles un empleo! ¡Dadles un empleo, una solución!»⁴

A nosotras nos preocupa la seguridad y la supervivencia de las personas que venden servicios sexuales. Como Doroshow, y como las PROS antes que nosotras, nos centramos claramente en lo material y en lo práctico, antes que en lo simbólico o lo metafórico. Enfocar el trabajo sexual desde esta perspectiva suscita determinadas preguntas. ¿Qué condiciones son las que mejor permiten que alguien que quiera dejar el trabajo sexual pueda hacerlo? ¿Qué condiciones llevan a las personas a vender servicios sexuales o convierten el trabajo sexual en su única

³ V. Green, «“We’re not criminals”: Prostitutes organize», *Spare Rib*, núm. 56, marzo de 1976, citado en H. Kinnell, *Violence and Sex Work in Britain*, Oxford, Routledge, 2008, p. 22.

⁴ Anonima («suzyhooker»), «Black Trans Sex Worker Leaders Reflect On December 17th», *Tits and Sass*, 14 de diciembre de 2017, disponible en titsandsass.com.

oportunidad de supervivencia? ¿Qué otorga más poder a una trabajadora sexual a la hora de negociar con su patrón y qué disminuye ese poder? A lo largo y ancho del mundo, las trabajadoras sexuales usan estrategias para estar a salvo: trabajan con una amiga en la habitación contigua o forman pequeños grupos en las calles; anotan conspicuamente el número de la matrícula de un cliente o le piden su documentación, para demostrarle que no es anónimo. ¿Puede una trabajadora sexual llamar a una colega para que la respalde en el caso de que un cliente se niegue a usar un condón? ¿Cuáles son las consecuencias de llamar a la policía o de hacerse visible ante ella cuando patrullan las calles? ¿Qué implica para una trabajadora sexual que su cliente o su jefe tengan miedo de la policía? ¿Quiénes se encuentran en riesgo de deportación o de desahucio y por qué? Estas son las preguntas, preguntas sobre las condiciones materiales de las personas, que nos preocupan, como autoras y como trabajadoras sexuales.

Este libro no va a contar nuestra historia personal

Este libro —y la perspectiva del movimiento contemporáneo de izquierdas de las trabajadoras sexuales— no trata sobre el disfrute del trabajo sexual. Este libro no va a defender que el trabajo sexual «empodera». No nos interesa componer una argumentación en torno a la libertad sexual o en torno a la supuesta capacidad de la industria del sexo para facilitar que las trabajadoras o los clientes puedan realizarse sexualmente. A pesar de las expectativas de que las trabajadoras sexuales «contemos nuestras historias», no es un libro de memorias y no vamos a compartir ningún escarceo sexual. (Aunque, como las fundadoras de la revista de trabajadoras sexuales *\$pread* le decían a un periodista, cuando lanzaron el primer número: «No es nuestra intención excitar a nadie, pero a la gente le pone todo tipo de cosas, así que es posible que haya quien se ponga cachondo con el espectáculo de las trabajadoras sexuales luchando por la justicia social»⁵). No nos interesa formar un movimiento con los hombres que adquieren sexo. No estamos

⁵ R. Aimee, E. Kaiser y A. Ray, «A short history of \$pread» en *\$pread: The Best of the Magazine That Illuminated The Sex Industry and Started a Media Revolution*, Nueva York, The Feminist Press, 2015, p. 20.

aquí para ensalzar la figura del cliente «compasivo» ni la idea de que ningún cliente tenga «derecho» a sexo. No estamos aquí para priorizar las discusiones sobre si la industria del sexo, o incluso el sexo mismo, es intrínsecamente malo o bueno.⁶ Y tampoco, como iremos desarrollando a lo largo de este libro, permanecemos acríticas ante lo que el *trabajo* implica en un contexto de capitalismo global insaciable y de catástrofe medioambiental rampante.

A veces la gente que apoya los derechos de las trabajadoras sexuales trata de mostrar ese apoyo argumentando que la industria del sexo no es en realidad un lugar sexista y misógino, un argumento que, en nuestra opinión, no cabe aquí. La industria del sexo es tan sexista como misógina. No decimos que nadie sufra dentro del trabajo sexual o que esos daños sean mínimos y no deban tenerse en cuenta. Antes al contrario, los daños que la gente experimenta dentro del trabajo sexual —como agresiones, explotación, detenciones, encarcelamiento, desahucios y deportaciones— son el *núcleo* de esta obra.

Somos feministas. Las mujeres, tanto trans como cis, están en el centro de nuestras políticas y, por lo tanto, en el centro de este libro. Hay personas de todos los géneros vendiendo servicios sexuales: hombres trans y cis, personas no binarias, así como personas con géneros indígenas o no occidentales como *hijra*, *fa'afafine* y personas de dos espíritus. Es importante reconocer esto porque el género de las personas determina su trayectoria dentro del trabajo sexual, sus experiencias en el comercio sexual y sus vidas en general. Igualmente, no obstante, es importante no perder de vista el hecho de que la industria del sexo *es* una industria feminizada: la mayoría de quienes ofrecen servicios sexuales son mujeres y la amplia mayoría de quienes pagan por esos servicios son hombres. En este libro a menudo nos vamos a referir a las trabajadoras

⁶ En el sentido de que si deseamos el fin de todo trabajo, especialmente de la naturaleza explotadora y con sesgo de género de la prostitución, muchas activistas del trabajo sexual somos de hecho «abolicionistas de la industria sexual». Como ha dicho el English Collective of Prostitutes: «En último término nos organizamos para terminar con la prostitución. [...] Cuando las mujeres sean capaces de reclamar la riqueza que hemos ayudado a producir, las condiciones económicas que han obligado a millones de personas de todo el mundo a vender sus mentes, cuerpos, tiempo y destrezas para poder sobrevivir o para mejorar sus condiciones de vida, la prostitución ya no existirá». Véase «English Collective of Prostitutes», *Screaming Violet*, 1 de mayo de 2011, disponible en wewantawomensmag.wordpress.com

sexuales como «ella» y a los clientes como «él». No tenemos la impresión equivocada de que esto sea literalmente cierto en todos los casos, pero no se trata de un error o de algo que no hayamos pensado. Es una elección deliberada porque, en nuestra opinión, así se refleja la realidad de género del comercio sexual, así como nuestras políticas y prioridades feministas.

Es posible que esperéis estadísticas y datos numéricos que «demuestren» que la prostitución es una u otra cosa. Muchos libros han defendido o argumentado en contra de la despenalización de la industria del sexo con este tipo de argumentos. Por supuesto, los datos son útiles. En muchos contextos son incluso cruciales. Cuando la Organización Mundial de la Salud analiza cómo reducir la transmisión del VIH entre las trabajadoras sexuales, necesita cifras. A veces, sin embargo, apoyarse demasiado en las estadísticas corre el riesgo de convertirse en una forma de «argumento de autoridad»: alguien cita un estudio que dice una cosa, otras citan un estudio que dice otra y la discusión se «gana» según qué cifras son más memorables o según el prestigio de la revista en la que se haya publicado el estudio. Hay investigaciones que pueden tener una calidad escasa o que son mal empleadas por quienes las divulgan y se pierde mucho tiempo discutiendo sobre su credibilidad en lugar de emplear sencillamente la lógica y la empatía. La dependencia de las estadísticas en el debate sobre la prostitución es a menudo un resultado de nuestra invisibilidad y de nuestra ilegitimidad en tanto analistas. Es posible que las trabajadoras sexuales parezcan ajenas y misteriosas y que las cuestiones que suscitamos sean demasiado políticas; pero los números tranquilizan, son aparentemente apolíticos y se puede confiar en ellos.

Vamos a *usar* datos numéricos —en nuestra escritura y en nuestro activismo— pero no son un elemento central de nuestro enfoque. En lugar de emplear unas pocas cifras clave para «demostrar» los argumentos a favor de los derechos de las trabajadoras sexuales, queremos que quienes nos lean *piensen empáticamente* sobre cómo las modificaciones en el derecho penal cambian los incentivos y los comportamientos de las personas que venden servicios sexuales, junto con los de los clientes, la policía, los empresarios y los caseros. Si quienes nos lean llegan a entender *cómo* cambian y *por qué* cambian esos comportamientos,

adquirirán una comprensión mucho más profunda de cómo las modificaciones en el derecho penal pueden lograr que las personas que venden servicios sexuales estén más (o menos) seguras.

Bastan dos minutos para politizar a una puta

Las trabajadoras sexuales son las feministas originarias. A menudo consideradas únicamente como sometidas a los caprichos de otros, las trabajadoras sexuales han conformado y han contribuido de hecho a los movimientos sociales a lo largo y ancho del mundo. En la Europa medieval las trabajadoras de los burdeles formaban gremios y ocasionalmente hacían huelgas o protestaban en la calle como respuesta a la represión por parte del poder, al cierre de sus lugares de trabajo o a condiciones de trabajo inaceptables.⁷ Las prostitutas del siglo XV, enjuiciadas ante los consejos ciudadanos de Baviera, afirmaban que sus actividades constituían un trabajo y no un pecado.⁸ Una prostituta (bajo el pseudónimo «Otra Desgraciada») escribía en *The Times of London* en 1859 para afirmar: «Yo me comporto con bastante prudencia y a la vez os desafío a vosotros y a vuestra policía. ¿Por qué os plantáis ahí murmurando con caras tiesas sobre la moralidad? ¿Qué es la moralidad?».⁹ En 1917, 200 prostitutas se manifestaron en San Francisco —en lo que se ha llamado «la manifestación de mujeres originaria»— para exigir que se pusiera fin al cierre de los burdeles. Una portavoz de la marcha declaró: «Casi todas estas mujeres son madres o tienen a alguien que depende de ellas. Las condiciones económicas les han conducido a esta vida [...]. No hacéis ningún bien atacándonos. ¿Por qué no atacáis esas condiciones?».¹⁰

Cuidar las unas de las otras es una labor política. Durante la segunda ola del feminismo, muchas radicales pioneras criaban colectivamente a sus hijos y se cuidaban mutuamente más allá de

⁷ L. L. Otis, *Prostitution in Medieval Society: The History of an Urban Institution in Languedoc*, Chicago, University of Chicago Press, 1985, p. 61.

⁸ L. Roper, «Discipline and Respectability: Prostitution and the Reformation in Augsburg», *History Workshop*, núm. 19, primavera de 1985, pp. 3-28.

⁹ L. Agustín, «Letter from the prostitute that didn't want saving, 1858», *The Naked Anthropologist*, 2012, disponible en lauraagustin.com.

¹⁰ L. Anderson, «100 Years Ago Today, Sex Workers Marched for Their Rights in San Francisco», *San Francisco Magazine*, 25 de enero de 2017, disponible en modernluxury.com.

los límites de la unidad familiar biológica. Experiencias similares y anteriores de trabajadoras sexuales son mucho menos conocidas, y suelen estar ausentes en los relatos habituales de la historia feminista. Por ejemplo, en Gran Bretaña e Irlanda, en el siglo XIX, las prostitutas crearon comunidades de ayuda mutua, de ingresos compartidos y de crianza colectiva. Un periodista señaló en aquel momento que «el principio rector aquí es compartir la fortuna de todas. [...] En tiempos de penuria una familia ayuda prontamente a otra, o varias ayudan a una [...]. Lo que cada una obtiene se pone en un fondo común y con ello se abastece el nido».¹¹

De igual manera, las mujeres *watenbenzi* [de la calle] en la Nairobi de la época colonial creaban vínculos financieros entre sí, pagándose mutuamente las multas o legando sus posesiones a otras cuando morían.¹² Aunque en buena medida sea invisible para quienes son ajenos, este compartir recursos —incluyendo dinero, espacios de trabajo e incluso clientes— persiste como una forma significativa de activismo en el trabajo sexual hoy en día.

Las trabajadoras a menudo se unen colectivamente para evitar un desahucio o para ofrecer alojamiento de emergencia. Este tipo de recursos compartidos comunitariamente son a menudo la única red de seguridad que tienen las trabajadoras sexuales si sufren un robo mientras trabajan o cuando, debido a una agresión, necesitan tomarse tiempo para recuperarse.

La defensa mutua es también un lugar de acción colectiva. Cuando ocho trabajadoras sexuales fueron asesinadas en la pequeña ciudad de Thika, Kenia, en 2010, muchas otras, procedentes de todo el país, se congregaron para ayudarlas. Phelister Abdalla, una organizadora de la Kenya Sex Workers Alliance, escribe que «cientos de trabajadoras sexuales, de diferentes partes de Kenia, acudieron a protestar en Thika [...], nuestras compañeras habían sido asesinadas y ya estaba bien».¹³ Soportaron el acoso y la violencia policial incluso mientras desfilaban por las calles exigiendo que finalizara la violencia.

¹¹ M. Luddy, «An outcast community: The “wrens” of the curragh», *Women’s History Review*, núm. 1: 3, 1992, pp. 341-355.

¹² C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World: Sex Worker Activism in Africa*, Nueva York, NYU Press, 2016, p. 92.

¹³ L. White, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 1990, p. 206.

La valentía y la resiliencia de las trabajadoras sexuales ha jugado un papel importante en muchas luchas de liberación. En la década de 1950, las prostitutas formaron parte de la revuelta Mau Mau, que condujo a la liberación de Kenia del gobierno colonial británico.¹⁴ En las décadas de 1960 y 1970, integraban los disturbios de la Compton Cafeteria en San Francisco y de la Stonewall Inn en Nueva York, que dieron lugar al movimiento de liberación LGTBQ en Estados Unidos.¹⁵ En épocas de cambio social vertiginoso, las trabajadoras sexuales se encuentran a menudo en el núcleo de la acción. Como decía la trabajadora sexual y activista Margo St. James: «Bastan dos minutos para politizar a una puta».¹⁶

St. James era una aguerrida defensora de las «desviadas sexuales» de su comunidad de San Francisco, duramente atosigadas por la policía. «Ya va siendo hora de que las putas se organicen», decía en una entrevista. «Los homosexuales se organizaron y ahora los policías tienen miedo de acosarlos».¹⁷ En la década de 1970, en una época en la que las trabajadoras sexuales no tenían apenas ninguna tribuna pública, ella organizaba la lucha por la liberación gay junto a Harvey Milk y se identificaba como «puta» cuando hablaba con franqueza en *Rolling Stone* acerca de su visión de una sexualidad femenina liberada de la «patrulla del coño» del Estado. Fundó Call Off Your Old Tired Ethics (COYOTE), consiguió que se derogara la práctica de la cuarentena y de la mediación forzada para las trabajadoras sexuales detenidas en California y recibió a 12.000 invitados en sus «Hookers Ball», acontecimientos que reunían a famosos y políticos.¹⁸ Relacionar la prostitución con la política pro queer, pro placer —en el contexto de la contracultura de la década de 1970— resultó ser un método eficaz de atraer la atención hacia los derechos de las trabajadoras sexuales.

¹⁴ C. A. Mgbako, *To Live Freely...*, *op. cit.*, p. 14.

¹⁵ N. Schlaffer, «The Unsung Heroines of Stonewall: Marsha P. Johnson and Sylvia Rivera», *Femmes Fatales*, 23 de octubre de 2016, disponible en sites.psu.edu/womeninhistory; Yaeger, L., «Before Stonewall: Remembering the Compton's Cafeteria Riot», *Vogue*, 19 de agosto de 2016, disponible en vogue.com.

¹⁶ M. L. Booth, «New Tricks in the Labor Zone», *Harvard Crimson*, 18 de febrero de 1976, disponible en thecrimson.com.

¹⁷ M. Chateauvert, *Sex Workers Unite: A History of the Movement from Stonewall to SlutWalk*, Boston (MA), Beacon Press, 2014, pp. 47-82.

¹⁸ *Ibidem*.

En 1974, las trabajadoras sexuales de Etiopía se unieron a la recientemente fundada Confederation of Ethiopian Labour Unions y se implicaron en una huelga que acabó por derrocar al gobierno.¹⁹ En Europa se ha establecido habitualmente que el movimiento moderno se inicia en 1975, cuando las trabajadoras sexuales en Francia ocuparon las iglesias para protestar contra la criminalización, la pobreza y la violencia policial. Esta fue la chispa que provocó acciones similares por parte de organizaciones de trabajadoras sexuales en Londres, donde el English Collective of Prostitutes ocupó iglesias en King's Cross, Londres, en 1980.²⁰ Más recientemente, las trabajadoras sexuales se implicaron profundamente en las protestas contra la gentrificación en los alrededores de Gezi Park, en Estambul, Turquía.²¹

En Gran Bretaña, el movimiento pro derechos de las trabajadoras sexuales se imbrica profundamente con la campaña «salarios para el trabajo doméstico». Las marxistas feministas señalaron el valor del trabajo doméstico y de reproducción no remunerado de las mujeres, y exigieron una reorganización radical de la sociedad que valorara este trabajo de las mujeres. En aquella época, el grupo feminista Wages Due Lesbians relacionaba el trabajo doméstico, el trabajo sexual y el trabajo de la heterosexualidad en una declaración de solidaridad contra una operación policial antivicio de 1977: «Todo lugar en el que las mujeres consiguen ganar parte de los salarios que nos deben, se convierte en una fortaleza para todas nosotras y en la prueba de que los servicios de las mujeres no se pueden dar por sentado».²²

A lo largo de la década de 1980, el movimiento pro derechos de las trabajadoras sexuales se hizo cada vez más internacional. El primer y segundo Whores' Congresses [Congresos de las

¹⁹ G. Prunier, «The Ethiopian Revolution and the Derg Regime» en G. Prunier y E. Ficquet (eds), *Understanding Contemporary Ethiopia: Monarchy, Revolution and the Legacy of Meles Zenawi*, Londres, C. Hurst & Co, 2015, pp. 209-232.

²⁰ S. James, «Hookers in the House of the Lord» en *Sex, Race and Class, the Perspective of Winning: A Selection of Writings 1952-2011*, Pontypool, Gales, The Merlin Press, 2012, pp. 110-129.

²¹ J. Krajeski, «Loud and Proud», *Slate*, 28 de marzo de 2014, disponible en slate.com.

²² L. R. Martin, «“All the Work We Do as Women”: Feminist Manifestos on Prostitution and the State, 1977», *LIES: A Journal of Materialist Feminism*, núm. 1, 2012, pp. 217-234.

Putas] se celebraron en Ámsterdam y Bruselas y nuevos grupos liderados por trabajadoras sexuales empezaron a surgir en Australia, Tailandia, Brasil, Sudáfrica y Uruguay, entre otros lugares. En 1997, 4.000 trabajadoras sexuales hicieron historia en la primera National Conference of Sex Workers en India, organizada por el Durbar Mahila Samanwaya Committee (DMSC). En un evento posterior, en 2001, su número creció hasta las 25.000 personas que acudieron a Calcuta a publicitar sus exigencias, con carteles que proclamaban: «Queremos pan. Queremos también las rosas».²³

En Bolivia, a mediados de la década de 2000, 35.000 trabajadoras sexuales de todo el país participaron en una enorme serie de acciones colectivas contra la violencia policial y el cierre de sus lugares de trabajo. «Estamos luchando por el derecho a trabajar y por la supervivencia de nuestras familias», decía Lily Cortez, líder de la Organización de Trabajadoras Nocturnas de Bolivia (OTNB), rodeada de prostitutas que se habían cosido la boca como protesta. «Mañana nos enterraremos vivas si no se nos escucha inmediatamente».²⁴

Algunas fueron a la huelga, negándose a cumplir las pruebas obligatorias de detección de enfermedades de transmisión sexual (ETS), «hasta que podamos trabajar libres de acoso».²⁵ Otras bloquearon el tráfico o se pusieron en huelga de hambre.²⁶ «Somos las no queridas de Bolivia», decía Yuli Pérez, del sindicato de trabajadoras sexuales Organización Nacional para la Emancipación de las Mujeres en Situación de Prostitución. «Nos odia una sociedad que nos usa regularmente y nos ignoran las instituciones que tienen el deber de protegernos [...]. Lucharemos con uñas y dientes por los derechos que merecemos».²⁷

²³ El eslogan «pan y rosas» tuvo su origen en una huelga de las mujeres trabajadoras del sector textil en 1912 en Massachusetts; pedían, no solamente mejores salarios, sino también respeto y condiciones laborales decentes. Véase R. J. S. Ross, «Bread and Roses: Women's Workers and the Struggle for Dignity and Respect», *Working USA*, núm. 16, 2013, pp. 59-68.

²⁴ Reuters, «Prostitutes sew lips together in protest», *Reuters*, 25 de octubre de 2007, disponible en reuters.com.

²⁵ J. Friedman-Rudovsky, «Prostitutes Strike in Bolivia», *Time*, 24 de octubre de 2007, disponible en time.com.

²⁶ G. Gall, *Sex Worker Unionization Global Developments Challenges and Possibilities*, Londres, Palgrave Macmillan, 2016.

²⁷ Friedman-Rudovsky, «Prostitutes Strike in Bolivia», *op. cit.*

«Se montó un buen cristo entre las prostitutas y el movimiento»

A pesar de su feminismo precoz, la relación de las prostitutas con el movimiento feminista en general siempre ha sido complicada. A mediados del siglo XIX, a medida que las mujeres de clase media empezaban a figurar en la esfera pública de las profesiones liberales, se creó un nuevo papel para la mujer que esposaba los valores y atributos ideales de la feminidad de clase media con el empleo remunerado. En parte, esto se puede entender como un proyecto feminista, puesto que la supuesta superioridad moral de estas mujeres justificaba que asumieran un papel más público en la sociedad, lo que incluía trabajar fuera de casa, el derecho legal a la propiedad, etc. Pero la creación de unas figuras profesionalizadas del cuidado, como el trabajo social y filantrópico, era un empleo que *reproducía* los roles de género en lugar de problematizarlos. Estas mujeres estaban reafirmando su posición en una jerarquía de clase por encima de las personas de clase obrera, especialmente por encima de las madres y los niños de clase obrera, a quienes se les seleccionaba como los receptores de esas formas maternalistas y coercitivas de «cuidado».²⁸

Esto condujo al desarrollo de lo que la antropóloga Laura Agustín ha llamado «la industria del rescate», entendiéndolo por ella los variados sistemas de recompensa social asociados con la «reforma» de las prostitutas, así como con la protección de la infancia y con el rescate de los animales.²⁹ (Este nuevo tipo de papel filantrópico implícitamente metía en el mismo saco a los niños y a las niñas, a los animales y a las prostitutas, lo que da una idea de cómo se consideraba a las mujeres que comerciaban con sexo en aquel momento). La industria del rescate permitía a las mujeres de clase media reivindicar un espacio en la esfera pública en tanto ciudadanas y agentes políticos —a expensas de sus hermanas de clase obrera, cuyas vidas cada vez estaban más controladas—.³⁰ En 1877, la National Society for the Prevention

²⁸ Millett, *Prostitution Papers... op. cit.*; L. M. Agustín, *Sex at the Margins: Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*, Londres, Zed Books, 2007 (véase especialmente el capítulo 4).

²⁹ Millett, *Prostitution Papers... op. cit.*

³⁰ J. Gillis, *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1770-Present*, Cambridge (MA), Academic Press, 1981, pp. 166-167; A. Iriye y P.

of Cruelty to Children (NSPCC) se vio envuelta en una controversia cuando llevó a juicio, por primera vez, a una familia de clase alta por crueldad infantil; ya había «procesado treinta y ocho casos de crueldad entre las gentes pobres e ignorantes».³¹ Incluso cuando sus intereses se alineaban circunstancialmente, como en sus luchas comunes contra las leyes de enfermedades infecciosas de la década de 1860, las sufragistas y el resto de las feministas no conseguían ver a las trabajadoras sexuales como sus iguales. (Asemejar a las trabajadoras sexuales a los animales es algo que persiste en parte del activismo feminista contra la prostitución, en el que las prostitutas son comparadas a veces con perros guías, mascotas o pokemons).³²

La incomodidad feminista en la cercanía de las trabajadoras sexuales alcanzó su nivel álgido durante las llamadas «guerras del sexo» de las décadas de 1980 y 1990. En esta época, las feministas radicales se enfrentaron con las feministas «pro sexo» sobre los temas de la pornografía y la prostitución.³³ La perspectiva feminista radical sobre el trabajo sexual sostiene que este reproduce (y que es en sí mismo un producto de) la violencia patriarcal contra las mujeres. Este análisis podía ampliarse a todos los comportamientos sexuales heterosexuales, así como al sexo público y a las prácticas habitualmente conocidas como BDSM (*bondage*, dominación, sumisión, masoquismo).

Esta época se centraba en censurar la pornografía y en «despertar las conciencias», más que en abordar directamente la prostitución mediante el derecho penal. En cualquier caso, en el movimiento feminista se hizo habitual adoptar una postura vehemente en contra de la prostitución. Janice Raymond afirmaba

Saunie (eds.), *The Palgrave Dictionary of Transnational History: From the Mid-19th Century to the Present Day*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009, p. 45.

³¹ UCL Bloomsbury Project, «Society for the Prevention of Cruelty to Children - History», 2011, disponible en ucl.ac.uk/bloomsbury-project/institutions/nspcc.htm.

³² Vegan Feminist Network, «A Feminist Critique of “Service” Dogs», 13 de marzo de 2015, disponible en veganfeministnetwork.com; Vegan Feminist Network, «The Reality of Sex Trafficking in the U.S. and Women-Positive Alternatives to LUSH Cosmetics», 1 de febrero de 2015, disponible en veganfeministnetwork.com; J. Williams, «Why is Pokemon Go like prostitution?», *Nordic Model Now!*, 2 de diciembre de 2016, disponible en nordicmodelnow.org.

³³ A. Phipps, «Sex Wars Revisited: A Rhetorical Economy of Sex Industry Opposition», *Journal of International Women's Studies*, núm. 18:4, 2017, pp. 306-320.

que «la prostitución es una violación por la que se paga» mientras que Kathleen Berry decía que comprar y vender sexo era «algo que destruía la vida humana».³⁴

La defensa del porno y de la prostitución que se organizó como respuesta se basaba en las ideas de la liberación sexual a través de las expresiones sexuales no normativas, como el BDSM y la *queerificación* de las identidades gay y lesbiana. Muchas de las feministas «pro sexo» o de las «radicales sexuales» planteaban que ver porno no solamente podría ser algo gratificante y educativo, sino que podía poner fin al control patriarcal sobre la expresión sexual de las mujeres.³⁵ Más aún, que la industria del sexo le hacía la peineta a la institución del matrimonio, poniendo el foco sobre la heteronormatividad conservadora y monógama. Mientras que algunas personas que luchaban por la liberación sexual eran trabajadoras sexuales —como la activista LGTBQI y contra el SIDA Amber Hollibaugh— muchas radicales sexuales desgranaban sus argumentos a partir de una perspectiva ajena al trabajo sexual. Defender la pornografía a menudo implicaba defender *ver* porno, no actuar en él.

Las feministas radicales describieron a las radicales sexuales, como se las conocía, como «tías Tom»,³⁶ que se inclinaban ante la primacía de la sexualidad masculina, mientras que a ellas, a su vez, se las ridiculizaba como «pacatas»³⁷ volcadas en la perpetuación del puritanismo sexual. Más que centrarse en el aspecto de «trabajo» del trabajo sexual, tanto las feministas pro sexo como las feministas en contra de la prostitución se centraban en el *sexo*

³⁴ J. G. Raymond, «Perspective on human rights: Prostitution is rape that's paid for», *Los Angeles Times*, 11 de diciembre de 1995; K. L. Barry, *The Prostitution of Sexuality*, Nueva York, NYU Press, 1995, p. 70.

³⁵ Véase E. Willis, «Lust horizons: Is the women's movement pro-sex?» en *No More Nice Girls: Countercultural Essays*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 1979/1992, pp. 3-14.

³⁶ El término Tío Tom procede de la novela de 1852 de Harriet Beecher Stowe *La cabaña del tío Tom*. Se usa para describir a alguien que es manso, sumiso, emocionalmente vinculado o «vendido» a un orden dominante opresor. Aunque hubo quien pensó en su momento que la novela de Beecher Stowe era progresista, el término Tío Tom evoca una caricatura antinegra y ahora se considera antinegro. Véase Alison Phipps, «Sex Wars Revisited: A Rhetorical Economy of Sex Industry Opposition», *Journal of International Women's Studies*, núm. 18: 4, 2017, pp. 306-320.

³⁷ A. Ferguson, «Sex War: The Debate between Radical and Libertarian Feminists», *Signs*, núm. 10: 1, 1984, pp. 106-112; L. S. Chancer, «Pornography to Sado-masochism: Reconciling Feminist Differences», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 571, 2000, pp. 77-88.

en tanto símbolo. Ambos grupos se cuestionaban lo que la existencia de la industria del sexo implicaba para sus propias posturas en tanto mujeres; ambos grupos priorizaban esas cuestiones por encima de las mejoras materiales que pudieran lograrse en las vidas de las trabajadoras sexuales en sus comunidades. Plantadas en el ámbito del sexo y sobre si este era «bueno» o «malo» para las mujeres (y empeñadas en que solamente podía ser lo uno o lo otro) era demasiado sencillo para las feministas pensar en La Prostituta solo en los términos de lo que esta representaba para ellas. Reclamaban la propiedad de las experiencias de la trabajadora sexual para poder así darle un sentido a las suyas.

La activista en contra de la prostitución Dorchon Leidholdt ha comentado este impulso feminista: «Este ser desindividualizado, deshumanizado, tiene la función de representar a la mujer genérica. [...] Está ahí en representación de todas nosotras y sufre la agresión que estamos empezando a resistir».³⁸ Fue en este contexto en el que la obra de la ex prostituta Andrea Dworkin se hizo tan influyente dentro del movimiento, fijando un nuevo tono para la crítica del trabajo sexual. La Prostituta decía:

Vive la realidad literal de ser la mujer sucia. No hay metáfora. Ella es la mujer cubierta de barro, lo que quiere decir que todo hombre que haya estado alguna vez encima de ella ha dejado allí parte de sí mismo. [...] Se la percibe, se la trata como —y quiero que esto lo recordéis, es real— como fango vaginal.³⁹

Su estilo literario beligerante —y su experiencia en el sexo comercial— ayudaron a legitimar y normalizar el empleo similar de un lenguaje gráfico y misógino en los debates «feministas» sobre las trabajadoras sexuales y sus cuerpos. Barry, contemporánea de Dworkin, comparó a las prostitutas con muñecas hinchables «con sus orificios para la penetración y la eyaculación», mientras que Leidholdt escribía que «desconocido tras desconocido usa su cuerpo como una escupidera de semen. [...] ¿Qué otro trabajo está tan feminizado cuando los pechos, la vagina y el

³⁸ D. Leidholdt, «Prostitution: A violation of women's human rights», *Cardozo Women's Law Journal*, núm. 1: 1, 1993, pp. 133-147.

³⁹ A. Dworkin, «Prostitution and Male Supremacy», *Michigan Journal of Gender and Law*, núm. 1:1, 1993, pp. 1-12.

recto constituyen las herramientas del oficio?»⁴⁰ Las académicas Cecilie Høigård y Liv Finstad han escrito acerca de las mujeres que venden sexo y que «en el fondo, se perciben a sí mismas únicamente como putas baratas».⁴¹

Las feministas trabajadoras sexuales se han visto desde hace mucho tiempo cruelmente excluidas, y no solamente por el lenguaje deshumanizador de la academia, sino por una ausencia explícita de invitaciones a estos espacios. Kate Millett recuerda un congreso feminista sobre la prostitución, celebrado en 1971. Unas mujeres del oficio contrariadas llegaron para exigir un puesto en la mesa:

Como una obra maestra involuntaria de la precipitación sin tacto, el título del programa de aquel día se había inscrito en los panfletos para que todas pudiéramos verlo: «Hacia la eliminación de la prostitución». El panel de expertas incluía a todo tipo de personas, excepto prostitutas. [...] Se montó un buen cristo entre las prostitutas y el movimiento. Porque, contra lo que cabía esperar, las prostitutas sí asistieron al congreso. [...] Tenían mucho que decir acerca de la presunción de las mujeres heterosexuales que se creían que ellas podían hablar, debatir e incluso decidir cuál era nuestra situación y nosotras no.⁴²

A diferencia del entorno hostil del feminismo radical, las radicales sexuales daban la bienvenida y apoyaban a las trabajadoras sexuales. Esta influencia contribuyó a moldear el crecimiento del movimiento. En 1974, COYOTE acogió la primera National Hookers Convention. El naranja y brillante anuncio era un guiño a la manera en la que las prostitutas habían sido expulsadas del movimiento de mujeres. Ilustrado con una mano que tocaba una vulva proclamaba: «Nuestra convención es diferente: queremos que venga todo el mundo».⁴³

En las décadas siguientes, defensoras, desde Amber Holli- baugh y Annie Sprinkle hasta Kathleen Hanna y Amber Rose, han vinculado la sexualidad a los temas de las trabajadoras sexuales. Muchas trabajadoras sexuales han militado en los

⁴⁰ D. Leidholdt, «Prostitution: a violation of women's human rights», *op. cit.*

⁴¹ C. Høigård y L. Finstad, *Backstreets: Prostitution, Money, and Love*, Cambridge, Polity Press, 1992, pp. 114-115.

⁴² Millett, *Prostitution Papers...*, *op. cit.*

⁴³ Chateauvert, *Sex Workers Unite...*, *op. cit.*

movimientos VIH/SIDA y LGTB y se han implicado en las riot grrrl, en las SlutWalk [marchas de las putas], en los talleres de consentimiento, de educación sexual y de poliamor.

No obstante, como exploraremos con más detalle en el capítulo 2, la visión positiva del sexo puede ser un lugar contraproducente a partir del cual iniciar una conversación acerca de las condiciones reales de la industria del sexo. Las trabajadoras sexuales de clase obrera y las trabajadoras sexuales de color han criticado desde hace mucho tiempo los privilegios de raza y de clase de estas políticas; los derechos laborales y la seguridad en el trabajo no son lo mismo que el placer, y quienes experimentan una gratificación sexual en su trabajo es muy posible que sean quienes ya tienen todo el control posible sobre sus condiciones laborales.⁴⁴ A medida que rápidamente las conversaciones sobre la prostitución se han ampliado y se han vuelto más complejas en la era de internet, las trabajadoras sexuales han señalado la manera en la que un énfasis en el carácter positivo del sexo se ha convertido en una respuesta defensiva ante las representaciones mediáticas estigmatizantes de las prostitutas.⁴⁵

En los últimos años hemos visto un desplazamiento significativo en el movimiento de las trabajadoras sexuales desde los mitos protectores de la «puta feliz» hacia un análisis marxista feminista, centrado en el trabajo.⁴⁶ Las trabajadoras sexuales, que son supervivientes, se han hecho escuchar más en el movimiento, contando sus experiencias de violencia y criminalización a modo de impulso para su activismo.

Del mismo modo, las activistas en contra de la prostitución a menudo se ven atraídas hacia el feminismo a través de sus propias historias de supervivencia ante la violencia. A menudo se identifican de manera muy potente con las supervivientes de la prostitución partidarias de la penalización, también llamadas «mujeres que han salido». Mediante sus espeluznantes testimonios de violencia —y su clara postura a favor de castigar a los

⁴⁴ G. Lockett, M. Lawson, J. Irie, G. Gold, B. Hima y B. Aarens, «Showing Up Fully; Women of Colour Discuss Sex Work» en J. Nagle (ed.), *Whores and Other Feminists*, Nueva York, Routledge, 1997, p. 209.

⁴⁵ S. Mann, *More Than Survival Strategies: Sex Workers' Unhappy Stories*, Trabajo de fin de máster, Alberta, Athabasca University, 2014.

⁴⁶ AA. Ray, «Why the Sex Positive Movement is Bad for Sex Workers' Rights», *Audacia Ray blog*, 31 de marzo de 2013, disponible en audaciaray.tumblr.com.

hombres que consumen sexo — las «mujeres que han salido» acaban por ser consideradas como el símbolo supremo de la mujer herida, a la vez que la penalización de los clientes se convierte en el símbolo de la justicia feminista.

Este sentido de «propiedad» que tienen muchas feministas sobre la prostitución enciende debates acerca de quién tiene derecho a hablar en tanto trabajadora sexual o en nuestro nombre. Es habitual que las comentaristas feministas contra la prostitución defiendan que las trabajadoras sexuales activistas son cómplices pagadas, tapaderas ilegítimas de sus jefes explotadores, apodadas peyorativamente como el «lobby proxeneta».⁴⁷ Cuando las trabajadoras sexuales protestaron ante el Senado francés en 2009, una personalidad política las consideró «proxenetas disfrazadas de prostitutas».⁴⁸ En 2016, la organización irlandesa en contra de la prostitución, Ruhamma, publicó por error unos correos electrónicos internos dirigidos a una estudiante de periodismo. En ellos, la presidenta ejecutiva de Ruhamma insinuaba que, si la joven periodista hacía un artículo crítico, Ruhamma podía calificarlos de «pensamiento proxeneta». Ruhamma, atrapada por el escrito, tuvo que disculparse.⁴⁹

Cuando Amnistía Internacional anunció su intención de apoyar la política de las trabajadoras sexuales, las feministas en contra de la prostitución hicieron una campaña que inundó las redes sociales con el hashtag #NoAmnistíaParaProxenetas.⁵⁰ Manipularon con Photoshop el icónico logo de Amnistía, sustituyendo la vela con un pene eyaculando sobre los lemas: «Protege el Orgasmo Masculino» y «Protege el Derecho Masculino sobre la Clase Prostituida».

La manera en la que los derechos de las trabajadoras sexuales se funden con los intereses de los hombres en la imaginación feminista hace que a las mujeres no prostitutas les resulte fácil

⁴⁷ F. Mullin, «Sorry, UK Sex Work Protesters, There's No Such Thing as a "Pimp Lobby"», *Vice*, 11 de febrero de 2015, disponible en vice.com.

⁴⁸ International Committee on the Rights of Sex Workers in Europe, «Feminism Needs Sex Workers, Sex Workers Need Feminism: Towards a Sex-Worker Inclusive Women's Rights Movement», *Intersection briefing paper*, núm. 2, marzo de 2016, disponible en sexworkeurope.org.

⁴⁹ J. Flynn, «The Church's Lingering Shadows on Sex Work in Ireland», *University Times*, 22 de abril de 2016, disponible en universitytimes.ie.

⁵⁰ Amnistía Internacional, «Global movement votes to adopt policy to protect human rights of sex workers», 11 de agosto de 2015, disponible en amnesty.org.

alejarse de nosotras. Tal y como la activista en contra de la prostitución Finn Mackay escribió: «Ya es hora de decidir en qué lado estamos, porque a la “industria sexual” con sus billones de dólares le va muy bien, no necesita nuestro apoyo y, desde luego, no necesita nuestra protección».⁵¹

Hoy la agenda en contra de la prostitución se centra en erradicar el trabajo sexual a través de sanciones más severas para los clientes. A pesar del hecho de que su movimiento se compone casi exclusivamente por quienes ya no comercian con el sexo y por quienes nunca han vendido sus servicios sexuales, el activismo en contra de la prostitución trabaja para eliminar los medios por los que *hoy en día* otras personas venden servicios sexuales. Muy pocas de ellas se verán materialmente afectadas por las políticas sobre prostitución.

La relación entre las respuestas lideradas por supervivientes, las de quienes consideran el sexo positivo, las radicales, las liberales, las libertarias, las marxistas y las punitivistas ante la prostitución están tan fracturadas como siempre. En algunos momentos, tanto las feministas en contra de la prostitución como las trabajadoras sexuales se muestran exageradas en sus opiniones, a modo de protección contra los encuentros traumáticos con sus oponentes, cada una de ellas en la creencia de que la otra es el enemigo. Los debates hostiles se centran en el carácter «forzoso» o en la «elección», en el espectro de la trata con fines sexuales y en las intersecciones de la pobreza y el patriarcado. Las pocas trabajadoras sexuales que salen a la palestra se enfrentan a presiones para que se ajusten a las narraciones que cercenan sus experiencias. Y a pesar del modo en que compartamos nuestros relatos, nuestro movimiento sigue siendo atacado por quienes disparan al hombre de paja de la puta feliz como manera de socavar nuestras políticas y hacer fracasar conversaciones más complejas. Después de todo —como sabe toda mujer— es toda una batalla conseguir que se te escuche cuando tus detractores pueden fácilmente despreciarte como una «zorra».

⁵¹ Algunos ejemplos: Alabama Whitman (@lunarfish1524) Twitter, 6:07 am., 23 de octubre de 2015; Liberation Language (30 de enero de 2014) «Amnesty International for Traffickers of Women», *Liberation Language*, liberation.language.wordpress.com; Mix, J. (19 de agosto de 2015) «On Prostitution, the Left has Taken a Right-Wing Turn», Medium (@JonahMix), medium.com.

Polis, fronteras y feministas punitivistas

Se pone un enorme énfasis en la vigilancia policial —incluyendo la vigilancia de fronteras— como la «solución» a la prostitución. Se da incluso entre gentes de izquierda. No obstante, hay que destacar lo poco que se escucha hablar *sobre* policía y fronteras en estas discusiones. Estas omisiones han llevado a la ilusión de que se pueden tratar las leyes que rigen el trabajo sexual sin ningún cuestionamiento acerca de *cómo* se aplican dichas leyes y acerca de *quiénes* van a aplicarlas. Pero las leyes no son únicamente «mensajes». Son lo que se le permite hacer a la policía en el mundo.

Las instituciones de la policía y de las fronteras pueden parecer naturales o inevitables, pero son inventos recientes. Sus formas modernas se remontan únicamente al siglo XIX y examinar su historia ilumina su presente.

En el sur de Estados Unidos, las primeras organizaciones policiales centralizadas y especializadas fueron las patrullas de esclavos, cuya principal función era atrapar y castigar a los esclavos fugados. Los historiadores de la región defienden que «deberían considerarse como precursoras de los actuales cuerpos de seguridad estadounidenses».⁵²

A principios del siglo XIX, en los estados del norte de Estados Unidos y en Reino Unido, los cuerpos profesionalizados de policía se implantaron en respuesta a una clase obrera urbana inquieta, que se organizaba contra las malas condiciones de vida y trabajo. Como explica el historiador David Whitehouse, el Estado necesitaba una forma de control sobre las pujantes masas, las protestas y las huelgas sin tener que recurrir a «enviar al ejército», con el que se arriesgaba a crear mártires de clase obrera y así radicalizar aún más al populacho.⁵³ Así pues, la policía se instituyó para infligir una violencia por lo general *no letal* y para proteger los intereses del capitalismo y del Estado. La situación hoy en día no es muy

⁵² F. Mackay, «Arguing against the industry of prostitution: Beyond the abolitionist versus sex worker binary», *Feminist Current*, 24 de junio de 2013, disponible en feministcurrent.com.

⁵³ K. B. Turner, D. Giacomassi y M. Vandiver, «Ignoring the Past: Coverage of Slavery and Slave Patrols in Criminal Justice Texts», *Journal of Criminal Justice Education*, núm. 17: 1, 2006, pp. 181-195.

diferente, cuando la policía invoca «la autorización del presidente de McDonald's para justificar la detención de los trabajadores de los restaurantes que protestaban por un aumento de sueldo».⁵⁴

Los actuales controles de inmigración son también en buena medida un producto del siglo XIX. Se basan en las ideas de la inferioridad racial propagadas por los europeos blancos para justificar la esclavitud y el colonialismo. Los refugiados judíos que llegaban a Gran Bretaña en las décadas de 1880 y 1890 fueron recibidos con una ola de antisemitismo; panfletos antisemitas defendían entonces que «en todas partes la trata de blancas [la realizan] [...] los judíos».⁵⁵ Este pánico racista condujo a la proclamación de la Ley de Extranjería de 1905, que incluyó las primeras medidas antiinmigración nítidamente modernas en Gran Bretaña.⁵⁶ En Estados Unidos, las primeras restricciones federales a la inmigración incluyen la Page Act de 1875, la Chinese Exclusion Act de 1882 y la Scott Act de 1888. Estas leyes apuntaban a los migrantes chinos, especialmente a las trabajadoras sexuales, y dedicaban ingentes recursos a tratar de distinguir a las esposas de las prostitutas.⁵⁷

Junto con el racismo, las angustias ante el sexo comercial se incrustan en las historias de los controles de inmigración. Estos controles son espacios legislativos en los que la raza y el género *coproducen* categorías racistas de exclusión: hombres de color como traficantes; mujeres de color como indefensas, seductoras, infecciosas; ambos como amenazas al organismo político de la nación.⁵⁸ Estas historias nos ayudan a ver que la violencia policial y fronteriza no son casos anómalos o la obra de unas pocas «manzanas podridas»; son algo intrínseco a estas instituciones.

El movimiento feminista debería, por lo tanto, ser escéptico ante los enfoques de la justicia de género que se basen en un refuerzo aún mayor de la policía o de los controles de inmigración.

⁵⁴ D. Whitehouse, «Origins of the police», 24 de diciembre de 2014, disponible en libcom.org.

⁵⁵ D. Rushe, «Police say they were "authorized by McDonald's" to arrest protesters, suit claims», *The Guardian*, 1 de marzo de 2017, theguardian.com.

⁵⁶ T. Hayter, *Open Borders: The Case Against Immigration Controls*, Londres, Pluto Press, 2004, p. 25.

⁵⁷ *Ibidem.*, pp. 36-43.

⁵⁸ E. Luibhéid, *Entry Denied: Controlling Sexuality at the Border*, Mineápolis (MN), University of Minnesota Press, 2002 p. 41.

Las feministas negras como Angela Davis han criticado desde hace mucho tiempo la confianza feminista en la policía y han señalado que la policía parece ser la protectora más benevolente en la imaginación de quienes *menos* encuentros tienen con ella. Para las trabajadoras sexuales y para otros grupos criminalizados y marginados, la policía no es un símbolo de protección sino una manifestación *real* del castigo y del control.

El feminismo que da la bienvenida al poder policial se llama feminismo punitivista. La socióloga Elizabeth Bernstein, una de las primeras en emplear ese término, lo usa para describir un enfoque feminista que prioriza una «agenda de ley y orden»; un desplazamiento «desde el Estado de bienestar al Estado carcelario como *el* aparato de imposición de las metas feministas». ⁵⁹ El feminismo punitivista se centra en la vigilancia policial y la criminalización como las formas clave de impartir justicia para las mujeres.

El feminismo punitivista ha adquirido popularidad incluso aunque la policía —y el sistema de justicia penal en general— sean los principales *agentes* de la violencia contra las mujeres. En Estados Unidos, los policías tienen una probabilidad desmedida de tener comportamientos violentos o abusivos con sus parejas o hijos. ⁶⁰ En el trabajo, cometen agresiones, violaciones y acosos en cantidades ingentes. ⁶¹ La agresión sexual es la segunda forma de violencia policial más denunciada en Estados Unidos (la primera es el uso excesivo de la fuerza) y los policías de servicio cometen agresiones sexuales en un porcentaje que *dobla con mucho* el de la población general de Estados Unidos. ⁶² Y estamos hablando únicamente de las agresiones que forman parte de las estadísticas: muchas nunca se atreverán a denunciar a un agresor ante sus compañeros. Mientras tanto, la naturaleza misma del trabajo policial implica infligir violencia: en los arrestos y cuando colaboran en el encarcelamiento, la vigilancia o la deportación. En 2017 se produjo un escándalo en

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ E. Bernstein, «The Sexual Politics of the “New Abolitionism”», *Differences*, núm. 18: 3, 2007, pp. 128-151. Véase también E. Bernstein, «Militarized Humanitarianism Meets Carceral Feminism: The Politics of Sex, Rights, and Freedom in Contemporary Antitrafficking Campaigns», *Signs*, núm. 36: 1, 2010, pp. 45-71.

⁶¹ M. Bianco, «One Group Has a Higher Domestic Violence Rate Than Everyone Else - And It's Not the NFL», *Mic*, 19 de diciembre de 2014, mic.com.

⁶² S. Laville, «Woman strip-searched and left naked wins damages from Met police», *The Guardian*, 14 de junio de 2015, disponible en theguardian.com.

Reino Unido cuando salió a la luz que la Metropolitan Police había detenido a una mujer por cargos de inmigración cuando había acudido a ellos como víctima de violación.⁶³ Sin embargo, para la policía es rutinario amenazar con arrestar o deportar a las trabajadoras sexuales migrantes, incluso cuando la trabajadora en cuestión haya acudido a ellos en tanto víctima de violencia.⁶⁴

El feminismo punitivista tiene mucha presencia en los debates sobre el comercio sexual. Las comentaristas feministas dictan que «debemos fortalecer el aparato policial»,⁶⁵ que la penalización es «la única manera de acabar con el comercio sexual»⁶⁶ y que la penalización puede ser relativamente «benigna».⁶⁷ La feminista en contra de la prostitución Catherine MacKinnon ha escrito incluso con aprobación ambivalente acerca de «una breve estancia en la cárcel» para las prostitutas, puesto que la cárcel puede suponer para ellas «un alivio de las calles y los proxenetas». Cita a otras feministas de la misma opinión, que defienden que «para muchas mujeres en situación de prostitución la cárcel es lo más parecido que tienen a un refugio para mujeres maltratadas» y que, «teniendo en cuenta la ausencia de cualquier otro refugio o albergue, la cárcel proporciona un amparo seguro temporal».⁶⁸

Las trabajadoras sexuales no comparten esta visión edulcorada del arresto y del encierro. Una trabajadora sexual en Noruega decía en una investigación: «Solamente llamas a la policía si crees que te vas a morir [...]. Si llamas a la policía te arriesgas a perderlo todo».⁶⁹ Todas las trabajadoras sexuales de Kirguistán, Ucrania, Siberia, Lituania, Macedonia y Bulgaria consideran a la policía, más

⁶³ D. Packman, «2010 NPMSRP Police Misconduct Statistical Report», *National Police Misconduct Reporting Project*, 5 de abril de 2011, disponible en policemisconduct.net

⁶⁴ N. Bloomer, «Woman reports rape to police - and is arrested on immigration charges», 28 de noviembre de 2017, Politics.co.uk.

⁶⁵ M. Corvid, «London's Romanian Sex Workers Are Worried That Brexit Would Screw Them», *Vice*, 2016, disponible en vice.com.

⁶⁶ J. Eigendorf y M. Neller, «Nur eine Welt ohne Prostitution ist human», *Die Welt*, 2013, disponible en welt.de.

⁶⁷ J. Bindel, «Decriminalising the sex trade will not protect its workers from abuse», *The Guardian*, 13 de julio de 2016, disponible en theguardian.com.

⁶⁸ Bindel, J., *The Pimping of Prostitution: Abolishing the Sex Work Myth*, Londres, Palgrave Macmillan, 2017.

⁶⁹ C. A. MacKinnon, «Trafficking, Prostitution, and Inequality», *Harvard Civil Rights-Civil Liberties Law Review*, núm. 46, 2011, pp. 271-309.

que cualquier otro grupo, como una amenaza a su seguridad, según la investigación de la Sex Workers' Rights Advocacy Network (SWAN).⁷⁰ En 2017, en Nueva York, una mujer llamada Yang Song fue atrapada en una operación encubierta en el salón de masajes en el que trabajaba. Acababa de ser detenida dos meses antes por prostitución y acababa de agredirla sexualmente un hombre que presumía de ser policía (aún no está claro si en realidad lo era).⁷¹ Cuando la policía volvió, con la intención de detenerla de nuevo por prostitución, ella se cayó, o saltó, o la empujaron desde la ventana de un cuarto piso. Yang Song murió.⁷²

Acerca de hablar y de ser escuchada

¿Quiénes son las prostitutas? Las ideas parecen dar bandazos entre estereotipos contradictorios, algo que quizás no sorprenda tratándose de un grupo del que se habla más de oídas que por experiencia. De la misma manera que muchas migrantes son consideradas unas vagas gorronas mientras que, a la vez, de alguna manera, se las apañan para robar los empleos de la «gente decente», a las trabajadoras sexuales se las ve simultáneamente como víctimas y cómplices, a la vez sexualmente voraces y doncellas indefensas.

Cuando nuestra sociedad trata de reconciliar estas expectativas totalmente contradictorias, se pide a las trabajadoras sexuales que fabriquen una vocera que «represente a la comunidad». Esto es imposible, de la misma manera que no podría haber una mujer «representativa» que pudiera defender en todo momento los «temas de mujeres» que se pongan sobre la mesa. Una trabajadora sexual puede no parecerse en nada a otra en su identidad, sus circunstancias, su salud y sus costumbres. Desde la madre

⁷⁰ Amnistía Internacional, «The Human Cost of “Crushing” the Market: Criminalization of Sex Work in Norway», informe, EUR/36/4024/2016, 26 de mayo de 2016, disponible en amnesty.org.

⁷¹ Sex Workers' Rights Advocacy Network (SWAN), «Arrest the Violence: Human rights abuses against sex workers in central and eastern Europe and central Asia», *Open Society Foundations*, noviembre de 2009, opensocietyfoundations.org.

⁷² E. Whitford, M. Gira Grant y R. Xiaoqing, «Family, Former Attorney of Queens Woman Who Fell to Her Death in Vice Sting Say She Was Sexually Assaulted, Pressured to Become an Informant», *The Appeal*, 15 de diciembre de 2017, disponible en theappeal.org.

soltera con un trabajo entre semana en un salón de masaje escocés hasta la joven camboyana camarera en un bar y que desea viajar a Europa, desde el grupo de trabajadoras sexuales trans negras que han formado un colectivo político en Ciudad del Cabo hasta la migrante nigeriana indocumentada que se busca la vida en las calles de Estocolmo, a lo largo del norte y del sur global, a lo largo de un espectro de edad que cubre muchas décadas, las trabajadoras sexuales son inimaginablemente diversas en raza, religión, etnia, clase, género, sexualidad y diversidad funcional. Para lograr algo así como una representación auténtica, este libro requeriría miles de autoras.

Muchas activistas del trabajo sexual se encuentran con que sus testimonios son rechazados en los espacios feministas por la razón de que, debido a que son activistas, no son representativas; porque hablan desde una perspectiva excepcional, privilegiada y anómala.⁷³ Las cuestiones acerca de si una trabajadora sexual es «representativa» se convierten en algo recurrente: en su autoproclamado interés de escuchar «a quienes no tienen voz» las activistas en contra de la prostitución sitúan a toda aquella a la que sí *pueden* escuchar como alguien que por definición ya no necesita ser escuchada. Esta no es, por supuesto, la lógica que las activistas en contra de la prostitución aplican a sus propias voces.

Las autoras de este libro ciertamente no podrían describirse como representativas de todas las personas que venden sexo. Ambas somos mujeres cis y blancas, nacidas y criadas en el norte global, trabajamos en un país en el que el trabajo sexual que ejercemos está menos penalizado, tenemos educación de clase media y el acceso al poder y el capital que esta conlleva. No es accidental que las oportunidades para hablar en televisión, publicar artículos y ser candidatas a puestos de trabajo como activista remunerada nos lleguen a nosotras o a personas como nosotras. Como en cualquier otro movimiento radical, unas pocas activistas selectas reciben a menudo una cantidad desproporcionada e

⁷³ En otras palabras, las categorías «no representativa» o «excepcional» pueden curvarse y amoldarse para acomodar a cualquiera: el único criterio es desear ser escuchada en sus propios términos. Como Alison Phipps escribe: «Para las actuales trabajadoras sexuales la condición para que sean rechazadas es simplemente el ser capaces de hablar». Véase Alison Phipps, «“You’re not representative”: Identity Politics in sex industry debates», *genders, bodies, politics*, 31 de agosto de 2015, disponible en genderate.wordpress.com

injusta de crédito por hacer el mismo trabajo que hacen junto a ellas otras trabajadoras sexuales más marginadas, que no pueden arriesgarse a hacer público su activismo.

La existencia de este libro, que está escrito en inglés y se centra en Reino Unido, donde ambas vivimos y trabajamos, ilustra por sí sola una manera en la que algunos modos de discusión están legitimados por la sociedad, al tiempo que otros no son reconocidos. En ocasiones los servicios que proporcionan y la construcción comunitaria que crean las comunidades marginadas de base pasan desapercibidos. Estas formas efímeras de resistencia pueden ser increíblemente jubilosas a la vez que salvan vidas; sus recuerdos son un valiosísimo patrimonio para un movimiento. Por otra parte, los libros, los blogs y los documentos políticos son formas de defensa que pasan con facilidad a la historia. Este libro nos ofrece una cantidad importante de espacio para explorar de manera crítica los aspectos, en ocasiones dolorosos, de las políticas del trabajo sexual, nos da un espacio y unos matices que la gente que se turna para hablar dos minutos por el megáfono en una manifestación no se puede permitir. Este libro se ha forjado desde nuestra perspectiva y nuestra perspectiva está conformada por nuestros privilegios. No obstante, hemos intentado incluir un abanico amplio de voces de trabajadoras sexuales en nuestra escritura, desde las triunfantes hasta las reflexivas, las críticas, las dolientes. Todas estas formas de discurso político son válidas.

Las trabajadoras sexuales a veces pagan un precio muy alto por su discurso político. En 2004, la activista sindical Sandra Cabrera fue tiroteada y murió en su casa en venganza por su trabajo, porque desafiaba la corrupción y la violencia policial que se ensañaba con las trabajadoras sexuales.⁷⁴ Su asesinato sigue oficialmente sin ser resuelto. Kabita Roy, una activista de un sindicato de trabajadoras sexuales en la India, fue asesinada en las oficinas del sindicato en Calcuta en 2016.⁷⁵ En enero de 2018, tres importantes activistas trabajadoras sexuales fueron asesinadas en Brasil.⁷⁶ En

⁷⁴ K. Hardy, «“If you shut up, they kill you”: Sex Worker Resistance in Argentina» en K. Hardy, S. Kingston y T. Sanders (eds) *New Sociologies of Sex Work*, Londres, Routledge, 2010, pp. 167-180.

⁷⁵ S. Ray, «Sex-workers’ rights activist’s death shrouded in mystery», *The Times of India*, 2 de noviembre de 2016, disponible en timesofindia.indiatimes.com.

⁷⁶ Revista Forum, «Denúncia: Prostitutas que defendem o reconhecimento da profissão são assassinadas em Belém», *Revista Forum*, 2018, disponible en revistaforum.com.br.

2011, las bandas criminales asesinaron a la presidenta de un sindicato de trabajadoras sexuales migrantes en Perú. La trabajadora sexual Ángela Villón Bustamante, una colega de la sindicalista asesinada, dijo: «No entra dentro de los intereses económicos de la Mafia que las trabajadoras sexuales se organicen».⁷⁷

Tampoco se distribuye equitativamente el alto precio del discurso político entre las trabajadoras sexuales. El estatus precario de las migrantes, el miedo al desahucio y a la violencia policial y la pérdida potencial de la custodia de los hijos suponen que las trabajadoras indígenas y migrantes, las que se alojan en precario y las que tienen menores a su cargo (especialmente las madres), arriesguen mucho más cuando se organizan o cuando se manifiestan que las trabajadoras sexuales que han conseguido alquileres de larga duración, que las que tienen un pasaporte o ciudadanía, o que las que no tienen hijos. Las trabajadoras sexuales cis están más seguras frente a estos peligros que las trabajadoras sexuales trans; las trabajadoras sexuales blancas están más seguras que las trabajadoras sexuales de color.

No obstante, incluso en nuestra calidad de trabajadoras sexuales con un relativo poder, demostrar que podemos hablar por nosotras mismas es a menudo una tarea agotadora. El «debate de la prostitución» está, de muchas maneras, más determinado por actores invisibles, como los profesionales de los medios de comunicación que redactan los titulares de un artículo y que eligen la foto que lo acompaña, o por los funcionarios de los gobiernos municipales que llevan a cabo actuaciones urbanísticas, que por cualquiera de quienes realmente ejercemos el oficio. Incluso las trabajadoras sexuales más privilegiadas asumen un riesgo considerable al volverse conocidas públicamente; el anonimato virtual es pues una herramienta vital para un discurso diverso. Pero este anonimato suele emplearse para desacreditarnos como perniciosas «lobbistas de la industria del sexo». Las páginas web en las que las trabajadoras sexuales se conectan de manera anónima con el público en general, entre sí y con los clientes, están siendo rápidamente desmanteladas. Cuando este libro entraba en prensa, el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, firmaba una ley que

⁷⁷ C. Havell, V. Lee, y L. Stevenson, «The Honey Bringer: Stories from Sex Worker Freedom Festival», Sex Worker Open University, vídeo, Vimeo (usuario: documentary x), 5 de enero de 2013, disponible en vimeo.com/113934399.

trataba de impedir que las trabajadoras sexuales se comunicaran online, con implicaciones desastrosas, no solamente para nuestra defensa privada y nuestra política, sino también para la seguridad y la supervivencia de las trabajadoras sexuales.⁷⁸

Escribimos este libro con plena conciencia de dónde nos situamos, pero también con la sensación de satisfacción que nos da poder ofrecer un libro sobre prostitución *escrito por prostitutas*. Sigue siendo, desgraciadamente, un acontecimiento muy excepcional. Las trabajadoras sexuales —y no las periodistas, las políticas o la policía— son las expertas en trabajo sexual. Aportamos nuestras experiencias de criminalización, violación, agresión, agresiones por parte de la pareja, abortos, enfermedades mentales, uso de drogas y violencia epistémica con nosotras, en nuestro trabajo militante y en nuestra escritura.⁷⁹ Aportamos el conocimiento que hemos desarrollado gracias a nuestra inmersión profunda en los espacios organizativos del trabajo sexual, espacios de ayuda mutua, espacios que están trabajando conjuntamente hacia la liberación colectiva. Como dos amigas que escriben juntas este libro, tratamos de visibilizar las exigencias de nuestro movimiento.

⁷⁸ La Fight Online Sex Trafficking Act (FOSTA) y la Stop Enabling Sex Traffickers Act (SESTA) son, respectivamente, los decretos del Congreso y del Senado, promulgados el 11 de abril de 2018, que criminalizan a las páginas que alojen contenidos vinculados a la trata sexual o que «conscientemente ayuden, apoyen o faciliten la trata sexual». El texto de la ley es lo bastante vago como para referirse no solamente a la publicidad de la industria del sexo sino también a las organizaciones comunitarias o a los espacios de apoyo mutuo. En el momento de escribir esto, backpage.com y otras de las principales plataformas de anuncios que posibilitaban que las trabajadoras sexuales pudieran identificar tanto a los clientes viables como a los peligrosos, se han caído. Más información disponible en survivorsagainstsesta.org/documentation.

⁷⁹ Spivak, en la estela de Foucault, emplea el término «violencia epistémica» para describir cómo se suprimen las formas mediante las cuales los pueblos oprimidos conciben y describen el mundo, obligándolos así a usar los conceptos y el lenguaje de los opresores. Ella hablaba concretamente de los sujetos colonizados, pero su concepto se puede aplicar perfectamente a las trabajadoras sexuales y a las mujeres en general. Véase G. C. Spivak, «Can the Subaltern speak?» en C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Chicago (IL), University of Illinois Press, 1988, pp. 271-313. Véase también M. Fricker, «Epistemic Justice as a Condition of Political Freedom?», *Synthese*, núm. 190:7, 2013, pp. 1317-1332.

El hombre responsable de la matanza de Thika, Kenia, fue detenido en 2010. Confesó y afirmó que habría seguido matando hasta llegar a 100 prostitutas: «Conseguí 17 y aún me quedaban otras 83».⁸⁰ Aisha, una trabajadora sexual de Thika, que junto con sus amigas había protestado en la calle durante los días aterradoros antes de que fuera detenido, dice: «Queríamos que la gente supiera que nos llamamos trabajadoras sexuales porque este es el pan del que nuestras familias dependen». Incluso ante una vulnerabilidad tan abrumadora, se identificaron abiertamente como trabajadoras sexuales por primera vez en público, con unas camisetas de un rojo brillante y cantando a pleno pulmón.⁸¹ Como señalaba una trabajadora sexual que asistió a la protesta: «La comunidad debe saber que existimos. Y que no hay vuelta atrás».⁸²

⁸⁰ Nation Team, «I still have 83 more women to kill», *Daily Nation*, 9 de junio de 2010, disponible en nation.co.ke.

⁸¹ M Haron, «Sex Workers Protest Raw Footage in Thika», video, YouTube (usuario: Musa Haron), 20 de septiembre de 2012, disponible en youtube.com/watch?v=gNImWNzPDHY.

⁸² Mgbako, *To Live Freely*, *op. cit.* p. 195.

1. Sexo

EL SEXO NOS PRODUCE ANGUSTIA. Para nosotras, en tanto mujeres, el sexo puede ser tanto un lugar de trauma —o de compromiso incómodo— como un lugar de gozo e intimidad. Las conversaciones feministas acerca del trabajo sexual a menudo parecen discusiones entre quienes tienen una actitud «positiva» hacia el sexo y quienes tienen una actitud «negativa». En este capítulo examinaremos las razones de esto. No tenemos el menor interés en posicionarnos nosotras mismas en este terreno. En lugar de ello, afirmamos el derecho de toda mujer a ser «ambivalente respecto al sexo». Dicho esto, el odio hacia las trabajadoras sexuales se arraiga en unas ideas muy antiguas y misóginas acerca del sexo. Entender estas reacciones viscerales de desagrado es un punto de partida clave para entender todo tipo de cosas acerca de la prostitución, incluyendo el derecho penal.

¿Es malo el sexo?

A la gente le preocupa la dimensión sexual del trabajo sexual. Esta angustia se manifiesta en ideas sobre la degradación corporal y sobre la amenaza que las trabajadoras sexuales plantean en tanto vector de dicha degradación. La prostituta es vista como una propagadora de enfermedades, asociada con la putrefacción y la muerte. Se nos ve tanto como a quienes alejan la corrupción

de la sociedad (un médico francés del siglo XIX hablaba del «drenaje seminal»),¹ que como una fuente de contaminación, enfermedad y muerte por derecho propio.² *Putá*, la palabra en español para prostituta, se vincula a la palabra inglesa *putrid*.³ Otra inquietud es que practicar sexo (o practicar sexo de manera equivocada —demasiado, con la persona equivocada o por las razones equivocadas) lleva consigo algún tipo de *pérdida*—. A menudo, las ideas contradictorias acerca del sexo y estas amenazas o pérdidas viscerales interactúan en las descripciones culturales de la trabajadora sexual, componiendo una figura a la que Melissa Gira Grant ha llamado «la prostituta imaginaria».⁴

A veces la relación entre esas ideas es obvia. Para la sociedad victoriana, la «pérdida de la virginidad» suponía arriesgarse a la ruina y a padecer una muerte horrible por sífilis. La mujer arruinada se reconfigura como un agente de destrucción, que esparce la enfermedad a su paso. A veces la pérdida es un declive espiritual que ella provoca en los demás; en 1870, por ejemplo, el periodista William Acton escribía que las prostitutas eran «sacerdotisas de pasiones malvadas [que] no solamente sacian el deseo sino que también lo despiertan [y que] suscitan pensamientos y deseos impuros que, de otra manera, podrían no haberse desarrollado».⁵ En *The Whore's Last Shift* («El último turno de la ramera»), un lienzo de 1779 de James Gillray, una trágica figura de una mujer desnuda y profusamente maquillada, con el cabello recogido sobre la nuca, lava a mano, en una palangana rota, su manchado vestido blanco —de torpe simbolismo— en una habitación infecta.

¹ A. Corbin, *Women for Hire: Prostitution and Sexuality in France After 1850*, trad. A. Sheridan, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1990, p. 53.

² A. Corbin, «Commercial Sexuality in Nineteenth-Century France: A System of Images and Regulations», *Representations*, núm. 14, 1986, pp. 209-219.

³ En la mayor parte de los idiomas procedentes del latín se usa una variante de *puta* (español) como *putain* (francés) o *puttana* (italiano) para referirse a prostituta, evocando el término latino *putida* («podrido o maloliente», que nos ha dado vocablos como pútrido) conectando así con una larga tradición europea de asociar a las trabajadoras sexuales con desagües o alcantarillas. D. Hopkins, «Latin and Late Latin puta “Concubine, Sexual Sleeping Partner”, and Old French Pute», *Romance Notes*, núm. 45: 1, 2004, pp. 3-10.

⁴ M. Gira Grant, *Playing the Whore*, Londres, Verso Books, 2014.

⁵ W. Acton, *Prostitution, Considered in Its Moral, Social and Sanitary Aspects*, Oxford, Routledge, 1972 [1870], p. 166.

Las actitudes frente a la prostituta imaginaria pueden leerse en contexto con la paradoja más conocida que envuelve una parte específica del cuerpo. Fea, dada de sí, hedionda, sucia, potencialmente infectada, deseable, misteriosa, seductora —la ambivalencia del patriarcado ante la vagina está ya muy arraigada y tiene mucho que ver con las actitudes ante el trabajo sexual—. Por una parte, el atractivo de la vagina es una amenaza; se la ve como un lugar en el que un pene puede arriesgarse a encontrar las huellas de otro hombre o un juego completo de dientes desgarradores. Al mismo tiempo se entiende como una parte del cuerpo esencialmente sumisa, que debe ser «forzada» para que pueda acceder a la madurez sexual. La idea de la vagina como algo fundamentalmente peligroso o patético se potencia en parte por una arraigada percepción feminista del acto sexual de la penetración como un indicativo de sometimiento.⁶

En el siglo XIX, la Contagious Diseases Act [Ley de enfermedades contagiosas] otorgó a la policía la facultad de someter a cualquier persona sospechosa de prostitución a un examen pélvico forzoso con un espéculo, un artefacto, aún en uso, inventado por un médico a quien el contacto ginecológico le parecía repulsivo y que adquiría a mujeres negras esclavas para experimentar con el aparato.⁷ En Londres, en 1893, Cesare Lombroso estudió los cuerpos de las mujeres de las «clases peligrosas», en su mayoría prostitutas y otras mujeres de clase obrera y de las mujeres de color, describiendo a todas ellas como «primitivas». Afirmaba que las prostitutas experimentaban un crecimiento exagerado del vello púbico, hipertrofia del clítoris y una distensión permanente de los labios mayores y la vagina. Claramente pensaba que sus actividades contra natura y sus cuerpos contra natura eran dos caras de la misma moneda.⁸ Para Lombroso, la degradación social y moral que estas mujeres representaban se hacía legible en sus cuerpos físicos.

⁶ I. Kraus,, «Can the vagina be a work tool?», *Scientists For A World Without Prostitution*, 3 de diciembre de 2017, disponible en trauma-and-prostitution.eu.

⁷ R. Eveleth, «Why No One Can Design a Better Speculum», *The Atlantic*, 17 de noviembre de 2014, disponible en theatlantic.com.

⁸ C. Lombroso y G. Ferrero, *Criminal Woman, the Prostitute, and the Normal Woman*, Durham (NC), Duke University Press, 2004 [1893].

Una novela de 1880 describe a una trabajadora sexual como «un cubo lleno de carne pútrida», y continúa: «Era como si el veneno que ella había cogido de los gases que emanaban de las carcasas que fermentaban a la vera de los caminos, capaces de envenenar a todo un pueblo, se le hubiera subido a la cara y la hubiera podrido».⁹ El cuerpo de la prostituta sale para dañar a los inocentes: ella «lleva la contaminación y el hedor a cada barrio» allí por donde «[ella] se arrastra [...] y no se toman precauciones [...] la mitad de la juventud se envenena».¹⁰

Durante la Segunda Guerra Mundial, la prostituta portadora de enfermedades encarnaba la imagen del arma biológica secreta del enemigo. Los carteles la describían como la arquetípica *femme fatale* —con un cigarrillo entre sus labios pintados, un vestido ajustado y una sonrisa malvada— con lemas que advertían de que ella y otras relaciones pasajeras eran peligrosas: trampas, armas cargadas, «francotiradoras de bar», agentes del Eje, enemigas de las fuerzas aliadas y amigas de Hitler.¹¹

Estas cuestiones sobre la duplicidad del cuerpo sexualizado también surgen en torno a las personas queer y no binarias. Las mujeres trans a menudo son interrogadas acerca de su estatus «biológico»: una exigencia que a menudo revela una obsesión focalizada en sus genitales. Una mujer trans es un objeto constante de acoso público: si se la lee como trans se la considera tan amenazadora como un hombre, se le acusa de colarse en los baños públicos para cometer violencias sexuales.¹² Y, a la inversa, si puede pasar por cisgénero, se la considera peligrosa, capaz de «engañar» a alguien para que tenga relaciones sexuales con ella sin caer en la cuenta.¹³

⁹ E. Zola, *Nana*, París, Charpentier, 1880.

¹⁰ Acton, *Prostitution, Considered...*, *op. cit.*

¹¹ M. Schneider, «There's No Medicine for Regret: Incredibly Misogynist Venereal Disease Posters from WWII», *Dangerous Minds*, 26 de febrero de 2015, disponible en dangerousminds.net

¹² M. Gira Grant, «Who Birthed The Anti-Trans Bathroom Panic?», *Pacific Standard*, 22 de marzo de 2016, disponible en psmag.com.

¹³ El antagonismo que estos temas suscitan se duplica cuando se trata de una mujer trans que vende servicios sexuales. La trabajadora sexual Jennifer Laude fue asesinada por un marine de los Estados Unidos en Filipinas y, en este caso, la «defensa del pánico trans» le redujo la sentencia por asesinato en veintisiete años. El jurado escuchó que el asesino se había sentido como «violado» cuando había descubierto el pene de Laude y que había sido una víctima de su engaño. Véase

Los hombres homosexuales también han sido percibidos históricamente a través de estas lentes de desconfianza. El teórico queer Leo Bersani defiende que los hombres homosexuales provocan el mismo conjunto de miedos que las prostitutas han encarnado desde siempre: una persona que bien podría «volver» inmorales a los hombres decentes o destruirlos. La crisis del VIH aportó una virulencia renovada a estos temores homofóbicos. Un investigador del VIH escribió en el momento de la epidemia que «esta gente practica el sexo entre veinte y treinta veces en una noche. [...] Un hombre pasa de año en año y, en una sola noche, puede actuar como un mosquito transfiriendo las células infectadas de su pene».¹⁴ Estos miedos acerca de los hombres homosexuales, en tanto malévolos e imprudentes, persisten aún hoy. Un grupo de odio cristiano, que trabaja contra «la propaganda sodomita y homosexualista», fue invitado a Naciones Unidas en 2017 y una escritora feminista ha descrito recientemente a un trabajador sexual VIH positivo como «propagador del SIDA».¹⁵

Que se te asocie con la prostitución implica una pérdida moral. En 1910, en Estados Unidos, el fiscal del distrito Edwin Sim escribía que «la característica que distinguía la trata de blancas de la inmoralidad [...] es que las mujeres que son víctimas de esa trata están obligadas en contra de su voluntad a vivir una vida inmoral».¹⁶ Esta creencia —que ser una trabajadora sexual es vivir una «vida inmoral»— se ha perpetuado. Mark Lagon, que coordinaba las labores en contra de la prostitución del Departamento de Estado de Estados Unidos durante el gobierno de George W. Bush (y que después dirigió la mayor organización en contra de la trata de Estados Unidos) escribía en 2009 que las mujeres que venden sexo llevan «vidas desagradables e inmorales» por eso no debería «culpárseles» simplemente porque «puede que no tengan otra opción».¹⁷

M. Talusan, «Jennifer Laude's death would've caused an outcry - if she wasn't transgender», *The Guardian*, 28 de julio de 2015, disponible en theguardian.com.

¹⁴ L. Bersani, «Is the Rectum a Grave?», *October*, núm. 43, invierno de 1987, pp. 197-222.

¹⁵ S. Berg, «Dead Rentboys tell no tales», *Feminist Current*, 1 de septiembre de 2015, disponible en feministcurrent.com.

¹⁶ J. Doezema, *Sex Slaves and Discourse Masters: The Construction of Trafficking*, Nueva York, Zed Books, 2010, p. 18.

¹⁷ Feminist Whore, «Anti-Sex-Trafficking Dude Calls Prostitutes "Nasty, Immoral" - Prostitute Not Shocked», *Feminist Whore*, 14 de diciembre de 2009, disponible en feministwhore.wordpress.com.

En la década de 2000, el blog *Diary of a London Call Girl*, escrito por una escort y blogger anónima bajo el pseudónimo Belle de Jour supuso un éxito arrollador, lo que desembocó en un libro y en un programa de televisión. Después de que se descubriera en 2009 que su autora era la investigadora Brooke Magnanti, la prensa, como lo había hecho antes Lombroso, intentó leer su supuesta carencia moral en su cuerpo físico: «Examino la cara [de Magnanti] sin saber exactamente qué estoy buscando [...]. Unos ojos inertes, quizás [...] o algo lúgubre y duro en torno a su boca».¹⁸ Se considera que el trabajo sexual, categorizado como el tipo erróneo de sexo, te arrebató algo, la vida de tus ojos. En su pérdida imaginada, los ojos de la prensa transforman a Magnanti en una mujer amenazadora, endurecida.

Este supuesto exceso sexual, y la pérdida que lo acompaña, define a la prostituta como a la «otra». La mujer «buena», por otro lado, se define por su blancura, su clase y su «apropiada» modestia sexual, ya sea virginal o maternal. Las campañas a favor del sufragio para las mujeres a finales del siglo XIX y principios del siglo XX ahondaban en la conexión entre los cuerpos y el honor de las mujeres, y el honor y el cuerpo político de la nación. Estas campañas estaban vinculadas estrechamente con los esfuerzos por abordar la prostitución; las sufragistas británicas se dedicaban a una labor en contra de la prostitución «a beneficio» de las mujeres de la India colonizada para defender el argumento de que la liberación de las mujeres británicas «purificaría el Estado nación imperial».¹⁹

Esta impresión de que las personas (especialmente las mujeres) sufren un cambio y se degradan a través del sexo también aparece en el pensamiento feminista contemporáneo sobre la prostitución. Dominique Roe-Sepowitz, que dirige un programa de derivación para trabajadoras sexuales detenidas en Arizona, defiende que «una vez que te has prostituido, no puedes no suponer haberte prostituido nunca. [...] Haber tenido tantos órganos corporales en tus órganos corporales, haber tenido tantos fluidos corporales junto a ti y haber hecho cosas que son desquiciantes

¹⁸ I. Knight, «I'm Belle de Jour», *The Times*, 15 de noviembre de 2009, disponible en thetimes.co.uk.

¹⁹ A. Burton, *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1994, p. 129.

y raras realmente afecta a tus ideas de lo que debe ser una relación así como a la intimidad».²⁰ Las trabajadoras sexuales que pasaban por ese programa tenían que abstenerse no solamente de practicar sexo transaccional sino también de practicar sexo con una pareja.²¹

En los siglos XVIII, XIX e incluso en el siglo XX eran habituales las respuestas todavía más punitivas. Órdenes religiosas de monjas en todo el mundo dirigían asilos y lavanderías para «mujeres deshonoradas» —prostitutas, madres solteras y otras mujeres cuyas sexualidades incomodaban a sus comunidades—. ²² Las condiciones en estas «lavanderías de la Magdalena» eran, por decirlo de un modo suave, primitivas y a menudo brutales; incluso en el siglo XX a las mujeres se las podía encerrar dentro de una de ellas durante toda su vida, encarceladas sin juicio por el «delito moral» de haber practicado sexo sin estar casadas. Muchas mujeres y sus hijos murieron por negligencia o por exceso de trabajo y fueron enterradas en fosas comunes. En Tuam, Irlanda, entre 1925 y 1961, 796 niños y niñas fueron enterrados en secreto en una fosa séptica.²³ La última lavandería de la Magdalena de Irlanda no cerró hasta 1996.

Las monjas irlandesas que dirigían las lavanderías de la Magdalena no desaparecieron.²⁴ En vez de ello montaron la organización contra la prostitución Ruhama, que se ha convertido en una fuerza importante en las campañas por la criminalización del trabajo sexual en Irlanda, y que ahora adorna su trabajo con un lenguaje feminista.²⁵ Las Hermanas del Buen Pastor y las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad continúan ganando dinero

²⁰ M. Gira Grant, «“I Have a Right to My Own Body”: How Project ROSE Tries to “Save” Sex Workers», *Rewire*, 14 de marzo de 2014, disponible en rewire.news.

²¹ O. Davis, «Don't Be A Hero», *The New Inquiry*, 10 de noviembre de 2016, disponible en thenewinquiry.com.

²² F. Finnegan, *Do Penance or Perish: Magdalen Asylums in Ireland*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

²³ C. Ryan, «Irish Church's Forgotten Victims Take Case to U.N.», *The New York Times*, 25 de mayo de 2011, disponible en nytimes.com.

²⁴ P. McGarry, «Laundry orders run sex workers' aid group», *The Irish Times*, 25 de junio de 2011, disponible en irishtimes.com.

²⁵ Good Shepherd Sisters Ireland, «Pre-Budget 2014 Submission Focus on Prostitution and Human Trafficking», *Good Shepherd Sisters*, 3 de octubre de 2013, p. 2, disponible en goodshpheristers.com.

con las propiedades inmobiliarias que albergaban las lavanderías de la Magdalena, al tiempo que se dedican a obstaculizar los intentos de las supervivientes para documentar o para atribuir responsabilidades por los abusos que tuvieron lugar allí, al tiempo que se niegan a contribuir a los planes de compensación para las supervivientes.²⁶ Hay una línea directa entre estas órdenes religiosas y la política supuestamente feminista sobre la prostitución adoptada por Irlanda en 2016 (véase capítulo 7).²⁷

Los tropos acerca del cuerpo de la prostituta como portador de destrucción vía transmisión sexual son recurrentes en espacios ostensiblemente progresistas, como es el caso cuando una organización en contra de la prostitución reutiliza los carteles de salud pública de la época de la Segunda Guerra Mundial, o como cuando una destacada activista en contra de la prostitución les dice a las defensoras de los derechos de las trabajadoras sexuales que más vale que se «pudran en pozos infectados de VIH».²⁸ Las trabajadoras sexuales viven estas conversaciones como algo cargado de desprecio misógino, como un ritual de humillación política en el que nuestros cuerpos quedan ahí expuestos a los comentarios. Cuando nos defendemos, nuestra resistencia escandaliza a las feministas no prostitutas, que se aferran a nuestra obstinación, como si esta fuera la prueba de que adoramos la industria del sexo y de que adoramos vender sexo a los hombres, que estamos ahí para corromper y que odiamos al resto de las mujeres.

²⁶ C. Ryan, «Penance for a Sorry Past», *Irish Examiner*, 5 de julio de 2011, disponible en irishexaminer.com; N. O'Sullivan, «Magdalene compensation snub is "rejection of Laundry women"», *The Irish Post*, 2 de agosto de 2013, disponible en irishpost.com.

²⁷ Ruhama, «Turn Off the Red Light», folleto, disponible en ruhama.ie/advocacy-awareness-campaigns-and-media/campaigns/turn-off-the-red-light (consultado el 26 de junio de 2018).

²⁸ Scottish Coalition Against Commercial Sexual Exploitation, «*There's no medicine for regret*», reproducción de póster, 9 de septiembre de 2011; Facebook (grupo: Scottish Coalition Against Commercial Sexual Exploitation), 9 de septiembre de 2011; Ellen Grogan, citada por FeministWhore (@FemWho), Twitter, 5:23 am, 26 de noviembre de 2015: «We don't wanna criminalize sellers, but these ppl r "pimps" and should "rot in HIV infected pits"» #FEMINISM YAY [«No queremos criminalizar a quien vende, pero esta gente son "proxenetas" y debería "pudrirse en pozos infectados de SIDA"»].

Mirad, por ejemplo, cómo una persona que comenta en Mumsnet, el foro de crianza más popular de Gran Bretaña, se dirige a otra persona de su comunidad:

Vosotras las putas mimáis a los hombres, mináis a las mujeres, nos robáis los maridos, propagáis la enfermedad, sois una amenaza constante a la sociedad y a la moral. ¿Cómo se va a juzgar a las mujeres por su intelecto cuando las putas ganan dinero vendiendo sus cuerpos? [...] Lo que hacéis es asqueroso, dejando que los hombres os eyaculen en la cara. Sucias y malas.²⁹

Las académicas noruegas Cecilie Høigård y Liv Finstad han escrito que la vagina de una trabajadora sexual es «un cubo de basura en el que eyaculan hordas de hombres anónimos».³⁰ Una vez fuimos testigo de cómo se le preguntaba a una trabajadora sexual en un debate feminista online:

¿Cuál es el estado de tu recto y de la pared fibrosa entre el recto y tu vagina? ¿Tienes problemas de prolapso? ¿Incontinencia? ¿Falta de control? Es posible que descubras que tus cosas van a empezar a descolgarse cuando seas algo más mayor. ¿Tienes capacidad de llegar al orgasmo? ¿Tienes pesadillas?³¹

Estas preguntas y comentarios se reciben como algo muy distinto a la sororidad. A las trabajadoras sexuales ni nos consuela ni nos anima ser conscientes de que esas comparaciones entre nosotras y los retretes, las barras de pan, la carne, los perros o los robots forman todas parte de un proyecto que aparentemente es más importante que nuestra dignidad.³² Las mujeres feministas

²⁹ Comentario de Elisabeth Alice, «How do you feel about prostitution?», 11 de noviembre de 2010, disponible en [Mumsnet.com/Talk/relationships/1080476-How-do-you-feel-about-prostitution](https://www.mumsnet.com/Talk/relationships/1080476-How-do-you-feel-about-prostitution).

³⁰ C. Høigård y L. Finstad, *Backstreets: Prostitution, Money, and Love*, Cambridge, Polity Press, 1992.

³¹ Comentario de Mary Smith en M. Murphy, «Femen was founded and is controlled by a man. Exactly zero people are surprised», *Feminist Current*, 4 de septiembre de 2013, disponible en [feministcurrent.com](https://www.feministcurrent.com).

³² J. Moore, «NWC2013: write-up & some opinions», *Uncharted Worlds*, 22 de diciembre de 2013, disponible en [uncharted-worlds.org](https://www.uncharted-worlds.org); Anónimo, citado por @desiredthings, Twitter, 12 de agosto de 2015: «@EavesCharity We are made into sub-human sexual goods, buying the prostituted is like buying a loaf of bread»

nos describen como «cosas» de las que alguien puede adquirir una «licencia de un solo uso para penetrar».³³ Con delectación se remiten a la «lefa» que supuestamente nos hemos encontrado y a nuestros «orificios» y nos dicen que nos limitemos a seguir «mamando y follando» y que dejemos los debates de política feminista a «aquellas entre nosotras que han leído los hechos».³⁴ A las trabajadoras sexuales se les asocia con el sexo y que te asocien con el sexo es convertirte en prescindible.

Como escribe Jo Doezema, dentro del feminismo en contra de la prostitución:

El eco [...] de lo pornográfico es notable. La prostituta no solo carece de... [...] ella misma es carencia. Lo que estas feministas quieren sobre todo de las trabajadoras sexuales es que cierren sus agujeros —que cierren la boca, que crucen las piernas— para evitar que absorbán y esparzan sustancias y palabras que les parecen nocivas.³⁵

[«Se nos convierte en mercancía sexual infrahumana; comprar a la prostituida es como comprar una barra de pan»]; Caitlin Roper (@caitlin_rop), Twitter, 1:04 pm, 12 de agosto de 2015: «Difference between working at McDonalds and prostitution is in prostitution you're the meat #sexworkWA» [«La diferencia entre trabajar en el MacDonaldis y la prostitución es que en la prostitución tú eres la carne»]; Object! (@ObjectUK) Twitter, 1:00 pm, 18 de mayo de 2018: «Does it strike you as odd that, particularly in regards to pornography, a dog has more rights than a woman? There are things one can do to a woman which would land one in prison if you did it to a dog» [«¿No te resulta raro que, especialmente en lo que se refiere a la pornografía, un perro tenga más derechos que una mujer? Hay cosas que se pueden hacer a una mujer que te llevarían a la cárcel si se las hicieras a un perro.»]; véase también la Campaign Against Sex Robots, en campaignagainstsexrobots.org.

³³ S. Ditung, «Why we shouldn't rebrand prostitution as "sex work"», *New Statesman*, 1 de diciembre de 2014, disponible en newstatesman.com.

³⁴ Glosswitch (@glosswitch) Twitter, 4:46 pm, 14 de octubre de 2014: «@CCriado Perez @sarahditum You "absorb" the nuance in the jizz» [«Te has "tragado" los matices con la lefa»]; Lewis, H. (@helenlewis) Twitter, 5 de mayo de 2014: «@MFrancisCerrah I did think that was not the most appropriate title! "Orifices for sale" was presumably vetoed by the TV Times» [«No creo que fuera el título más adecuado. Se supone que "Orificios en venta" fue vetado por el TV Times»]; S. Devlin (@JerikoGenie) Twitter, 9 de agosto de 2015: «@LoriAdorable poppet. Leave the hair splitting to those of us who read the facts as opposed to sucking & fucking all day #ICM2015 @hrw» [«Deja las sutilezas para quienes como nosotras leemos los hechos en lugar de mamar y follar todo el día»].

³⁵ J. Doezema, *Sex Slaves and Discourse Masters: The Construction of Trafficking*, Nueva York, Zed Books, 2010, pp. 137-138.

En ocasiones las pullas feministas son algo más sutiles que llamarnos «agujeros», y estas respuestas tienen mucho en común con las maneras en las que la sociedad victoriana disciplinaba a las prostitutas para que se conformaran a los modos «apropiados» de femineidad y continencia sexual. Artículos contemporáneos vinculan a las trabajadoras sexuales con prácticas «triviales» codificadas como femeninas, como la moda, las compras y los *selfies*, o se burlan de los debates sobre «empoderamiento» de las trabajadoras sexuales.³⁶ En un artículo en el que expresaba sus objeciones feministas al comercio sexual, una periodista escribe que las mujeres jóvenes que «visten como fulanas» con «falditas» se merecen que no se les tome en serio.³⁷ Rechazar a una mujer debido a su apariencia es pura y simple misoginia, basada en la idea de que las mujeres que encarnan un tipo concreto de femineidad son estúpidas, superficiales o inferiores de algún modo. La atención sobre las frivolidades femeninas se basa en las descripciones de la prostituta como desviada y degradada en su femineidad rampante, obsesionada con los artículos de lujo y con el sexo. A través de esta lente, es fácil para las feministas no prostitutas retratar a las trabajadoras sexuales como carentes de toda formación política.³⁸ (De hecho, es muy posible que cualquier reseña de este libro informe de que nosotras defendemos que la industria del sexo *empodera* y que nos conduce, posiblemente, a comprar zapatos).

El sexo, en estos debates, se coloca intrínsecamente como algo demasiado especial como para ser vendido, algo íntimo reservado a las relaciones importantes. Implícita en esta idea está la impresión de que el sexo es una sustancia volátil para las mujeres y que debe ser controlado o legitimado mediante una conexión emocional. Una joven feminista, por ejemplo, escribe con rechazo que el trabajo sexual está cada vez más aceptado entre el resto de jóvenes feministas debido a la «cultura del ligue», añadiendo: «Estos días

³⁶ J. Megarry, «#FreetheNipple or #FreeMaleDesire? Has social media really been good for feminism?» *Feminist Current*, 20 de abril de 2015, disponible en feministcurrent.com; H. Freeman, «From shopping to naked selfies: How “empowerment” lost its meaning», *The Guardian*, 19 de abril de 2016, disponible en theguardian.com.

³⁷ J. Turner, «Millennial women are too quick to shame men», *The Times*, 28 de octubre de 2017, disponible en thetimes.co.uk.

³⁸ D. Cameron, «Minding our language», 2014, disponible en troubleandstrife.org.

es una idea anticuada, casi pacata, tal vez, creer que el sexo es algo [...] inherentemente vinculado a tus emociones o necesariamente íntimo». ³⁹ Sin embargo, para mucha gente, el sexo puede de hecho ser un entretenimiento, algo informal o, en cierta medida, «sin sentido». El significado y el fin del sexo varía enormemente según los contextos diferentes de diferentes personas o en momentos diferentes de sus vidas. La idea de que el sexo es *siempre* especial de manera *intrínseca* se vuelve en contra de las mujeres, a las que se las achaca, de manera desproporcionada, haber perdido algo cuando practican sexo de manera «demasiado informal». ⁴⁰ No es una coincidencia que los hombres que comercian con el sexo no sean el blanco de preocupaciones de ese mismo tipo. A los hombres se les supone capaces de practicar sexo informal, sin sentido o transaccional con mucho menos riesgo para su «yo esencial». ⁴¹

En Reino Unido, a las mujeres «rescatadas de los burdeles» aún se les envía a vivir con monjas. ⁴² Las mujeres más deshonoradas son enviadas a «restaurar su dignidad» con las mujeres más castas. A las mujeres «apartadas» del comercio sexual en el siglo XXI se les enseña mayoritariamente formas de empleo tradicionalmente «femeninas», especialmente corte y confección,

³⁹ S. Fletcher, comentario en C. Bodenner, «The Divide Over Prostitution on the Feminist Left», *The Atlantic*, 26 de febrero de 2016, disponible en theatlantic.com.

⁴⁰ Jay Levy cita a miembros de la Stockholm Prostitution Unit que señalan que el trauma es un *requisito previo* para convertirse en trabajadora sexual: «Has sido violada, y entonces algo se ha destruido en tu interior y entonces ya puedes empezar a vender sexo». Véase Jay Levy, *Criminalising the Purchase of Sex: Lessons from Sweden*, Oxford, Routledge, 2015, p. 70.

⁴¹ Aunque los criterios sexuales misóginos no se les aplican a los trabajadores sexuales varones, la violencia homófoba —procedente de sus clientes y de los agentes estatales— les afecta enormemente. Mientras que los hombres que venden servicios sexuales a otros hombres son estigmatizados y criminalizados en todo el mundo, los ojos de los movimientos globales en contra de la prostitución raramente se abren a sus experiencias. El activista y trabajador sexual keniano John Mathenge habla de esta sensación de abandono: «Los trabajadores sexuales varones morían en silencio, como si no fueran nada. Enterrábamos gente cada mes. En una semana enterramos a cuatro trabajadores sexuales varones. Enterrábamos a gente más joven que yo, gente con veinte años o menos, y empecé a preguntarme, ¿voy a morir yo también? [...] El silencio nos estaba matando. [...] Que la comunidad pueda ver a los hombres trabajadores sexuales». C. A. Mgbajo, *To Live Freely in this World: Sex Worker Activism in Africa*, Nueva York, NYU Press, 2016, p. 146.

⁴² T. Kington, «Nuns help rescue trafficked prostitutes in new police operation», *The Telegraph*, 11 de abril de 2014, disponible en telegraph.co.uk.

pero también pastelería, fabricación de velas y joyería.⁴³ Los emblemas de pureza son habituales en la joyería que se produce en estos proyectos.⁴⁴

¿Es bueno el sexo?

En este contexto, en el que el sexo representa pérdida, amenaza y degradación corporal, no es extraño que algunas trabajadoras sexuales —y algunas de las personas que nos apoyan— hayan respondido enfatizando el *valor* del sexo. El trabajo sexual, conceden, es sexo, pero el sexo es, de hecho, algo bueno. Al estar de acuerdo con que el trabajo sexual es sexo, colocan el sexo comercial en una categoría junto a otros tipos de sexo que tradicionalmente han sido considerados «malos» o degradantes, por ejemplo, el sexo queer o las mujeres que practican sexo con independencia de si tienen o no una relación. Estas personas responden a esos relatos que asocian una degradación corporal o moral con «los tipos de sexo equivocados», afirmando en su lugar que el placer sexual es un bien personal y social. Argumentan que el trabajo sexual es una aventura y una experiencia satisfactoria y apasionante para la trabajadora.

Estas políticas nos son familiares en otros contextos. Por ejemplo, Jeannie Ludlow, una defensora del derecho al aborto, señala que, en las argumentaciones a favor de la libre elección, hay una «jerarquía de relatos de aborto» y una categoría de «cosas que no podemos decir»:⁴⁵

⁴³ A. E. Moore, «From brothel to sweatshop? Questions on labour trafficking in Cambodia», *Open Democracy*, 1 de abril de 2015, disponible en opendemocracy.net; A. Greig, «What Can I Do?», *Moral Revolution*, moralrevolution.com (consultado el 26 de junio de 2018); véase *Escape to Peace*, disponible en escapetopeace.org; véase *The Butterfly Project*, disponible en butterfly-projectjewelry.org; S. Boffa, «7 Jewelry Brands Giving Hope To Survivors Of Human Trafficking», *The Good Trade*, 2017, disponible en thegoodtrade.com; Simply Liv & Co., «17 Brands That Fight Human Trafficking», 19 de diciembre de 2016, disponible en simplylivandco.com.

⁴⁴ Un negocio se define a sí mismo como «EMPOWERMENT & High End Jewelry Company», *Purity & Majesty*, disponible en puritymajesty.com.

⁴⁵ J. Ludlow, «The Things We Cannot Say: Witnessing the Traumatization of Abortion in the United States», *WSQ: Women's Studies Quarterly*, núm. 36: 1 y 2, 2008, pp. 28-41.

Hay un hiato político y social construido entre lo que experimentamos en nuestras clínicas y cómo hablamos de estas experiencias en público. Cuando empecé a señalar esta brecha en mis propios discursos sobre el aborto, me di cuenta de que se había construido en parte por una necesidad política. Me resistía a cerrar esa brecha por miedo a estar, como me dijo acusadoramente una colega de la academia, «dando carnaza al otro bando».⁴⁶

Esta «postura defensiva» conduce a un énfasis en las historias sobre el aborto que se consideran «hiper merecedoras», como por ejemplo cuando es un embarazo producto de una violación. Y, en respuesta a los relatos de llanto y arrepentimiento contra la libre elección, tenemos escritos feministas que describen un aborto como «el día más feliz de mi vida».⁴⁷ De la misma manera, es fácil encontrar a trabajadoras sexuales que afirman, «Me encanta el sexo. Es la hostia».⁴⁸ Las trabajadoras sexuales que se apartan demasiado de esta línea temen que se les diga que sus relatos «dan munición a quienes se oponen al trabajo sexual».⁴⁹

Las defensoras de la postura de que el sexo es «positivo» adquirieron un impulso adicional a principios de la década de 2000 por el movimiento bloguero que surgió durante el gobierno de George W. Bush. El gobierno de Estados Unidos estaba propagando entonces políticas caricaturescas y erróneas sobre la anticoncepción, la educación sexual, la juventud LGTBQ y la salud reproductiva y sexual. Como respuesta, las blogueras progresistas y feministas se volcaron especialmente en producir información no sesgada sobre el sexo y la salud sexual y defendieron el placer, la masturbación, el sexo no normativo y el sexo fuera del matrimonio. La accesibilidad cada vez mayor y el carácter cada vez más atractivo de las tecnologías para componer blogs hicieron posible que se hablara de manera más franca sobre el sexo y el placer. Como resultado, muchas escritoras trabajadoras sexuales se imbricaron en una cultura bloguera que se posicionaba (de manera quizás algo simple) a favor del sexo y a favor del placer.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 30.

⁴⁷ M. Strinkovsky, «Like 95% of women, I don't regret my abortion - it was the happiest day of my life», *New Statesman*, 2015, disponible en newstatesman.com.

⁴⁸ E. Sless, «Sex worker & mother: "Yes, I AM empowered by my job"», *Mama Mia*, 23 de noviembre de 2012, disponible en mamamia.com.au.

⁴⁹ Comentario de «jemima101» en S. Mann, «Unhappy Hooking, or Why I'm Giving Up On Being Positive», *Autocannibal*, 10 de mayo de 2013, disponible en autocannibalism.wordpress.com.

Este discurso sobre el carácter positivo del sexo ayudó a producir una figura que llamamos «la profesional erótica». Fácilmente identificable como una de las figuras más visibles y audibles del movimiento a favor del trabajo sexual, la profesional erótica se sitúa como alguien que responde a una «vocación» que a veces no parece tener nada que ver con el hecho de que cobre por ello.

Al minimizar la coerción económica y enfatizar en su lugar su placer y su deseo, la profesional erótica trata de convertir el sexo comercial en algo que se parezca más a la vida sexual que la sociedad está más dispuesta a apoyar, una en la que las mujeres no reciben a cambio un pago. Una escort, por ejemplo, dice en una entrevista:

Una prostituta hará cualquier cosa por dinero. Yo no. [...] Yo trato de olvidarme del dinero [...]. Es todo muy afectivo. [...] Ni siquiera pienso en el [pago] hasta que no se acaba. No pido el pago por adelantado, porque los tipos con los que yo voy son siempre buena gente [...]. También me encanta el sexo. No estaría en esta profesión si no me gustara. Así que he encontrado una manera de ganar dinero haciendo algo que me gusta.⁵⁰

A menudo la profesional erótica es una dominatriz o una «acompañante», tipos de trabajo sexual en los que el acto de la penetración se minimiza hasta que se convierte en algo prácticamente anecdótico.

Borrar las diferencias entre el sexo de pago y el sexo por diversión es un relato fácilmente al alcance de muchas trabajadoras sexuales, y está ya presente en buena parte de las estrategias comercializadoras que se dirigen a los clientes. Hay pocas cosas más tentadoras para un cliente que la ficción de que son el objeto de un impulso sexual genuino e irrefrenable por parte de las trabajadoras. El ama de casa aburrída y salida, la «*girlfriend experience* (trato de pareja)» auténtica («Es muy cariñoso. [...] A mí también me encanta el sexo») y la dominatriz poderosa y formidable son personajes de fantasía socialmente apetecibles, diseñados para atraer e impresionar a los clientes.

⁵⁰ M. Roper, «Advertisement “I prefer to orgasm and get paid”: Brazilian lawyer dumped career at bar to become a PROSTITUTE (and now she makes more money)», *Daily Mail*, 2017, disponible en dailymail.co.uk.

Estas políticas de la positividad del sexo crean la ilusión de que trabajadora y cliente están unidos por sus intereses. Ambos acuden, se nos dice, para tener una experiencia erótica, buscando intimidad o sexo salvaje. Mencionar el tema de las necesidades de las trabajadoras (seguridad, salud, dinero o capacidad negociadora) rompería la ilusión de que la trabajadora y el cliente están eróticamente sintonizados y de que ella está tan volcada sexualmente en su intercambio como lo está él.

En esta retórica, es fácil que el foco se desplace hacia las necesidades y el disfrute del cliente. El influyente ensayo de Carol Queen de 1997 sobre la positividad sexual y los derechos de las trabajadoras sexuales describe el trabajo sexual como una «vida de generosidad sexual» y tiene un epígrafe titulado: «Por qué los clientes necesitan prostitutas con un enfoque positivo del sexo», una frase que a nosotras nos cuesta leer sin preguntarnos *a quién demonios le importa eso*.⁵¹

Este enfoque alcanza su culminación en el documental de 2011, *Scarlet Road*, que sigue a la trabajadora sexual Rachel Wotton en sus relaciones con dos clientes con diversidad funcional. La postura de Rachel no distingue apenas entre las trabajadoras sexuales y los consumidores sexuales y de hecho se centra en los derechos sexuales de sus clientes. En el tráiler de la película, Rachel nos dice: «Me gusta el hecho de que mi trabajo siempre conlleve placer». Y termina con: «Creo que existe un derecho a la expresión sexual», elidiendo que de lo que se está hablando es de la expresión sexual *del cliente*, no de la trabajadora.⁵²

Esta elisión es dañina. Los intereses de las trabajadoras no son idénticos a los del cliente. En último término, la trabajadora está ahí porque le interesa que le paguen, y este imperativo económico es *materialmente diferente* del interés del cliente en el sexo recreativo.⁵³ Perder este hecho de vista nos conduce a una política inadecuada en su acercamiento a las necesidades materiales de las *trabajadoras* en su lugar de trabajo.

⁵¹ C. Queen, «Sex Radical Politics, Sex-Positive Feminist Thought, and Whore Stigma» en J. Nagle (ed.), *Whores and Other Feminists*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 125-135.

⁵² *Ibidem*.

⁵³ Sin embargo, como veremos más tarde, la penalización, ya sea de la trabajadora, del cliente o de ambos, obliga a que sus intereses se solapen, puesto que ambos tienen un interés compartido en evitar que la policía los localice para que se pueda proceder con la transacción.

Como trabajadoras sexuales, comprendemos este deseo de enfatizar exageradamente el placer, la libertad o el poder. Este relato puede hacer que nos sintamos mucho mejor que cuando se nos estigmatiza como seres dañados, como animales o como un pedazo de carne.

No obstante, hay un obvio conflicto de intereses entre un personaje de fantasía que adora su trabajo y una activista que exige una intervención política para resolver la vulneración de los derechos humanos en el puesto de trabajo. Usar un único personaje para garantizar a tus clientes que adoras tus condiciones laborales y también para destacar lo inadecuadas que son estas condiciones es una pirueta difícil de ejecutar.

Cuando las trabajadoras sexuales se publicitan como «exclusivas» o «de alto standing» la prensa suele tomárselo literalmente y desdeña sus testimonios como no representativos o como privilegiados.⁵⁴ Apelativos honoríficos como «Madame» o «Dolina» señalan al público que las políticas del movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales se ensamblan con los personajes sexuales que representamos en nuestro trabajo.⁵⁵ Esto acaba por indicar que esas políticas se pueden consumir *en tanto sexo*. La trabajadora sexual Lori Adorable escribe: «Si seguimos jugando el mismo papel tanto fuera de la mazmorra como dentro de esta, seguiremos estando alienadas de nuestros derechos laborales básicos, así como de nuestro trabajo».⁵⁶

Estas políticas producen una categoría más de «cosas que no podemos decir»: la perspectiva de las trabajadoras sexuales que odian el trabajo sexual. Para la profesional erótica, la figura de la trabajadora sexual infeliz se convierte en la «otra» inaceptable, que debe ser desautorizada a toda costa en su propia lucha por

⁵⁴ A. Phipps, «“You’re not representative”: Identity politics in sex industry debates», *genders, bodies, politics*, 31 de agosto de 2015, disponible en genderate.wordpress.com.

⁵⁵ Un caso reciente destacado es Terri-Jean Bedford, la acusación principal en el caso *Bedford vs Canada*, que trabajaba como dominatriz y comparecía ante el tribunal vestida de cuero, acompañada de accesorios BDSM y soltando chistes acerca de que se la podía contratar para «fustigar al gobierno». H. Loney, «Who is Terri-Jean Bedford, the dominatrix fighting Canada’s prostitution laws», *Global News*, 20 de diciembre de 2013, disponible en globalnews.ca

⁵⁶ L. Adorable, «The Peculiar Political Economics of Pro-Domming», *Tits and Sass*, 30 de marzo de 2016, disponible en titsandsass.com.

la aceptación social. La idea del sexo como un lugar de trauma desata un rechazo instintivo, en la que las políticas en contra de la prostitución se desdeñan como simple «pacatería».⁵⁷ Una activista escribe, como respuesta a las trabajadoras sexuales que hablan sobre el trauma:

Yo no soy una víctima. Mis clientes no me victimizan. Si eres una persona que se gana el pan sin estar obligada a ello, tal vez deberías plantearte otro tipo de trabajo. ¿Cómo va a ser saludable tu trabajo sexual si tienes un resentimiento tan profundo hacia los hombres? [...] ¡No deberías estar haciendo trabajo sexual! Un trabajo sexual *saludable* requiere de tu empoderamiento.⁵⁸

Otra activista trabajadora sexual responde con dureza a las afirmaciones de una ex trabajadora sexual que dice que una alta cifra de personas son violadas en el trabajo sexual escribiendo: «Vuelve a contar, cariño. Yo no lo he sido. [...] Si te amas a ti misma y crees que te mereces el amor de los demás, cuando eliges ser trabajadora sexual probablemente te vaya bien. Pero si no es así, es muy probable que te metas en líos».⁵⁹ Como cualquier otra acción política que culpabiliza a las víctimas, apartar de la mente la posibilidad de la violencia sexual es tan dañino *como* un intento mal enfocado de sentir que «se controla».

Carol Queen, en el mismo ensayo sobre la positividad sexual que hemos citado anteriormente, excluye explícitamente a quienes no se lo están pasando bien cuando escribe: «No pretendo abarcar la experiencia de aquellas putas [...] que no se enfrentan al sexo de manera positiva y que expresan las expectativas negativas que les ha impuesto una cultura sexista y que deniega el sexo».⁶⁰ Queen parece afirmar que la insatisfacción de las trabajadoras con su trabajo es culpa suya por no estar lo suficientemente «ilustradas». Una trabajadora sexual que vive en la precariedad o en la pobreza,

⁵⁷ La periodista Laurie Penny, por ejemplo, habla de «quedarse en bragas» en los «gélidos pasillos del oprobio moral burgués». L. Penny, «The most harmful effects of prostitution are caused by its criminality», *The New Statesman*, 13 de diciembre de 2012, disponible en newstatesman.com

⁵⁸ Anon (suzyhooker), «I Don't Care About Clients», *Tits and Sass*, 19 de febrero de 2014, disponible en titsandsass.com.

⁵⁹ Hooker Hideout, hookerhideout.tumblr.com (consultado el 23 de mayo de 2018).

⁶⁰ Queen, *Sex Radical Politics...*, *op. cit.*

que se arriesga a la penalización o a la violencia policial, o que está siendo explotada por su empresario o que carece de capacidad negociadora no es muy probable que tenga sentimientos positivos hacia el sexo en su trabajo. Estos factores son estructurales, no una función del grado de iluminación de cada trabajadora.

Algunas activistas se implican tanto a la hora de defender a las prostitutas sexualmente empoderadas que pueden minimizar o incluso negar que la industria del sexo pueda ser un lugar abusivo. Esto puede evolucionar rápidamente en ataques personales, como lo ejemplifica el caso de una trabajadora sexual y bloguera norteamericana que ha escrito sobre la «tragedia pornográfica» de las «supuestas supervivientes» con testimonios «que convenientemente se remontan a años o a décadas pasadas, lo bastante lejanos como para que las huellas judiciales hayan sido lavadas por completo con sus cubos llenos de lágrimas de cocodrilo».⁶¹

La negación de la violación es algo inadmisibile y completamente contrario al feminismo. Quienes están siendo explotadas o vejadas dentro del sexo comercial deberían ser la preocupación central del movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales, pero este tipo de políticas las expulsan activamente del movimiento. La superviviente Rachel Moran ha hablado sobre el daño que estos ataques le han causado y ha escrito: «Mis verdades no les encajan, por lo que mis verdades deben silenciarse».⁶²

Las políticas de trabajo sexual que se centran en la positividad del sexo son útiles para las profesionales eróticas que las defienden y para las feministas punitivistas que buscan la

⁶¹ M. Mc Neill, «The Head of a Pin», *The Honest Courtesan*, 6 de marzo de 2017, maggiemcneill.wordpress.com. Véase también M. McNeill (@maggie_mcneill) Twitter, 6:12 pm, 30 de marzo de 2016: «Querida *soi disant* "víctima de trata": tu relato sería más creíble si: 1) no hubieras esperado décadas para contarlo, hasta que cualquier posible prueba haya desaparecido hace tiempo; 2) tuvieras algún tipo de informe policial, nombres de tus supuestos "traficantes", direcciones, ALGO; 3) hubiera habido alguna investigación real en los delitos increíblemente graves que aduces, que en la vida real generalmente se actúa contra ellos aunque haya pasado tiempo desde los hechos y 4) si tu relato no fuera EXACTAMENTE igual que otros relatos sobre "trata sexual" en todos los detalles importantes, cuando en la vida real los detalles de delitos similares son a menudo claramente distintos unos de otros. <https://maggiemcneill.files.wordpress.com/2012/04/mind-witness-testimony.pdf> [...] Con amor, Maggie».

⁶² M. Murphy, «The Sex Industry's Attack on Feminists», *Truthdig*, 2015, disponible en truthdig.com.

criminalización. Estos grupos comparten el interés en pasar por alto las condiciones materiales de los lugares de trabajo de las trabajadoras sexuales. Para las profesionales eróticas, sacar a colación estos temas o bien arruina la ilusión propagandística o bien erosiona la identidad auto protectora que se han creado. A las feministas punitivistas, discutir sobre el «significado» del sexo les viene muy bien para ocultar cuestiones prácticas y concretas sobre el acceso al poder de las trabajadoras sexuales y sobre los recursos movilizados, cuestiones que, si se examinan, conducen inevitablemente a concluir que la criminalización no puede mejorar la vida de las trabajadoras sexuales.

Ambas tendencias a veces establecen el debate como una oposición binaria sencilla: «Putas felices» (que disfrutan del sexo y que, por lo tanto, apoyan la despenalización) contra «Mujeres que han salido» (que han experimentado dolor en la industria del sexo y que, por lo tanto, apoyan la penalización). Por ejemplo, la feminista en contra de la prostitución y creadora teatral Grace Dyas caracteriza así el debate:

La perspectiva de quienes han salido dice: *tienes que ver el dolor que se me ha causado y el daño que se les hace cada día a las mujeres*. El otro lado es: *tienes que ver que lo estoy disfrutando*. [...] Hay muchísimas mujeres implicadas en el trabajo sexual que no quieren seguir ahí [...] Pero las otras dicen: «Nosotras también estamos aquí y lo estamos disfrutando». ⁶³

Dyas no reconoce a la prostituta que, experimentando daño o coerción, no está de acuerdo en que la criminalización del sexo comercial necesariamente le haga justicia. No se molesta en pensar en ninguna razón concreta para este desacuerdo, atribuyéndolo, en cambio, al «disfrute».

De manera similar, la militante en contra de la prostitución Julie Bindel ha descrito al grupo «Supervivientes por la despenalización» como «el lobby a favor de la prostitución, que se apropia del lenguaje del abolicionismo para profundizar en su causa». Una representante del grupo replicó: «Somos personas que actualmente o en el pasado hemos vendido y comerciado con sexo, somos

⁶³ T. Sweeney, «A play about sex work: “I want people to come out of the theatre angry”», *The Irish Times*, 2015, disponible en irishtimes.com.

supervivientes de violencia o de trauma, y tenemos una perspectiva diferente a la tuya en lo que se refiere a cómo aportar seguridad a las personas que venden sexo. Eso no es estar a favor de la prostitución ni tampoco animar a ello». Bindel afirma entonces: «Tus palabras implican que te describes a ti misma como una superviviente del comercio sexual, lo que claramente no es cierto. [...] Estás intencionadamente engañando al público».⁶⁴ La implicación aquí parece ser que para ser «legítimamente» una superviviente se exige que se esté de acuerdo con determinadas políticas en torno a la industria del sexo. Quienes apoyan la despenalización del sexo comercial son tipificadas como supervivientes «ilegítimas».

Para las feministas en contra de la prostitución, las supervivientes que defienden la despenalización constituyen una categoría que no puede, o que no debería, existir. Quienes experimentan el trabajo sexual como miserable, violento o explotador, *pero continúan haciéndolo* quedan políticamente huérfanas, expulsadas por las políticas a favor del sexo en el movimiento por el trabajo sexual e invisibles (o estratégicamente no reconocidas) por las feministas punitivistas, que consideran que la única víctima legítima es aquella que ha salido o que va a salir de manera inminente de la prostitución. Como la escritora y prostituta canadiense Sarah Mann argumenta: «Las putas infelices están atascadas buscando una representación política entre un campo que cuestiona sus experiencias o un campo que cuestiona sus derechos».⁶⁵

Aunque la idea de vender servicios sexuales como una forma de disfrute sexual no encaja en absoluto con las experiencias de la mayoría de las prostitutas, no estamos defendiendo que se descarte totalmente centrarse en el acto sexual. (Al final del capítulo siguiente quedará más clara la tensión entre entender el trabajo sexual como sexo y entender el trabajo sexual como *trabajo*). Como escribe la trabajadora sexual Pluma Sumaq:

Observar la naturaleza sexual de la prostitución es esencial para entender la prostitución. ¿Cómo podría no ser así? [...] La intimidad, el sexo y la sexualidad no solamente activan algunos de nuestros

⁶⁴ J. Bindel (@bindelj) Twitter, 6:06 am., 12 de diciembre de 2016.

⁶⁵ S. Mann, «More Than Survival Strategies: Sex Workers' Unhappy Stories», Tesis de Máster, Athabasca University, Alberta, 2014.

miedos más profundos, sino también algunas de nuestras heridas más profundas [...]. La prostitución nos enfrenta a una realidad que a veces es emocionalmente demasiado dolorosa de desentrañar porque, a medida que lo intentamos, empezamos a darnos cuenta de que es nuestra realidad también. El sexo y la intimidad son, de manera personal, también nuestra propia lucha.⁶⁶

Ser críticas acerca de la positividad sexual dentro del movimiento por el trabajo sexual no debería implicar suponer que el sexo es un elemento accidental. Podemos explorar las experiencias sexuales de las personas que se dedican al comercio sexual de una manera que respete la diversidad de esas experiencias, ya sean estas malas o buenas, y que no sepulsen la conversación acerca de los derechos laborales.

Concebir el trabajo sexual únicamente como sexo también permite que cualquier superviviente de cualquier violencia sexual pueda defender los traumas (reales o imaginarios) de las trabajadoras sexuales como suyos propios. En un artículo acerca del trabajo en los burdeles alemanes, la periodista Sarah Ditum afirma que una trabajadora sexual llamada Josie experimenta un trauma diario, basándose en la revelación de que se lleva crema entumecedora a trabajar por si un cliente utiliza de manera ruda el vibrador. En respuesta a esto, Ditum escribe: «La prostitución es una institución que insiste en la deshumanización de las mujeres, en machacar nuestras almas para que nos volvamos más fáciles de follar, más fáciles de usar, más fáciles de matar».⁶⁷ El uso de la primera persona del plural da a entender que las experiencias de una trabajadora sexual, en este caso de Josie, son una batalla compartida por todas las mujeres. (Por supuesto, no se puede decir lo contrario; «la liberación de la mujer» no siempre se comparte con prostitutas).⁶⁸ Tan dispuesta está Ditum a vincular sus propios

⁶⁶ P. Sumaq, «A Disgrace Reserved for Prostitutes: Complicity & the Beloved Community», *LIES: A journal of materialist feminism*, núm. 2, 2015, pp. 11-24.

⁶⁷ S. Ditum, «If you think decriminalisation will make prostitution safe, look at Germany's mega brothels», *The Guardian*, 5 de febrero de 2015, disponible en theguardian.com.

⁶⁸ Véase F. Sporenda, «Interview: Meghan Murphy on the liberal backlash against feminism», *Feminist Current*, 19 de abril de 2016, disponible en feministcurrent.com.

sentimientos con la historia del vibrador que se le olvida preguntarle a la trabajadora si le gustaría o no que su lugar de trabajo fuera penalizado.

La escritora feminista Gloria Steinem también ejemplifica esta tendencia cuando escribe: «Nuestros ánimos [...] se quiebran un poco cada vez que nos vemos encadenadas o nuestra vagina queda completamente expuesta a la mirada conquistadora del varón, o somos golpeadas o puestas de rodillas».⁶⁹ El lenguaje del párrafo oscila entre dos perspectivas: Steinem como observadora («Nuestros ánimos se quiebran un poco cada vez que vemos») y Steinem como ejecutante («a nosotras encadenadas o completamente expuestas»). Convertir a la trabajadora sexual en un símbolo permite que las militantes en contra de la prostitución se consideren a sí mismas y consideren sus preocupaciones como intercambiables con las de las trabajadoras sexuales, reinscribiendo estas preocupaciones como representativas, en lugar de preguntarse cuestiones más detalladas acerca de los derechos laborales. Como escribe Melissa Gira Grant:

Una imagen de una mujer en el porno puede entenderse que simboliza a «todas las mujeres», mientras que una mujer real que trabaja en el porno se entiende como esencialmente otra. Así «defender a las mujeres de las imágenes de la mujer en el porno» es un proyecto que (algunas feministas) entienden como un proyecto político amplio, mientras que los derechos laborales de las mujeres que representan ese porno se consideran algo marginal.⁷⁰

Una trabajadora sexual puede describir una mala experiencia como una violación de sus derechos laborales, como una agresión sexual o simplemente como un día de mierda en el curro. Con independencia de esto, sus declaraciones no son meramente símbolos para que las feministas no prostitutas los interpreten, especialmente no como parte de la criminalización de sus fuentes de ingreso. Las trabajadoras en activo son las expertas en cómo son ahora mismo las *condiciones laborales actuales* de la industria del sexo. Resulta muy frustrante para las trabajadoras

⁶⁹ G. Steinem, «Erotica and Pornography: A Clear and Present Difference» en S. Dwyer (ed.), *The Problem of Pornography*, Belmont (CA), Wadsworth, 1995.

⁷⁰ M. Gira Grant, *Playing the Whore*, Londres, Verso Books, 2014.

sexuales que las perspectivas de las prostitutas que han salido o las de las no prostitutas se pongan en el centro y que nuestras propias voces se traten como extras opcionales.

La diferencia entre prostitutas y no prostitutas y entre trabajadoras sexuales en activo y retiradas es fundamental, no solamente por las *identidades*, sino por las condiciones materiales de quienes venden y comercian con sexo. Solamente unas personas están *actualmente intercambiando sexo por dinero* aquí y ahora; las otras no. No importa cuánto interés sientan que tienen en el debate, las supervivientes que han salido y las no prostitutas no pueden, bajo ninguna justificación, hablar en nombre de las trabajadoras sexuales que aún están en activo.

La dura verdad es que las personas que venden servicios sexuales sufrirán daños, esta noche, mañana y en el futuro, daños que podemos intuir. No obstante, para mucha gente, este trabajo sigue siendo la única alternativa viable para sobrevivir. Las políticas de la Puta Feliz y de la Mujer que ha Salido no dejan espacio para la existencia de la trabajadora sexual infeliz, cuyas inconvenientes verdades interfieren en el acogedor engaño de que la prostitución es una orientación sexual. En lugar de ello, se la fuerza —normalmente por necesidades económicas— a continuar eligiendo la supervivencia por delante de una noble salida, y nos recuerda que el capitalismo no puede hacerse desaparecer por arte de magia mediante soluciones liberales o punitivas. Para esta persona, el trabajo sexual *puede* que sea sexo, pero es también *trabajo*, en un mundo que no le permite otras alternativas. Entender lo que es el trabajo, no obstante, no es tan fácil como parece.

2. Trabajo

He escuchado a algunas de mis amigas blancas decir que ejercen la prostitución por poder. Bueno, las mujeres negras lo hacen por dinero.

Gloria Lockett¹

La prostitución no es productiva. El único «producto» del comercio sexual es el orgasmo de un hombre. Eso no es productivo, no es «trabajo».

Sharon Hodgson, parlamentaria laborista.²

El capital tiene que convencernos de que [el trabajo doméstico] es una actividad natural, inevitable e incluso satisfactoria para que aceptemos ese trabajo sin salario. A su vez, la condición no asalariada del trabajo del hogar ha sido el arma más potente para reforzar la creencia común de que el trabajo del hogar no es trabajo, evitando por lo tanto que las mujeres lucharan contra él, excepto en la querrela privatizada entre la cocina y el dormitorio que toda la sociedad se pone de acuerdo en ridiculizar, reduciendo así aún más a las protagonistas de la lucha. Se nos ve como zorras tocapelotas, no como trabajadoras en lucha.

Silvia Federici, *Salario para el trabajo doméstico*.

¹ S. Brooks, «An Interview with Gloria Lockett», en A. Oakley (ed.), *Working Sex: Sex Workers Write About a Changing Industry*, Berkeley (CA), Seal Press, 2007.

² P. Waugh, «Jeremy Corbyn Tells His Critics To “Stop Sniping” As He Warns Parliamentary Labour Party Against Disunity», *The Huffington Post*, 7 de marzo de 2016, disponible en huffingtonpost.com.

¿Es bueno el trabajo?

En tanto sociedad, valoramos obsesivamente el trabajo como un lugar clave de significado, estatus e identidad en nuestras vidas. Al mismo tiempo, luchamos con trabajos de mierda, con salarios en caída libre y con la sospecha correcta de que lo que muchas de nosotras hacemos todo el día a cambio de dinero no contribuye con nada realmente valioso a nuestras vidas o a nuestras comunidades. En lugar de ello, nos limitamos a producir beneficios para gente que está en eslabones más altos de la cadena. En este contexto confuso, *trabajar en lo que te gusta* es algo profundamente aspiracional, una fantasía en la que apoyarse, que le da al individuo la ilusión de control, le permite soñar despierto con el poder en la oficina y, en realidad, es una significativa marca de clase. Las mujeres entrevistadas en las revistas acerca de sus rutinas matutinas se levantan invariablemente temprano, no porque tengan que limpiar la oficina sino porque están a cargo de ella, y así se nos enseña una lección moral que conecta su felicidad con su productividad, con los logros de su buena vida: el gimnasio de lujo, la sonriente asistente personal, el estudio de arquitectura, las flores frescas. Todo se conjura para mostrarnos que *el trabajo es bueno*.

La profesional erótica y la activista en contra de la prostitución comparten la creencia de que el trabajo es bueno. La profesional erótica, como ya hemos visto en el capítulo anterior, cultiva una imagen de profesionalidad y de éxito económico, enfatizando sus especialidades, su equipamiento y su talento. Su relato incluye los símbolos de estatus que se asocian al éxito: unos ingresos sustanciosos, tiempo libre, una buena educación, la propiedad de una casa, etc. Situarse dentro de un contexto de artículos de lujo y de consumo vicario es también una estrategia de promoción; señala a los clientes ricos que ella está a su nivel y que para ellos es legítimo gastar enormes sumas de dinero en modalidades especializadas de sexo (o de «conexión»).

Junto con el carácter positivo del sexo, la idea del cliente con diversidad funcional es a menudo crucial para las políticas laborales que abraza la profesional erótica. El cliente con diversidad funcional, más que cualquier otro hombre, simboliza la figura del cliente *merecedor*. Su necesidad —entendida primordialmente

como una necesidad de intimidad y de conexión, más que como una pasión carnal— a la vez santifica y profesionaliza a la trabajadora sexual, retratándola bajo la suave y favorecedora luz de una fisioterapeuta o de una defensora de los derechos de la diversidad funcional y concediendo así legitimidad a su trabajo a través de estas lentes. La profesional erótica no solamente extrae un placer auténtico de su trabajo, sino que lo ejerce dentro de un marco de valor social: ¿quién podría negar a un hombre así, descrito como desexualizado, nada amenazador y merecedor, la intimidad y conexión que pide a gritos? Esta es una manera condescendiente y capacitista de considerar a las personas con diversidad funcional. Es también un enfoque inadecuado para los derechos laborales de las trabajadoras sexuales, que debería centrarse en el derecho a la seguridad de las trabajadoras no en el supuesto valor social de su trabajo.

A través de todas estas fantasías y omisiones, la profesional erótica respalda las nociones habituales de quién merece qué. Ella está de acuerdo con que el trabajo de *prestigio* merece un respeto y una recompensa, únicamente desea ampliar nuestra comprensión colectiva de lo que *constituye* un trabajo prestigioso para que en esta definición se la incluya a ella, con sus altos ingresos, su vocación BDSM o su enfoque terapéutico hacia el cliente merecedor con diversidad. La expresión política de la profesional erótica incluye habitualmente la afirmación de que la industria sexual es un lugar increíble para trabajar, mucho más que cualquier otro trabajo. Esta línea argumentativa hace que los fines y las exigencias del movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales no se entiendan: ¿qué problema estamos intentando arreglar, si la situación es ya perfecta?

En un cierto sentido, las feministas en contra de la prostitución están implícitamente de acuerdo con la profesional erótica. Ellas también creen que la cuestión de si el trabajo sexual es trabajo debería dirimirse principalmente en el terreno de si el trabajo sexual es un *buen* trabajo. Simplemente difieren en que el sexo comercial pueda siquiera caer en la categoría de «buen trabajo». Por lo tanto, sitúan el trabajo *en general* como algo que la persona que trabaja debe encontrar satisfactorio, disfrutable y no explotador. La desviación de esta supuesta norma se trata como una prueba de que algo no puede ser trabajo. «No es trabajo, es explotación», es

un estribillo que se escucha constantemente.³ Una legisladora feminista en Suecia le dijo a un periodista: «No diga *trabajo sexual*, es algo demasiado horrible como para ser trabajo».⁴ El horror y el trabajo se plantean de manera antitética: si la prostitución es horrible no puede ser un trabajo.

Las feministas en contra de la prostitución, e incluso las legisladoras, a menudo nos preguntan a las trabajadoras sexuales si practicaríamos sexo con nuestros clientes si no nos pagaran. El trabajo, por lo tanto, se reinscribe constantemente como algo tan personalmente satisfactorio que lo haríamos gratis.⁵ De hecho esta idea está de alguna manera imbricada en el activismo en contra de la prostitución a través de la preponderancia de los puestos de trabajo no remunerados de estas organizaciones. Equality Now!, una de las principales organizaciones multimillonarias en contra de la prostitución, informa a sus solicitantes de empleo que las prácticas de entre ocho y diez semanas no serán remuneradas (añadiendo además que «no se harán gestiones para el alojamiento»)⁶. Estos puestos de trabajo son habituales: Ruhama anuncia numerosas plazas de voluntariado que perfectamente podrían ser empleos remunerados. En 2017, una organización caritativa en contra de la esclavitud fue objeto de críticas en la prensa nacional por anunciar trabajos en prácticas sin remunerar.⁷ En 2013, Turn Off the Red Light, un consorcio ir-

³ K. Banyard, «It's not work, it's exploitation: Why we should never legalise prostitution», *Stylist*, 2016, disponible en stylist.co.uk; J. Stout, «Decriminalisation of sex work backed by sex workers», *CommonSpace*, 17 de diciembre de 2015, disponible en commonsense.cot.

⁴ V. Costa-Kostritsky, «On Malmkillnadsgatan», *London Review of Books*, 20 de enero de 2014, disponible en lrb.co.uk.

⁵ P. Given, *Laura Lee...*, op. cit.; Dechert, B., comentario dirigido a Naomi Sayers, 2014, disponible en openparliament.ca; S. Marina (@marstrina) Twitter, 5:29 am, 18 de febrero de 2016: «@sarahditum like I always say: if it's their choice, what is the money for?» [«Yo siempre digo: ¿si lo han elegido, qué pinta ahí el dinero?»]; Claire OT (@claireOT) Twitter, 2:27 pm, 31 de marzo de 2015: «@MrsWomannion do you think there are any sex workers/prostitutes who would do it for free, if they weren't paid? @Elisablerb» [«¿Crees que habría alguna trabajadora sexual/prostituta que lo haría gratis, si no le pagaran?»].

⁶ Véase *Internships*, disponible en equalitynow.org.

⁷ Véase *Volunteering*, disponible en ruhama.ie; S. Cockroft y R. Spillett, «Oh the irony! Fight Against Slavery group advertises for "volunteer unpaid" staff to work a minimum of eight hours a week for FREE and "join the battle against worldwide poverty"», *The Daily Mail*, 19 de enero de 2017, disponible en dailymail.co.uk.

landés de ONG en contra de la prostitución, publicitó un puesto en el que la retribución no llegaba al salario mínimo. El resultado de estos puestos en prácticas, no remunerados o mal pagados es que las mujeres que tienen una mayor capacidad de hacer carrera en el sector de las mujeres —haciendo campañas y marcando las agendas políticas sobre la prostitución— son mujeres que pueden permitirse hacer un trabajo a tiempo completo no remunerado en ciudades como Londres y Nueva York. En este contexto, no sorprende que el movimiento en contra de la prostitución tenga en su conjunto una visión algo abstracta de las relaciones entre el trabajo y el dinero.

El trabajo puede ser algo mayormente positivo para quienes puedan en gran medida fijar los parámetros de la conversación, como es el caso de los y las periodistas de alto perfil. Sin embargo, esto no describe la realidad de la mayoría de las mujeres trabajadoras, o de los trabajadores en general (incluso de muchos periodistas).⁸ La mayoría de los trabajadores sufren alguna situación injusta en su puesto de trabajo y, por regla general, no trabajarían gratis. El trabajo suele ser un horror, especialmente cuando está mal pagado y no tiene prestigio. Con esto no queremos decir que este estado de cosas sea bueno o que debamos aceptarlo porque es lo normal, pero tampoco es útil pretender que el trabajo es en general maravilloso y excluir de nuestro análisis las exigencias de los trabajadores cuyas experiencias no corresponden con ese criterio.

Como con el resto de los oficios que ejercen las mujeres, la devaluación sexista de los «trabajos de mujeres» borra el ajetreo y el esfuerzo emocional que constituye el grueso de la labor real de las trabajadoras sexuales y reduce nuestro trabajo a estar simplemente disponibles para ser penetradas en cualquier momento. De hecho, una de las ideas clave que se emplean para considerar a la prostitución como un «no trabajo» es aquella de que somos

⁸ El acoso sexual y el racismo siguen siendo frecuentes en los medios de comunicación y los periodistas en lo más alto del escalafón son conocidos por robar ideas y créditos de los periodistas más jóvenes y marginados, especialmente mujeres, personas de color, de clase obrera y con diversidades funcionales. El prestigio de los empleos dentro del periodismo puede emplearse contra los periodistas que están empezando sus carreras, que se enfrentan a que se les diga (explícita o implícitamente) que, si no hacen ese trabajo o no se callan ante ese problema, habrá otros cien que sí lo harán.

sencillamente agujeros: que lo que estamos ofreciendo es la *adquisición de un consentimiento*. «Un hombre que paga a una mujer a cambio de sexo lo hace con la premisa de que puede hacer lo que quiera con su cuerpo durante el tiempo que lo ha adquirido», escribe una feminista de Reino Unido.⁹ Aunque tal vez sea fácil asentir distraídamente ante tales comentarios, estos revelan, cuando se analizan más detenidamente, que están perpetuando lo que afirman condenar. Una terapeuta masajista que —como una trabajadora sexual— vende su tiempo y sus servicios, más que un producto físico, no lo hace «con la premisa de que [su cliente] puede hacer lo que quiera con su cuerpo durante el tiempo que lo ha adquirido» y hacer una afirmación así acerca de una masajista terapeuta sería evidentemente horroroso. Que se pueda afirmar algo así de las trabajadoras sexuales muestra lo profunda que es la creencia de que las mujeres que venden sexo rinden todas las fronteras corporales: es una creencia compartida —y reforzada mutuamente— por quienes nos agreden y por quienes se imaginan ser nuestras defensoras.

Estas afirmaciones no solamente son misóginas, también son absurdas. Pensemos en los acrónimos habituales en la industria del sexo, como OWO (Oral WithOut, es decir, francés natural o una mamada sin condón) en los anuncios que las trabajadoras ponen y en las reseñas de los clientes. La existencia de una terminología así denota una *expectativa compartida* de que las trabajadoras sexuales tienen límites a los que se espera que los clientes se amolden. Después de todo, si los límites pierden su significado una vez que el dinero ha cambiado de manos, ¿por qué estos anuncios y reseñas se molestan en transmitir, en una jerga de la industria del sexo creada específicamente para comunicar estos detalles, que Mia vende sexo oral con condón mientras que Jade ofrece «francés natural»? Las especificaciones de Mia o de Jade en lo que se refiere al condón serían irrelevantes si lo que se hubiera «adquirido» en realidad fuera su consentimiento.

De la misma manera que obligar a una terapeuta masajista a hacerte sexo oral sería una agresión sexual, porque ella *no* te está concediendo el «derecho» sobre su cuerpo mientras que sí te vende sus servicios como masajista, obligar a una trabajadora

⁹ Bloguera invitada, «FIL 2014 responds to SWOU», *The F-Word*, 24 de septiembre de 2014, disponible en thefword.org.uk.

sexual a (por ejemplo) tener sexo sin condón, constituye una violación *precisamente porque* la trabajadora sexual no ha vendido al cliente el derecho de usar su cuerpo «como él quiera durante el tiempo que lo ha adquirido». De esta manera, una trabajadora sexual no es diferente a la actriz que conoce perfectamente la diferencia entre interpretar una escena de amor y que le manoseen las tetas después de que las cámaras hayan terminado de rodar, o que el productor de la película le presione para darle un «masaje» en su camerino. Si nos tomamos en serio la seguridad de las trabajadoras sexuales en la época posterior a Weinstein, tenemos que darles la misma credibilidad que concedemos a las estrellas de cine acerca de su capacidad para diferenciar entre un contacto sexual como parte del trabajo y un contacto sexual que, *incluso en el puesto de trabajo*, es una agresión.

Nuestra capacidad para entender como violaciones estas agresiones depende de que no conceptualicemos el trabajo sexual como la adquisición de un consentimiento, en el que las trabajadoras sexuales entregamos el control de nuestros límites y nuestros derechos corporales con el intercambio de dinero. Como dijo la trabajadora sexual Nikita ante la Asamblea General Anual de 2017 de Amnistía Internacional de Reino Unido: «Parte de creerme cuando digo que he sido violada es creerme cuando digo que *no lo he sido*».¹⁰

Vivimos en una cultura en la que se supone que penetrar a alguien sexualmente es intrínsecamente un acto de dominación y que ser sexualmente penetrado es convertirse en subordinado. Esto significa que el maltrato a las trabajadoras sexuales empieza a parecer algo natural. Si nosotras, que vendemos sexo, ya hemos sido degradadas mediante la penetración, entonces la degradación posterior de que se nos describa como cubos de basura, agujeros de carne, receptáculos de esperma, orificios o muñecas hinchables se considera una obviedad más que la reproducción y perpetuación activa de un discurso misógino; y todo ello en nombre del feminismo.

Cuando son sinceras acerca de las malas condiciones de su puesto de trabajo, las trabajadoras sexuales temen darles armas a las oponentes políticas; sus quejas sobre el trabajo

¹⁰ F. Mullin, «In Full Sight: “The pimp lobby” at the Amnesty AGM», *Verso*, 11 de abril de 2017, disponible en versobooks.com.

paradójicamente se convierten en una «justificación» para desdeñarlas como trabajadoras no reales.¹¹ Como bromeaba una destacada feminista de Reino Unido: «¿Alguna vez has pensado en dedicarte a una carrera en la que te taladren múltiples penes? [...] A medida que pase el tiempo disminuirá tu capacidad potencial de ganancia, pero no pasa nada, ¡dicen que hay un fetiche para todo!»¹² El chiste aquí es que las trabajadoras sexuales creen «equivocadamente» que lo que hacen es un trabajo, incluso aunque ese trabajo pueda ser sexista y edadista. Por supuesto, si estar sometidas a la discriminación sexista y edadista en el trabajo es razón suficiente para excluir a alguien de la categoría de trabajadora, entonces la *mayoría* de las mujeres trabajadoras mayores estarían excluidas: la brecha salarial por razones de género aumenta con la edad.¹³ Si la única trabajadora «de verdad» es aquella que no sufre opresión ni explotación en su puesto de trabajo, entonces *todo* esfuerzo organizativo por los derechos laborales es superfluo.

Hay trabajadores que son lo bastante afortunados como para tener un buen sueldo y un trabajo con sentido y autonomía, pero la mayoría de nosotros sentimos de una manera u otra el agudo filo de la explotación. Tal vez tu jefe se haya apropiado de una parte de tus propinas, o te haya obligado a trabajar el día de cumpleaños de tu pareja o durante el funeral de tu abuelo. Tal vez hayas empezado a resentir esa forma en la que tus horarios siempre parecen implicar quince minutos extra sin remunerar al final de cada jornada o el tiempo que pasas en el transporte público, un tiempo que no solamente no es remunerado sino que *te cuesta dinero*. Estás pagando para ir a trabajar, y la empresa para la que trabajas está absorbiendo los beneficios. En un sentido importante, el trabajo

¹¹ W. Babcock, citado en O. Ha-Redeye, «In Memorandum: Wendy Babcock (1979-2011)», *Law is Cool*, 10 de agosto de 2011, disponible en lawiscool.com.

¹² C. Criado-Perez (@ccriadoperez) Twitter, 2:39 pm., 17 de septiembre de 2016 «@hey Lee, ever thought of having multiple penises shoved up you as a career? It comes with great benefits like increased risk of...» [«¿Alguna vez has pensado en dedicarte a una carrera en la que te taladren múltiples penes? Tiene grandes beneficios, como el riesgo aumentado de...»]; C. Criado-Perez (@ccriadoperez) Twitter, 2:44 pm., 17 de septiembre de 2016, «well... the longer you do it the more your earning potential decreases, but they say there's a fetish for everything!» [«A medida que pase el tiempo disminuirá tu capacidad potencial de ganancia, pero no pasa nada, ¡dicen que hay un fetiche para todo!»].

¹³ H. Harman *et al.*, «The Commission on Older Women», informe preliminar, *Labour*, septiembre de 2013, disponible en policyforum.labour.org.uk.

asalariado *es* explotación. En una economía capitalista, los empresarios generan beneficios pagándote menos por tu trabajo que el dinero que obtienen cuando se vende el producto de tu trabajo. No es razonable suponer que cualquier tipo de trabajo, incluyendo el trabajo sexual, sea bueno en general.

¿Es malo el trabajo?

En el edificio del Parlamento, al pequeño grupo de trabajadoras sexuales que hemos desafiado la lluvia para reunirnos con una ministra del gobierno escocés se nos pide que contemos brevemente por qué entramos en la prostitución. Hacemos una ronda. Una madre soltera con varios hijos a su cargo explica que empezó en el trabajo sexual para mantener a su familia; otra explica que, en tanto migrante sin papeles, el trabajo sexual era uno de los pocos trabajos que tenía a su disposición; una tercera explica que cuando salió del armario como trans y comenzó su transición perdió su trabajo formal. Un hombre habla sobre la homofobia que había experimentado en otros puestos de trabajo.

La ministra no parece impresionada. Comenta que se diría que todas habíamos empezado a vender servicios sexuales para *conseguir dinero*, en un tono que dejaba traslucir, no solamente que le resultaba ligeramente increíble, sino que vender servicios sexuales para ganarse un sustento le parecía algo terriblemente mercenario. Contrastaba nuestros relatos con los de otras trabajadoras sexuales que consumían drogas. *Ellas* no estaban en la prostitución por razones económicas, ¿verdad?

Por supuesto que las trabajadoras sexuales consumidoras de drogas sin duda están en el trabajo sexual por razones económicas, ya sea para conseguir el dinero con el que comprar lo que necesitan (ya sea una casa o drogas), o como parte de un trueque directo por estas mismas cosas. En la cacofonía que siguió a la pregunta de la ministra, mientras que todas tratábamos de hablar a la vez, se perdió este punto central.

La gente vende sexo a cambio de dinero. Este sencillo hecho a menudo se pasa por alto, se olvida o se pierde. Puede ser porque las trabajadoras sexuales están estigmatizadas hasta un punto en

el que se les atribuyen motivos patológicos; se vuelve inconcebible que la gente pueda hacer algo que se considera tan extraño y terrible por las mismas razones mundanas, comprensibles, que gobiernan las vidas cotidianas de todas las demás personas.¹⁴ (Doblemente si son trabajadoras sexuales que consumen drogas). A veces la centralidad del dinero se oculta de manera más deliberada respondiendo a un propósito político. Si un político de derechas minimiza hasta qué punto el trabajo sexual responde a la necesidad de generar unos ingresos decentes y en su lugar enfatiza el que está siendo impulsado por «redes clandestinas criminales» puede sortear así cuestiones molestas acerca de las conexiones entre la prostitución, la pobreza y la política gubernamental y alinear las medidas en contra de la prostitución con los enfoques populistas de «mano dura contra el crimen». Por ejemplo, Texas tiene una de las leyes más exhaustivas de todo Estados Unidos en lo que se refiere a la penalización de los proxenetas, traficantes y bandas criminales, pero el gobierno del Estado no ha conseguido nunca reunir fondos para las víctimas de la trata con fines sexuales ni, por supuesto, financiar programas que aborden de manera sustancial la pobreza y los defectos del sistema de bienestar infantil.¹⁵

Patologizar a las trabajadoras sexuales en tanto incapaces de tomar «buenas» decisiones, en lugar de verlas como personas en buena medida motivadas por necesidades familiares, mundanas, puede tener consecuencias desastrosas. En 2013, un juzgado de familia sueco decretó que una joven madre llamada Jasmine no sabía lo que mejor le convenía; el tribunal no consideró su trabajo sexual como un trabajo flexible que le permitía tener ingresos suficientes para vivir, a la vez que podía ocuparse a tiempo completo de sus hijos, sino como una forma de «autolesión».¹⁶ El

¹⁴ El médico francés del siglo XIX Louis Fiaux decía que las prostitutas, en los estudios que había hecho, exhibían «la psicología de un niño, la falta de atención de un joven salvaje y [...] el vacío de un cerebro prehistórico aún bañado de animalidad». C. Bernheimer, *Figures of Ill Repute: Representing Prostitution in Nineteenth-century France*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 1989, pp. 211-212.

¹⁵ M. Smith, N. Satija y E. Walters, «How Texas' crusade against sex trafficking has left victims behind», *Reveal*, 23 de febrero de 2017, revealnews.org.

¹⁶ O. Gee, «Selling sex doesn't make you an unfit parent», *The Local*, 23 de julio de 2013, disponible en thelocal.se; C. Simon, «The Bloody State Gave Him The Power: A Swedish Sex Worker's Murder», *Tits and Sass*, 16 de julio de 2013, disponible en titsandsass.com.

juez sentenció que, como ella se dedicaba a autolesionarse, era incapaz de cuidar de sus hijos y no tuvo en cuenta sus advertencias de que su ex pareja era violenta. Le concedió a su ex pareja la custodia de los niños. Cuando ella lo visitó para poder ver a los niños, él la apuñaló y la mató.

Desdeñar las razones prosaicas y materiales de Jasmine para ejercer el trabajo sexual fue la clave de la respuesta mortalmente inadecuada del Estado ante sus necesidades. La creencia de que las trabajadoras sexuales no están tomando (ni pueden tomar) las decisiones correctas no conduce a una utopía feminista, sino a modelos de «reforma» coercitivos, punitivos.

Minimizar las dimensiones prácticas y económicas de la prostitución también deja una profunda huella ideológica en las feministas en contra de la prostitución. Por ejemplo, Catherine MacKinnon escribe: «Si no hubiera compradores, *no habría vendedores*, es decir, traficantes». ¹⁷ La incorrecta identificación de MacKinnon de la «gente que vende servicios sexuales» con los «traficantes» borra el hecho de que las personas que venden servicios sexuales puedan tener como motivación la necesidad económica, una necesidad que no se resolverá tratando de erradicar la prostitución mediante el derecho penal. Después de todo, si olvidamos durante un segundo que las personas se echan a la calle porque necesitan dinero, no necesitamos preocuparnos acerca de con qué sustituirán el ingreso que pierden, o qué implicaciones tendrá para su seguridad cuando traten desesperadamente de recuperar ese ingreso. ¹⁸

Saquemos el dinero de la conversación y las trabajadoras sexuales parecerán raras o destrozadas. Como escribe una académica: «La idea de que las prostitutas tienen unas biografías personales características tiene una historia larga y desgraciada: los mitos masculinos sobre “la psicopatología de la prostituta” persisten; en el siglo XXI, estos mitos tienen un barniz feminista». ¹⁹

¹⁷ S. Kumar, «Playboy made sexual abuse ordinary», *Open Magazine*, 1 de diciembre de 2017, disponible en openthemagazine.com.

¹⁸ Sex Workers' Rights Advocacy Network, «Failures of Justice: State and Non-State Violence Against Sex Workers and the Search for Safety and Redress», mayo de 2015, informe disponible en nswp.org, p. 45.

¹⁹ G. Scambler *et al.*, «Women prostitutes in the AIDS era», *Sociology of Health & Illness*, núm. 12:3, 1990, pp. 260-273

La trabajadora sexual, se afirma o se dice implícitamente, no es capaz de entender lo que mejor se ajusta a sus intereses y, en lugar de ello, actúa siguiendo los impulsos de su trauma infantil. La militante en contra de la prostitución Kat Barnard argumenta, por ejemplo, que suponer una historia de violencia sexual infantil entre las trabajadoras sexuales «tiene sentido» porque «las consecuencias habituales del abuso sexual infantil incluyen la dificultad para afirmar los límites».²⁰ Las supervivientes del trabajo sexual han rechazado estos intentos de patologizar sus vidas. Como escribe Lori Adorable: «No es a causa de algún tipo de “daño” permanente o de una compulsión a repetir el trauma. Es porque las supervivientes [del abuso infantil] a menudo carecen del apoyo familiar».²¹ En otras palabras, las personas que han huido de un hogar y de una familia abusiva tienen una necesidad imperiosa de evitar volver a ella y pueden vender servicios sexuales como una estrategia que evite dicho regreso. Esta es una necesidad material, no una patología.

«La necesidad económica es el imperativo principal para las mujeres que acaban implicándose en la prostitución», según los investigadores del Ministerio del Interior británico.²² La académica Julia Laite escribe: «Varios estudios de finales del siglo XIX descubrieron que casi la mitad de las mujeres que vendían sexo en Gran Bretaña habían sido empleadas domésticas y que muchas de ellas lo odiaban tanto que habían dejado voluntariamente el servicio doméstico».²³ Laite cita a una trabajadora sexual de la década de 1920 que le pregunta a un policía que la detiene: «¿Qué me darás si dejo este oficio? ¿Un trabajo en una lavandería por dos libras a la semana, cuando yo puedo ganar 20 con facilidad?»²⁴ En la década de 1980, la trabajadora sexual Nicky Roberts se hace eco de este ángulo:

²⁰ K. Banyard, *The Equality Illusion: The Truth about Women and Men Today*, Londres, Faber and Faber, 2010, p. 146.

²¹ SCOT-PEP «Assumptions used to discredit sex workers», *Scot-Pep*, informe disponible en scot-pep.org.uk (n.d., consultado el 27 de junio de 2018).

²² M. Hester y N. Westmarland, «Tackling Street Prostitution: Towards an holistic approach», *Home Office Research, Development and Statistics Directorate*, julio de 2004, disponible en dro.dur.ac.uk.

²³ J. Laite, «(Sexual) Labour Day», *Notches*, 30 de abril de 2014, disponible en notchesblog.com.

²⁴ *Ibidem*

Trabajar en fábricas cutres por un salario de mierda ha sido el trabajo más degradante y explotador que he hecho en toda mi vida [...]. Creo que debería haber otra palabra para ese tipo de trabajo que hace la clase obrera; algo que lo diferencia del trabajo que hace la clase media, aquellos que tienen carreras. Es una *pesadez*. Es horrible y sin salida; no es ni media vida. Es *immoral*. Y, aún así, como decía, se *espera* que las mujeres de clase obrera se nieguen todo a sí mismas [...]. ¿Por qué tengo que aguantar yo a una feminista de clase media que me pregunta por qué no hago cualquier cosa, incluso limpiar retretes, antes que convertirme en *stripper*? ¿Qué hay de liberador en limpiar las cagadas de otras personas?²⁵

A través de las lentes de la necesidad económica, las razones de la gente para ejercer trabajo sexual vuelven a aparecer, no como aberrantes o abyectas, sino como una estrategia racional de supervivencia en un mundo que a menudo es una mierda. Como señala otro grupo de investigación, las mujeres «tienen más probabilidades que los hombres de perder su empleo, de tener empleos insuficientes y de que les paguen menos»; frente a todos estos obstáculos, «la prostitución puede ser la opción más atractiva».²⁶

Dudu Dlamini, una trabajadora sexual de Sudáfrica, opina:

Ya he estado en Ciudad del Cabo limpiando las malditas casas de la gente. He lavado toneladas de cosas para otra gente en diferentes casas. Me levantaba temprano y abría las ventanas, limpiaba, cocinaba, hacía el desayuno a los niños, llevaba a los niños al colegio y planchaba su ropa solamente a cambio de un lugar donde dormir y de un plato de comida, ni siquiera un cigarrillo después. Así que eso *se acabó*.²⁷

Una mujer migrante en Reino Unido, que vende servicios sexuales en un apartamento, dice: «Este trabajo es mejor y se gana buen dinero rápidamente. El trabajo de limpieza era un trabajo muy duro y no se pagaba bien. Aún digo que soy limpiadora, tengo que mentir, pero no quiero ser limpiadora».²⁸

²⁵ N. Roberts, *The Front Line: Women in the Sex Industry Speak*, Londres, Grafton Books, 1986, pp. 232-233.

²⁶ G. Scambler *et al.*, «Women prostitutes in the AIDS era», *op. cit.*

²⁷ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World: Sex Worker Activism in Africa*, Nueva York, NYU Press, 2016, p. 38.

²⁸ N. Mai, «Migrant Workers in the UK Sex Industry: First Findings», London Metropolitan University, 2009, disponible en archive.londonmet.ac.uk.

La raza y la diversidad funcional son factores clave en la demografía del trabajo sexual. Pluma Sumaq escribe que, para muchas personas de color, «la prostitución no es lo que haces cuando tocas fondo. La prostitución es lo que haces para mantenerte a flote, para nadar y no ahogarte, para desafiar más que desaparecer».²⁹ Una madre maorí anónima escribe:

Mi cuerpo no es capaz de trabajar una jornada de cuarenta horas semanales, lo que no me permite aspirar a algo que esté bien pagado. Tengo una discapacidad laboral y soy parte de una sociedad que no cuida a las personas como yo, a las personas como mi hija [que también tiene una discapacidad]. [...] Ser trabajadora sexual supone que puedo trabajar cuando me siento capaz y que tengo días libres cuando no me encuentro bien [...]. Y puedo pasar mucho tiempo cuidando de mi hija.³⁰

Como otros grupos marginados, las personas LGTBIQ están sobrerrepresentadas en el trabajo sexual.³¹ La discriminación, el rechazo y los abusos, tanto en el hogar como en la comunidad en general, aumentan su precariedad y vulnerabilidad en una sociedad homófoba y tránsfoba, lo que deja a la prostitución como una de las pocas vías practicables para salir de la pobreza. Las mujeres trans, en particular, a menudo descubren que un empleo formal es algo fuera de su alcance. Una tasa superior de abandono escolar, la falta de apoyo familiar y la falta de acceso a tratamientos de salud adecuados (incluyendo los medios para financiarse un tratamiento de reafirmación de género) dejan a estas personas expuestas a la pobreza, la enfermedad y la falta de

²⁹ P. Sumaq, «A Disgrace Reserved for Prostitutes: Complicity & the Beloved Community», *LIES: A Journal of materialist feminism*, núm. 2, 2015, pp. 11–24, 13–14, disponible en liesjournal.net.

³⁰ «A Mother», «Sex work is how I support my family», *The Spinoff*, 4 de septiembre de 2017, disponible en thespinoff.co.nz.

³¹ «Una mayor proporción de la comunidad trans está implicada en el trabajo sexual en comparación con la proporción de la población de mujeres cis que son trabajadoras sexuales. Esto es indicativo del estatus a menudo marginado de las personas trans en la sociedad. Las actitudes y los prejuicios arraigados impiden a las personas LGTBIQ el acceso a la educación, afectando así a su acceso a las opciones vitales y habitacionales. Estas personas tienden también a tener un acceso menor a la justicia y a los servicios sociales debido al estigma y a la discriminación institucionalizada». Amnistía Internacional, «Amnesty International Policy on state obligations to respect, protect and fulfil the human rights of sex workers», POL, 30/4062/2016, 26 de mayo de 2016, amnesty.org, pp. 5–6.

techo. Un cuarto de la juventud sin techo de Londres es LGTBIQ y, dentro de ese grupo, casi un setenta por ciento, han sido expulsados de sus familias.³²

Es muy difícil evitar que alguien venda servicios sexuales mediante el derecho penal. La penalización puede hacerlo más peligroso, pero no hay apenas nada que pueda hacer el Estado para limitar físicamente la capacidad de una persona para vender o comerciar con el sexo. Así, la prostitución es una estrategia pertinaz de supervivencia para quienes no tienen nada, ni formación, ni títulos, ni material. Apenas hay requisitos para salir a la calle y esperar a un cliente.³³ El trabajo sexual de supervivencia puede ser peligroso, frío y aterrador, pero para la gente cuyas otras opciones son peores (hambre, dormir en la calle, mono de droga) está ahí como último recurso: es la «red de seguridad» en la que casi cualquier persona desamparada puede caer. Esto explica la resiliencia indómita del trabajo sexual.

Para algunas militantes en contra de la prostitución, las inquietudes acerca de la industria del sexo ocupan el lugar de una crítica más amplia al capitalismo. «¿Por qué la izquierda solamente está a favor del libre mercado cuando son los cuerpos de las mujeres lo que se vende y se compra?» pregunta Julie Bindel.³⁴ Esta pregunta o no entiende o tergiversa el argumento. Lo que en realidad defiende la izquierda son los *derechos laborales*, busca rectificar el reparto de poder entre empresarios y trabajadores. En una sociedad capitalista, cuando se criminaliza algo, *el capitalismo sigue teniendo lugar en ese mercado*. Cuando

³² Gorton, T., «A quarter of the UK's homeless youth are LGBT», *Dazed*, 27 de febrero de 2015, disponible en dazeddigital.com.

³³ Muchas trabajadoras sexuales citan otras ventajas a la hora de optar por el trabajo en la calle, por ejemplo la sensación de comunidad o de camaradería, y la completa flexibilidad. El trabajo sexual en la calle tiene las condiciones de entrada más bajas entre todas las formas de trabajo sexual. Por ejemplo, si tu consumo de drogas, tu salud mental o tus responsabilidades de cuidado hacen que te sea difícil adherirte a una rutina o adaptarte a turnos preestablecidos, puedes sortear estos obstáculos mediante el trabajo sexual en la calle. No tienes que pagar por un espacio para trabajar o por un material especializado (por ejemplo, los accesorios de BDSM o el uniforme específico de un club). Así pues, la gente elige el trabajo sexual de calle cuando tiene pocos recursos que invertir, como una manera de superar catástrofes como la de quedarse sin hogar.

³⁴ J. Bindel, «If women's rights are human rights, why do such organisations push for the decriminalisation of prostitution?», *The Independent*, 26 de agosto de 2017, disponible en independent.co.uk.

se nos pide, en una sociedad capitalista, elegir entre penalizar el sexo comercial o despenalizarlo, en ninguna de las opciones se nos ofrece que el mercado libre no gobierne los procesos. Veamos el caso de Estados Unidos, donde el uso, la venta y la distribución de droga está, en su mayor parte, penalizada. Si, según el análisis de Julie Bindel, no podría ser un mercado capitalista porque la droga está criminalizada, ¿se están entonces produciendo esas actividades según una base comunista o socialista? ¿Tal vez el mercado de la droga estadounidense funciona como una economía del don?

De hecho, como ilustra desoladoramente el mercado de la droga de Estados Unidos, el capitalismo es, en muchos sentidos, bastante más intenso en los mercados criminalizados. Esto se debe a que, como en los mercados criminalizados no puede haber normas, *los trabajadores no pueden tener derechos*. En un comercio sexual criminalizado, no puede haber derechos laborales para las trabajadoras, mientras que, dentro de una actividad comercial sexual despenalizada, las personas que venden sexo estarían protegidas por el derecho laboral. La izquierda apoya la *despenalización* del trabajo sexual porque la izquierda apoya que las trabajadoras tengan derechos.

La elevada presencia de personas marginadas en la prostitución se considera una prueba de su carácter extraño y depredador pero, en realidad, lo que refleja son los fallos normalizados, sistémicos de la sociedad dominante. Este reflejo es tan exacto que incomoda a la gente pero, en lugar de entender que la fuente de su incomodidad son las desigualdades económicas que han producido esta situación, hacen «ajeno» el problema localizando su origen en la prostitución. Una dinámica similar puede observarse en las respuestas al problema de las personas sin hogar, que incluyen cosas como multar a las personas que ejercen la mendicidad o instalar pinchos en los umbrales de las casas para evitar que los usen como albergue temporal. Un concejal de Oxford ofreció un relato demasiado explícito de las razones subyacentes cuando dijo: «Me gustaría acercarme a alguno de estos que duermen al raso y decirle: “Eres una vergüenza”. No creo que sirviera para nada, pero deberían mostrar más respeto».³⁵ No

³⁵ K. Pye, «Councillor John Tanner apologises for calling Oxford homeless “a disgrace”», *Cherwell*, 24 de febrero de 2017, disponible en cherwell.org.

cuesta mucho detectar aquí un elemento común a las respuestas al trabajo sexual en la calle, al menos en el modo en el que tantas políticas defienden que disminuir la *visibilidad* del trabajo sexual de calle (más que, por ejemplo, incrementar la seguridad de la trabajadora sexual o disminuir la pobreza) es una medición clave de su éxito. La visibilidad de la persona sin hogar y de la trabajadora sexual de calle hace que la gente se enfade con quienes duermen al raso o venden sus servicios sexuales al aire libre.

Decir que la prostitución es trabajo no es decir que es un *buen* trabajo, o que no debemos criticarlo. Que sea preferible a la pobreza o a un empleo mal pagado es un criterio abismalmente bajo, especialmente para cualquiera que afirme formar parte de cualquier movimiento a favor de la emancipación. Las personas que venden o comercian con sexo están entre las personas menos poderosas de este mundo, las personas que a menudo están obligadas a hacer los peores trabajos. Pero, justamente por eso, las militantes en contra de la prostitución deberían tomarse en serio el hecho de que el trabajo sexual *es una manera mediante la cual las personas consiguen los recursos que necesitan*. En lugar de ello, se desdeña altivamente, nos dicen que perder un mal trabajo no es grave.³⁶ Perdiendo nuestros trabajos será como alcancemos el cambio social, nos dicen. La feminista en contra de la prostitución Meghan Murphy escribe: «¿Entonces no deberíamos intentar detener la industria petrolera porque la gente vaya a perder sus empleos? Resulta ahora que es súper progresista [...] defender prácticas dañinas, no vaya a ser que la gente pierda su trabajo...»³⁷ Quienes plantean estos argumentos imaginan que van a «cambiar la sociedad» eliminando alguna cosa. (Por supuesto, muchos de estos trabajos no son directamente análogos al trabajo sexual: trabajadores del petróleo, banqueros y científicos nucleares no se encuentran ya en el fondo de la pirámide social). Pero las personas que tienen relativamente poco tienen todo el derecho del mundo a tener miedo cuando se les arrebatan sus medios de supervivencia. Los mineros británicos en la

³⁶ Dr Langtry (@DrLangtry_girl) Twitter, 6:37 pm., 18 de noviembre de 2014: «Nope. Giving up exploitative work isn't a sacrifice».

³⁷ M. Murphy (@MeghanEMurphy) Twitter, 3:41 am., 2 de febrero de 2018: «I mean, I suppose we shouldn't try to stop the oil industry because people will lose jobs? It isn't suuuper progressive (or intelligent tbh) to defend harmful practices lest people lose jobs... We have capitalists and liberal politicians to do that».

década de 1980 no se pusieron en huelga bajo la premisa de que la minería era el trabajo más estupendo del mundo, simplemente tenían toda la razón cuando creían que, una vez que se les arrebatara la minería, el gobierno de Thatcher dejaría que sus comunidades se sumieran en la pobreza más absoluta. De la misma manera, pocas trabajadoras sexuales objetarían a una abolición de la industria del sexo que les asegurara que iban a tener los recursos que necesitan *sin tener que recurrir a la venta de sexo*.

En lugar de ello, sin embargo, una política laborista menciona lo que ella considera los «bajos» ingresos de las trabajadoras sexuales para argumentar que reducirlos aún más no debería ser una preocupación real.³⁸ Justamente *cuando* los ingresos de la gente *son* bajos es cuando reducirlos supone una perspectiva aterradora; cuando los empleos *son* malos es cuando los trabajadores más necesitan sus derechos laborales.

Desde fuera, a menudo se piensa que vender sexo debe ser algo más bien horrible y muchas trabajadoras sexuales estarían de acuerdo con esto. No obstante, estas trabajadoras sexuales podrían decir que el problema no está en el *sexo* sino en el *trabajo*. Cuando las trabajadoras se ponen en huelga, se basan en su capacidad de resistir sin sueldo: las tentaciones de romper la huelga aumentan a medida que el dinero se va acabando. En cualquier negociación, ostenta mayor poder la parte que tiene

³⁸ Cuando la política laborista escocesa Rhoda Grant buscaba penalizar la adquisición de sexo en Escocia en 2012, se enfrentó a las críticas de las trabajadoras sexuales que aludían a sus miedos sobre la pérdida de ingresos y la subsiguiente pobreza. Respondió citando investigaciones que mostraban que la cantidad media que ganaba una trabajadora sexual en una cita con un cliente era de 37 libras, lo que «disipaba el mito» de que el trabajo sexual es una carrera lucrativa. La implicación obvia es que se trata ya de una cantidad tan «baja» que reducir los ingresos de las trabajadoras sexuales no es algo que debiera preocuparnos mucho, pero 37 libras por cliente, en lo que puede ser entre 20 minutos y una hora de trabajo, no es una cantidad que sea obviamente tan baja para mujeres que, de otro modo, estarían ganando el salario mínimo, que en aquel momento era de 6,19 libras la hora. La investigación se centra en mujeres muy marginadas en una parte deprimida de Inglaterra, por lo que es posible que ni siquiera tuvieran la posibilidad de ganar ese sueldo. La señora Grant, que gana 67.000 libras al año, y su doblemente negligente enfoque sobre el dinero, la pobreza y el trabajo ejemplifica en muchos sentidos el pensamiento del feminismo punitivista sobre la economía y sobre la industria del sexo. Véase R. Grant, «Proposed Criminalisation of the Purchase of Sex (Scotland) Bill (2) Summary of Consultation Responses», Parlamento escocés, 2013, disponible en www.parliament.scot.

mayor capacidad de romper la negociación. Dentro del trabajo sexual observamos esta asimetría de necesidades. Como a las feministas en contra de la prostitución a menudo les gusta puntualizar, ningún hombre *necesita* adquirir sexo; es, en último término, una actividad recreativa. Las trabajadoras sexuales, sin embargo, *sí* tienen una necesidad. Como dice Dudu Dlamini: «Es una cuestión de dinero [...]. ¿Qué vamos a comer mis hijos y yo? Mis hijos ahora tienen hambre. Necesito dinero ya. [...] Pensé: “Voy a hacerlo. Voy a sobrevivir. Y volveré con dinero. Podré cuidar de mis hijos”». ³⁹ En un sentido central, los clientes no son la demanda sino la *oferta*; para las trabajadoras sexuales los clientes representan la oferta de recursos para sus vidas.

Hemos sido testigos de clientes que usan los foros de internet para organizar un boicot contra las escorts de su zona, obligándolas a bajar las tarifas. Por supuesto los clientes están dispuestos a renunciar fácilmente a darse el lujo del sexo comercial y, como resultado, su cabecilla sabe que es muy probable que las escorts cedan, puesto que él y sus colegas pueden aguantar sin las trabajadoras durante un tiempo indefinido. La persona que vende sus servicios sexuales *necesita* la transacción mucho más de lo que la necesita el comprador; esta necesidad convierte en vulnerable a la trabajadora sexual. De la misma manera, una trabajadora de calle que padece la falta de negocio después de una operación policial se desespera y la desesperación le conduce a perder la capacidad de rechazar exigencias injustas. Transigir significa capitular ante el miedo de los clientes y su deseo de evitar a la policía; si el cliente desea hacer tratos en un parque mal iluminado a medianoche para así ocultarse, entonces puede plantear esa exigencia o simplemente irse sin pagar. A la gente le atrae el concepto de una ley al estilo nórdico, que penaliza únicamente al comprador de sexo y no a la prostituta, pero cualquier campaña o política que busque reducir el negocio de las trabajadoras sexuales las obligará a absorber el déficit, ya sea en sus carteras o en sus condiciones laborales. Como una trabajadora social afiliada a Industrial Workers of the World señala:

Me he dado cuenta de que mi capacidad para hacer fácil, seguro y disfrutable mi trabajo está directamente relacionada con si puedo sobrevivir con lo que estoy haciendo en ese momento. [...] Podría estar

³⁹ Mgbako, *To Live Freely*, op. cit. p. 37.

más segura si rechazara clientes que dejan claro desde el principio que no me respetan, pero yo sé exactamente dónde tengo que poner el límite de lo que necesito tolerar. Si no me han pagado desde hace semanas, tengo que aceptar a clientes que parecen más peligrosos de lo que habitualmente estaría dispuesta a arriesgar.⁴⁰

Cuando las trabajadoras sexuales hablamos de esto, a menudo se nos malinterpreta como si estuviéramos defendiendo algún tipo de «derecho» de los varones a pagar por sexo. De hecho, tal y como expresó Wages for Housework [Salario para el trabajo doméstico] en la década de 1970, nombrar algo como *trabajo* es un primer paso crucial para negarse a hacerlo, en tus propios términos. La teórica marxista feminista Silvia Federici escribía en 1975 que «exigir un salario para el trabajo doméstico no quiere decir que si nos pagan vamos a seguir haciéndolo. Significa justamente lo contrario. Decir que queremos dinero por hacer las tareas domésticas es el primer paso para negarse a hacerlas, porque la exigencia de un salario convierte nuestro trabajo en algo visible, que es la condición más indispensable para empezar a luchar contra él».⁴¹ Nombrar el trabajo como *trabajo* ha sido una estrategia feminista clave más allá de Wages for Housework. Desde el término acuñado por la socióloga Arlie Hochschild, «trabajo emocional», hasta el término que usa la periodista Susan Maushart, «trabajo de esposa», hasta las teorías de Sophie Lewis sobre la gestación subrogada y el «trabajo gestacional», nombrar estructuras de trabajo feminizadas que de otro modo serían invisibles o que se considerarían «naturales» es una estrategia central para empezar a pensar sobre cómo vamos a reordenar o resistir colectivamente ante este trabajo.

Que un trabajo sea malo no quiere decir que no sea un trabajo «de verdad». Cuando las trabajadoras sexuales afirmamos que el *trabajo sexual es trabajo*, lo que queremos decir es que necesitamos derechos laborales. No estamos diciendo que ese trabajo sea bueno, o divertido, o ni tan siquiera inofensivo, ni que tenga una importancia fundamental. De la misma manera, posicionar lo

⁴⁰ New Syndicalist, «What does a union mean to you?», 4 de julio de 2015, disponible en newsyndicalist.org.

⁴¹ S. Federici, «Wages Against Housework», *Caring Labor: An Archive*, 15 de septiembre de 2010, disponible en caringlabor.wordpress.com [ed. cast.: *Salario para el trabajo doméstico*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019].

que hacemos dentro del marco del derecho laboral no constituye un respaldo incondicional del trabajo en sí. No supone apoyar el capitalismo ni desear una industria del sexo más grande y con mayores beneficios. «La gente cree que el fin de nuestra organización es expandir la prostitución en Bolivia», dice la activista de la ONAEM Yuli Pérez. «De hecho, lo que queremos es lo contrario. Nuestro mundo ideal es un mundo carente de la desesperación económica que obliga a las mujeres a ejercer este oficio».⁴²

No es tarea de las trabajadoras sexuales disculparse por lo que la prostitución es. Las trabajadoras sexuales no deberíamos tener que defender la industria del sexo para argumentar que necesitamos la capacidad de ganarnos un sustento sin recibir un castigo. La gente no debería tener que demostrar que su trabajo tiene un valor intrínseco para la sociedad para hacerse merecedora de la seguridad en el trabajo. Caminar hacia una sociedad mejor, una en la que el trabajo de muchas más personas tengan propiamente valor, una en la que se compartan los recursos según las necesidades, no puede hacerse mediante la criminalización. Ni tampoco puede hacerse considerando que las necesidades materiales y las estrategias de supervivencia de las personas marginadas son algo trivial. Las trabajadoras sexuales pedimos que se nos acredite la capacidad de pelear en el trabajo, incluso de odiarlo, pero que aún así se nos considere trabajadoras. No es necesario que te guste tu trabajo para querer conservarlo.

⁴² Friedman-Rudovsky, J., «Prostitutes Strike in Bolivia», *Time*, 24 de octubre de 2007, disponible en content.time.com.

3. Fronteras

SUELE SER HABITUAL que las personas que abogan por los derechos de las trabajadoras sexuales argumenten que el trabajo sexual es algo muy diferente de la trata. Esto sirve como una especie de línea divisoria retórica que dice: «No tenemos que hablar de esto. Es algo que entra en una categoría diferente». No va a ser esta la argumentación que aquí vamos a presentar. La realidad es a la vez más compleja y más importante.

La trata es un tema que lógicamente preocupa a las personas progresistas. Habla de las desigualdades globales de poder, dinero y seguridad. Es legítimo simpatizar con la perspectiva de los derechos de las trabajadoras sexuales y también tener enormes preocupaciones acerca del papel de la trata en la industria del sexo.

La trata con fines sexuales se presenta a menudo como *la* manifestación por excelencia de la trata de seres humanos, hasta el punto de que con frecuencia las dos frases parecen querer decir lo mismo. Dado lo poderoso que es este vínculo en la opinión pública, es posible que se espere que en este capítulo se hable del sexo comercial y no de las fronteras. Sin embargo, el problema principal de la manera en la que estas dos ideas se han apelmazado es que, de hecho, la trata dentro de la industria sexual es únicamente un síntoma entre otros muchos dentro del proceso aún más amplio de la migración

sin papeles.¹ El sexo comercial, dentro de este contexto, no puede entenderse adecuadamente sin hablar de la migración. Las personas explotadas, que trabajan en la industria del sexo, en lavaderos de coches, en hoteles o en las gélidas plantaciones de repollo de Lincolnshire, son víctimas de problemas *sis-témicos*, que tienen su origen en buena medida en el Estado y no en los individuos.

A menudo, no obstante, la trata no se define con claridad; la gente emplea la misma palabra, pero se refiere a cosas distintas con ella. Enfocadas únicamente en el sexo comercial, hay personas que usan *trata* para referirse a toda la prostitución, o a toda la migración dentro de la industria del sexo. Otras se refieren a toda la migración dentro de la industria del sexo que ha requerido la ayuda de un tercero, incluso si ese tercero no busca un beneficio monetario (por ejemplo, una amiga o un pariente). Puede incluir a cualquiera que haya incurrido en una deuda en el proceso de cruzar la frontera sin papeles o a quien haya incurrido en una deuda de ese tipo y esté saldando esa deuda mediante el trabajo sexual. Puede referirse a cualquiera que haga funciones de gestión, a la vez que vende sus servicios sexuales, o se puede referir a todos los puestos de trabajo de la industria del sexo en los que se producen abusos, con independencia del estatus migratorio de las trabajadoras. Puede referirse a secuestros y violaciones.

Especificar de qué tipos de situaciones son de las que se habla ayuda a que la conversación tenga sentido, incluso cuando quienes participan en ella no se pongan de acuerdo sobre los problemas o las soluciones. La trata se presenta a menudo como una cuestión «apolítica», en la que todo el mundo puede ponerse de acuerdo. Como escriben las académicas expertas en migraciones Bridget Anderson y Rutvica Andrijasevic, abordar desde un ángulo crítico la cuestión de la trata «se parece a decir que se apoya la esclavitud o que se está en contra de la maternidad y de la tortilla de patatas. La trata es un tema que se supone nos aúna a

¹ Por *migración sin papeles* nos referimos a la gente que cruza las fronteras sin papeles. También empleamos la frase *migración irregular*, que se refiere a cómo las personas pueden haber migrado a través de rutas legales si bien, con el paso del tiempo, haberse quedado sin documentos o no documentadas de manera segura, por ejemplo, al superar el plazo de un visado o al abandonar su empleo.

todas».² Pero, una vez nos concentramos en los detalles específicos, se revelan auténticas fallas políticas. No estamos todas de acuerdo.

Los gobiernos, las ONG y las empresas financian políticas y acciones bajo el epígrafe «contra la trata». El derecho británico define *trata* como organizar o facilitar la llegada de otra persona «para fines de explotación», usando la fuerza, el fraude, la coerción o a cambio de «dar o recibir pagos» (es decir, por dinero).³ *Explotación* se define como «esclavitud, servidumbre, trabajo forzado u obligatorio», la extracción de órganos o los delitos habituales de prostitución. Esto quiere decir, por ejemplo, que, en los países en los que tener un burdel está penalizado, organizar el viaje a alguien para que pueda trabajar en un burdel se convierte en un delito de trata. La ley estadounidense define *trata con fines sexuales* como «el reclutamiento, alojamiento, transporte, oferta u obtención de una persona con la finalidad de un acto de sexo comercial», lo que, si se lee con detalle, nos damos cuenta de que no necesariamente implica el tipo de daños que podríamos asociar con el término «trata con fines sexuales».⁴ «Alojamiento», después de todo, puede querer decir dejar que una amiga trabajadora sexual se quede en tu casa durante un tiempo. Algunas empresas están obligadas legalmente a trabajar en contra de la trata; por ejemplo, tienen que hacer auditorías sobre la trata en sus cadenas de suministro. Algunas hacen una labor suplementaria, por ejemplo, minoristas como Body Shop y AllSaint han lanzado campañas de sensibilización y una parte de sus beneficios se destina a labores contra la trata. Los gobiernos tratan de contrarrestar la trata mediante la legislación (por ejemplo, la Ley sobre la Esclavitud Moderna del Reino Unido en 2015) así como mediante tratados comerciales y esfuerzos diplomáticos.⁵

² B. Anderson y R. Andrijasevic, «Sex, slaves and citizens: the politics of anti-trafficking», *Soundings*, núm. 40, 2008, pp. 135-145, disponible en oro.open.ac.uk.

³ Crown Prosecution Service, «Human Trafficking, Smuggling and Slavery», 2018 disponible en cps.gov.uk (consultado el 27 de junio de 2018).

⁴ Government Publishing Office, «Victims of Trafficking and Violence Protection Act of 2000», 24 de enero de 2000, informe disponible en gpo.gov.

⁵ Por ejemplo, el Departamento de Estado de los Estados Unidos publica un informe anual sobre «trata de personas», que hace una jerarquía de todos los países del mundo según lo bien que Estados Unidos considere que están luchando contra la trata. Un puesto bajo durante varios años puede desencadenar sanciones

Dicho de forma muy esquemática, la mayor parte de las ONG que combaten la trata llegan al tema desde una perspectiva de defensa de los derechos humanos, desde una perspectiva feminista punitivista o desde una perspectiva cristiana. Algunas mezclan dos o más perspectivas, pero estas tres tendencias son las más útiles a la hora de categorizar los enfoques de estas organizaciones. En general, las ONG que se acercan a la cuestión desde una perspectiva basada en la defensa de los derechos humanos hacen una labor relativamente poco vistosa y que no suele copar los titulares; por ejemplo, pueden estar trabajando en torno a los temas de la minería de cobalto en la República Democrática del Congo, o de la pesca en las costas de Tailandia, o con las trabajadoras domésticas migrantes en Estados Unidos.⁶ Las ONG feministas punitivistas y cristianas tienden a centrarse en la trata que acaba en prostitución. Habitualmente su trabajo tiende a alinearse en torno a la meta de abolir el sexo comercial mediante el derecho penal, con el fin de «terminar con la trata sexual».

Muy pocas personas empleadas en estas organizaciones son ricas; la mayoría ganan sueldos medios. Algunas activistas de base contra la trata, como las trabajadoras sexuales activistas, tienen que luchar para ganarse la vida. Pero, aunque las activistas individuales no lo noten, se invierten enormes cantidades de dinero en el trabajo en contra de la prostitución que se realiza a través del prisma de la lucha contra la trata. En 2012, *únicamente* en Estados Unidos, el presupuesto colectivo de 36 grandes organizaciones en contra de la prostitución y en contra de la trata (en un cálculo del que se ha excluido a la multitud de organizaciones más pequeñas) sumaban 1.200 millones de dólares, mientras que el gobierno federal estadounidense adjudica un presupuesto adicional de entre 1.200 y 1.500 millones de dólares anuales contra

comerciales. Cuando Estados Unidos desea expresar su disgusto general con algún país, por ejemplo Cuba o Irán, los coloca en un puesto bajo, a pesar de la ausencia de datos acerca de cómo están abordando la cuestión. Véase Alliance To End Slavery & Trafficking, «Rankings Undermine Credibility of TIP Report: Malaysia, Burma and Qatar Upgrades Unjustified», nota de prensa, 28 de junio de 2017, disponible en endslaveryandtrafficking.org

⁶ Amnistía Internacional, «Exposed: Child labour behind smart phone and electric car batteries», 19 de enero de 2016, disponible en amnesty.org; Environmental Justice Foundation, «Combating Seafood Slavery: Tackling human rights abuses and slavery at sea», disponible en ejfoundation.org, consultado el 27 de junio de 2018; National Domestic Workers Alliance, domesticworkers.org.

la trata.⁷ La amplia mayoría de este dinero se gasta en campañas, no en apoyar a las supervivientes; en 2014 Estados Unidos tenía únicamente 1.000 camas disponibles para víctimas de trata.⁸ (En cambio, en 2013, el presupuesto colectivo para el movimiento en pro de los derechos de las trabajadoras sexuales en todo el mundo era de 10 millones de dólares).⁹

Monstruosidad e inocencia

Las feministas punitivistas sostienen que, si pudiéramos abolir la prostitución mediante la penalización de los clientes y los empresarios, la trata de mujeres terminaría, no habría un negocio sexual que sirviera de destino para la trata. Como escribe la vice primera ministra de Suecia: «Es obvio para nosotros que existe un claro vínculo entre la prostitución y la trata. [...] Sin la prostitución no existiría la trata de mujeres».¹⁰ Esta perspectiva también entiende la prostitución como algo intrínsecamente más horrible que cualquier otro tipo de trabajo (incluyendo trabajos de baja calificación, explotadores o mal pagados) y, como tal, contempla que intentar abolir la prostitución mediante el derecho penal es un fin válido en sí mismo. Para quienes comparten esta perspectiva, defender los derechos de las trabajadoras sexuales es lo mismo que defender la trata.

En estas discusiones la trata se convierte en una batalla entre el bien y el mal, la monstruosidad y la inocencia, repleta de una imaginería de trazo grueso con cadenas, cuerdas y esposas que simbolizan la esclavitud y acompañada con calificativos como *infame*, *malvada*, *siniestra* y *vil*.¹¹ Este «mal» está impulsado por la aberración del sexo comercial y por unos «agentes del mal» anómalos (y claramente racializados): el malo individual, el proxeneta, el traficante. Un policía resume así este enfoque: «Metemos a todos esos proxenetas y a todos esos traficantes en la cárcel y así se resuelve el problema».¹² Numerosas imágenes asociadas

¹² M. Smith, N. Satija y E. Walters, «How Texas' crusade...», *op. cit.*

con las modernas campañas en contra de la trata colocan a una chica blanca capturada por un hombre negro: él es la mano negra sobre la boca o una sombra acechante tras ella.¹³

Los fantasiosos «vestidos del chulo putas» ofrecen una visión racista y caricaturesca de la masculinidad negra de la década de 1970, mientras que los cuerpos de seguridad americanos, sin vergüenza alguna, usan términos como «gorila proxeneta» y vinculan la trata con la música rap.¹⁴ Hay, en todo momento, un aire de película de terror en torno a este tema: los turistas pueden montar en autobuses que hacen un «tour de la trata sexual» para sentir escalofríos en las localizaciones donde se les cuenta que han ocurrido recientemente casos de violencia sexual («tal vez se pregunten dónde han tenido lugar estos crímenes»)¹⁵ o comprar un bocadillo «sensibilizador» en el que figura una mujer desnuda con el cuerpo marcado como si fuera a ser despiezado por el carnicero.¹⁶ Se representa a mujeres desnudas, convencionalmente sexys, envueltas en celofán o empaquetadas en plástico, con etiquetas que las describen como «carne».¹⁷

Y, a la inversa, a la víctima se la presenta a menudo enfatizando su carácter prepúber. El estilismo de las mujeres jóvenes se dirige a que parezcan infantiles, con coletas o cintas de pelo, aferradas a ositos de peluche. Esta imaginería indica otra preocupación compartida entre las militantes contra la trata moderna y aquellas del siglo XIX: la inocencia. Una mirada a los nombres

¹³ Change.org petición, «Pass legislation that would save lives and prevent human trafficking», 2015, disponible en *Change.org*; C. Sardina, «Marketing mass hysteria: anti-trafficking awareness campaigns go rogue», *openDemocracy*, 13 de enero de 2017, disponible en *opendemocracy.net*; «Guest Post», «Sex Trafficking», *The Hope Line*, 2015, disponible en *thehopeline.com* (consultado el 28 de junio de 2018).

¹⁴ E. Koyama, «Gangs and sex trafficking: How the movement against “modern day slavery” targets descendants of slavery as its primary perpetrators», *Eminism*, 16 de julio de 2012, disponible en *eminism.org*; E. Koyama como respuesta a Kiernan, J.S. «Should Prostitution Be Legal?», *WalletHub*, 1 de septiembre de 2016, disponible en *wallethub.com*.

¹⁵ Children at Risk, «Human Trafficking Bus Tour», *Children at Risk*, 23 de marzo de 2017, disponible en *childrenatrisk.org*.

¹⁶ The Drum, «The task force on human trafficking and prostitution: Meet the meat by M&S Saatchi Tel Aviv», *The Drum*, 2017, disponible en *thedrum.com*.

¹⁷ C. Shane, «Top 10 Anti-Sex Trafficking Campaigns», *Tits and Sass*, 27 de julio de 2011, disponible en *titsandsass.com*.

elegidos para las operaciones policiales y para las ONG especializadas lo deja claro: *Inocencia Perdida*, *Rescatar la Inocencia*, *Libertad para la Inocencia*, *el Desafío de Proteger la Inocencia*, *Inocentes en Peligro*, *Devolver la Inocencia*, *Inocencia a la Venta*.¹⁸

A las feministas, esta preocupación por la «inocencia» femenina debería hacerles saltar todas las alarmas, no solamente porque denota un interés lascivo por las mujeres jóvenes. A la inversa, las personas LGTBIQ, las personas negras y las prostitutas que ejercen voluntariamente son a menudo excluidas de la categoría de la inocencia; a consecuencia, los daños contra las personas que integran estos grupos se vuelven menos legibles como daños. Por ejemplo, es más probable que un varón negro joven se enfrente a una detención que a que le presten apoyo; de hecho, los recursos para los jóvenes en fuga y sin hogar (cuyas realidades son bastante más complejas que las cadenas y las cuerdas) no fueron incluidos en la reactivación de 2015 de la Ley de Justicia para las Víctimas de Trata por parte del Congreso de los Estados Unidos.¹⁹ Los estatutos en contra de la trata excluyen con frecuencia a las prostitutas que ejercen voluntariamente de la categoría de gente calificada para optar a reparaciones, como si para ser una víctima «legítima» de trata se requiriera inocencia y una prostituta voluntaria, por mucho daño que haya sufrido, no pudiera cumplir con ese requisito.²⁰

Se hace un enorme énfasis en los secuestros y, correlativamente, en los rescates heroicos. En la película de acción *Taken* (*Venganza*, 2008), de enorme éxito popular, la hija del protagonista (interpretado por Liam Neeson) es secuestrada por unos traficantes sexuales albaneses mientras se encuentra de vacaciones en París. *Taken* ejemplifica muchas campañas reales contra la trata, que presentan la trata como un mal exento de

¹⁸ *Saving Innocence*, savinginnocence.org; *Innocents at Risk*, innocentsatrisk.org; *Freedom 4 Innocence*, freedom4innocence.org; «Protected Innocence Challenge», *Shared Hope International*, sharedhope.org; *Restore Innocence*, restoreinnocence.org; M. T. Harpster, «Innocence for Sale: Domestic Minor Sex Trafficking», *FBI*, 26 de marzo de 2014, disponible en fbi.gov.

¹⁹ J. Suchland, «The Missing “P” en U.S. Anti-Trafficking Law», *The Feminist Wire*, 23 de noviembre de 2015, disponible en thefeministwire.com.

²⁰ J. Doezema, «Forced to Choose: Beyond the Voluntary v. Forced Prostitution Dichotomy», *Global Sex Workers: Rights, Resistance, and Redefinition*, Nueva York, Routledge, 1998, p. 45.

contexto, un secuestro azaroso que le puede ocurrir a cualquiera, en cualquier lugar. Como si quisiera destacar los vínculos entre Hollywood y la política, el «héroe» está literalmente inscrito en el derecho estadounidense, la ley HERO [acrónimo de Human Exploitation Rescue Operations Act (Ley de Operaciones de Rescate de Explotación de Seres Humanos)] recibe financiación de la Immigration and Customs Enforcement (ICE) para entrenar a veteranos del ejército estadounidense para combatir la trata.²¹ (En *Taken*, Neeson está capacitado para rescatar a su hija debido a que en su momento fue agente de la CIA). A los visitantes de la web de Freedom Challenge, una ONG contra la trata, se les informa de que:

Te metes en la cama y te arropas con tu manta favorita. [...] Estás sola, duermes profundamente y sueñas con los angelitos. De repente un crujido en la habitación de al lado te sobresalta. [...] Sales de puntillas por el frío suelo y abres ligeramente la puerta. Te ponen una bolsa en la cabeza. Te han atrapado.²²

Una portavoz de otra organización les dijo a los periodistas que había «una gran posibilidad» de ser «robada en la calle» de manera azarosa por los traficantes de personas y que advertía a la gente de que se mantuviera en grupos para evitar que les secuestraran.²³ Las palabras de una madre, preocupada porque pensaba que su hija iba a ser secuestrada por unos traficantes en IKEA, fueron compartidas por más de 100.000 personas en las redes sociales.²⁴ (Resuena en todo esto el eco de los miedos a la trata de blancas del siglo XIX; en 1899, un misionero de la Women's Christian Temperance Union informó de que «hay comercio de esclavos en este país, y esta vez no son negros, sino niñas blancas, de trece, catorce, dieciséis y diecisiete años de edad; nos las arrebatan de las manos, y de nuestras escuelas

²¹ J. Suchland, «The Missing “P”» en *U.S. Anti-Trafficking Law*, op. cit.

²² Freedom Challenge, «Just the Facts», disponible en thefreedomchallenge.com (consultado el 28 de junio de 2018).

²³ K. Helmer, «Hopkinsville on high alert for sex trafficking around next month's solar eclipse», WDRB, 11 de julio de 2017, disponible en wdrb.com.

²⁴ J. Earl, «Mom's warning about “human trafficking” at IKEA goes viral; what you need to know», *CBS News*, 30 de marzo de 2017, disponible en cbsnews.com.

dominicales y de las mesas de la comunión».²⁵ Hay vídeos compartidos rodados con estabilizador que muestran a chicas jóvenes a las que unos extraños agarran por la calle y desaparecen en el interior de furgonetas.²⁶

La trama de *Taken* reitera una y otra vez la nacionalidad de los traficantes. Después del éxito de la película, Neeson tuvo que publicar un comunicado garantizando a los padres estadounidenses que sus hijos podían ir de viaje de fin de curso a París sin que les fuera a secuestrar una banda organizada de albaneses.²⁷ «El extranjero», escribe la historiadora Maria Luddy, ha sido siempre «una figura internacional que simboliza la trata de blancas».²⁸

El papel de la frontera

Pero a la gente no se la secuestra en masa en la calle. Un informe de la comisión contra la esclavitud del Reino Unido señala que los casos de secuestro son muy poco habituales, básicamente porque no tendría demasiado sentido «ofrecer» a alguien el servicio de llevarle al otro lado de la frontera gratis cuando hay gente dispuesta a pagar hasta 30.000 libras para que le ayuden a pasar al otro lado de esa misma frontera.²⁹ La inmensa mayoría de las personas que terminan en situaciones de explotación *estaba tratando de migrar* y se ha quedado atrapada en un sistema horriblemente explotador, debido a que cuando las personas migran sin papeles tienen pocos o ningún derecho. Reconocer que las personas que terminan en situaciones de explotación *querían migrar* no implica culpabilizarlas.

²⁵ J. R. Pliley, *Policing Sexuality: The Mann Act and the Making of the FBI*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 2014.

²⁶ Exodus Cry, «Is Prostitution a Choice?», 10 de enero de 2018, video, YouTube (usuario: Exodus Cry), disponible en [youtube.com/watch?v=YFUa31WO_h0](https://www.youtube.com/watch?v=YFUa31WO_h0).

²⁷ C. Hooton, «Liam Neeson is here to remind frightened American parents that Taken isn't real», *The Independent*, 7 de enero de 2015, disponible en [independent.co.uk](https://www.independent.co.uk).

²⁸ M. Luddy, *Prostitution and Irish Society, 1800-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 166.

²⁹ UK Independent Anti-Slavery Commissioner, «Combating modern slavery experienced by Vietnamese nationals en route to, and within, the UK», *Anti Slavery Commissioner*, 2017, informe disponible en [antislaverycommissioner.co.uk](https://www.antislaverycommissioner.co.uk) (consultado el 28 de junio de 2018).

Es decir que la solución a su situación de explotación es permitirles migrar legalmente *y con derechos*. Todo lo demás es, en el mejor de los casos, una distracción (¡cadenas sexys!, ¡malvados villanos!), o en el peor de los casos, algo que *empeora* activamente el problema, exigiendo leyes que hacen más difícil, y no más fácil, migrar legalmente y con derechos.

Es posible que estéis pensando que estamos hablando de personas sujetas a contrabando y no de personas sujetas a trata y que estas dos cosas son diferentes. El *contrabando de personas* es cuando alguien paga a un contrabandista para que le ayude a pasar una frontera: en la ley británica, la *trata de seres humanos* ocurre cuando alguien es transportado para fines de trabajo forzado o explotación usando la fuerza, el fraude o la coerción. Es tentador pensar en estas dos cosas como distintas, pero no hay una línea brillante que las separe: son dos ocurrencias del mismo sistema.

Vamos a examinar esta cuestión. Es habitual que las personas contraigan grandes deudas con los contrabandistas para pasar la frontera. De momento está claro: hablamos de contrabando. Pero, una vez que empieza el viaje, la persona que trata de migrar se da cuenta de que la deuda se ha incrementado, o que el trabajo que esperaba hacer a su llegada para poder saldar la deuda es diferente de lo que habían acordado. De repente la situación se le ha ido de las manos y se ve tratando de saldar la deuda con un trabajo, pero con poca esperanza de poder ganar, alguna vez, lo suficiente como para librarse. El contrabando se vuelve trata. En gran medida el discurso de la *trata* no consigue ayudar a las personas en esta situación porque las describe como secuestradas o encadenadas, más que como *tratando de migrar*. Pero tratar de «rescatarlas» bloqueando las rutas de la migración irregular y enviando de vuelta a casa a las personas indocumentadas, es a menudo lo *último* que desea una persona víctima de trata. Aunque puedan odiar el lugar en el que son explotadas, su opción ideal sería quedarse en el país de destino en un trabajo diferente o con mejores condiciones laborales; una opción aceptable sería quedarse en el país bajo las condiciones laborales de mierda actuales, pero la peor opción de todas sería ser enviada a casa con la deuda aún sin pagar.

Al considerar la trata como conceptualmente afín al secuestro, el activismo contra la trata, las ONG y los gobiernos pueden dejar de lado cuestiones más amplias sobre la migración segura. Si la persona objeto de trata atraviesa la frontera *contra su voluntad*, entonces no hay necesidad de pensar en las personas que van a intentar migrar con independencia de su legalidad, ni de concluir que la manera de dar seguridad a la gente es ofrecerles rutas de migración legales. El *contrabando de personas* suele darse entre los migrantes menos vulnerables, entre quienes tienen el dinero en efectivo para pagar de entrada a un contrabandista o tienen una familia o una comunidad ya asentada en el país de destino. La *trata de personas* suele darse entre los migrantes más vulnerables: entre quienes deben asumir una deuda con el contrabandista para viajar y no tienen relaciones comunitarias en el país de destino. Pero los dos grupos *quieren viajar*, y esto es lo que las discusiones contra la trata suelen obviar con sus historias de secuestros y cadenas.

Nuestra postura es que ningún ser humano es «ilegal». La gente debería tener el derecho a viajar y cruzar fronteras, y vivir y trabajar donde quisiera. Como escribíamos en la introducción de este libro, los controles fronterizos son una invención relativamente reciente, surgieron hacia finales del siglo XIX como parte de la lógica colonial de dominación y exclusión racial. (La ICE, la brutal policía de control de la inmigración estadounidense se creó en su forma moderna en 2003; la forma anterior se remonta a una fecha tan reciente como la década de 1930; la agencia llamada Immigration and Naturalization Services). Las migraciones en masa del siglo XXI están impulsadas por las catástrofes provocadas por el ser humano — cambio climático, pobreza, guerras— y reproducen las flagrantes desigualdades de las que surgen. Los países del norte global tienen una responsabilidad inmensamente mayor por el cambio climático, pero cierran de forma desmedida sus puertas a la gente que huye de los efectos del caos climático, dejando a familias desesperadas dormir en tiendas bajo la nieve en las orillas de la Fortaleza Europa. Como escribe la activista por los derechos de los migrantes Hasrha Walia: «Mientras que la historia está marcada por la hibridación de las sociedades humanas y por el deseo de movimiento, la

realidad de la mayor parte de la migración hoy revela las relaciones desiguales entre ricos y pobres, entre el Norte y el Sur, entre la blanquitud y sus otredades».³⁰

Un sistema en el que todo el mundo pudiera migrar, vivir y trabajar legalmente y con seguridad no supondría un cambio enorme y radical; simplemente se tomaría en serio la realidad de que las personas *ya* están migrando y trabajando y que, en tanto sociedad, debemos priorizar su seguridad y sus derechos. En algunos medios y en algunos entornos políticos se argumenta que la migración produce un descenso de los salarios. Sin embargo, el sistema actual, en el que personas indocumentadas no pueden hacer valer sus derechos salariales y, como resultado, son enormemente vulnerables a la explotación en sus puestos de trabajo, tumba los salarios *asegurándose* de que haya un grupo de trabajadores a quienes los patronos pueden pagar por debajo de lo establecido o explotar de cualquier otro modo con impunidad. Los bajos salarios y la explotación laboral se abordan mediante la organización obrera y el derecho laboral, no mediante intentos de limitar la migración, que *producen* obreros indocumentados que carecen de derechos laborales.

No obstante, en lugar de empezar por la premisa de valorar la vida humana, los países del Norte global activan crueles leyes de inmigración que dificultan que las personas procedentes de los países del Sur global puedan migrar, haciendo que sea ilegal para ellas; de este modo, hacen la migración aún más peligrosa y difícil y convierten a los migrantes en personas aún más vulnerables a la explotación. Las leyes punitivas pueden disuadir a algunas personas de emprender el viaje, a cambio, sin embargo, garantizan que toda aquella persona que *decide* viajar lo haga en las peores condiciones posibles. Gastar miles de millones de dólares en vigilar las fronteras es una forma de empeorar activamente esta situación, sin atacar las razones por las que las personas pueden querer migrar, especialmente la enorme desigualdad entre las naciones, que en buena medida es un legado del expolio colonial (también contemporáneo) y de la violencia imperialista.

³⁰ H. Walia, *Undoing Border Imperialism*, Chico (CA), AK Press, 2013, p. 40.

Pensar en cómo se llevan a la práctica puede ayudar a ilustrar la absurda crueldad de este conjunto de sistemas. Una vez más, vamos a dejar por ahora de lado el sexo comercial, en la medida en que desvía la atención de lo que resulta aquí crucial: *las fronteras hacen vulnerable a la gente* y esa vulnerabilidad es de lo que se aprovechan las personas que abusan.

Un ciudadano de Francia puede adquirir un pasaporte francés por menos de cien euros. Si se encuentra en Turquía, tener un pasaporte francés significa que puede comprar un billete de ferry hasta Grecia, es decir, hasta la Unión Europea, por menos de 20 euros. Puesto que esa persona puede viajar de manera legal, puede viajar de forma barata, con seguridad y sin la ayuda de un contrabandista que le ayude a cruzar. En cambio, alguien que se encuentre en Turquía con documentos de viaje somalíes y que trate de reunirse con unos amigos que están dentro de la Unión Europea, no tendría los documentos adecuados para tomar el ferry turístico. Es muy probable que esta persona tenga que pagar a un contrabandista. Puesto que el contrabandista asume un riesgo relativamente alto, pues la trata de seres humanos es un delito muy grave, y puesto que la persona que busca migrar quiere viajar desesperadamente, el precio es muy elevado. A la persona sin papeles le puede costar varios miles de euros hacer un viaje similar al del ferry turístico, pero en un bote hacinado e inseguro.³¹

Esta dinámica se puede ver también en acción en la frontera entre México y Estados Unidos. En 1994 se firmó el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (NAFTA). Dos millones de granjeros mexicanos fueron expulsados de sus tierras y abocados a la pobreza mientras en México subía el precio de la comida. Como resultado, un cuarto de la población era por lo general incapaz de obtener suficiente comida como para esquivar el hambre.³² Durante ese mismo periodo, la frontera fue crecientemente blindada y militarizada, haciendo cada vez más difícil que las personas indocumentadas pudieran cruzarla. (En 1992, la policía de fronteras estadounidense tenía 3.555 agentes en la frontera

³¹ H. Murdock, «From Syria to Europe: The Price They Pay», *VOA News*, 24 de noviembre de 2015, disponible en voanews.com.

³² L. Carlsen, «Under Nafta, Mexico Suffered, and the United States Felt Its Pain», *The New York Times*, 24 de noviembre de 2013, disponible en nytimes.com

sur; en 2009 había más de 20.000).³³ No obstante, la gente ha seguido intentándolo, por la obvia razón de que están tratando de escapar del hambre y de la pobreza y quieren enviar remesas a casa para mitigar la pobreza de sus familias.

El enfrentamiento entre la necesidad de las personas de migrar y la intensificación de las fortificaciones fronterizas ha tenido resultados predecibles. Las estudiosas de la migración Nassim Majidi y Saagarika Dadu-Brown escriben que intensificar las restricciones fronterizas *crea* «nuevas relaciones migrantes-contrabandistas», con el añadido que «los contrabandistas se van a aprovechar de un cierre de fronteras o de una restricción para subir los precios».³⁴ Desde los primeros años de la década de 1990, la policía de fronteras ha recuperado los cadáveres de 6.000 personas en el lado estadounidense de la frontera; se supone que más del doble de esta cantidad yacen sin ser localizados en el desierto.³⁵ Isabel García, codirectora de una organización estadounidense de defensa de los derechos migrantes dice: «Nunca imaginamos que nos veríamos en la tarea de ayudar a identificar los cadáveres, como en una zona de guerra, y aquí estamos».³⁶ El Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos informa de que, a medida que la frontera se reforzaba, se disparaban los gastos de los migrantes que recurrían a los contrabandistas, pero además la proporción de migrantes que recurrían a los servicios de los contrabandistas *también* se disparó, desde un 45 % a más o menos un 95 %.³⁷ Y esto incluso cuando la incapacidad de atravesar las fronteras legalmente arroja directamente a los aspirantes a migrantes a los brazos de los contrabandistas de personas, al tiempo que aumentan las

³³ C. C. Haddal, «*Border Security: The Role of the U.S. Border Patrol*», Washington, D.C., Congressional Research Service, 2010.

³⁴ N. Majidi y Dadu-Brown, S., «Human smugglers roundtable: On border restrictions and movement», *openDemocracy*, 10 de abril de 2017, disponible en opendemocracy.net.

³⁵ R. Jones, «Death in the sands: the horror of the US-Mexico border», *The Guardian*, 4 de octubre de 2016, disponible en theguardian.com.

³⁶ C. J. Moreno, «Border Crossing Deaths More Common as Illegal Immigration Declines», *The Huffington Post*, 17 de agosto de 2012, disponible en huffingtonpost.co.uk.

³⁷ B. Roberts *et al.*, «An Analysis of Migrant Smuggling Costs Along the Southwest Border», *US Department of Homeland Security*, 2010, informe disponible en dhs.gov (consultado el 28 de junio de 2018).

tarifas que estos contrabandistas pueden aplicar. Como escribe el etnólogo Samuel Martínez: «Sabemos, desde hace más de una década, que muros más altos y más largos, el aumento de la vigilancia de la policía de fronteras y el aumento de los impedimentos burocráticos para la inmigración lo único que hacen es desviar a los inmigrantes a las garras de los contrabandistas».³⁸ Este patrón se repite en todas las fronteras de todo el mundo. En Nepal, la International Labour Organisation descubrió que prohibir emigrar a las mujeres menores de treinta años (una medida que pretendía combatir su explotación) había, por el contrario, «fortalecido a los agentes de migración sin licencia», aumentando la capacidad de dichos agentes de atrapar a las mujeres en situaciones de explotación.³⁹

Este juego nos es familiar en otros contextos. Cuando el aborto se criminaliza, las mujeres que buscan abortar recurren a abortistas clandestinos, algunos de los cuales pueden ser altruistas, si bien muchos de ellos no tienen escrúpulos.⁴⁰ Aunque el movimiento a favor de la elección obviamente denuncia a las personas que cobran tarifas exorbitantes a cambio de practicar abortos criminalizados por procedimientos inseguros o negligentes, también reconoce que estos agentes malvados no son aberrantes villanos salidos de la nada.⁴¹ Antes bien, la criminalización del aborto ha *creado directamente* un mercado para las personas sin escrúpulos que ofrecen abortos. Más que la pura y

³⁸ S. Martínez, «Human trafficking: A parasite of prohibitionism?», *openDemocracy*, 30 de octubre de 2014, disponible en opendemocracy.net.

³⁹ International Labour Organization, «No Easy Exit: Migration Bans Affecting Women from Nepal», 2015, informe disponible en ilorg.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁰ Human Rights Watch, «Rape Victims as Criminals: Illegal Abortion after Rape in Ecuador», 2013, informe disponible en hrw.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴¹ Por ejemplo, Irin Carmon ha argumentado de manera convincente que la famosa clínica abortiva del doctor Kermit Gosnell en Pennsylvania, que condujo a la muerte de al menos una mujer, era un producto directo de las leyes antiabortistas que habían cerrado numerosas clínicas de buena reputación en el estado. Eso supuso que muchas mujeres, especialmente mujeres con bajos ingresos, no dispusieran de una clínica local, accesible y barata a la que recurrir antes de superar el límite gestacional para los abortos legales, lo que las empujó a los brazos de Gosnell, que practicó abortos peligrosos, ilegales, fuera de plazo y sin querer saber nada a cambio de dinero en efectivo. Véase I. Carmon, «There is no Gosnell coverup», *Salon*, 12 de abril de 2013, salon.com.

simple represión policial, la solución política que los ha sacado de la circulación, allí donde se ha implementado, ha sido, por supuesto, el acceso a servicios de aborto seguro, legal y gratuito. Las personas que viven en lugares como Inglaterra y Canadá, que pueden acceder a un aborto gratuito no suelen pagar a gente para que les practiquen un procedimiento peligroso y clandestino. ¿Por qué iban a hacerlo? De la misma manera, las personas que pueden cruzar legalmente una frontera, no pagan a alguien para que les ayude a cruzar de manera clandestina. Al igual que quienes practican abortos ilegales, los contrabandistas no son unos malvados sin explicación posible; la cuestión es más bien que *la criminalización de la migración indocumentada ha creado directamente un mercado para el contrabando de personas.*

Muchas personas que emprenden una migración indocumentada acuerdan devolver la deuda que asumen para pagar al contrabandista mediante su trabajo en el país de destino. Esto es algo de cajón: las personas obligadas a migrar para escapar de la pobreza o de la guerra por lo general no pueden reunir una gran suma de dinero por anticipado. Una vez más, la criminalización crea directamente las condiciones en las que el mal prospera. Como un contrabandista *por definición* está actuando fuera de la ley y la persona migrante ya está quebrantando la ley al atravesar la frontera, no hay recurso legal cuando el contrabandista no respeta el acuerdo o cambia sus términos. A menudo esto ocurre a medio camino o cuando se llega al país de destino, que son los puntos del proceso en el que la persona migrante tiene un menor respaldo y tiene que aceptar estas condiciones nuevas, por injustas que sean.

Incluso en el mejor de los escenarios, en el que una persona indocumentada encuentra un trabajo que sea completamente independiente de las redes de contrabando que ha empleado para cruzar la frontera, su carencia de estatus migratorio legal supone que va a ser altamente vulnerable a la explotación o ante cualquier otra forma de abuso a manos de sus jefes. Esa persona no podrá recurrir apenas al estatuto de los trabajadores; si se presenta ante las autoridades estatales como parte de su intento de acceder a la justicia o de buscar reparación por el abuso sufrido en su puesto de trabajo puede terminar deportada. La Platform for International Cooperation on Undocumented Migrants (PICUM), una red de ONG que defiende a las personas sin papeles en Europa, escribe:

En tanto personas migrantes indocumentadas se ven reducidas al sector de la economía sumergida, a menudo trabajan sin un contrato, lo que significa que tienen enormes dificultades para demostrar una relación laboral frente a un tribunal. Incluso cuando se ha firmado un contrato, normalmente se considera no válido, debido a la situación irregular de la persona empleada y, por lo tanto, no se puede aplicar. [...] Además, si una trabajadora indocumentada denuncia violencia o explotación laboral delictiva ante la policía, se enfrenta a la detención y a la deportación, más que a la protección y a la justicia.⁴²

Focus on Labour Exploitation (FLEX), una ONG que aborda la explotación de los trabajadores migrantes en Europa, señala que «el miedo a las autoridades de inmigración es el mayor obstáculo para que las personas migrantes sin papeles denuncien [...]. Los empresarios emplean rutinariamente la amenaza de la denuncia ante la policía o ante las autoridades migratorias para mantener a sus trabajadores en situaciones de abuso».⁴³ FLEX cita un ejemplo de dos hombres sin papeles que fueron obligados a trabajar sin sueldo en una lavandería. Su jefe les decía que su sueldo se destinaba a obtener los permisos de residencia; sin embargo, «el empresario nunca gestionó los prometidos permisos de residencia y, en lugar de ello, les amenazó con denunciarlos a la policía si se quejaban [...]. Los dos hombres tenían demasiado miedo de revelar su situación a la inspección de trabajo».⁴⁴ Carolina Gottardo, de la Latin American Women's Rights Service, señala que «cuando las mujeres no tienen papeles y los empresarios lo saben, son presa fácil de distintas formas muy graves de explotación laboral».⁴⁵ Hablar de esto no supone desviarnos de la cuestión de

⁴² PICUM, «On the European Commission Communication on an EU Strategic Framework on Health and Safety at Work 2014-2020», 2014, informe disponible en ilo.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴³ B. France, «Labour Compliance to Exploitation and the Abuse In-Between», *Focus on Labour Exploitation (FLEX) and the Labour Exploitation Advisory Group (LEAG)*, 2016, informe disponible en labourexploitation.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁴ Focus on Labour Exploitation (FLEX), Fairwork y ADPARE, «Pro-act: Improving the Identification and Support of Victims of Trafficking for Labour Exploitation in the EU», *LEAG*, 2016, informe disponible en labourexploitation.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁵ B. France, «Labour Compliance to Exploitation and the Abuse In-Between», *op. cit.*

la trata con fines sexuales, es entender el sistema general, impulsado por los Estados, que *produce* la explotación de las personas indocumentadas.

Vamos a ver otro ejemplo de esta dinámica: una situación en la que el empresario controla el visado de un trabajador migrante. Abdul Azad se endeudó para llegar a Gran Bretaña bajo la promesa de un trabajo bien pagado en un restaurante. Cuando llegó descubrió que trabajaría sin sueldo, en condiciones de absoluta miseria, en un hotel aislado en medio del campo. No había entrado de manera ilegal en el país, pero su visado dependía de su jefe, y Azad temía que si acudían a la policía les deportaran, a él y al resto de los hombres atrapados en aquel hotel, con sus deudas aún no saldadas. Su jefe, dice, «nos mostraba las copias de nuestro visado en el ordenador y decía: “Ese es vuestro nombre. Puedo cancelar vuestro permiso en cualquier momento. Yo tengo ese poder”». ⁴⁶ Abdul no se equivocaba en sus temores: cuando su caso llamó la atención de la policía, a su jefe lo encarcelaron, pero Abdul fue deportado. ⁴⁷

Tanto en Estados Unidos como en Reino Unido los visados de los trabajadores domésticos se vinculan habitualmente a un empresario específico. Como resultado, un abrumador 80 % de las trabajadoras domésticas migrantes que entraron en Estados Unidos ha descubierto que han sido engañadas con sus contratos; al 78 % sus jefes les ha amenazado con la deportación si se quejaban. ⁴⁸ En Reino Unido, estos «visados condicionados» no entraron en vigor hasta 2012 —por obra de la primera ministra Theresa May, que era entonces ministra de Interior—, también se pueden ver claramente sus efectos. Las trabajadoras domésticas migrantes que entraron en Reino Unido después de 2012, con un visado condicionado, tienen *el doble de posibilidades* de ser agredidas físicamente por sus jefes que las que entraron con un visado que

⁴⁶ N. Kelly y McNamara, M., «A slave in Scotland: “I fell into a trap - and I couldn’t get out”», *The Guardian*, 28 de mayo de 2016, disponible en theguardian.com.

⁴⁷ R. Wood, «“He was the master and we were his servants”: The men kept as “slaves” in a remote Scottish hotel», *CNN*, 13 de marzo de 2017, disponible en cnn.com.

⁴⁸ S. Hafiz y Paarlberg, M., «The Human Trafficking of Domestic Workers in the United States: Findings from the Beyond Survival Campaign», *National Domestic Workers Alliance*, 2017 informe disponible en domesticworkers.org (consultado el 28 de junio de 2018).

les otorga el derecho de cambiar de empleo.⁴⁹ Comparadas con las trabajadoras domésticas migrantes que poseen el formato de visado anterior, más flexible, quienes tienen visados condicionados es mucho más probable que sean peor pagadas, sufran agresiones, trabajen de más, se les haga dormir en el suelo y que sus jefes les confiscuen el pasaporte.⁵⁰ El derecho migratorio punitivo produce daños.

No obstante, buena parte del discurso dominante sobre la trata describe el abuso sobre los migrantes y sobre las personas que venden servicios sexuales como la obra de agentes del mal individuales, *ajenos e independientes* de las acciones del Estado y de las opciones políticas. A veces este discurso sirve no solamente para ocultar el papel del Estado sino para absolverlo. Una comentarista feminista, por ejemplo, escribe, hablando del comercio sexual, que «la penalización no viola y pega a las mujeres. Los hombres sí».⁵¹ A partir de esta frase, podríamos concluir que no tiene sentido cambiar la ley porque lo que hace vulnerables a las mujeres son simplemente los hombres. Esto puede sonar correcto a las mujeres que no han tenido que enfrentarse a las leyes de extranjería, a la policía o al miedo constante de la deportación, pero los resultados de los visados condicionados nos enseñan que el contexto legal —incluyendo la ley de extranjería— tiene mucho que ver en la generación de vulnerabilidad y daño.

En el caso de las trabajadoras migrantes indocumentadas que buscan desafiar las malas condiciones laborales de su puesto de trabajo, el castigo no se limita a la deportación; en lugar de ello, estas trabajadoras se enfrentan a la criminalización si son descubiertas. En Reino Unido, alguien a quien se le sentencie por «trabajo ilegal» puede llegar a pasar hasta 51 semanas en la cárcel, la multa es ilimitada y puede que se le confiscuen sus ganancias como «rendimientos del delito».⁵² Esto aumenta el miedo justificado que las personas indocumentadas tienen ha-

⁴⁹ Kalayaan, «Producing Slaves: The tied Overseas Domestic Worker visa», 4 de julio de 2014, disponible en kalayaan.org.uk.

⁵⁰ Human Rights Watch, «Hidden Away Abuses against Migrant Domestic Workers in the UK», HRW, 2014, disponible en hrw.org.

⁵¹ S. Marstrina (@marstrina) Twitter, 1:48 pm., 18 de septiembre de 2016.

⁵² Gobierno de GB, «Immigration Act 2016», 2016, disponible en legislation.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

cia las autoridades estatales y hace que sean aún más incapaces de denunciar los abusos laborales. Dichas leyes aumentan, por lo tanto, su vulnerabilidad y *directamente las empujan* a entornos de trabajo explotadores, creando de este modo una oferta de trabajadores enormemente vulnerables y listos para ser objeto de abuso. Cada vez más, el blindaje de la frontera se infiltra en nuevas áreas de la vida civil. Ahora se supone que los arrendadores deben comprobar el estatus migratorio de sus arrendatarios antes de alquilar su piso; se han lanzado propuestas que piden congelar o cerrar las cuentas bancarias de las personas indocumentadas y en Inglaterra se ha introducido una revisión de la documentación a fin de controlar tanto el acceso a la sanidad como a la educación, todo ello como parte de una política de «entorno hostil» (si bien ambas propuestas han sido denunciadas por las organizaciones en defensa de los derechos de los migrantes, incluso ante los tribunales). Reino Unido dedica muchos más recursos a la política migratoria que a prevenir la explotación laboral. La investigadora Bridget Anderson señala que «en 2009 la oficina [del Salario Mínimo Interprofesional] tenía 93 funcionarios para atender quejas y la Gangmasters Licensing Authority [que trabaja para proteger a los trabajadores vulnerables y explotados] 25 inspectores [...] El número propuesto de equipos de la UK Border Agency Staff para la Inmigración [...] es de 7.500».⁵³

Este es el contexto en el que se da habitualmente el sexo comercial. Las personas indocumentadas o documentadas de manera insegura se enredan en una infraestructura punitiva, impuesta por el Estado, por la que se convierten en deportables, prescindibles y precarias. *Cualquier* trabajo que hagan —ya sea en un restaurante, en la construcción, en una granja de marihuana, en un local de manicura o en un burdel— lleva consigo el riesgo de ser detenida, encarcelada o deportada. En cualquier trabajo que realicen no tendrán la posibilidad de ejercer sus derechos laborales. Incluso les será difícil alquilar una casa o acceder a la sanidad. Todo esto convierte a las personas indocumentadas en personas dependientes de quienes pueden ayudarlas, ya sea la gente a la que pagaron para que les ayudaran a atravesar la

⁵³ B. Anderson, «Migration, immigration controls and the fashioning of precarious workers», *Work, Employment and Society*, núm. 24: 2, 2010, pp. 300-317.

frontera, ya un jefe sin escrúpulos. No sorprende así que algunas personas migrantes sin papeles se vean inducidas al trabajo sexual por aquellas personas en las que confían o que algunas de ellas ejerzan ese trabajo, incluso aunque las condiciones laborales sean de explotación o abuso.

Las experiencias de una mujer tailandesa que trabaja en Reino Unido ilustran alguna de estas complejidades. Ella habla de la gran deuda en la que incurrió para entrar en el país y de las malas condiciones laborales y del bajo sueldo con el que se encontró en el trabajo de hostelería, pero también del mayor sueldo que consigue ahora en el trabajo sexual, justo ahora que ya no tiene que devolver el préstamo:

Vine a trabajar a Inglaterra porque en Tailandia no había dinero. [...] Para venir aquí hice un contrato con una gente, tenía que devolverles 22.000 libras. [...]. Solía trabajar y vivir en el mismo piso [un burdel], 24 horas al día, con otras tres chicas tailandesas. Solíamos darle [a la contrabandista] todo el dinero, excepto 200 libras que mandábamos a nuestras familias, pero ella no nos cuidaba. [...] Solamente teníamos un huevo al día para comer y ella ponía jabón de lavavajillas en el bote del champú. Saldé mi deuda en ocho meses y ya fui libre. Ahora trabajo aquí [en un burdel] y en un restaurante. El restaurante es mejor porque tiene una buena reputación. Mientras que aquí el dinero es mejor, pero tiene mala reputación. Ahora estoy bien, pero lo único que me da miedo es que venga inmigración y me obligue a volver a Tailandia.⁵⁴

Una mujer brasileña explica a la misma investigadora que si tuviera un estatus legal se dedicaría a otra cosa y no al trabajo sexual: «Decidí venir al Reino Unido porque me trajo una chica con la que había trabajado en España [...] También era brasileña. Me dijo que en Reino Unido el trabajo era mejor y yo necesitaba dinero [...]. Si estuviera legal buscaría otro trabajo».⁵⁵ Otra mujer migrante, que también había trabajado antes en España, señala que incluso el trabajo sexual despenalizado no da seguridad a las trabajadoras indocumentadas ante el Estado: «Me sentía más segura en España. Imagino que la única manera se-

⁵⁴ N. Mai, «Migrant Workers in the UK Sex Industry», *London Metropolitan University Institute for the Study of European Transformations*, 2009, informe disponible en scot-pep.org.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁵ *Ibidem*, p. 20.

ría hacer legal [...] el trabajo en los burdeles, pero eso no sería tampoco suficiente porque no podría trabajar allí porque no tendría papeles».⁵⁶

Las limitaciones de la ley de extranjería aparecen una y otra vez. Una mujer cuenta a los investigadores: «Para los tailandeses es realmente difícil obtener un visado de Reino Unido, ¿por qué? Si quieres venir aquí a trabajar necesitas recurrir a esos sistemas y a esa gente y eso es muy peligroso».⁵⁷ Otra añade: «Es muy malo. Las chicas quieren ir al extranjero y tener una vida mejor, pero esta gente hace dinero con ellas y, por otro lado, ¡es la única manera de venir! [...] El Ministerio debería dar más visados. ¡Es muy difícil estar aquí cuando se es ilegal!».⁵⁸ Nick May, que dirigía la investigación, escribe:

Existe una correlación directa entre el grado de dificultad de obtener y conservar la documentación y la vulnerabilidad de las entrevistadas ante la explotación, ya trabajen en la industria del sexo o en cualquier otra. [...] *El estatus migratorio es el factor más importante a la hora de generar la vulnerabilidad de las trabajadoras migrantes frente a la explotación de la industria del sexo británica [las cursivas son nuestras].*⁵⁹

No obstante, la manera en la que se habla de la trata permite que la explotación se presente como algo sin conexión con este sistema. Por ejemplo, en 2018, las agencias de prensa informaron de que la policía alemana había «aplastado» una organización de trata de mujeres tailandesas con destino a burdeles alemanes.⁶⁰ Como respuesta, una feminista británica en contra de la prostitución señaló: «Ese es el problema de legalizar la prostitución. La demanda supera la oferta voluntaria y así se llega a la trata».⁶¹ Los medios de comunicación tailandeses informaron de que las mujeres en cuestión habían querido migrar y que habían sido conscientes de que cuando llegaran trabajarían vendiendo servicios sexuales. Habían

⁵⁶ *Ibidem*, p. 38.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 40.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 42.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 22.

⁶⁰ BBC, «German mass raids target forced prostitution gang», 18 de abril de 2018, disponible en bbc.co.uk

⁶¹ S. Ditung (@sarahditum) Twitter, 2:11 pm, 18 de abril de 2018.

pagado para ser introducidas en Alemania y habían sido engañadas en lo que se refiere a su salario y a las condiciones en las que trabajarían.⁶² Después de la redada, las autoridades alemanas sopesaron la posibilidad de procesar a estas personas indocumentadas y explotadas *por trabajar sin el visado correspondiente*.⁶³

Situar el problema en la existencia de la prostitución, como parece hacer la comentarista feminista británica, invisibiliza los factores materiales que vuelven a estas mujeres vulnerables ante el daño. El régimen de fronteras europeo supone que tengan que abonar unas cantidades ingentes de dinero a personas que las explotan para que las metan clandestinamente en el país y que, una vez están dentro, no tengan ningún acceso a los derechos laborales; si el Estado las descubre, se arriesgan a ser procesadas. Estos dos factores se combinan para producir una situación en la que pueden ser horriblemente explotadas por sus jefes. Nada de lo que decimos pretende minimizar lo que les ocurre, pero sí queremos enfatizar lo inadecuado que resulta para su situación una respuesta «punitivista» en contra de la trata. Un enfoque así oculta activamente el papel de la frontera a la hora de producir los daños que sufren y añade a estos daños considerar trivial el hecho de que se enfrenten a la deportación y a un posible proceso judicial. De hecho, es sorprendente que, aunque el espectro del sexo comercial atrajo la atención hacia este caso entre la clase tertuliana británica, la idea de que se trataba de una redada en contra de la trata —y, por lo tanto, sencillamente, algo bueno— impidió de antemano cualquier interés por saber qué les ocurrió a estas personas después de que fueran descubiertas por el Estado. Su posible enjuiciamiento —e inevitable deportación— se vuelven cosas nimias que no le importan a nadie. Como escribe Nandita Sharma:

Las políticas en contra de la trata son muy perjudiciales para las personas migrantes, especialmente para las más vulnerables. Al desviar nuestra atención de las prácticas de los Estados nación [...] canalizan nuestras energías y las dedicamos a apoyar una agenda policial de «endurecimiento» contra los «traficantes». En este sentido, las

⁶² S. Patatayoh, «Thai sex workers in Germany may be charged with not having work permit», *The Nation*, 19 de abril de 2018, disponible en nationmultimedia.com.

⁶³ *Ibidem*

medidas en contra de la trata son *ideológicas*: convierten la plétora de controles de inmigración y de frontera en algo irrelevante y lo colocan fuera del ámbito de lo político [las cursivas son nuestras].⁶⁴

En lugar de situar la explotación dentro del sistema estatal que obliga a los migrantes a endeudarse y que los obliga a trabajar en la economía sumergida donde carecen de protección laboral, la ideología en contra de la trata localiza la explotación en la figura del malvado. En Houston, Texas, una organización en contra de la trata montó un «museo de la esclavitud moderna». En este se exhibía un grillete que databa de la esclavitud propietaria en América del Norte, junto con un zapato de tacón. El zapato llevaba el título de «Un grillete de nuestros días» y la cartela decía:

Este zapato fue encontrado al lado de [...] un bar llamado Las Palmas después de que fuera objeto de una redada policial. Las mujeres están obligadas a vestir con zapatos como este para atraer a los clientes. Este tipo de vestuario las marca como propiedad del negocio, se considera un grillete moderno.⁶⁵

El zapato es un zapato corriente de tacón, del tipo que se puede comprar en cualquier comercio. Que alguien diga de él que «se considera un grillete moderno» es una fantasía llevada hasta el absurdo. Compararlo con un grillete real trivializa la historia real de la esclavitud propietaria, una historia que, como escribe la activista por la justicia racial Robyn Mainard, sigue siendo «un horror vivo, palpitante para cualquiera [...] que tenga la piel negra en América».⁶⁶ Esta fantasía también oculta algo real, el hecho de que *una mujer tuvo que quitarse esos zapatos para poder huir de la policía*.

Como señala la cartela, estos zapatos se encontraron después de que un bar sufriera «una redada policial». Al elegir ver en un zapato corriente un grillete en lugar de identificar el problema

⁶⁴ N. Sharma, «Anti-trafficking: whitewash for anti-immigration programmes», *openDemocracy*, 30 de marzo de 2015, disponible en opendemocracy.net.

⁶⁵ B. Goldman, «Photo Essay: Houston's Sex Trade in Nine Objects», *Houstonia Magazine*, 2 de febrero de 2015, disponible houstoniamag.com.

⁶⁶ R. Maynard, «Black Sex Workers' Lives Matter: Appropriation of Black Suffering», *Truthout*, 19 de septiembre de 2015, truthout.org.

principal, la criminalización y la policía, el activismo contra la trata desvía la atención de las estructuras del Estado y las focaliza en un monstruo ficticio, que forja grilletes.

Culpabilidad blanca y el «nuevo comercio de esclavos»

La ansiedad que suscita la trata de seres humanos siempre se ha vinculado muy profundamente con el nacionalismo blanco. Los cuerpos de las mujeres blancas —amenazados por la prostitución— ocupan el lugar del cuerpo político de la nación, amenazado por la inmigración. Esto se puede leer con claridad en las preocupaciones de finales del siglo XIX sobre la «trata de blancas», un pánico que invadió Gran Bretaña y Estados Unidos, en el que sus promotores pensaban que las mujeres blancas jóvenes eran atraídas a la prostitución forzosa por parte de varones judíos y negros. Este pánico se debió al rápido crecimiento de las ciudades, al aumento de la migración de las mujeres a las ciudades, como trabajadoras fuera de su hogar, y por los miedos que suscitaba la independencia económica de las mujeres: combinado todo ello con los miedos del supremacismo blanco a la «mezcla de razas», se dieron las condiciones de un pánico racista.

La académica Jo Doezema ha escrito que la imagen de la esclava blanca «en su inocencia destruida» representaba «la pérdida imaginada y real de la inocencia rural americana». ⁶⁷ En 1909, la trabajadora social y activista Jane Addams declaraba que «nunca antes en nuestra civilización ha habido un número tan grande de chicas que, de repente, se veían liberadas de la protección de su hogar y a las que se les permitía caminar sin protección por las calles de la ciudad y trabajar bajo techos ajenos». ⁶⁸ Los historiadores han señalado que los reportajes trepidantes de la prensa sobre la esclavitud blanca «proporcionaban un entretenimiento casi de naturaleza pornográfica al público lector». ⁶⁹ Fue en medio de este delirio, obviamente racista, acerca de hombres foscos que seducían a inocentes blancas y las llevaban a la ruina, cuando se aprobó una de las primeras leyes netamente modernas contra la trata en Estados Unidos, la Ley Mann de 1905. La ley, que aparentemente estaba dirigida contra la prostitución forzada, criminalizaba a los hombres negros que entablaran relaciones

sentimentales con mujeres blancas.⁷⁰ En Reino Unido, la legislación contra la trata de blancas se aprobó entre 1885 y 1912, «creaba medidas para vigilar y restringir la migración de las mujeres».⁷¹

No es de extrañar, teniendo en cuenta estos orígenes, que las políticas en contra de la trata sean principalmente políticas en contra de la migración, o políticas en contra de la prostitución. Estas políticas no ayudan a las personas indocumentadas y perjudican tanto a migrantes como a trabajadoras sexuales, colocadas por partida doble en el punto de mira, masivamente criminalizadas y deportadas. Abhijit Dasgupta, de ActionAid Asia señala:

Las medidas contra la trata de seres humanos se utilizan a escala internacional para impedir la migración de personas, especialmente de mujeres que son obligadas por la pobreza y la globalización a cambiar de país. Los gobiernos afirman que millones de mujeres están siendo objeto de trata por parte de una industria del sexo que mueve miles de millones de dólares, pero la UNHSR [el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] ha señalado que, debido al aumento de los controles de inmigración, pagar a un agente es a menudo la única manera de migrar.⁷²

Aunque el pánico racista sobre la migración nunca se ha alejado demasiado de la superficie política en los países que han perpetrado el colonialismo y que continúan beneficiándose de él, en los últimos 25 años se ha producido un repunte de esta ansiedad. A menudo, las campañas subrayan deliberadamente este racismo; así por ejemplo, las descripciones de las *hordes at the borders* [las hordas en la frontera] figuraron en un lugar destacado en el *leave* británico del referéndum sobre la permanencia en la Unión Europea de 2016.⁷³ En 2017, un estratega electoral conservador tuiteó: «Yo estuve en la campaña tory de 2005, trabajamos mucho para reforzar los sentimientos contra los migrantes. Y, desde

⁷⁰ Doezema, *Sex Slaves*, op. cit., p. 89; E. Weiner, «The Long, Colorful History of the Mann Act», *NPR*, 2008, disponible en npr.org.

⁷¹ L. Lammasniemi, «Anti-White Slavery Legislation and its Legacies in England», 2017, informe disponible en antitraffickingreview.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷² A. Dasgupta, «Trafficking Briefing», *English Collective of Prostitutes*, 20 de abril de 2016, disponible en prostitutescollective.net.

⁷³ B. Pringle, «Breaking Point», *Political Advertising UK*, 20 de junio de 2016, disponible en politicaladvertising.co.uk.

Brown [Gordon Brown, entonces líder del partido laborista] en adelante, nadie se enfrentó a las mentiras de que los inmigrantes quitaban el trabajo y se aprovechaban de las ayudas». ⁷⁴ Ese mismo año, Sarah Champion, entonces Secretaria de Estado de Mujer y Equidad en el gobierno en la sombra laborista escribía: «Gran Bretaña tiene un problema con los varones pakistaníes británicos que violan y explotan a las chicas blancas. Ya está. Ya lo he dicho. ¿Me convierte eso en racista o es que simplemente estoy preparada para llamar por su nombre a este horrible problema?». ⁷⁵ De hecho, es posible rastrear esta xenofobia creciente y estas angustias racistas no solamente en frases, en titulares sensacionalistas, en estrategias electorales, sino en el cemento y en las concertinas. Como escribe la geógrafa Reece Jones: «En una fecha tan tardía como 1990, solamente quince países tenían muros o vallas en sus fronteras. A comienzo de 2016, las había en casi setenta». ⁷⁶

La historia de la trata transatlántica de esclavos con destino a la esclavitud acecha en buena medida detrás de las conversaciones contemporáneas sobre la trata, a menudo bajo la forma de afirmaciones, sutiles o no, de que la trata moderna es *peor* que la esclavitud propietaria. Los políticos y los oficiales de policía se reúnen para decirse unos a otros que «hay más esclavos ahora que en cualquier otro momento de la historia humana»; un ex ministro del gobierno británico insiste en que «nos enfrentamos a una nueva trata de esclavos, cuyas víctimas son chicas torturadas y aterrorizadas procedentes de Europa del Este, más que africanos». ⁷⁷ Matteo Renzi, entonces primer ministro italiano, escribió en 2015 que «los traficantes de seres humanos son los comerciantes de esclavos del siglo XXI». ⁷⁸ El Vaticano afirmaba que «la esclavitud

⁷⁴ G. Walshe (@garvanwalshe) Twitter, 7:01 pm., 26 de febrero de 2017: «I was in 2005 Tory campaign - we worked assiduously to ramp up anti immigrant feeling. And from Brown on nobody challenged lies that immigrants took jobs, were here on benefits etc».

⁷⁵ S. Champion, «British Pakistani men ARE raping and exploiting white girls... and it's time we faced up to it», *The Sun*, 10 de agosto de 2017, disponible en thesun.co.uk.

⁷⁶ R. Jones, *Violent Borders: Refugees and the Right to Move*, Londres, Verso Books, 2016.

⁷⁷ Action of Churches Together in Scotland, «“More Slaves Today than at any Time in Human History” Exchanging Scottish and International Perspectives on Human Trafficking», *Eventbrite*, 2017, disponible en eventbrite.com; D. MacShane, «Prosecute “massage parlour” rapists», *The Telegraph*, 2 de enero de 2006, disponible en telegraph.co.uk.

⁷⁸ M. Renzi, «Matteo Renzi: Helping the Migrants Is Everyone's Duty», *The New*

moderna», específicamente la prostitución, «es peor que la esclavitud de [...] aquellos que fueron sacados de África».⁷⁹ Un cargo de la policía británica señalaba que «las plantaciones de algodón y las plantaciones de azúcar [...] no serían algo tan malo como lo que algunas víctimas experimentan [hoy]».⁸⁰

Un «documental» de 2012 en contra de la trata, que se proyectó a políticos y legisladores de todo el mundo, en Washington, Londres, Edimburgo y el edificio de la ONU de Nueva York, proclama: «En 1809 un esclavo costaba 30.000 dólares. En 2009, un esclavo cuesta 90 dólares».⁸¹ Que personas blancas se apropien de la historia de la esclavitud propietaria como artificio retórico es nefasto, no solamente porque el término *esclavitud* nombra una institución legal específica creada, implantada y protegida por el Estado, que en absoluto puede asimilarse a las ideas contemporáneas sobre la trata. De hecho, el heredero directo de la esclavitud propietaria en Estados Unidos no es la prostitución sino el sistema carcelario. La esclavitud no fue abolida sino que fue explícitamente preservada en la Constitución de los Estados Unidos como castigo por delitos en la Enmienda XIII de la Declaración de Derechos, que afirma que «ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria, *excepto como castigo por delitos de los cuales la parte haya sido adecuadamente condenada*, existirán dentro de los Estados Unidos, o en ningún otro lugar sometido a su jurisdicción» [las cursivas son nuestras].⁸²

La Enmienda XIII no es únicamente un vestigio. En 2016 el Incarcerated Workers Organizing Committee publicó una declaración condenando el trato a los internos dentro del sistema de trabajo en la prisión:

York Times, 22 de abril de 2015, disponible en nytimes.com.

⁷⁹ CBC News, «Modern human trafficking worse than slave trade: Vatican», *CBC*, 14 de noviembre de 2006, disponible en cbc.ca.

⁸⁰ M. Townsend, «Trafficking victims lured to the UK: Locked up and raped at £30 a time», *The Guardian*, 14 de mayo de 2011, disponible en theguardian.com.

⁸¹ Nolot, «Nefarious: Merchant of Souls», *op. cit.*

⁸² Véase J. Greene y J. Mason McAward, «The Thirteenth Amendment», *Constitution Center*, informe disponible en constitutioncenter.org (consultado el 28 de junio de 2018).

Hay supervisores que vigilan todos nuestros movimientos y, si no ejecutamos a su gusto las tareas que nos asignan, nos castigan. Han cambiado el látigo por el spray de gas pimienta, pero muchos de los viejos tormentos persisten: aislamiento, inmovilización, o desnudar-nos y escrutar nuestro cuerpo como si fuera el de un animal.⁸³

Hay más varones negros en el sistema carcelario de Estados Unidos hoy que esclavos en 1850.⁸⁴ Tratar de «poner fin a la esclavitud» mediante el aumento de la presión policial y encarcelando es una propuesta amarga e irónica.

La población blanca de Reino Unido y América del Norte ha conseguido eludir cualquier reflexión sobre el legado del comercio de esclavos. El historiador Nick Draper escribe: «Privilegiamos la abolición. [...] Si le pides a alguien: “Háblame de Gran Bretaña y de la esclavitud”, la respuesta instintiva de la mayoría de la gente es mencionar a Wilberforce y la abolición. Los 200 años de esclavitud previos se eliden, simplemente no queremos pensar en ello».⁸⁵ Al entrelazar retóricamente la trata moderna con la esclavitud propietaria, los gobiernos y las campañas han podido esconder las políticas punitivas, que tenían como objetivo a la migración irregular, tras un aparentemente sencillo escándalo moral.

Los hombres de color se convierten en «esclavistas modernos» que merecen ser enjuiciados o algo peor. A su «cargamento humano», que se representa como si se transportara en contra de su voluntad, no se le debe otra cosa que «un regreso humanitario», al tiempo que al tópico racista de la invasión de las fronteras se le da un lustre progresista mediante el horror compartido ante la maldad de los delincuentes. Mientras tanto, entre operaciones policiales y deportaciones, los gobiernos europeos se retratan como si estuvieran repitiendo la historia de los movimientos antiesclavistas y se erigen a la vez como víctimas y como héroes. Por supuesto, estas acciones de los gobiernos europeos producen daños. Por ejemplo, la política de confiscar o destruir los botes de los contrabandistas no ha «rescatado» a nadie, únicamente ha

⁸³ Prisoner Support, «Announcement of Nationally Coordinated Prisoner Work stoppage for Sept 9, 2016», *Support Prison Resistance*, 1 de abril de 2016, disponible en supportprisonresistance.noblogs.org.

⁸⁴ T. Lu, «Michelle Alexander: More Black Men in Prison than Were Enslaved in 1850», *Color Lines*, 30 de marzo de 2011, disponible en colorlines.com.

⁸⁵ J. Doward, «From Jane Austen to Beatrice and Eugenie... the long reach of UK slave-owning families», *The Guardian*, 25 de septiembre de 2016, disponible en theguardian.com.

animado a los contrabandistas a enviar a los migrantes en botes menos valiosos —y menos seguros—, lo que ha provocado aún más muertes.⁸⁶ Esta política ha continuado durante años, a pesar de las pruebas evidentes de que estaban produciendo muertes.⁸⁷ Enfrentados, sin embargo, a los «esclavistas» del siglo XXI, no hay apenas necesidad de que los blancos reflexionen. En lugar de ello, Renzi escribió después que las naciones europeas «tienen que librarse de esa sensación de culpabilidad» y rechazar cualquier concepto de un «deber moral» que les impela a dar la bienvenida a quienes llegan.⁸⁸ En el momento en que se escribía este capítulo, la «solución» del gobierno italiano a la crisis migratoria es pagar para que se encarcele a los migrantes, perdidos en centros de detención peligrosos y plagados de enfermedades en Libia.⁸⁹ Tal y como escribe Robyn Maynard:

Al apoderarse de la terminología de la esclavitud, incluso refiriéndose por lo general a sí mismas como «abolicionistas», cuando las activistas en contra del trabajo sexual presionan a favor de la penalización [...] a menudo socavan a quienes han sido más perjudicadas por el legado de la esclavitud. Cuando las personas negras a lo largo y ancho de América están literalmente luchando por conservar la vida, resulta urgente examinar las acciones y fines de cualquier movimiento fundamentalmente blanco y conservador que [afirme] ser el heredero legítimo de cualquier misión «antiesclavista» y que tenga como fin abolir la prostitución, al tiempo que ignora e indirectamente facilita las brutalidades cometidas contra las comunidades negras.⁹⁰

¿Qué aspecto tiene esta lucha por rescatar a la gente de la «esclavitud moderna» vista desde abajo? En 2017, la policía de North Yorkshire le dijo a la prensa que estaban luchando para rescatar

⁸⁶ P. Kingsley, «Trading in souls: Inside the world of the people smugglers», *Guardian*, 7 de enero de 2015, disponible en theguardian.com.

⁸⁷ A. Travis, «EU-UK naval mission on people-smuggling led to more deaths, report says», *The Guardian*, 11 de julio de 2017, theguardian.com.

⁸⁸ C. Balmer, «Italy's Renzi urges end to "do gooder" mentality on migrant influx», *Reuters*, 7 de julio de 2017, reuters.com.

⁸⁹ Charlemagne, «How Italy's interior minister tackles illegal migration», *The Economist*, 2018, disponible en economist.com; Médecins Sans Frontières, «Libya: Arbitrary detention of refugees, asylum-seekers and migrants must stop», *MSF*, 19 de septiembre de 2017, disponible en msf.org.uk.

⁹⁰ R. Maynard., *Policing Black Lives: State Violence in Canada from Slavery to the Present*, Fernwood Publishing, 2017.

«esclavas sexuales» y pidió que la ciudadanía contribuyera dando pistas, añadiendo que las propias «esclavas sexuales» «están dispuestas a hacerlo [a vender sexo], creen que no hay nada malo en ello. [...] Pero tenemos únicamente que [...] educarlas en que son víctimas de la trata de seres humanos».⁹¹ Parece bastante obvio que las mujeres que «están dispuestas a hacerlo» y «que no creen que haya nada malo en ello», no se van a beneficiar especialmente de ser «educadas» acerca del hecho de que son víctimas de trata, lo que en Inglaterra y Gales implica un «periodo de descanso» (que habitualmente no se tiene en cuenta) de 45 días, seguida de una deportación «humanitaria».⁹²

En 2012, Alaska aprobó una ley que esencialmente redefinía la prostitución como «trata sexual». Las dos *únicas* personas acusadas en los dos primeros años de la ley fueron trabajadoras sexuales «atrapadas en las redadas habituales de prostitución». Una de ellas fue «acusada de trata sobre sí misma con fines sexuales cuando el Estado alegó que ella había “ayudado o establecido” su propia prostitución». En el otro caso, «una mujer fue acusada de múltiples cargos por el delito de trata sexual [...] por compartir su espacio con otras trabajadoras sexuales cuando encargó un dúo [un trío] para ella misma y para otra trabajadora con un policía» que se hacía pasar por cliente. Después de cinco años, el Estado de Alaska no ha acusado o condenado a nadie de coerción, engaño o fuerza en relación con la trata; la ley se ha utilizado únicamente contra las trabajadoras sexuales, sus familias y sus caseros.⁹³

⁹¹ The Yorkshire Post, «Could you spot a pop-up brothel?», *The Yorkshire Post*, 8 de junio de 2017, disponible en yorkshirepost.co.uk.

⁹² «El periodo de tiempo que las víctimas confirmadas tienen derecho a un apoyo “para salir adelante”, como un alojamiento regular, terapia, asesoramiento experto y defensa, puede extenderse entre 14 y 45 días», Uk Home Office y Sarah Newton MP, «Modern slavery victims to receive longer period of support», 26 de octubre de 2017, www.gob.uk. Mark Shepherd, un abogado de Migrant Legal Project, UK, comenta: «En los centros de menores he visto a muchos niños [...] deportados a Vietnam, sin que nadie hiciera nada sobre el hecho de que hubieran sido víctimas de trata». M. McClenaghan, «UK condemned for deporting survivors of trafficking back to Vietnam», *The Guardian*, 20 de diciembre de 2016, disponible en theguardian.com

⁹³ T. Burns, «People in Alaska’s Sex Trade: Their Lived Experiences And Policy Recommendations», *Sex Trafficking in Alaska*, informe disponible en sextrafficking-alaska.com (consultado el 28 de junio de 2018).

En 2016, la policía irlandesa arrestó a cuatro trabajadoras sexuales rumanas. La policía afirmó que las mujeres estaban implicadas en trata pero, a pesar de ello, las acusó de tener un burdel, un «delito» que puede simplemente cometerse compartiendo un piso, como muchas trabajadoras sexuales hacen por razones de seguridad. Las mujeres declararon ante el tribunal que se dedicaban a vender sexo para enviar dinero a sus familias en Rumanía. La policía comentó que «*había cuatro chiquillas* y que admitieron sin reparos que estaban proporcionando servicios sexuales a una gran cantidad de hombres [las cursivas son nuestras]». ⁹⁴ Tenían edades comprendidas entre los veintiún y treinta años. La policía añadió: «Estaban pagando 700 libras a un avaricioso arrendador por un apartamento por el que no debían haber pagado más de 350 libras. Eran así usadas y abusadas por un montón de gente». La policía incautó 5.000 libras a las mujeres y el tribunal les impuso una multa de 200 libras a cada una. ⁹⁵ Es un misterio cómo apoderarse de todo ese dinero podría compensar los perjuicios de un piso caro, pero es fácil imaginar que estas mujeres habrían preferido seguir trabajando en su carísimo piso en lugar de ser objeto de una redada, de un juicio y de que se quedaran con todo su dinero en nombre de una iniciativa «contra la trata».

La vigilancia policial contra la trata se parece a la vigilancia de fronteras. En Canadá, en 2015, una redada en salones de masaje contra la trata de seres humanos terminó con once mujeres deportadas. ⁹⁶ Una trabajadora sexual migrante llamada Mi se pasó dos meses en un centro de internamiento canadiense. «Se llevaron mi teléfono y no me dejaron contactar con mis amigos, ni con mi familia. No me permitían salir porque decían que tenían que protegerme. Pensaban que mis amigos y mis clientes eran mala gente, además de peligrosa para mí. No permitieron que mis amigos pagaran la fianza que me libraría de sus cadenas». Después de que Mi fuera deportada, los funcionarios de Inmigración canadienses se negaron a devolverle los 10.000 dólares que le habían requisado, que incluían ahorros que había traído consigo cuando llegó a Canadá.

⁹⁴ A. Healy, «Four women plead guilty to operating Galway brothel», *The Irish Times*, 31 de octubre de 2016, disponible en irishtimes.com.

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ CBC News, «Massage parlour, body rub investigation leads to 11 deportations», *CBC*, 8 de mayo de 2015, disponible en cbc.ca.

Fanny, otra migrante que fue detenida durante ocho días, dijo, acerca de su arresto, que «estaba clarísimo que la policía solamente nos buscaba a nosotras, en tanto trabajadoras no blancas. Había otras mujeres trabajando en el mismo hotel que eran blancas y la policía no las molestó, ni siquiera habló con ellas».⁹⁷

En octubre de 2016 la policía londinense hizo varias redadas en una serie de salones de masajes en Soho y Chinatown, arresando a 17 mujeres por delitos de inmigración.⁹⁸ En Bolton, una ciudad del norte de Gran Bretaña, una «operación policial contra la trata de seres humanos y la esclavitud moderna» descubrió a dos mujeres rumanas que se identificaron como trabajadoras sexuales. La prensa local escribió que «los funcionarios de inmigración notificaron a las dos mujeres instrucciones para que encontrarán un trabajo legal [...] en un plazo de 30 días, caso contrario corrían el riesgo de ser detenidas y posiblemente deportadas». Mientras tanto, la policía obligó a su arrendadora a desahuciarlas.⁹⁹ En Irlanda del Norte, dos personas que habían pedido asilo, ambas sin hogar y una de ellas de 17 años, fueron procesadas por delitos de trata de seres humanos por haberse metido ellas mismas de contrabando en Irlanda del Norte con documentación falsificada.¹⁰⁰

Michael Dottridge, ex director de Anti Slavery International, escribe que, en varias ocasiones, ha escuchado a ministros del gobierno británico sugerir que la policía debería destruir los refugios en los que están viviendo los migrantes en la frontera franco británica de Calais, donde hay un enorme campo de refugiados, con el fin de «detener la trata de seres humanos».¹⁰¹ La policía de Escocia publicó un comunicado de prensa en el que apuntaba que había negado la entrada en la frontera a más de cien

⁹⁷ E. Lam, «Behind the Rescue», informe, *Butterfly* (red de apoyo a trabajadoras sexuales asiáticas y migrantes), disponible en nswp.org/sites/nswp.org/files/behind_the_rescue_june_2_butterfly.pdf.

⁹⁸ F. Mullan, «Are the Soho Brothel Raids Really About Saving Sex Workers?», *Vice*, 27 de octubre de 2016, disponible en vice.com.

⁹⁹ I. Proctor, «Brothel shut down and prostitutes spoken to during human trafficking crackdown», *Bolton News*, 21 de octubre de 2016, disponible en boltonnews.co.uk.

¹⁰⁰ The Irish News, «Jail for asylum seekers arrested in suspected trafficking racket», *The Irish News*, 3 de agosto de 2016, disponible en irishnews.com.

¹⁰¹ M. Dottridge, «How did we get the Modern Slavery Act?», *openDemocracy*, 26 de septiembre de 2016, disponible en opendemocracy.net.

personas como parte de su labor contra la trata, ofreciendo como ejemplo a una mujer rumana que «previamente había trabajado como prostituta en Glasgow». La BBC informa: «Se le negó la admisión en Glasgow en mayo de 2017, y después, una vez más, en Liverpool en julio de 2017; luego se la encontró recientemente en los muelles de Belfast tratando de llegar a Escocia. Se la trasladó a Rumanía».¹⁰² El mismo informe describe a una mujer rumana a la que se le negó la entrada en la frontera porque la policía sabía que era trabajadora sexual. La policía sabía que era trabajadora sexual debido a un acontecimiento increíblemente traumático. Cuando esta mujer había trabajado previamente en Escocia, ella y otra trabajadora fueron secuestradas en un piso de Falkirk por un cliente con un cuchillo; ambas fueron violadas y la otra mujer, Luciana, fue asesinada. Con estos datos, la policía de inmigración la retuvo en la frontera y la deportó a la vez que presumía de una cobertura humanitaria contra la trata.¹⁰³ Hay muchos más ejemplos de casos como este, más de los que caben en un libro.

En las fronteras de todo el mundo, las trabajadoras sexuales son tratadas a la vez como malvadas y como víctimas. Seguridad Nacional prohíbe oficialmente la entrada en Estados Unidos a cualquier persona que haya comerciado con sexo en los últimos diez años, junto con los espías, los nazis y los terroristas.¹⁰⁴ La frontera de Estados Unidos es una Tierra de Nadie —y las personas detenidas en un Puerto de Entrada apenas tienen derechos—. No se requiere una orden, ni siquiera una sospecha razonable, para que los agentes exijan contraseñas o indaguen en aparatos electrónicos como teléfonos o portátiles, o incluso para que clonen todos los datos que encuentren.

Las trabajadoras sexuales que tratan de entrar en Estados Unidos por cualquier razón pueden ser interrogadas y detenidas durante horas o días antes de ser enviadas de vuelta. El número de personas afectadas por estas prácticas ha crecido significativamente desde el inicio de la presidencia de Trump. Muchas personas, miembros de nuestra comunidad, incluyendo amigas

¹⁰² BBC, «Suspected trafficking victims turned back at Glasgow Airport», *BBC*, 24 de agosto de 2017, disponible en bbc.co.uk.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ United States Citizenship and Immigration Services, «Immigration and Nationality Act», 2013, informe disponible en uscis.gov.

personales, nos han contado el trauma de ser detenidas en la aduana y sufrir suplicios de entre doce y cuarenta y ocho horas, en el curso de los cuales se les ha negado comida, descanso o medicación. A menudo se las esposaba a una silla, incluso en las áreas públicas de los aeropuertos, donde agentes de inmigración las sometían a la humillación de un cacheo y a un registro corporal excesivo e invasivo, al tiempo que deliberadamente les confiscaban las compresas y tampones. No se permite filmar o grabar a los agentes fronterizos y muchos de ellos usan tácticas ilegales para obligar a las trabajadoras sexuales a firmar una admisión de culpabilidad que las expulsa de Estados Unidos durante un periodo de diez años.¹⁰⁵

En la época de la guerra contra la trata, la hipocresía es rampante. Mientras que los agentes se burlan de las trabajadoras sexuales con fotos de páginas web de *escorts* y fotos de desnudos durante los interrogatorios, la US Customs and Border Protection condena en su página web el «horrendo» delito de la trata con fines sexuales y publicita puestos de trabajo que proclaman altivamente «la magnitud y el carácter vital» de su «misión»: defender a la nación de amenazas como la trata de seres humanos.¹⁰⁶ Los legisladores estadounidenses dicen cosas igualmente poéticas acerca de la tragedia de la trata con fines sexuales y sobre lo horrible que es que se violen de esa manera los derechos humanos de las personas prostituidas, pero no hacen nada para modificar la prohibición de viajar que ha supuesto, por ejemplo, que las trabajadoras sexuales, en activo o retiradas, no pudieran asistir a la International Aids Conference de 2012 en Washington DC o hacer una valiosa labor en pro de los derechos humanos. Ni tampoco legislan para cambiar esas experiencias traumatizantes y horribles a las que las trabajadoras sexuales se ven sometidas cuando se encuentran en la

¹⁰⁵ Maggie's, un grupo de trabajadoras sexuales de Toronto, ha desarrollado un documento, *Safer Border Crossing Tips for Sex Workers*, que detalla las precauciones recomendables que deben tomar las trabajadoras sexuales que viajen a Estados Unidos. Está disponible en la sección *Resources for Workers*, de su página web: maggiestoronto.ca.

¹⁰⁶ US Department of Homeland Security (DHS), «Fact Sheet: Executive Order: Border Security and Immigration Enforcement Improvements», 2017, informe disponible en dhs.gov; DHS and Customs and Border Protection, «Job Advert: Paralegal Specialist Position-JFK Airport», 2012, disponible en nyceda.org.

frontera estadounidense. En lugar de ello, redactan la ley Fight Online Sex Trafficking y la Stop Enabling Sex Traffickers Act (que juntas se conocen como FOSTA-SESTA), leyes que afirman crear seguridad, mientras que, de hecho, diezman los espacios de internet que ayudan a que las trabajadoras sexuales se protejan a sí mismas de los violadores o que ganen lo que necesitan para tener un techo sobre sus cabezas.

Esta crueldad no es un accidente. El Protocolo de la ONU para evitar, suprimir y castigar la trata de seres humanos no es un documento de defensa de los derechos humanos, es una derivación de la Convención contra el Crimen Organizado Transnacional.¹⁰⁷ Como tal, se interesa en la *criminalización*, no en remediar (o ni siquiera en reducir) los daños a las personas marginadas. Como Dottridge señala, las únicas medidas que todos los Estados deben respaldar obligatoriamente son las vinculadas a la imposición legal. Las medidas de protección, por el contrario, son débiles y opcionales.¹⁰⁸ El protocolo se limita a sugerir que los Estados *consideren* si adoptar «medidas que permitan a las víctimas de trata de seres humanos permanecer en su territorio, de manera temporal o permanente, en los casos pertinentes».¹⁰⁹ Se muestra mucho más firme en la «repatriación» de las víctimas, «sin un retraso justificado o razonable» y aún más firme en aumentar el control de fronteras, instruyendo a los países signatarios sobre que «fortalecerán [...] dichos controles de frontera en la medida que sea necesaria para prevenir y detectar la trata de seres humanos».¹¹⁰

¹⁰⁷ Resolución 55/25 de la Asamblea General de la ONU, «Protocol to Prevent, Suppress and Punish Trafficking in Persons Especially Women and Children, Supplementing the United Nations Convention against Transnational Organized Crime», *Office of the High Commissioner for Human Rights*, 2000, informe disponible en ohchr.org.

¹⁰⁸ M. Dottridge, «Introduction» en Global Alliance Against Traffic in Women (GAATW) «Collateral Damage: The Impact of Anti-Trafficking Measures on Human Rights around the World», 2007, informe disponible en gaatw.org, pp. 1-27.

¹⁰⁹ Resolución 55/25 de la Asamblea General de la ONU, «Protocol to Prevent, Suppress and Punish Trafficking in Persons Especially Women and Children, Supplementing the United Nations Convention against Transnational Organized Crime».

¹¹⁰ Resolución 55/25 de la Asamblea General de la ONU, «Protocol to Prevent, Suppress and Punish Trafficking in Persons Especially Women and Children, Supplementing the United Nations Convention against Transnational Organized Crime».

Nada de esto ha pasado desapercibido a la extrema derecha; los periódicos sensacionalistas y los supremacistas blancos han desplegado la jerga de la trata de seres humanos como parte de sus campañas para «dar media vuelta a las pateras». Una persona, nacionalista blanca canadiense, viajó hasta Italia en 2017 para unirse a un grupo francés de extrema derecha de «acción directa» contra los migrantes que llegaban, blandiendo una bandera en la que se leía «NO WAY para la trata de seres humanos».¹¹¹ La columnista británica Katie Hopkins alabó a una organización juvenil abiertamente fascista por «arrojar luz sobre las ONG que tratan con personas».¹¹² Aunque se expresen de manera tan poco sutil, estas opiniones de extrema derecha tienen mucho en común con concepciones más generalizadas, e incluso de carácter feminista, acerca de la trata de seres humanos. El director de Frontex, la agencia de fronteras europea, también ha afirmado que los rescates de las ONG en el Mediterráneo ayudan a los traficantes.¹¹³ (De hecho los trabajadores humanitarios en toda Europa se enfrentan cada vez más a la posibilidad de ser procesados por las leyes contra la trata de seres humanos por ayudar a migrar a la gente).¹¹⁴ Las campañas feministas contra la prostitución a veces comparten reportajes derechistas de la violencia sexual supuestamente cometida por los refugiados en Europa y una de esas activistas ha comentado que los países europeos deberían «acoger a las mujeres y los niños, pero dejar a esos desagradables hombres en su país».¹¹⁵ Alice Schwarzer, una destacada feminista alemana en contra de la prostitución, ha comentado ampliamente las figuras racializadas de los «proxenetas y traficantes», vinculando a los hombres migrantes de color con la violencia sexual.¹¹⁶ (Schwarzer repite, sin

¹¹¹ S. Murdoch, «Anti-Immigrant Far Right Takes to the Seas», *Hope Not Hate*, 15 de mayo de 2017, disponible en hopenothate.org.

¹¹² K. Hopkins, (@KTHopkins) Twitter, 17 de julio de 2017: «Good to meet Team C-Star @DefendEuropeID in Sicily. Young people, 8 nations, crowd-funded, shining a light on NGO people traffickers in Med».

¹¹³ P. Wintour, «NGO rescues off Libya encourage traffickers, says EU borders chief», *The Guardian*, 27 de febrero de 2017, disponible en theguardian.com.

¹¹⁴ M. Townsend, «Trafficking laws target refugee aid workers in EU», *The Guardian*, 11 de noviembre de 2017, disponible en theguardian.com.

¹¹⁵ P. White (@unbreakablepenn) Twitter, 12:24 am., 9 de marzo de 2016: «@Laverder_Blume Take in refugee women & kids - leave the nasty men home».

¹¹⁶ J. Eigendorf y M. Neller «Nur eine Welt ohne Prostitution ist human», *Welt*, 4 de noviembre de 2013, disponible en welt.de.

cuestionarlo, el relato de un policía que dice que «el 70 u 80 % de todas las violaciones de Colonia [son cometidas] por turcos».¹¹⁷ Cuando las trabajadoras sexuales se organizan en contra de las deportaciones se nos dice —por parte de quienes enarbolan políticas claramente progresistas— que «deberían ser deportadas si [no tienen] derecho a estar en el país. Estas mujeres han sido introducidas en el país mediante la trata. ¿Apoyáis eso?».¹¹⁸

Los políticos de extrema derecha están siempre dispuestos a poner en marcha agendas contra la trata. El presidente de Estados Unidos, Donald Trump ha descrito la trata de seres humanos como una «epidemia»,¹¹⁹ mientras Theresa May ha colocado la Ley de la Esclavitud Moderna de 2015 (aprobada cuando ella era ministra de Interior) como un elemento central de su imagen y de su legado.¹²⁰ El uso acrítico del término *trata* está realizando el trabajo ideológico necesario para que estas contradicciones «tengan sentido»: esconde cómo las políticas anti migratorias *producen* ese daño que llamamos trata, permitiendo a los políticos antimigrantes presentarse como héroes contra la trata, también cuando ponen en marcha sus políticas en contra de los y las migrantes.

¿Hacia dónde vamos?

No debería sorprendernos que las feministas punitivistas y las feministas trabajadoras sexuales tengan tantas dificultades para siquiera hablar de este tema entre sí. No solamente no estamos de acuerdo en la solución, tampoco en el *problema*: para las feministas punitivistas el problema es el sexo comercial, que produce la trata; para nosotras, el problema son las fronteras, que producen personas que o no tienen o apenas tienen ningún derecho mientras viajan y trabajan. Las soluciones que proponemos son igualmente divergentes. Las feministas punitivistas quieren abordar el comercio sexual mediante el derecho penal, otorgando más poder a la policía. Para las trabajadoras sexuales la solución incluye el desmantelamiento de los cuerpos policiales de inmigración y de los regímenes militarizados de frontera que empujan a las personas indocumentadas a la clandestinidad y clausuran su acceso a la justicia y a la seguridad; en otras palabras, nuestra solución es *quitarle* poder a la policía y devolvérselo a los migrantes y a los trabajadores.

También queremos, de todos modos, criticar amablemente al movimiento en pro de los derechos de las trabajadoras sexuales. Un estribillo habitual entre las personas que defienden los derechos de las trabajadoras sexuales es que el trabajo sexual y la trata son dos fenómenos totalmente diferentes y que no deben mezclarse bajo ninguna circunstancia. Es fácil entender por qué: a lo largo y ancho del mundo, se pide la total criminalización de la prostitución basándose en que es una forma de «abordar la trata». Las detenciones de nuestras compañeras trabajadoras sexuales, de nuestras parejas, caseros y empresarios se «justifican» sobre la base de que son delincuentes; los arrestos de las trabajadoras sexuales se «justifican» sobre la base de que constituyen un rescate. Nuestro movimiento está desesperado por convencer al público y a los medios de comunicación de que estos arrestos no son legítimos y, en lugar de problematizar el marco de la trata (lo que nos ha llevado varios miles de palabras), se ciñen a la idea del error categorial. Dicen que «el trabajo sexual no es trata», queriendo decir que «estas operaciones policiales no son legítimas». En la medida de lo posible, necesitamos apuntar más claramente a la *frontera* como el problema. De otra manera el efecto puede consistir en desautorizar a quienes están trabajando en condiciones de abuso o explotación. Decir «estos temas no nos conciernen, esta gente no es de la que se ocupa el movimiento», coloca a estas personas fuera de la jurisdicción de los derechos de las trabajadoras sexuales. Implícitamente acepta el enfoque «redada y rescate» punitivista, caso de que el objetivo al que se apunta sea correcto.

Decir que «el trabajo sexual no es trata» refleja el error de las activistas punitivistas en contra de la trata en tanto sitúa la trata como un mal inexplicable, desgajado del contexto crucial de las condiciones migratorias y del impacto de las políticas regresivas de inmigración y de los cuerpos represivos sobre los derechos laborales y sobre la seguridad de las migrantes. Afirmar simplemente que el trabajo sexual y la trata son dos cosas totalmente diferentes es defender *únicamente* a las trabajadoras sexuales con papeles que no experimentan la explotación, pero supone no decir nada sobre quienes están explotadas en la intersección de la migración con la industria del sexo. Como lema, «el trabajo sexual no es trata» indica que el modo actual de política en contra de la trata es en general correcto y que únicamente —de tanto en tanto— yerra el tiro. Por supuesto, la política punitivista en contra de la trata

no yerra el tiro; de la misma manera que el complejo industrial de la cárcel global, del que forma parte, es un sistema que funciona de la forma que se supone que debe funcionar. Tal y como escribe Migrant Sex Works Project: «es un sistema deliberado y eficaz».¹²¹ El control de inmigración y de las fronteras es crucial para mantener la explotación de la fuerza de trabajo y los recursos del Sur global, así como para mantener un repositorio explotable de trabajadores indocumentados o documentados de manera insegura en el Norte global; mientras la vigilancia de fronteras y la encarcelación de migrantes canalizan enormes sumas de dinero que van y vienen entre las corporaciones y los gobiernos.

Esencialmente, la afirmación de que el trabajo sexual y la trata son diferentes opera como una manera de negarse a hablar sobre la «trata», en tanto dichas conversaciones se usan a menudo para atacarnos cuando nos organizamos; la gente busca la manera más fácil de quitarse la cuestión de encima. Pero las trabajadoras sexuales deberíamos empezar a alegrarnos de que se produzcan esas discusiones. Son una oportunidad para hablar de cómo el control policial de fronteras hace a las personas más vulnerables ante la explotación y la violencia cuando tratan de migrar. Este análisis debería ser central en el activismo por los derechos de las trabajadoras sexuales.

Las fronteras estatales y la arquitectura de la coerción que las rodea pueden ahora parecer tan naturales que es difícil imaginar el mundo sin ellas. Las personas que migran sin papeles están, después de todo, «quebrantando la ley», lo que implica que las acciones punitivas que el Estado emprende contra ellas, como la encarcelación y la deportación, son legítimas. Esto es, en parte, la razón por la que en la introducción a este capítulo hemos trazado el recorrido histórico de los controles fronterizos: contar la historia reciente de las fronteras es entender que estas no son ni naturales ni inevitables. Supera con mucho el alcance de este libro detallar por completo una política migratoria centrada en la seguridad y en los derechos humanos de todas las personas que tratan de migrar. Debería quedar claro, no obstante, que los intentos de limitar la migración están produciendo

¹²¹ The Migrant Sex Workers Project, «Report on Migrant Sex Workers Justice and the Trouble with “Anti-Trafficking”: Research, Activism, Art», informe disponible en migrantsexworkers.com (consultado el 28 de junio de 2018).

daños horribles, desde la explotación y los abusos en el trabajo hasta las muertes en los mares y en los desiertos. El patrimonio de un puñado de las personas más ricas del mundo bastaría, si se redistribuyera, para garantizar que toda persona que necesite viajar —y toda persona que no— pudiera vivir con seguridad y dignidad. Mientras tanto, todo el mundo debería estar luchando contra el control policial de la inmigración, que desgarras familias y comunidades y que encierra a personas durante años en los CIES.

Defender a la prostituta migrante es defender a todos los migrantes: ella es el arquetipo de la migrante estigmatizada. Las fronteras se *inventaron* para defendernos de ella. No hay solidaridad migrante sin solidaridad prostituta y no hay solidaridad entre prostitutas sin solidaridad con los migrantes. Las dos luchas están inextricablemente ligadas la una con la otra.

4. Un vestigio victoriano: Gran Bretaña

PENALIZACIÓN PARCIAL: un modelo legal en el que algunos aspectos de la industria del sexo, a menudo los más visibles, como el trabajo sexual de calle, están criminalizados. En Inglaterra, Escocia y Gales, los actos de comprar y vender servicios sexuales son legales, pero casi todo lo demás está penalizado: por ejemplo, ofrecer y buscar esos servicios por la calle, trabajar en interiores con amigas o facilitar el trabajo sexual.¹

En las semanas inmediatamente antes de la Navidad de 2006 las trabajadoras sexuales de la ciudad británica de Ipswich temían por sus vidas. La semana anterior se habían encontrado los cadáveres de dos mujeres trabajadoras sexuales y el asesino aún no había sido detenido. En las tranquilas calles, un equipo de noticias de la televisión local se acercó a una joven mujer llamada Paula Clennell, una de las pocas que seguía esperando clientes en su puesto habitual. Cuando se le preguntó por qué estaba arriesgando su vida en las calles cuando había un asesino suelto, ella explicó: «Tengo que trabajar. Necesito el dinero».²

¹ De Irlanda del Norte, que penalizó la adquisición de servicios sexuales en 2015, se hablará en el capítulo 6, «El hogar popular». Como otros países que han implantado el modelo sueco de legislación sobre el trabajo sexual, el modelo previo de Irlanda del Norte podría describirse con precisión como un sistema de «penalización parcial». En la práctica, se parece mucho a lo que se cubre en este capítulo, con el añadido de las sanciones a los clientes.

² P. Kevan, «“Dead” prostitute’s TV interview: I have to work, I need the money», *Metro*, 12 de diciembre de 2006, disponible en metro.co.uk.

Paula, una mujer en la veintena, con tres hijos, llevaba algún tiempo vendiendo servicios sexuales. Después de que le quitaran a sus hijos, entró en depresión y empezó a consumir heroína. En aquel invierno de 2006, su dependencia de las drogas había llegado a un punto en el que necesitaba unos ingresos de unas 500 libras al día para mantenerse.³ Para Paula, como para muchas personas en una situación similar, el comercio sexual era la única manera viable de obtener estas cantidades de dinero. Una amiga le animaba a probar como escort, con la esperanza de que fuera un trabajo más seguro, aparte de legal según la ley británica pero, en su situación, el nivel de organización y planificación financiera que se requería no era realista. El trabajo en la calle, aunque estuviera penalizado, implicaba que podía vender sexo en cualquier momento que lo necesitara y regresar a casa con efectivo. No tenía pareja ni nadie que le llevara el negocio y con quien tuviera que repartir el dinero.

Unos días después de salir en las noticias, Paula desapareció. En Navidades se encontró su cuerpo, junto con los de otras cuatro mujeres. Steve Wright, un hombre de la localidad, fue identificado como el autor de los cinco asesinatos.⁴

Nueve años más tarde, el rostro sonriente de Daria Pionko apareció en todos los telediciarios. Daria tenía veintinueve años y se había mudado desde Polonia a Reino Unido diez meses antes. La madre de Daria, Lydia, la describía como una chica amable y alegre siempre dispuesta a ayudar a los demás.⁵ Unos días antes de la Navidad de 2015, un joven llamado Lewis Pierre pateó a Daria hasta matarla en Holbeck, Leeds, con el propósito de robarle 80 libras. El cuerpo de Daria fue descubierto por su amiga y compañera de piso Karolina, que también era trabajadora sexual de calle.

Daria había estado trabajando en el «área gestionada» de Holbeck. Se trata de un lugar en el que las trabajadoras sexuales de calle y sus clientes pueden reunirse sin temor a ser detenidos, una situación única en Gran Bretaña. (En la mayoría del Reino Unido, las trabajadoras sexuales que atienden a clientes en

³ R. Alleyne, «She was intelligent, pretty. But the drugs gave her a death wish», *The Telegraph*, 14 de diciembre de 2006, disponible en telegraph.co.uk.

⁴ BBC, «Wright guilty of Suffolk murders», *BBC News*, 21 de febrero de 2008, disponible en news.bbc.co.uk.

⁵ BBC, «Daria Pionko death: Lewis Pierre jailed for murder», *BBC*, 5 de julio de 2016, disponible en bbc.co.uk.

lugares públicos pueden ser acusadas de «incitar» o de «vaguear con la intención de cometer prostitución». Sus clientes pueden también ser acusados de «ir de caza»).

Daria había salido del área gestionada con Pierre, como era obligatorio: aunque las trabajadoras sexuales pueden quedar con clientes sin temor a ser detenidas en la zona de Holbeck, allí no se permite practicar *sexo*, están obligadas a salir del área gestionada y encontrar un callejón oscuro o un espacio boscoso donde puedan hacer la transacción en secreto. Por supuesto, también existe el riesgo de que en esos escondrijos se las ataque. Cuando Lewis Pierre volvió a aparecer ante los objetivos de la misma cámara de seguridad que lo había captado saliendo del área gestionada con Daria, tenía sangre en las punteras de hierro de las botas.⁶

Como reacción, es fácil convertir estos relatos tan horribles en un asunto de pura brutalidad masculina y del carácter prescindible de las prostitutas.⁷ Estas historias nos resuenan a nosotros también, como sin duda le resuenan a cualquier trabajador sexual que haya entrado en un coche o en una habitación de hotel con un extraño. El énfasis en la violencia masculina como *el* marco conceptual mediante el que entender estos asesinatos permite que las mujeres no prostitutas, que pueden a su vez ser supervivientes de la violencia masculina, «entren» empática y discursivamente en la experiencia de la prostituta. Aunque esta empatía es bienvenida, conlleva un peligro: el de enterrar las especificidades de las vidas de Paula y de Daria, y de las vidas y las experiencias de las prostitutas en su conjunto, supeditadas así a la figura de «toda mujer». Tal y como argumenta Beth Richie, el concepto de «toda mujer» víctima/superviviente se creó en la década de 1970 como gesto retórico y estratégico por parte del naciente movimiento feminista a fin de reclamar la atención sobre la epidemia de la violencia masculina.⁸ Pero, con el tiempo, se ha transmutado en algo más cercano a centrarse en la «mujer por defecto» y «la mujer por defecto» no es obviamente

⁶ F. Perraudin, «Man found guilty of murdering sex worker in Leeds», *The Guardian*, 4 de julio de 2016, disponible en theguardian.com.

⁷ S. Ditung, «The death of Daria Pionko shows there is no “safe” way to manage prostitution», *New Statesman*, 13 de enero de 2016, disponible en newstatesman.com.

⁸ B. E. Richie, *Arrested Justice: Black Women, Violence, and America's Prison Nation*, Nueva York, NYU Press, 2012, capítulo 3.

consumidora de estupefacientes o trabajadora sexual. Tampoco es una superviviente de la *violencia de Estado*. Las vidas de Daria y Paula estaban conformadas por realidades específicas, incluyendo la amenaza siempre presente de la criminalización. Estas jóvenes estaban actuando racionalmente dentro de un sistema diseñado para hacerlas daño cualquiera que fuese su decisión.

En lugar de plantearse preguntas acerca de cómo el Estado vuelve inseguras las vidas de mujeres como Daria y Paula, la cobertura de los medios de comunicación tiende a emitir la visión del asunto de sus agraviados vecinos.⁹ El hecho de que vender sexo no sea técnicamente un delito en Gran Bretaña no ayuda nada a hacer de las trabajadoras sexuales personas cercanas o relevantes a los ojos de la policía, los residentes o la prensa. Las percepciones comprensivas de las trabajadoras sexuales se desechan rápidamente a cambio de otras más despiadadas. Mike Veale, jefe de la policía de Wiltshire, señala que, cuando una prostituta denuncia un delito la toma menos en serio que a otras víctimas: «Si te encuentras con una niña de seis años que tiene un traumatismo en su vagina o en el ano lo normal es creerla. Si con lo que te encuentras es con una prostituta borracha que hace alegaciones con respecto de una mala deuda, tienes más que un juicio previo que hacer».¹⁰

Juicios previos de ese tipo no faltan. Unos pocos años después de los asesinatos de Ipswich, un periodista escribió: «Las chicas asesinadas en Ipswich no estaban trabajando en lo que la estupidez políticamente correcta llama “la industria sexual”; eran drogadictas [...] ¿Nos podemos permitir la rehabilitación de las chicas de Ipswich, y de todo el mundo? Hablando como ciudadano que paga sus impuestos, diría: “Bueno, pues... ¡Buena pregunta!”».¹¹ De

⁹ En un documental de la BBC, un vecino de una de las víctimas de Ipswich recordaba su propia angustia personal antes de los asesinatos, diciendo que la descripción benévola de las mujeres como víctimas, «no se ajustaba realmente a mis recuerdos. Yo recuerdo haber sido regularmente acosado de camino a mi casa por criaturas desesperadas, insistentes y a menudo agresivas que no aceptaban un “no” por respuesta. Recuerdo el malestar de que me ofrecieran “un francés realmente bueno por veinte pavos” [...] Recuerdo ver a cinco chicas “buscando negocio” en un tramo de apenas 50 metros». M. Brain y G. Lawrence, «“Five Daughters”, messages for Neighbourhood Watch on street prostitution and drugs», Propertybazar, 2010, disponible en propertybazar.com

¹⁰ T. Seaward, «Wiltshire Police’s Mike Veale criticised over “drunken prostitute” comments», *Swindon Advertiser*, 16 de enero de 2018, disponible en swindonadvertiser.co.uk.

¹¹ V. Woods, «Ipswich victims drug addicts, not “sex workers”», *The Telegraph*, 23 de febrero de 2008, disponible en telegraph.co.uk.

hecho, se diría que los asesinatos de Ipswich y las preguntas que suscitan, sacaron una veta especialmente malsana de crueldad retórica en la escena pública, que sugería una estrecha relación entre el odio a las trabajadoras sexuales y la culpa colectiva acerca de la exclusión social. Otro periodista llamó a las cinco mujeres de Ipswich «putas callejeras desagradables y drogadictas» y puso freno a lo que consideraba un duelo excesivo escribiendo: «No compartimos la responsabilidad ni de sus arrastradas y mezquinas existencias ni de sus asesinatos. La sociedad no tiene la culpa. [...] Morir estrangulada forma parte de sus riesgos laborales».¹²

Entonces, ¿quién, o qué, tiene la culpa? ¿Por qué Paula y sus amigas no podían acceder a un piso donde podrían haberse turnado para usarlo con sus clientes, en lugar de que las llevaran a un lugar lejano en coche? ¿Por qué estaba pagando 500 libras diarias por opiáceos que el Servicio Nacional de Salud podría haberle proporcionado de forma segura y por una fracción de ese precio? ¿Por qué estaba hundida y tratando de gestionar su trauma mediante la heroína callejera en lugar de mediante servicios de apoyo más sostenibles? En lugar de obtener apoyo para ser la madre devota que quería desesperadamente ser, Paula acabó deprimida y sumida en una profunda pobreza. En el caso de Daria estas preguntas también afloran con dolor. Una evaluación del área gestionada de Holbeck ya había señalado, meses antes del asesinato de Daria, que el «momento más claro de riesgo para las trabajadoras sexuales es cuando se *alejan* del Área Gestionada».¹³ Las mujeres como Daria y Paula necesitan tan *poco* —cierta seguridad y unos recursos básicos— que es sencillo imaginar cómo la sociedad podría cubrir esas necesidades. Pero al mismo tiempo necesitan *demasiado*, en el sentido en el que imaginar una sociedad que se toma en serio su seguridad es imaginar una sociedad profundamente transformada.

Clase baja, clase alta

Como tantas otras cosas en Gran Bretaña —incluyendo la inmigración y el consumo de drogas— la clase juega un papel enorme en la manera en que el trabajo sexual se manifiesta y estratifica. La ley de prostitución es el producto de unas estructuras de clase arcaicas y, a su vez, produce un microcosmos de ese sistema de clases dentro de los límites de la industria del sexo, en el que los valores del decoro, los buenos modales, la decencia

y la discreción son reformulados para encajar en el mundo del comercio sexual.¹⁴ La ley trata de establecer qué es y qué no es respetable dentro del amplio espectro del comercio sexual —desde mamadas a pelo detrás de un coche aparcado hasta tener un cliente fijo de más edad a cambio del coste de la matrícula de la universidad—, al tiempo que pretende garantizar una excepción hasta cierto grado a todo lo que es discreto o invisible.

Técnicamente, la única manera de vender servicios sexuales en Reino Unido sin meterse en líos legales es trabajar en solitario y de puertas adentro (y, en el caso de las migrantes, con la documentación correspondiente). A quienes cumplen estos requisitos más o menos se les suele adjudicar etiquetas como «élite» o «clase alta», y estos términos señalan la situación de la trabajadora sexual dentro de los estratos de clase del trabajo sexual, incluso aunque estas expresiones sean principalmente términos publicitarios y que a menudo apenas tengan relación con la verdadera clase socioeconómica de la trabajadora sexual.¹⁵

En los espacios más expuestos, como en las calles o en establecimientos con una luz roja destacada, es donde las trabajadoras sexuales son más habitualmente percibidas como de «clase baja», como inmorales o simplemente como una molestia. Es aquí donde también se las suele percibir como más victimizadas o explotadas, lo que proporciona una justificación muy oportuna para políticas todavía más severas. Ofrecerse en la calle, buscar prostitutas, gestionar trabajadoras sexuales y trabajar en grupos —incluso en parejas— son actividades todas ellas penalizadas, junto con «facilitar» o «incitar» a las personas a ejercer el trabajo sexual. Las trabajadoras sexuales a quienes se les pilla quebrantando estas leyes se las considera una mancha vergonzosa en el tejido de la sociedad británica, una carga terrible, hipervisible, para todas las personas que las contemplan. Por dar un ejemplo revelador, un grupo

¹⁴ L. M. Agustín, *Sex at the Margins: Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*, Londres, Zed Books, 2007, capítulo 4.

¹⁵ «Está esa idea de que [en tanto trabajadoras sexuales negras] no tenemos el mismo valor. Creo que se vincula a [...] esta idea de que las personas negras somos "gueto" y cosas así. Por eso mi estrategia de comercialización, como la de las demás, tiene que centrarse en mi educación superior, en los idiomas que hablo y casi obviar mi negritud, [...] porque eso daría a entender que no soy de "clase alta" como mis compañeras». Amber Ashton, citada en A. Tierney, «What Happens When Sex Workers Put Women of Color First», *Vice*, 12 de enero de 2018, disponible en vice.com.

vecinal que buscaba terminar con el área gestionada de Holbeck, Leeds, se llama Save Our Eyes [Protejamos nuestros ojos], y está mucho más preocupado por fustigar a las mujeres «escasamente vestidas» en los espacios públicos que por la idea de una posible violencia contra estas mujeres.¹⁶

Allí donde los residentes airados no pueden promover operaciones de la policía contra las trabajadoras sexuales para «limpiar» su comunidad, recurren a veces a la violencia de las patrullas ciudadanas. Cuando los residentes de Balsall Heath, Birmingham, se movilizaron contra el trabajo sexual de calle a mediados de la década de 1990, las trabajadoras sexuales fueron acosadas y físicamente amenazadas con bates de béisbol y perros, les rompieron las ventanas, y una trabajadora sexual que protestó fue expulsada a la fuerza de una reunión comunitaria.¹⁷ Las patrullas prendieron antorchas, las metieron en el buzón de una trabajadora sexual y dispararon sobre su casa con una escopeta de perdigones.¹⁸

Mientras que las trabajadoras de calle soportan el peso del malestar público, la mayor parte del trabajo sexual en Reino Unido se produce puertas adentro, en el piso de la trabajadora o en el del cliente, o en apartamentos y habitaciones de hotel alquiladas de manera temporal. Pero mantenerse dentro de los límites de la ley es casi imposible cuando la ley es lo bastante general como para incluir prácticamente todo aquello que implica la prostitución aparte del sexo concreto. «Incitar» a alguien no supone fuerza; puede querer decir sencillamente apoyarlas o aconsejarlas antes de que empiecen a ejercer el trabajo sexual.¹⁹ Cuando la policía intentó cerrar los pisos de trabajo en el Soho, Londres, en 2013, definieron «incitar» con el fin de que significara devolver la llamada a una persona que se había postulado para hablar con ella acerca

¹⁶ Yorkshire Evening Post, «Sex in the city: Leeds residents on life near “legal” red light zone», *The Yorkshire Evening Post*, 22 de agosto de 2017, disponible en yorkshireeveningpost.co.uk.

¹⁷ H. Kinnell, *Violence and Sex Work in Britain*, Cullompton, Willan Publishing, 2008.

¹⁸ N. Cohen, «When self-help is not enough», *The New Statesman*, 3 de abril de 2000, disponible en newstatesman.com.

¹⁹ Sexual Offences Act 2003, s. 52(1), disponible en legislation.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018); English Collective of Prostitutes «Prostitution: What you need to know», disponible en prostitutescollective.net (consultado el 28 de junio de 2018); Sexual Offences Act 2003, nota explicativa de la sección 52, disponible en legislation.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

de si podría o no trabajar en ese piso.²⁰ Contratar a una segunda trabajadora sexual en un trío también podría ser «provocar» o «incitar». Un «burdel» podría ser cualquier inmueble en el que trabaje más de una prostituta, incluso aunque trabajen en horarios diferentes y nunca se crucen.²¹ El miedo permanente a esas normas y a sus consecuencias (en especial a los desahucios y a la pérdida de la custodia de los hijos) tiene un efecto disciplinario preventivo en todas las personas que venden servicios sexuales a lo largo de toda la línea de la industria del sexo. Tienen que asumir el riesgo y cruzar la línea; si no pueden cumplir la ley, están obligadas a ser absolutamente indetectables en sus actividades.

Con leyes tan complejas y anticuadas como estas, la confusión resulta habitual entre las trabajadoras sexuales. Los mecanismos policiales opacos han conducido a muchas de ellas a suponer sencillamente —en ausencia de conocimientos concretos— que lo que están haciendo debe ser, de alguna manera, ilegal. Esta sospecha de que se les tratará como a delincuentes tiene un impacto significativo sobre la propia percepción de sus derechos humanos y laborales. Hace casi imposible *ejercer* esos derechos en el trabajo y disminuye su poder para resistir los abusos por parte de los clientes, los patronos, la policía y los agresores. La activista Niki Adams, refiriéndose a una serie de robos con violencia cometidos por bandas en los burdeles de Londres, hablaba de «incidentes en los que las mujeres han sido atacadas y sus atacantes les han dicho impudicamente que ya saben que las mujeres no se van a atrever a acudir a la policía».²²

Al tiempo que produce riesgos para la seguridad y la salud, esta situación produce igualmente una cultura plagada de silencios. Muy pocas trabajadoras sexuales están preparadas para dar un paso adelante y hablar en espacios políticos; las consecuencias de la visibilidad pueden ser desastrosas. Las pocas que lo hacen —incluyendo a las autoras de este libro— a menudo son minimizadas en tanto privilegiadas, no representativas o excepciones de «clase alta», pero en raras ocasiones estas estructuras dentro del

²⁰ Fuimos testigos de esto en la sala del tribunal.

²¹ Crown Prosecution Service, «Prostitution and Exploitation of Prostitution», disponible en [cps.gov.uk](https://www.cps.gov.uk) (consultado el 28 de junio de 2018).

²² O. Bowcott, «Call for change in law to protect prostitutes from violent crime», *The Guardian*, 16 de enero de 2012, disponible en [theguardian.com](https://www.theguardian.com).

trabajo sexual son cuestionadas en el nivel material.²³ Es correcto decir en general que, dentro de las políticas del trabajo sexual, el corte demográfico al que la mayoría de las veces se le proporciona una plataforma generalista para hablar en público encaja con el grupo que vive en las ciudades metropolitanas, que exige tarifas más altas, que tiene acceso a más recursos y que sufre una criminalización menor, pero sería de una ceguera palmaria dejar el análisis en ese punto. *¿Por qué* son estas voces las únicas voces que escucháis? *¿Qué* estructuras están silenciando las otras voces²⁴? Los mecanismos que producen el silencio, la precariedad y la vulnerabilidad de la mayoría de las trabajadoras sexuales no son algo natural o fundamental para la sociedad, de la misma manera que el sistema de clases tampoco es natural en sí mismo. Las trabajadoras sexuales feministas contemplamos las discusiones feministas sobre la «vigilancia» del discurso con una sonrisa amarga: para las trabajadoras sexuales «vigilancia» no es únicamente una metáfora.

La guerra contra las trabajadoras sexuales que consumen droga

Las cinco mujeres a las que Steve Wright asesinó en Ipswich en 2005 —Paula, Anneli, Gemma, Tania y Annette— eran consumidoras y drogodependientes.²⁵ Este detalle, que tantas veces se quedaría fuera de los relatos mediáticos durante la década siguiente, merece una mención, no porque nos permita adjudicar la culpa a las «yonquis» o entender sus muertes como un resultado inevitable e inmutable de una supuesta irresponsabilidad o de unas tendencias autodestructivas. Las drogas y la manera en la que la ley determina las vidas de quienes las usan tienen una relevancia directa cuando se examinan las razones de por qué estas mujeres estaban trabajando en la calle y por qué eran vulnerables ante el ataque de Wright. Terminar con la guerra contra las drogas es una cuestión de derecho de las trabajadoras sexuales.

En Reino Unido, una mayoría significativa de las trabajadoras sexuales criminalizadas (especialmente quienes trabajan en el exterior) tienen experiencias con la drogodependencia.²⁶ El vín-

²⁶ Una encuesta sobre las trabajadoras sexuales de calle en Bristol descubrió que

culo más importante entre estas dos circunstancias es el dinero. Las drogas pueden ser muy caras para mucha gente y vender sexo es la única manera de procurarse las que necesitan, el nivel de dependencia dicta la cantidad que necesitarán para trabajar.²⁷

Las trabajadoras sexuales que consumen drogas están sometidas a la criminalización tanto de las drogas como de la prostitución: ambas políticas y sus consecuencias tienen manifestaciones similares. Criminalizar las drogas no solamente crea un riesgo mucho mayor de atraer la atención de la policía y de acabar con una ficha policial, también convierte las drogas en sustancias ilícitas y, por lo tanto, peligrosas. Como con las leyes que prohíben ofrecer servicios, las leyes que dictan la detención o dispersión de las personas que consumen drogas en el espacio público lleva a conductas más clandestinas, que pueden implicar un uso más arriesgado de las drogas, especialmente métodos de inyección más apresurados y peligrosos.²⁸ Detener a los camellos locales (que a menudo son también consumidores) empuja a la gente a adquirir las drogas de fuentes con las que no están familiarizadas e impide que adopten decisiones mejor informadas acerca del intercambio. Asumir un riesgo con un cliente de aspecto dudoso porque necesitas el dinero es una lotería; también lo es consumir una sustancia ilegal que puede estar mal etiquetada, «cortada» con otras sustancias o tener una potencia desconocida.

el 96 % informaban de su dependencia del alcohol y las drogas y que el 60 % de estas, a su vez informaban del consumo de drogas inyectadas. La heroína y el crack eran las sustancias ilegales más consumidas. Véase N. Jeal y C. Salisbury, «A health needs assessment of street-based prostitutes: cross-sectional survey», *Journal of Public Health*, núm. 26: 1, 2004, pp. 147-151.

²⁷ Jeal y Salisbury, *op. cit.*; F. M. Smith y L. A. Marshall, «Barriers to effective drug addiction treatment for women involved in street-level prostitution: A qualitative investigation», *Criminal Behaviour and Mental Health*, núm. 17: 3, 2007, pp. 163-170.

²⁸ «Puesto que las personas que consumen drogas son frecuentemente penalizadas, la parafernalia necesaria para el consumo, como las jeringuillas y las agujas, pueden ser usadas por la policía como pruebas del consumo de drogas; esa parafernalia puede ser también confiscada o destruida por la policía. Esto impide el uso seguro e higiénico de las drogas y desincentiva que las personas que consumen drogas lleven consigo la parafernalia de inyección estéril. Esto aumenta la probabilidad de inyectarse con precipitación y de compartir agujas, aumentando el riesgo de sobredosis y obstaculizando los esfuerzos para evitar el contagio de infecciones de transmisión sanguínea como el VIH y la hepatitis». International Network of People who Use Drugs, «Consensus Statement on Drug Use Under Prohibition – Human Rights, Health and the Law», 2015, p. 18

En ambas situaciones, la carencia —ya sea de dinero o de drogas seguras— empuja a las personas a asumir riesgos y el riesgo que alguien está dispuesta a asumir aumenta a medida que aumenta la carencia. El deseo de evitar el mono —o la pobreza— es un factor poderoso a la hora de modificar el comportamiento humano.

La gente que consume drogas también ve sus medidas de seguridad destruidas por la policía (de manera muy parecida a las trabajadoras sexuales).²⁹ Los grupos de personas que se cuidan unas a otras mientras están colocados son vulnerables al arresto, de la misma manera que lo son quienes lleven consigo su propio equipo esterilizado. Tanto las trabajadoras sexuales como los consumidores de drogas se enfrentan a la discriminación en los medios de comunicación, en los juzgados, en los servicios de salud, a la hora de tratar con los servicios sociales y en el acceso al empleo formal, y esto se duplica para quienes entren en ambas categorías.³⁰ Las trabajadoras sexuales que consumen drogas son intensamente vulnerables a la violencia, en la medida en que tienen miedo de ser detenidas por ambas causas, como muestra el trágico caso de Bonnie Barratt, que fue asesinada en Londres en 2007. Las compañeras de Bonnie, al igual que ella, vendían sexo y consumían drogas. Antes de su muerte, se percataron de un cliente concreto que se estaba volviendo cada vez más violento; a pesar de esto, todas se sintieron incapaces de denunciarlo o de pedir ayuda. Tenían buenas razones para ello: la propia Bonnie había sido detenida más de treinta veces antes de ser asesinada.³¹

Ambos grupos sociales están olvidados por los políticos. Incluso los más progresistas entre ellos pocas veces están dispuestos a morir en el asalto a la colina de la reforma de las leyes sobre la

²⁹ La policía de Edimburgo confiscaba material para inyectar cuando hacía las redadas antidroga en la década de 1980, reduciendo el número de agujas en la comunidad de consumidores de drogas y obligando a la gente a compartir agujas cuando de otra manera no lo habrían hecho. Como resultado la crisis del SIDA asoló a la población consumidora de drogas de la ciudad, provocando una ferroz devastación. Edimburgo llegó a ser conocida como la «capital europea del SIDA». Murieron cientos de personas. Véase L. Hunt, «Aids taking heavy toll of city's drug users: Edinburgh feels impact of HIV», *The Independent*, 5 de agosto de 1994, disponible en independent.co.uk

³⁰ INPUD, *op. cit.*, pp. 19-21.

³¹ E. Dugan, «Jack the Ripper copycat murders spark call for sex worker protection», *The Independent*, 31 de enero de 2014, disponible en independent.co.uk.

droga y el trabajo sexual *a favor* de quienes consumen drogas o venden sexo. Cuando los tertulianos abordan los temas de las drogas y el trabajo sexual, les resulta fácil convocar a las despreciables figuras del proxeneta y el camello (o mejor aún, echar la culpa al sexo y a la heroína) antes que examinar el contexto estructural de la prostitución y del consumo de drogas. Examinar esos contextos supondría responder acerca de la manera en la que los gobiernos —no los malvados individuos— fallan a dos de los grupos más vulnerables de la sociedad. Como ya hemos indicado, muchas de las personas que consumen drogas venden sexo para obtener dinero con el que pagar las drogas. Las trabajadoras sexuales que consumen drogas lo hacen muchas veces para lidiar con el trauma de un trabajo que a menudo se ve exacerbado por la criminalización. Examinar esta conexión de doble dirección entre el trabajo sexual y el consumo de drogas convierte a las personas que consumen drogas y venden sexo en actores lógicos y racionales que, en último término, responden a su entorno.

Se trata de una perspectiva que a mucha gente le resulta desafiante. Incluso el lenguaje nos aparta de ella. Las personas racionales suelen ser descritas con palabras que aluden al «no consumo de drogas», en tanto *sobrias, con la mente despejada*. Pero es *necesario* pensar en las trabajadoras sexuales que consumen drogas como personas que están haciendo todo lo posible por sobrevivir en una situación adversa. Esto empuja a la opinión pública a pensar en ellas, no como personas fracasadas o defectuosas, sino como personas en lucha con las piedras grandes y pequeñas que la sociedad les ha puesto en su camino. También ayuda a identificar los cambios grandes y pequeños que harían más seguras sus vidas, como instalaciones seguras para inyectarse, agujas limpias, barrios rojos seguros, vivienda asequible y terminar con la pobreza.³² De forma más drástica, las recetas de opiáceos liberarían a la gente de las largas horas en la calle para conseguir drogas

³² Hasta donde nosotras sabemos, nunca ha habido ninguna muerte por sobredosis en ninguna instalación supervisada para inyectarse en ningún lugar del mundo, una hazaña que cubre décadas y más de noventa instalaciones distintas y millones de inyecciones individuales de opiáceos. P. Gregoire, «Why Does Australia Still Have Only One Supervised Injecting Room?», *Vice*, 26 de enero de 2016, disponible en vice.com.

y, en lugar de ello, la pondrían en contacto con los servicios de salud así como con otros servicios, que les proporcionarían el conocimiento y los recursos para consumir con seguridad.³³

A algunas personas, estas formas de reducir los daños —dar a la gente heroína, agujas y un lugar donde usarlas— podrían parecerles escandalosas pero, ¿serían más escandalosas que las muertes innecesarias? Cada semana mueren trabajadoras sexuales y consumidores de drogas en Reino Unido en la fallida guerra contra las drogas. En tan solo un mes, a principios de 2018, murieron 12 personas en la pequeña ciudad escocesa de Dundee porque las drogas que usaban no eran seguras.³⁴ La actual política sobre drogas británica equivale a una forma de «limpieza social».

El debate sobre las drogas está anclado en la misma injusticia que el debate sobre el trabajo sexual. Cuando *todas* las formas de consumo de drogas se construyen como terribles, las diferencias entre los comportamientos dañinos y los más sostenibles se equiparan, se invisibilizan o incluso se invierten. La ley británica es más estricta con las personas que fuman hachís en un banco del parque que con las personas que esnifan pegamento, a pesar de que este último es mucho más peligroso. Ambos grupos lo llevarían mejor si fuera posible adquirir hachís legalmente. El spice es un canabinoide sintético, mucho más adictivo que el cannabis natural y mucho más peligroso; a diferencia del cannabis, el spice puede causar graves daños en el cuerpo e incluso la muerte. Es la penalización del cannabis lo que ha hecho que se desarrollara y se usara de manera generalizada: los creadores del spice se aprovecharon de un vacío legal temporal, puesto que la ley no puede ir a la velocidad a la que la gente inventa nuevos compuestos químicos. La estrategia de criminalización empuja a las personas (tanto a las que consumen como a quienes venden) a experimentar con sustancias cada vez más peligrosas en un intento de ir siempre un paso por delante de la ley.

³³ G. López, «The case for prescription heroin», *Vox*, 12 de junio de 2017, disponible en vox.com; J. Strang *et al.*, «Heroin on trial: Systematic review and meta-analysis of randomised trials of diarmorphine-prescribing as treatment for refractory heroin addiction», *The British Journal of Psychiatry*, 207: 1, 2015, pp. 5-14.

³⁴ Evening Telegraph, «Dundee's drug epidemic laid bare to nation on Channel 4 News», 20 de febrero de 2018, disponible en eveningtelegraph.co.uk.

Las trabajadoras sexuales precarias que consumen drogas están siendo calumniadas y castigadas, mientras que las clases medias y altas disfrutaban de la cocaína, el éxtasis, el hachís, la ketamina y el LSD de manera regular.³⁵ La falta de solidaridad de los consumidores de drogas de clase media hacia quienes se encuentran en una situación de mayor marginación resulta especialmente frustrante, en tanto toda persona consumidora de drogas, con independencia de su clase social, se ve afectada —hasta cierto punto— por la prohibición de las drogas.³⁶ Igual alguna vez te timaron por una bolsa de «maría» que en su mayor parte contenía hierbajos o has sentido un pinchazo de aprensión en una discoteca cuando una amiga se metía una pastilla misteriosa que ambas esperabais que fuera éxtasis. Tal vez tu compañera ha experimentado los efectos nocivos de una noche en la que la cocaína había sido cortada con algo más barato. En todos los lugares, la criminalización impide que las personas que consumen drogas estén seguras de lo que se están metiendo.

Está el argumento de que la maría, las pastillas y la coca no «son tan malas» como la heroína, el crack o el cristal, pero al final es *a las personas que consumen las drogas* y no a las drogas en sí a quienes se las califica de «buenas» o «malas». La historia de la prohibición de las drogas nos ha enseñado que cuando «la gente problemática» se decanta por una sustancia específica vuelve «problemática» esa sustancia, y no al revés.³⁷ Es fácil demonizar una droga cuando se le asocia principalmente a gente demonizada y, aunque las personas británicas negras consumen drogas en una proporción mucho menor que las personas blancas, la policía les registra en una proporción mucho mayor, a la vez que se las juzga de forma más severa cuando se les encuentra en posesión de drogas.³⁸

³⁵ J. Mann, «British drugs survey 2014: Drug use is rising in the UK – but we're not addicted», *The Guardian*, 5 de octubre de 2014, disponible en theguardian.co.uk.

³⁶ N. Eastwood, M. Shiner y D. Bear, «The Numbers in Black And White: Ethnic Disparities in the Policing and Prosecution of Drug Offences in England and Wales», *Release*, 2013, disponible en release.org.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

³⁷ J. F. Block, «Racism's Hidden History in the War on Drugs», *The Huffington Post*, 1 de marzo de 2013, disponible en huffingtonpost.com.

³⁸ N. Eastwood, M. Shiner y D. Bear, *op. cit.*; A. Halperin, «Marijuana: Is it time to stop using a word with racist roots?», *The Guardian*, 29 de enero de 2018, disponible en theguardian.com.

La diferencia entre el «ciudadano normativo» y la prostituta que consume drogas es, ante todo y sobre todo, una cuestión de circunstancias y necesidades: las drogas «duras» son una forma mucho más potente de lidiar con una vida difícil que las drogas recreativas y, a menudo, resultan más fáciles de obtener que las drogas con receta. En segundo lugar, existe una diferencia en lo que respecta a la vigilancia policial y al control social. ¿Quién es el objetivo? ¿Quién puede ser criminalizado? ¿A quién se le considera indigna de una buena vida? ¿A quién se le permite prosperar y crecer?

De puertas afuera

La criminalización del trabajo sexual de calle en Reino Unido se intensificó agudamente a principios de la década de 2000. Primero el Nuevo Laborismo y después los gobiernos conservadores crearon y conservaron nuevos enfoques punitivos, entre los cuales el más conocido fue la Anti Social Behaviour Order (ASBO) [Orden de Comportamiento Antisocial] y sus sucesoras.³⁹ En 2014 el gobierno de coalición abolió la ASBO, pero introdujo una serie de ordenanzas similares que trataban de abordar el «comportamiento antisocial», incluyendo la Crime Prevention Injunction (CPI), la Criminal Behaviour Order (CBO) la Community Protection Notice (CPN), órdenes de alejamiento y «secciones 35». Para no abrumar a las lectoras con acrónimos, hemos usado ASBO como un término que reúne al resto, de la misma manera que se emplea en el lenguaje común.

Una ASBO es una orden *deliberadamente* amplia y vaga: puede dirigirse contra el ruido, contra los vertidos ilegales, contra el consumo en público de drogas, los grafitis, el acoso... y el trabajo sexual de calle. Una vez que se ha promulgado una orden ASBO, quebrantar sus términos puede penalizar lo que, de otro modo, no sería un comportamiento delictivo. Por ejemplo, alguien puede recibir una ASBO que la expulsa de una zona específica. Quebrantar esa ASBO volviendo a esa zona puede tener como consecuencia penas de cárcel de hasta cinco años, a pesar del hecho de que ir a la cárcel por ofrecer servicios sexuales

³⁹ Release, «Sex Workers and the Law», 2017 disponible en release.org.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

había sido técnicamente abolido en Inglaterra y Gales en 1982.⁴⁰ Una organización caritativa de mujeres llevó a cabo entrevistas en profundidad a quince mujeres que trabajaban o que habían trabajado en la calle y descubrió que ocho habían recibido penas privativas de libertad (que iban desde unas pocas semanas hasta seis meses) por no pagar multas o por quebrantar ASBO.⁴¹ Como dice Cari Mitchell, del English Collective of Prostitutes, «En efecto, la ASBO ha vuelto a hacer posible recalar en la cárcel por una falta que no conlleva penas de cárcel».⁴²

En los últimos años esta situación ha empeorado incluso: la ley Policing and Crime de 2009 ha facilitado el procesamiento de las trabajadoras sexuales de calle creando un nuevo delito: «Mero-dear de manera persistente con fines de prostitución».⁴³ (Qué gran regalo de la primera mujer ministra de Interior británica que se declara feminista).⁴⁴ Y, en 2013, el gobierno de coalición introdujo un periodo de rehabilitación obligatorio para quienes salieran de la cárcel con sentencias breves. Como escribe la organización caritativa para mujeres Nia:

El periodo de supervisión [de rehabilitación obligatoria] podría haber tenido el potencial de franquear el acceso a los servicios para las mujeres, aunque habría que preguntarse aún si esto incluiría servicios especializados a fin de abandonar el oficio. No obstante, es mucho más preocupante que estas medidas aumenten el riesgo de

⁴⁰ Aunque incluso después de 1982 a las trabajadoras sexuales de calle se las enviaba a la cárcel si no pagaban las multas por ofrecer sus servicios. De las 213 trabajadoras sexuales entrevistadas por una investigación en Birmingham a finales de la década de 1980, el 90 % habían sido procesadas o habían recibido una sanción por ofrecer sus servicios en los últimos doce meses y el 45 % había sido condenada *más de veinte veces*. Véase H. Kinnell, *Violence and sex work in Britain*, Cullompton, Willan Publishing, 2008, p. 96.

⁴¹ NIA, «“I’m no criminal”: Examining the impact of prostitution-specific criminal records on women seeking to exit prostitution», NIA, 2017, informe disponible en niaendingviolence.org.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴² L. Smith, «Asbos “are bringing back jail for prostitutes”», *The Guardian*, 25 de mayo de 2005, disponible en theguardian.com.

⁴³ Ley de 2009 sección 16, informe disponible en legislation.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁴ Fawcett Society, «Theresa May in her Fawcett “This is what a feminist looks like” t-shirt», *Flickr*, 22 de noviembre de 2006, flickr.com.

que las mujeres bajo supervisión, que quizás quebranten determinadas condiciones o sufran recaídas, puedan hundirse aún más en el sistema de justicia penal.⁴⁵

En otras palabras, una mujer trabajadora sexual puede ser condenada a la cárcel por violar las condiciones de su ASBO y, una vez liberada, ser *de nuevo condenada a la cárcel* por violar las condiciones de su «supervisión posterior a la salida». ¡Bienvenidas al siglo XXI!

La introducción de las ASBO marcó una nueva época en el rechazo de las clases medias hacia las personas pobres. No solamente aportó una nueva forma de castigar y perseguir a las clases obreras, sino que convirtió la burla a los «yonquis, putas y chonis» en pasatiempo nacional.⁴⁶ El acrónimo ASBO se ha convertido en sinónimo de oprobio público.⁴⁷ La injusticia de su mecánica a menudo pasa desapercibida bajo el espectáculo sensacionalista. Muchas agencias de noticias británicas difundieron las fotos de una mujer encarcelada después de violar su ASBO simplemente por visitar a su cliente en casa de este. Fue condenada a tres meses y se le obligó a pagar una multa como «servicios a la víctima», a pesar de que no había ninguna víctima, el hombre le había dado sus llaves e incluso compareció ante el tribunal para defenderla.⁴⁸

Al prohibir a la gente el acceso a zonas determinadas, las ASBO *explicitan* lo que está *implícito* en buena medida en otros aspectos de la ley de prostitución británica: la dispersión e invisibilidad. Exige que las trabajadoras sexuales de calle, que en su inmensa mayoría son mujeres de clase obrera que tratan de sortear la pobreza y las opresivas leyes sobre consumo de drogas de la mejor manera posible, se desgajen de las comunidades en las que

⁴⁵ NIA, «I'm no criminal», *op. cit.*

⁴⁶ «[...] Los grandes flagelos de la Gran Bretaña contemporánea: agresivas bandas, formadas solo por mujeres, de adolescentes cabreadas, hormonadas y borrachas; mamás en chándal que eligen preñarse como salida laboral; fulanas de cara de pan llenas de granos a las que se les caen las bragas en menos que canta un gallo». J. Delingpole citado en O. Jones, *Chavs: The Demonization of the Working Class*, Londres, Verso, 2011, p. 128.

⁴⁷ B. Fishwick, «Sex-for-cash Asbo woman dodges prison», *The Portsmouth News*, 26 de junio de 2015, disponible en portsmouth.co.uk.

⁴⁸ N. Sandhu, «Prostitute jailed after breaching ASBO 10 times in three weeks to visit 90-year-old "sugar daddy"», *Mirror Online*, 20 de enero de 2017, disponible en mirror.co.uk.

viven, trabajan, hacen la compra, quedan con sus camellos, crían a sus hijos y van al médico de cabecera.⁴⁹ Violar estas órdenes de alejamiento es inevitable, porque la gente no puede desaparecer de sus comunidades cuando así se lo ordene una ASBO. En esta exigencia imposible, atisbamos cómo la ley contra la prostitución querría la «disciplina» de la muerte para aquellas personas que venden sexo de la manera más visible. No es una coincidencia que la policía y los hombres que asesinan a trabajadoras sexuales *compartan* una preocupación con «limpiar las calles» (Peter Sutcliffe, el «Destripador de Yorkshire» le dijo a su hermano: «Me limitaba a limpiar las calles, muchacho. Solamente a limpiar las calles»⁵⁰). Las operaciones policiales sobre las trabajadoras sexuales se describen rutinariamente como «limpiar» las calles;⁵¹ en 2016 una acción contra la prostitución en Estados Unidos se denominó incluso Operación Limpieza.⁵² En el terreno más práctico, por supuesto, obliga a las mujeres a trabajar en lugares nuevos, aislados y que no conocen. Las preocupaciones compartidas de la policía y de los hombres que asesinan a las trabajadoras sexuales coinciden aquí en el punto más devastador y mortal, en la figura de la mujer que trabaja tarde y sola, lejos de su hogar.

En Medway, Kent, la activista por los derechos de las trabajadoras sexuales Ruth Jacobs consiguió las cifras de detenciones de un proyecto gestionado por la policía llamado Salida Segura. Descubrió que, lejos de dar seguridad y aún menos una salida,

⁴⁹ Personas de todos los géneros venden y comercian con el sexo. No obstante, el trabajo de calle suelen hacerlo principalmente mujeres. Esto es especialmente así en el caso del trabajo de calle que es *visible para la policía* como trabajo de calle. Aunque hay hombres cis y trans que venden servicios sexuales en la calle, es más probable que trabajen de manera oportunista cerca de los bares o dentro de ellos, o mediante aplicaciones de citas, que son menos detectables para la policía, en comparación con estar paseando por una zona conocida. Aquí entran dos factores en juego: primero, que el trabajo de calle es mayoritariamente ejercido por mujeres; segundo, que el control policial se dirige mayoritariamente hacia las mujeres (y hacia las personas a las que el sistema de justicia penal lee como mujeres). Así pues, en esta sección del libro, nos referiremos a mujeres y a trabajadoras sexuales de calle con un alto grado de intercambiabilidad.

⁵⁰ D. Sexton, «Another Yorkshire' Spectator», *The Spectator*, 4 de agosto de 1984, disponible en archive.spectator.co.uk.

⁵¹ BBC, «Luton prostitution: Police out to clean up Hightown», *BBC News*, 11 de julio de 2013, disponible en bbc.co.uk.

⁵² M. Rodríguez, «Police Make Big Busts In Effort To Clean Miami Streets», *CBS Miami*, 18 de febrero de 2016, disponible en miami.cbslocal.com.

Salida Segura implicaba un enorme número de ASBO y arrestos: 67 mujeres fueron acusadas de delitos relacionados con la prostitución a lo largo de cinco años. La mitad de los juicios se produjeron únicamente en 2010 y 2011.⁵³ Por comparación, en otros distritos aledaños de Kent —Thanet, Gravesham, Shepway, Sevenoaks, Tonbridge and Malling y Royal Tunbridge Wells— a ni una sola mujer le cayó una ASBO o fue acusada de ofrecerse durante esos mismos cinco años. Ruth nos contó que los «confidentes con los que habló [...] le dijeron que esas mujeres desaparecían y que algunas de ellas habían muerto debido a este enfoque. La mujer que exhibían como el gran logro (el caso de estudio) del proyecto murió. Es algo repugnante».⁵⁴

Estas leyes cada vez más restrictivas son también increíblemente laberínticas, con modos de control punitivo estatal múltiples, amplios y superpuestos: además de las ASBO, de los delitos de ofrecimiento y vagancia, las trabajadoras de calle también pueden ser juzgadas por practicar sexo en público, se les puede emitir una «amonestación por prostituta», una «sección 21» o una «sección 35», ser detenidas por la brigada de inmigración o perder sus opciones a una vivienda social.⁵⁵ A diferencia de una amonestación habitual de la policía, una amonestación por prostituta puede entregarse a total discreción de la policía y no se puede recurrir.⁵⁶ Como una ASBO, una amonestación por prostituta figura en tu historial si optas a trabajos que requieran una cláusula de divulgación ampliada.

⁵³ R. Jacobs, «Kent Police “Safe Exit” Scheme Claiming to Help Women in Prostitution Instead Caused Them Harm», *The Huffington Post*, 21 de febrero de 2014, disponible en huffingtonpost.co.uk.

⁵⁴ Correspondencia privada con Ruth.

⁵⁵ Ambas son órdenes que los policías pueden entregar a su criterio, sin tener previamente una orden judicial. La sección 21 (y la Cláusula 2) de la Policing and Crime Act de 2009 permite que un policía de rango superior ordene que se cierre un local si sospecha que dentro se están cometiendo delitos de prostitución; normalmente se necesita una orden judicial para volver a abrirlos, véase la legislación Anti-Social Behaviour, Crime and Policing Act 2014, disponible en gov.uk, consultado el 28 de junio de 2018. La sección 35 permite que cualquier policía uniformado ordene a alguien abandonar una zona concreta hasta 48 horas; 2009 Scotland Housing Act: cláusula de inmoralidad, disponible en legislation.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁶ Según la Crown Prosecution Service, una «amonestación policial normal» requiere que haya suficientes pruebas del delito de modo que, si el caso llegara a

La criminalización es una trampa con muchos colmillos. Las condenas, las ASBO y las amonestaciones por prostitución socavan la capacidad de las trabajadoras sexuales para conseguir otros trabajos y las llevan a acumular deudas por multas, empujándolas a seguir vendiendo servicios sexuales. Estas multas son enormes piedras de molino financieras, que a veces ascienden a varios cientos de libras. Las sentencias de cárcel por violar las ASBO o las montañas de multas suponen que las mujeres pierdan la custodia de sus hijos, que después de salir de la cárcel no tengan dónde dormir y que pierdan cualquier otro trabajo que podrían haber obtenido. De nuevo, todo las empuja de vuelta al trabajo sexual de calle, donde evitar a la policía hace que aumenten sus probabilidades de experimentar violencia.

Para una mujer de la calle, el castigo puede desencadenar un círculo vicioso de riesgos legales y físicos. Incluso en Holbeck, con su zona gestionada, sobre la que innumerables titulares han vertido su furia desbocada hablando de una *industria del sexo legalizada*, se reserva la penalización de las trabajadoras sexuales. Monika, retenida en el Yarl's Wood Immigration Removal Centre después de ser detenida en Holbeck le dijo a la prensa: «Me siento como si estuviera en la cárcel. [...] Las puertas están cerradas. No sabía que no se me permitía trabajar. [...] Ahora ya sé qué es lo que ocurre. Tengo la sensación de volverme loca».⁵⁷

En Redbridge, en el este de Inglaterra, después de que la comunidad local presionara a la policía para que «tomara medidas» contra las trabajadoras sexuales de calle, se incrementaron las detenciones y las multas. La prostitución visible pareció descender, al tiempo que la comunidad —al menos los miembros de la comunidad que no eran trabajadoras sexuales— respondía con elogios. Mientras, una mujer joven llamada Mariana Popa, que había llegado al país hacía únicamente tres semanas y cuya única fuente de ingresos era trabajar de camarera, por lo que le pagaban poco y en mano, necesitaba dinero

los tribunales, hubiera una «perspectiva realista de condena» y que la persona que recibe la amonestación admita su culpabilidad. Una amonestación de prostituta no tiene ninguno de esos requisitos. Véase las guías legales de Crown Prosecution Service, «Cautioning and Diversion», y «Prostitution and Exploitation of Prostitution», disponibles en cps.gov.uk.

⁵⁷ F. Mullin, «Immigration Officers Are Targeting Sex Workers in the UK's Only "Legal Red Light District"», *Vice*, 3 de noviembre de 2016, disponible en vice.com.

para mantenerse ella y su joven familia. Salió a trabajar a Ilford, a unos pocos minutos de distancia a pie. A última hora de la tarde del 29 de octubre de 2013, un hombre se acercó a Mariana y la apuñaló en el pecho. Ella se arrastró hasta una pollería local, buscando desesperada ayuda, pero su herida era demasiado grave. Mariana murió.

Monica Abdala, que dirige un servicio comunitario en la zona, le dijo a la prensa: «No ayuda cuando la policía hace operaciones. [...] Hace que las mujeres se dispersen; hace que las mujeres tengan que trabajar mucho más. Tienen que meterse en callejones que no tienen cámaras».⁵⁸ Las mujeres de la zona han sido vistas huyendo literalmente de la policía, agachándose tras los coches o quitándose los zapatos y dejándolos en la acera para poder huir más rápidamente.⁵⁹ La penalización empujó a Mariana a trabajar de maneras que la hacían más vulnerable ante el hombre que la asesinó. La noche de su asesinato, Mariana había sido verbalmente recriminada por la policía en *tres ocasiones* y se le había entregado una amonestación.⁶⁰ Tenía que trabajar para pagar una multa que había recibido unos días antes. (Otra mujer de la zona, durante esos mismos días había recibido una multa que ascendía a 1.350 libras).⁶¹ Sus razones para trabajar más tarde de lo normal y en una zona más apartada están claras, necesitaba desesperadamente evitar a la policía, conseguir el dinero que necesitaba y evitar que le cayera otra cuantiosa multa.

El adjunto al jefe de policía Chris Armit, que entonces era el encargado policial de prostitución en Inglaterra y Gales, comentó después de la muerte de Mariana: «Allí donde ha habido fuertes operaciones y controles policiales a la luz del día, poco después vemos que los incidentes violentos contra las trabajadoras sexuales aumentan».⁶² Sin embargo, la Policía Metropolitana de Redbridge no compartía esta visión pragmática, o le daba igual.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ S. Mann, «Mariana Popa murder: Timeline of a sex worker's killing», *Ilford Recorder*, 27 de junio de 2014, disponible en ilfordrecorder.co.uk.

⁶¹ D. Taylor & M. Townsend, «Mariana Popa was killed working as a prostitute. Are the police to blame?», *The Guardian*, 19 de enero de 2014, disponible en theguardian.com.

⁶² *Ibidem*.

El distrito en el que murió Mariana continúa criminalizando agresivamente a las trabajadoras sexuales de calle; la policía local entrega el mayor número de amonestaciones por prostitución de todo Londres y presume en las redes sociales de su trabajo.⁶³ El daño es evidente. «No vamos a resolver este problema por la fuerza», comenta Armitt. «Sencillamente, no funciona».⁶⁴

La hostilidad de la policía hacia las trabajadoras sexuales y la hostilidad del resto de los residentes hacia las trabajadoras sexuales se refuerzan mutuamente: unas semanas después de que Mariana fuera asesinada, un grupo de personas de la localidad atacaron a otra trabajadora sexual migrante en la zona, la golpearon de tal manera que necesitó hospitalización. Nadie fue acusado por ello.⁶⁵

De puertas adentro

En Reino Unido es legal vender sexo en solitario puertas adentro. Rivka Holden, una trabajadora de cincuenta y cinco años de Colindale, prefería que sus clientes la visitaran en una «recepción» — término que designa una cita previa en un lugar que ha elegido la trabajadora sexual—. Lenuta Haidemac, una escort madre de dos niños de Skegness, no podía trabajar en casa porque allí estaban los niños. Hacía «visitas a domicilio», acudiendo a las casas de los clientes o a habitaciones de hotel. Ambas fueron asesinadas a sangre fría por hombres, asesinatos de una brutalidad tan horrible que tuvieron como resultado largas sentencias de cárcel. El asesino de Lenuta emuló a Jack el Destripador; garabateó «Jack» en su torso después de apuñalarla y estrangularla.⁶⁶

⁶³ Redbridge MPS (@MPSRedbridge) Twitter, 4:43 am, 17 de abril de 2016: «#LofordSNT and #RedbridgeCommunityPoliceTeam issued 11 prostitute cautions on Ilford Lane tonight #Yousaidwedid».

⁶⁴ R. Knowles, «Sex worker stabbed to death after launch of Operation Clearlight in Ilford», *The East London and West Essex Guardian*, 21 de enero de 2014, disponible en guardian-series.co.uk.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ B. Vonow, «Jack the Ripper-obsessed killer stabbed mum-of-two to death and scrawled "JACK" over her naked body», *The Sun*, 24 de enero de 2017, disponible en thesun.co.uk.

El hombre que asesinó a Rivka la golpeó, apuñaló y estranguló. Más tarde confesó en una llamada telefónica a un amigo: «He matado a una persona... Bueno, a una persona no, a una puta».⁶⁷

Para este tipo de asesinatos, una trabajadora sexual es la víctima propiciatoria. Las leyes que comprenden el comercio sexual hacen que sea demasiado sencillo tener razones para pensar que la víctima está sola. La injusticia es insoportable; no solamente Rivka y Lenuta sufrieron muertes de un sadismo inimaginable, sino que es posible que las cosas hubieran sido diferentes para ellas si hubieran compartido un lugar de trabajo con una amiga.

Para muchas trabajadoras sexuales, trabajar juntas en pareja o en pequeños grupos es infinitamente preferible a estar solas con un desconocido que tiene el poder de mutilarlas o de matarlas. De hecho, aunque las activistas en contra de la prostitución retratan a veces el deseo de las trabajadoras sexuales de trabajar legalmente en parejas como una prueba del peligro intrínseco y de la aberración de la prostitución, otras profesiones reconocen en general que trabajar a solas puede ser peligroso.⁶⁸ Después del supuesto asesinato de la agente inmobiliaria Suzy Lamplugh en 1986 se aconsejó a los agentes inmobiliarios que trabajaran en parejas en la medida de lo posible, o al menos que siempre hubiera un «colega» que estuviera al tanto de su paradero.⁶⁹ El Royal College de Enfermería emite consejos semejantes para las trabajadoras del sector sanitario, de la misma manera que lo hace la asociación británica de trabajadores sociales.⁷⁰ Unison, uno de los mayores sindicatos británicos, enfatiza que el trabajo en solitario hace que muchos trabajadores sean vulnerables ante la

⁶⁷ M. Clej, «Israeli woman's murderer is jailed for 25 years», *Jewish News*, 16 de octubre de 2014, disponible en jewishnews.timesofisrael.com.

⁶⁸ C. Bennett, «Criminalise the sex buyers, not the prostitutes», *The Guardian*, 21 de febrero de 2016, disponible en theguardian.com.

⁶⁹ Arla Propertymark, «30 years since Suzy Lamplugh disappeared, what's changed?», *Arla*, 23 de septiembre de 2016, disponible en arla.co.uk; «Personal Safety», *Suzy Lamplugh Trust*, disponible en suzylamplugh.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷⁰ Royal College of Nursing, «Personal safety when working alone: Guidance for members working in health and social care», *Royal College of Nursing*, 4 de octubre de 2016, disponible en rcn.org.uk; British Association of Social Workers, «Keeping Safe in the Workplace - A Guide for Social Work Practitioners» *UNISON Scotland*, 2009, disponible en basw.co.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

violencia y recomienda trabajar en parejas.⁷¹ Exactamente por las mismas razones, las personas pueden preferir comerciar con sus servicios sexuales en pequeños grupos en el mismo apartamento.⁷² A menudo estos apaños pueden implicar turnarse en un solo dormitorio, mientras que la persona que no está con el cliente se sienta en la habitación contigua, sin ser vista. Como la trabajadora sexual Claire Finch decía: «Para mí lo principal era la seguridad. No es seguro trabajar por tu cuenta. Cuando somos dos, tenemos un respaldo, tenemos una camaradería».⁷³

Sin embargo, como descubrió Finch, compartir el espacio de trabajo es ilegal en Gran Bretaña, donde dos o más trabajadoras sexuales constituyen un «burdel». Este castigo se aplica tanto si ambas personas atienden a un cliente a la vez (o incluso el mismo *día*) como si no, y con independencia de si una de las personas tiene más poder que la otra. En otras palabras, aunque podría penalizar a los gestores, esta ley *puede* usarse para criminalizar a dos trabajadoras que comparten un piso. Finch y sus amigas, todas mujeres de unos cuarenta años, afirmaron taxativamente que tenían un acuerdo de igual autoridad y seguridad mutua. A pesar de eso, *veinte* policías irrumpieron en la casa de Finch, la registraron, confiscaron su dinero en efectivo, su ordenador portátil y su teléfono.

⁷¹ Unison, «Working Alone: A health and safety guide on lone working for safety representatives», 2009, informe disponible en unison.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷² Esporádicamente hay gente que indica que aconsejar a las trabajadoras sexuales que compartan espacio es «culpabilizar a la víctima», porque implicaría que las trabajadoras sexuales que eligieran trabajar en solitario y fueran atacadas de algún modo lo serían porque no habían tomado las precauciones necesarias. Este argumento sería más convincente si quienes lo utilizan estuvieran intentando cambiar la ley para obligar a todas las mujeres a trabajar en solitario. Después de todo, según este análisis, sin duda una trabajadora social que se lleve a una compañera consigo en una visita a domicilio está también implícitamente culpabilizando como víctima a cualquier otra compañera que, por la razón que sea, no haya hecho lo mismo. Es perfectamente posible pensar, como pensamos nosotras, que nadie debería tener que cambiar sus comportamientos para evitar la violencia y pensar que el hecho de que el Estado penalice las medidas básicas de seguridad es algo increíblemente dañino. Es posible que alguien crea que es terrible que las mujeres suelen optar por volver a casa por la noche en parejas o en grupos pero, a menos que estén defendiendo penalizar volver a casa de noche con una amiga, están poniendo una carga anómala sobre los hombros de las trabajadoras sexuales, que únicamente quieren emplear las mismas medidas de seguridad sin arriesgarse a que las detengan.

⁷³ J. Doward, «Police boost funds from assets taken in raids on prostitutes», *The Guardian*, 25 de abril de 2010, disponible en theguardian.com.

Esto es algo rutinario. En 2015, Jean Urquhart, una política escocesa, presentó pruebas ante el Parlamento escocés acerca de las continuas detenciones y juicios que aprovechaban la ley sobre burdeles para penalizar a las trabajadoras sexuales que comparten un espacio. Unquhart escribió:

Mujeres que trabajan juntas en pequeños grupos para aumentar su bienestar y seguridad siguen siendo arrestadas y juzgadas en Escocia, acusadas de llevar un burdel. En Aberdeen fueron arrestadas, procesadas y condenadas mujeres por gestionar un burdel en noviembre de 2013, diciembre de 2013, marzo de 2014, abril de 2014, mayo de 2014, octubre de 2014, febrero de 2015 y después en mayo de 2015. En mayo de 2013 se procesó a unas mujeres por trabajar juntas en Paisley y, en noviembre de 2013, se hicieron redadas en «burdeles» de Glasgow y cinco mujeres fueron detenidas y llevadas a juicio. *No hay ningún indicio de que estas mujeres estuvieran haciendo nada más que alquilar juntas apartamentos para trabajar con seguridad, en tanto todas ellas estaban trabajando en calidad de trabajadoras sexuales y no como jefas o patronas.* [Las cursivas son nuestras].⁷⁴

La policía local puede decidir lo «proactiva» que quiere ser respecto a rastrear estos pisos compartidos. La investigación de Unquhart arrojó luz sobre la vigilancia especialmente agresiva en Aberdeen y alrededores. Durante varios años, los foros de internet en los que las trabajadoras sexuales comparten información se habían llenado de preocupación por la situación de Aberdeen, avisando de que, si querías trabajar en Aberdeen, *tenías que hacerlo en solitario*.⁷⁵ De lo contrario, te detendrían. Es un aviso crucial: una condena por llevar un burdel puede arruinar la vida, especialmente si eres migrante o madre. Probablemente Jessica McGraa siguió este consejo: en febrero de 2016 trabajaba sola en Aberdeen y recelaba tanto de la agresiva actitud policial en la ciudad que, cuando los modos de un cliente la alarmaron, llamó a un amigo

⁷⁴ J. Urquhart, «Prostitution Law Reform (Scotland) Bill: A proposal for a Bill to decriminalise activities associated with the buying and selling of sexual services and to strengthen the laws against coercion in the sex industry», *Scottish Parliament*, 2015, disponible en parliament.scot (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷⁵ Para proteger la privacidad de las trabajadoras sexuales no damos el enlace de este foro.

y no a la policía. (Como madre, trabajadora sexual y mujer negra Jessica tenía múltiples razones para pensar que la policía no iba a tratarla bien). El cliente la violó y después la mató.⁷⁶

En 2013, Renata K. y Anna W. estaban vendiendo sexo en Leeds. Estaban trabajando para un jefe que las explotaba y del que querían escapar.⁷⁷ Así que, junto a una tercera amiga, dejaron a este jefe y montaron un piso en Bradford, del que compartían los gastos y donde podían recibir a los clientes. Era un espacio de trabajo amistoso y equitativo. Pero esto no disuadió a la policía de hacer una redada, apoderarse de las 672 libras que se encontraron allí y detener a las mujeres. Durante el juicio de Renata y Anna (la tercera mujer huyó a Polonia antes del juicio), el juez *y también el fiscal* estuvieron de acuerdo en que el piso se gestionaba como una «cooperativa informal».⁷⁸ No obstante, Renata y Anna fueron condenadas por gestionar un burdel.

En agosto de 2017 tres trabajadoras sexuales rumanas fueron detenidas por compartir espacio en las West Midlands. En julio de 2017, la policía de Swindon entró en un piso donde encontró a las tres mujeres rumanas que trabajaban allí.⁷⁹ En redes sociales la policía presumió con orgullo de lo que ocurrió a continuación:

Las tres mujeres habían estado anunciando servicios sexuales en internet en una página web llamada adultworks [sic] [...] Se habló con las mujeres, que no revelaron ningún delito de coacción o trata. Eran muy sinceras acerca de su trabajo sexual y confirmaron que los perfiles en adultworks [sic] eran suyos, que los habían creado y los pagaban ellas. [...] Las mujeres afirmaron que se dedicaban al trabajo sexual por iniciativa propia, porque así podían ganar más dinero que en Rumanía.⁸⁰

⁷⁶ S. Patterson, «Murder Trial Claim: Aberdeen hooker Jessica McGraa phoned lover to tell him a man she was with refused to leave on the day she was killed», *The Scottish Sun*, 5 de enero de 2017, disponible en thescottishsun.co.uk.

⁷⁷ J. Loweth, «Police were greeted at Bradford brothel by half-naked woman», *Telegraph & Argus*, 21 de noviembre de 2013, disponible en thetelegraphandargus.co.uk.

⁷⁸ *Ibidem*.

⁷⁹ R. Guttridge, «Suspected Smethwick brothel shut down by police», *Express & Star*, 23 de agosto de 2017, disponible en expressandstar.com.

⁸⁰ Swindon North Police (4:20 am, 30 de junio de 2017) Facebook: «adultworks» sin duda se refiere, mal escrito, a Adultwork, el nombre de una de las principales plataformas británicas para anunciar servicios sexuales online.

Los periódicos locales informaron de que «las tres mujeres fueron detenidas por el delito de gestionar un burdel» siendo deportadas.⁸¹ La policía de Swindon describe este arresto como «un resultado muy positivo», basándose en que «ahora las mujeres están seguras y lejos de sus clientes y ya no padecen los riesgos del trabajo sexual fuera de las calles».⁸² Es difícil imaginar algo menos seguro que ser arrestada, que te roben el dinero, que te lleven a un centro de internamiento para extranjeros y que te deporten, sin poder siquiera despedirte de tus amigos o de tu pareja.

En 2017, la policía metropolitana dejó una nota en lo que sospechaba era un burdel (detectado únicamente porque había sido objeto de un robo a mano armada) advirtiendo: «Cualquier mujer que se encuentre ahora en esta dirección y a quien encontremos en esta misma dirección en el futuro, se arriesga a ser detenida».⁸³ Naturalmente, esta amenaza no distinguía entre trabajadoras y dirección. Incluso la policía y la fiscalía saben —y reconocen abiertamente, en el tribunal y en las redes sociales— que estas redadas *no* buscan localizar a los empresarios y mucho menos a los jefes de la mafia: la policía apunta y detiene a las trabajadoras sexuales.

La definición de «gestionar un burdel» es tan amplia que puede facilitar la penalización de las trabajadoras sexuales: un burdel puede ser cualquier lugar en el que «más de una mujer ofrece relaciones sexuales, ya sean pagadas o no» o que «se ha montado con el fin de albergar prácticas homosexuales depravadas».⁸⁴ En otras palabras, un piso compartido en el que sus habitantes mantengan regularmente encuentros sexuales *no comerciales* podría teóricamente ser un burdel según la ley británica. En realidad, por supuesto, esta ley no se usa para penalizar el sexo casual, más allá de ocasionales redadas en los clubs de sexo.⁸⁵ Lamentablemente,

⁸¹ T. Haworth, «Romanian sex workers to be deported following immigration offences», *Swindon Advertiser*, 30 de junio de 2017, disponible en swindonadvertiser.co.uk.

⁸² Swindon North Police, *op. cit.*

⁸³ O. Bowcott, «Police accused of threatening sex workers rather than pursuing brothel thieves», *The Guardian*, 3 de agosto de 2017, disponible en theguardian.com.

⁸⁴ CPS, «Prostitution and Exploitation of Prostitution», informe disponible en cps.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁸⁵ Empezando en 2013, la policía en Edimburgo ha hecho redadas y ha cerrado una serie de «saunas», categoría que incluye tanto a los burdeles comerciales como a los lugares en los que los hombres se reúnen para tener encuentros sexuales

nos es mucho más sencillo imaginar una campaña feminista convencional en Reino Unido dirigida a eliminar de la ley a los practicantes del sexo casual —sobre la base de que el simbolismo de su inclusión resulta desafortunado— que imaginar una campaña similar que defendiera a las trabajadoras sexuales.

En último término la policía apunta a las trabajadoras sexuales más que a las personas que tienen rollos de una noche. Y esto porque, incluso puertas adentro, las trabajadoras sexuales son percibidas como mucho más disruptivas que otras personas que se dedican a la copulación heterosexual. Mirad si no la reacción del dueño de una casa cuando descubrió que su fotogénico pisito, que había puesto en Airbnb, había sido usado por una trabajadora sexual. Tales situaciones se han descrito como traumáticas, a pesar del hecho de que los arrendatarios de Airbnb supuestamente deberían haber previsto y asumido que, en general, la gente a la que alquilan su propiedad practicará sexo en ella. El sexo comercial es, por tanto, claramente diferente y alarmante.

Hay también una razón más prosaica para que la policía se centre en el sexo de pago: la oportunidad de confiscar dinero en efectivo y otros objetos de valor. Bajo la Proceeds of Crime Act de 2002, la policía británica tiene la facultad de confiscar los objetos que *sospeche* puedan ser producto de actividad criminal.⁸⁶ Incluso si no se ha probado el delito, recae en el sospechoso demostrar ante el tribunal que los objetos fueron adquiridos legalmente, una tarea casi imposible en un negocio basado en el dinero en efectivo, como es el trabajo sexual.⁸⁷ Entre la policía y la fiscalía se reparten al 50 % lo que se requisa, lo que supone un enorme incentivo a la hora de emplear extensivamente esta potestad.⁸⁸ Tal y como Alex Feis-Bryce, ex director ejecutivo de la organización

casuales no comerciales. Véase A. Fogg, «Why are Edinburgh's seamier saunas under attack?», *The Guardian*, 24 de octubre de 2013, disponible en theguardian.com.

⁸⁶ Los lectores estadounidenses percibirán la similitud con las leyes de «*civil asset forfeiture*» de los Estados Unidos, de las que también se abusa para confiscar enormes cantidades de dinero a las trabajadoras sexuales. Véase E. Nolan Brown, «Sex Work and Civil Asset Forfeiture Increasingly Go Hand in Hand», *Reason*, 28 de agosto de 2015, disponible en reason.com

⁸⁷ F. Mullin, «Sex Workers Reveal What Cops Took from Them during Police Raids», *Broadly*, 6 de abril de 2016, disponible en broadly.vice.com.

⁸⁸ J. Doward, «Police boost funds from assets taken in raids on prostitutes», *op. cit.*

caritativa por la seguridad del trabajo sexual National Ugly Mugs señala, es también infinitamente más tentador para la policía cargar contra mujeres desarmadas que venden servicios sexuales (y que trabajan con efectivo) que perseguir a las bandas criminales profesionales contra quienes se redactó originalmente la ley.⁸⁹

Como resultado, el robo del dinero de las trabajadoras sexuales durante las redadas policiales en los burdeles es ya una rutina y excede con mucho la ocasional confiscación de 80 libras. En octubre de 2016, cuando la policía hizo la redada en los salones de masaje del Soho y Chinatown, en Londres, y se llevó a 17 mujeres a los centros de internamiento, también se llevó 35.000 libras.⁹⁰ Llegó incluso a coger el dinero de las taquillas individuales de las mujeres.⁹¹ A la trabajadora sexual Janice, le quitaron 13.000 libras en una redada en un burdel. Nunca se las devolvieron, incluso después de que se la absolviera en el juicio: «De hecho intentaron quitarme la casa. Me quedé sin nada después de toda una vida de trabajo duro. Ya no soy joven y no sé cómo me las voy a arreglar. Mi vida ha cambiado por completo».⁹² Las políticas contra la prostitución han logrado, de este modo, legalizar el robo.

Las leyes sobre la tenencia de burdeles no solamente afectan a quienes son atrapadas, es decir, detenidas o juzgadas, sino también a toda trabajadora sexual que *teme* que la atrapen. La gente modifica su comportamiento por el *miedo*. También capacita a la policía para emplear la penalización como amenaza. Una trabajadora sexual que conocemos denunció un delito violento en su comisaría local, como respuesta, le dijeron: «¿Te das cuenta de que te arriesgas a un desahucio si sigues diciéndome lo que me estás diciendo?».⁹³ Otra mujer joven que también conocemos

⁸⁹ The Economist, «Police in Britain want to keep more of the loot they confiscate», *The Economist*, 19 de enero de 2017, disponible en economist.com.

⁹⁰ F. Mullin, «Sex Workers Reveal What Cops Took from Them during Police Raids», *op. cit.*

⁹¹ Greater London Authority, «Written Answers to Questions Not Answered at Mayor's Question Time on 16 November 2016», 2016, informe disponible en london.gov.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

⁹² F. Mullin, «Sex Workers Reveal What Cops Took from Them during Police Raids», *op. cit.*

⁹³ N. Hodgson, «Why prostitutes are living in a "climate of fear"», *New Statesman*, 15 de enero de 2012, disponible en newstatesman.com.

recurrió a la policía porque un hombre la estaba acosando. Lo que consiguió fue que la investigaran a *ella* por tenencia de burdel porque anunciaba «dúos» en su piso una vez a la semana.

La penalización concede a la policía poder sobre las trabajadoras sexuales y al mismo tiempo crea puntos de apoyo que pueden ser explotados por los delincuentes. Ambas hemos tenido la experiencia de llamadas telefónicas de personas que *afirman* ser clientes y que preguntan: «¿Entonces trabajas sola, cielo?». Y, en ese momento, hay que hacer malabares con dos problemas concurrentes: ¿está buscando robarme o agredirme, en cuyo caso lo puedo disuadir diciéndole que trabajo con una amiga? ¿O es un poli intentando averiguar si puede hacer una detención por tenencia de burdel ese día, en cuyo caso lo disuadiría garantizándole que trabajo sola?

Como vemos una y otra vez en nuestras amigas, dos personas que trabajan juntas en un piso están indefensas ante un casero que quiera cobrarles un alquiler exorbitante —o explícitamente chantajearlas— bajo la amenaza de denunciarlas a la policía. Esas mismas trabajadoras no tienen posibilidad de defenderse cuando un cliente decide que esa culpabilidad es una ventaja, que puede emplear para agredirlas o para escapar de la justicia. Hace unos años, dos trabajadoras sexuales londinenses (a las que llamaremos Lily y Jane) estaban trabajando juntas en un piso como medida de seguridad, después de que una de ellas se sintiera insegura y alterada tras un incidente violento reciente. Mientras Lily y Jane estaban trabajando, un cliente de Lily se volvió agresivo. Jane entró en la habitación para respaldar a Lily. El cliente, en lugar de achantarse, se creció aún más, diciéndoles: «¡No podéis llamar a la policía por *mí*, aquí hay dos chicas! ¡Esto es un *burdel*! ¡Yo soy quien va a denunciaros a *vosotras* a la policía!». Este es el tipo de hombre a quienes las leyes sobre tenencia de burdeles otorgan poder.

En un espacio de trabajo *colectivo*, *todas* las trabajadoras sexuales se arriesgan a la penalización. Pero una trabajadora sexual que trabaja con un agente o un jefe (en un burdel, salón de masaje, piso, sauna o agencia de escorts) no está penalizada, ese marrón le cae al jefe que organiza o facilita su trabajo. Esto, junto con la seguridad que da el tener a otra persona presente, hace que el empleo en los burdeles y en los salones sea una posibilidad atractiva para muchas trabajadoras sexuales. De este modo, que la ley no distinga entre estos dos tipos de arreglo *empuja a las trabajadoras*

sexuales a los brazos de los gestores. También permite que estos gestores extraigan aún más beneficios de las ganancias de las trabajadoras sexuales, una porción de la «parte» de los gestores se justifica porque ellos cargan con la amenaza de la penalización.

Trabajar por cuenta propia puede ser difícil. Para las trabajadoras sexuales que tienen que cuidar, que son madres o que estudian, puede ser una alternativa razonable entregar parte de los ingresos a un jefe que se ocupa de las exigencias logísticas del comercio sexual: responder el teléfono o el mail, llevar la web, colocar anuncios, guardar el dinero de la reserva, organizar el alquiler del lugar, proporcionar material y organizar la limpieza. En lugar de que el autoempleo consuma todo su tiempo libre y su espacio personal, pueden hacer uno o dos turnos a la semana y olvidarse del trabajo en cuanto salen por la puerta.

Aunque la trabajadora sexual no está violando la ley cuando trabaja para un jefe, su lugar de trabajo sigue siendo ilegal. Cuando tu lugar de trabajo está criminalizado no hay juzgado de lo social, no hay departamento de recursos humanos, no hay contrato legal, ni inspecciones de seguridad y salud; los recursos son por lo tanto extremadamente limitados en el caso de que las condiciones de trabajo sean malas. Tu jefe puede amenazarte con el despido si te niegas a proporcionar determinado servicio a un cliente. Puede que no repongan los suministros de condones, que sufras agresiones verbales, que se descuenten arbitrariamente tus ganancias, que te obliguen a hacer turnos más largos o que sufras acoso sexual. Pueden simplemente ser negligentes en sus obligaciones de proporcionarte una seguridad básica, como no coger el teléfono en caso de emergencia o no entrar en la habitación cuando se lo pidas. Ante esto tienes dos opciones: no hacer nada o denunciarlo ante la policía.

Suponiendo que necesites el dinero, se te presenta un dilema. Si llamas a la policía, la respuesta será una redada, que tendrá como resultado el cierre de tu puesto de trabajo, que tú y el resto de las trabajadoras perdáis el empleo y el riesgo de deportación. Una redada implica otros riesgos, como la confiscación del dinero, de tus pertenencias o de drogas. Muchos gestores o dueños de agencias desaconsejan firmemente denunciar la violencia sexual a la policía y dejan claro a sus empleadas que dar la voz de alarma sobre un violador implicaría que todas perdieran

su trabajo. Casi todas las trabajadoras sexuales ejercen ese oficio porque necesitan dinero. Cuando se les obliga a elegir entre conservar sus ingresos y denunciar a los malos jefes o a los violadores, a menudo la trabajadora sexual no tiene más opción que tolerar las pésimas condiciones laborales. Las trabajadoras sexuales protegen efectivamente a sus agresores de la misma manera que algunas supervivientes de la violencia machista tienen que proteger a sus compañeros, de quienes dependen económicamente, cuando aparece la policía. Como han señalado grupos feministas autónomos, una respuesta policial fuerte es, en algunos casos, peor para las supervivientes que no hacer nada en absoluto.

De este modo, las leyes contra el «proxenetismo» limitan las respuestas de las víctimas ante una dirección abusiva. Pero las personas que están dispuestas a despenalizar la venta (o incluso la compra) de sexo a menudo siguen postulando sanciones contra terceras personas. La idea de que una tercera persona deba estar implicada en la transacción le suena a la gente como algo intuitivamente incorrecto, como una explotación en el nivel más fundamental.

Una idea así solamente puede sobrevivir si ocultamos las realidades mundanas de la vida cotidiana de las trabajadoras sexuales. Una esposa o una pareja que ayuda a contestar los mails o a fijar las citas, una recepcionista que trabaja atendiendo el teléfono en un burdel a cambio de propinas o una trabajadora sexual que realquila su piso a una amiga en los momentos de enfermedad o baja son todas ellas figuras vulnerables bajo la ley del «proxenetismo». Esto quiere decir que si ocurre algo —por ejemplo, si tu lugar de trabajo es objeto de un robo a mano armada— probablemente tengas dudas de si llamar a la policía por miedo a poner a otras personas en peligro.

En un burdel de Bournemouth, Christy Norman —una limpiadora de setenta años que trabajaba únicamente dos días a la semana— ayudó a un cliente que se había desmayado, llamando a una ambulancia y proporcionándole primeros auxilios. Cuando llegaron los paramédicos con la policía, Norman fue detenida y acusada de dirigir un burdel.⁹⁴ A pesar de su evidente buena voluntad, fue declarada culpable, garantizando así que ninguna trabajadora sexual o empleada de un burdel en Dorset confiara en llamar a las autoridades de nuevo en caso de emergencia.

⁹⁴ BBC, «Lifesaving bid woman guilty of Bournemouth brothel charge», *BBC News*, 26 de julio de 2017, disponible en bbc.co.uk.

Muchas trabajadoras sexuales (incluyendo, en ocasiones, a las autoras de este libro) han buscado proactivamente trabajo sexual por cuenta ajena, más que un trabajo autónomo, por las razones que hemos señalado antes. Estas personas preferirían tener mayor poder *dentro* de las relaciones con sus jefes en lugar de que la relación estuviera penalizada. La razón es que los trabajadores por lo general quieren *conservar sus empleos*, si bien con mejores condiciones. Se trata de una reivindicación sindical básica. De la misma manera, el movimiento feminista no debería celebrar que una mujer perdiera su trabajo como consecuencia de denunciar el acoso sexual en el trabajo, eso debería reconocerse enseguida como un perjuicio, no como una victoria. Pero la criminalización de nuestros lugares de trabajo supone que las trabajadoras sexuales *perdemos nuestro empleo* si denunciamos una agresión.

No obstante, por emocionalmente satisfactorio que pueda ser castigar a gente como los jefes, eso no quiere decir que sea una acción con buenas consecuencias. La realidad es que la criminalización no detiene a los más agresivos. Comentando el fracaso de la guerra contra las drogas, el ex policía secreta Neil Woods señala que sus acciones más logradas para arruinar a los traficantes de droga tuvieron como resultado simplemente más violencia:

Cada año la policía lo hacía mejor a la hora de atrapar bandas de tráfico de drogas, y la manera más eficaz que tenían los gánsteres para defenderse era aumentar el miedo y la intimidación sobre los potenciales delatores. La manera más eficaz para evitar que la gente hable es ser aterrador. En otras palabras, los grupos de delincentes organizados se volvieron cada vez más crueles como resultado directo de lo que yo estaba haciendo. [...] Es la clásica escalada armamentística.⁹⁵

Los negocios relativamente relajados, «familiares», se ven rápidamente reemplazados por organizaciones que están preparadas para ser más mercenarias y asesinar no solamente a los confidentes de la policía sino a cualquiera que accidentalmente dé pistas sobre ellos a la policía.

⁹⁵ Aitkenhead, D., «“I’ve done really bad things”: The undercover cop who abandoned the war on drugs», *The Guardian*, 26 de agosto de 2016, disponible en theguardian.com.

El mismo proceso se produce en la industria del sexo. La plataforma de anuncios Escort-Ireland es muy conocida por someter a las escorts a prácticas de explotación, y también por haber cometido supuestamente ataques cibernéticos contra sus rivales potenciales. Esta plataforma alcanzó un estatus de casi monopolio después de una operación policial sobre el sistema anterior de anuncios en la prensa de escorts.⁹⁶ Al tratar de erradicar la prostitución —y en lugar de ello destruir los sistemas que las trabajadoras sexuales requirieron— la prohibición produce brutalidad.

Mirar hacia otro lado

A pesar de todo, la solidaridad que se les ha brindado a las trabajadoras sexuales que combaten la criminalización del trabajo sexual en Gran Bretaña —mediante las ASBO, multas, cárcel o las redadas en los burdeles— ha sido, en el mejor de los casos, incómoda. Una comentarista feminista, por ejemplo, intervino en un debate acerca de las políticas sobre el trabajo sexual afirmando: «La despenalización es el *status quo* en Gran Bretaña. Si eso perjudica [a las trabajadoras sexuales], ¿entonces qué pasará si se amplía aún más?»⁹⁷ (Las trabajadoras sexuales están acostumbradas a defender que la criminalización es mala; es un nuevo y lamentable giro ideológico tener que explicar que la criminalización *existe*). Cuando el National Police Chief's Council publicó unas nuevas guías proponiendo que las redadas en los burdeles y el acoso policial a las trabajadoras sexuales de calle se detuvieran, las feministas contra la prostitución se contaron entre quienes protestaron.⁹⁸

Este tipo de feminismo suele tener problemas con la terminología del debate. Habitualmente parece confundir modelos legales muy diferentes: al apelar al modelo sueco de «despenalización», trata como términos equivalentes «despenalización» y «legalización». Durante un tenso debate en la Asamblea General Anual de Amnistía Internacional de Reino Unido, afirmaron que Estados Unidos —donde hay una total penalización— es un ejemplo de «modelo sueco» (véase capítulo 6).⁹⁹ Ya sea un producto accidental o deliberado, estas políticas abandonan a su suerte a las mujeres criminalizadas. El movimiento feminista no puede luchar contra aquello que las activistas no pueden nombrar.

De hecho, muchas feministas contra la prostitución apoyan activamente alguna forma de penalización. Buena parte del movimiento feminista predominante ha prestado su apoyo a un informe de 2014, redactado por un grupo de congresistas, que recomendaba el uso continuado de órdenes ASBO contra las mujeres que venden servicios sexuales, así como una ley propuesta por la diputada laborista escocesa Rhoda Grant que trataba de conservar la penalización por ofrecer servicios sexuales.¹⁰⁰ La política escocesa Trish Godman, que propone penalizar tanto la adquisición *como la venta* de sexo, es recibida con honores en los congresos feministas.¹⁰¹ Las feministas en contra de la prostitución están tan obsesionadas con penalizar a los *clientes* que cuando una propuesta legislativa contiene esa medida la apoyan, al parecer sin comprobar el detalle de lo que incluye en relación con las trabajadoras sexuales.

Las detenciones de trabajadoras sexuales como consecuencia de las amplias leyes británicas contra la tenencia de burdeles pueden representar un «daño colateral» para algunas feministas que, en algún punto —silencioso—, pueden lamentar genuinamente los hechos, aunque a la vez crean que «es necesario en pro de un bien mayor». Para otras, que sienten ira contra las trabajadoras sexuales, a pesar de sus afirmaciones de simpatía, estas detenciones pueden despertar el deseo de ver la acción punitiva del Estado. (Como una mujer dijo, en una memorable ocasión, a una trabajadora sexual: «Francamente, he llegado a un punto en el que si hace falta sacrificar unas cuantas vidas como la tuya para salvar a una niña de once años... ¡acepto el trato!»).¹⁰² Una organización feminista en contra de la

¹⁰⁰ All-Party Parliamentary Group on Prostitution and the Global Sex Trade: *Shifting the Burden*, 2014, informe disponible en appgprostitution.files.wordpress.com (consultado el 28 de junio de 2018); Ingala K. Smith, «Standing up for All Women: Statement in response to London Young Labour Summer Conference Motion 8», *Karen Ingala Smith*, 2015, disponible en kareningalasmith.com; Zero Tolerance, «Take action now – Consultation on prostitution laws closing soon», 2012, informe disponible en zerotolerance.org.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

¹⁰¹ T. Godman, «Criminalisation of the Purchase and Sale of Sex (Scotland) Bill», *Scottish Parliament*, 2010, informe disponible en parliament.scot (consultado el 28 de junio de 2018); L. Kettles, «Women are not for sale - women campaign against prostitution», *Third Force News*, 9 de septiembre de 2016, disponible en thirdforcenews.org.uk.

¹⁰² Comentario de «bounce» en M. Murphy, «Femen was founded and is controlled by a man. Exactly zero people are surprised», *Feminist Current*, 4 de septiembre de 2013, disponible en feministcurrent.com

prostitución en Reino Unido ofrece consejos sobre «cómo localizar un burdel ilegal»;¹⁰³ no parece importarle el arresto, el juicio, el robo de dinero y la deportación, que son las consecuencias que pueden tener sus consejos para las trabajadoras sexuales. En Glasgow, un «servicio de apoyo» feminista afirma que la detención puede *beneficiar* a las mujeres que ejercen la prostitución. Su director declaraba a un periodista: «No esperamos a que [las prostitutas] digan que quieren dejarlo y compartimos con la policía toda nuestra información. [...] Intentamos cualquier cosa para comunicarnos con ellas. Bien puede ser una condena (penal) lo que las coloque dentro de un sistema en el que tendrán apoyos».¹⁰⁴

Después de una redada en un burdel de Leeds, en 2016, un policía le dijo a unos reporteros que el fin de la operación era «proteger a las vulnerables. [...] Ellas no necesariamente ven que se están aprovechando de ellas y es parte de nuestro trabajo concienciarlas de ello». Aunque las trabajadoras sexuales le dijeron a los policías que ellas eran, de hecho, trabajadoras migrantes en posesión de sus propios pasaportes y de las llaves de la casa, con libertad completa para salir y entrar como quisieran, fueron desahuciadas y se les expidieron órdenes de deportación.¹⁰⁵ A pesar de la obvia injusticia de estas redadas, solamente las trabajadoras sexuales protestaron; las feministas hegemónicas y el movimiento en contra de la trata de seres humanos mantuvieron un estruendoso silencio. Tal y como nos comentaba una activista del colectivo británico Sex Worker Advocacy and Resistance Movement (SWARM): «Estas redadas son violentas y abusivas. Como de costumbre, no se ve por ninguna parte el apoyo de las feministas en contra de la prostitución, como ocurre siempre que trabajadoras sexuales migrantes son detenidas, desahuciadas o deportadas».¹⁰⁶

Después de las detenciones de Swindon, las trabajadoras sexuales se organizaron para detener las deportaciones de las mujeres rumanas.¹⁰⁷ La mayoría de las feministas contra la prostitución

¹⁰³ Nordic Model Now!, «How to Spot an Illegal Brothel», *Nordic Model Now!*, 6 de abril de 2017, disponible en nordicmodelnow.org.

¹⁰⁴ A. Topping, «Tough or tolerant? Scotland turns up heat on prostitution debate», *The Guardian*, 15 de julio de 2013, disponible en theguardian.com.

¹⁰⁵ I. Proctor, «Brothel shut down and prostitutes spoken to during human trafficking crackdown», *op. cit.*

¹⁰⁶ Correspondencia privada.

¹⁰⁷ SWARM, «Call To Action: Release The Women! No Arrests, No Deportations!», *Sex Worker Advocacy and Resistance Movement*, 2 de julio de 2017, disponible en

no hizo ningún comentario, pero una de ellas especuló con que quizás las mujeres rumanas sí eran proxenetas después de todo.¹⁰⁸ La idea de que un lugar de trabajo pudiera tener tres jefas y ninguna trabajadora, y más aún, que las «jefas» fueran todas ellas mujeres migrantes en la veintena, que anunciaban online sus propios servicios sexuales, es claramente absurda. Este absurdo denota, como ha señalado la académica y experta en estudios de género Alison Phipps, «hasta qué punto llega la gente para no incluir en su solidaridad a aquellas personas a las que desaprueba».¹⁰⁹

Casi todo el mundo con algún resto de sensibilidad feminista proclama que no quiere que las personas que *venden* sexo sean arrestadas. No obstante, que las trabajadoras sexuales *están* siendo arrestadas, de forma patente, como resultado de la ley sobre la tenencia de burdeles es algo que, para la mayoría de feministas en contra de la prostitución, es irreconocible —porque el modelo legal que ellas defienden retiene e incluso refuerza esas mismas leyes (véase capítulo 6)—. La incomodidad radical de esta verdad, una que en último término revela una dedicación a algo diferente al bienestar de las mujeres trabajadoras sexuales, crea entre la izquierda feminista una frustrante cultura de no ver y no saber. Se tapan los oídos mientras que las trabajadoras sexuales tratamos, cada vez más frustradas, de hacerles ver con claridad el impacto de la penalización.

La situación de las trabajadoras sexuales en Escocia, Inglaterra y Gales es mala y está empeorando. Leyes severas sobre droga, pobreza en aumento y políticas aún más nefastas que apuntan a las migrantes se confabulan con las formas completas y complejas de la penalización contra el comercio sexual. El feminismo punitivista ofrece poca solidaridad a las trabajadoras sexuales. Ahora vamos a considerar la situación de las trabajadoras

swarmcollective.org; T. Seaward, «Campaigners hit out after immigration brothel raids», *Swindon Advertiser*, 6 de julio de 2017, disponible en swindonadvertiser.co.uk.

¹⁰⁸ Marina S (@marstrina) Twitter, 2:31 pm., 3 de julio de 2017: «From the local press report it's ambiguous whether these women were working in the brothels or operating them... The lovely catch-all "sex worker", of course, allows the pimps to hide amongst the prostituted people».

¹⁰⁹ El tuit ha sido borrado pero tenemos la confirmación de Alison.

sexuales en otras partes del mundo, para explorar en otros contextos cómo el derecho penal (o su ausencia) conforma las experiencias de las personas que venden sexo.

5. Nación cárcel: Estados Unidos, Sudáfrica y Kenia

PENALIZACIÓN COMPLETA: un modelo legal en el que la trabajadora sexual, el cliente y las terceras partes (como gestores, chóferes o caseros) son todos penalizados. También existe en Uganda, Rusia, Irán, Pakistán y China.

Yo elegía como víctimas a prostitutas [...] porque eran fáciles de atrapar sin que nadie se diera cuenta. Sabía que no se denunciaría su desaparición enseguida y que puede que nunca se denunciara. Escogía prostitutas porque pensaba que podría asesinar a cuantas quisiera sin que me atraparan.

Gary Ridgway, el «Green River Killer».¹

El campo de batalla ideológica

Es posible que penséis que todo el mundo está de acuerdo en que el sistema de penalización total, en el que la prostituta, el cliente y cualquier otra persona asociada con la transacción pueden ser *todos* detenidos, es un sistema injusto, brutal y torpe. Debería ser evidente que el hecho de vender servicios sexuales es una estrategia de supervivencia no violenta y, aún así, si una trabajadora sexual es clasificada como delincuente su relación con la policía se volverá automáticamente conflictiva; la venta de servicios sexuales se convertirá en una actividad mucho más peligrosa; sus vidas serán destrozadas incluso por las estancias carcelarias más breves; y quienes se vean lastradas con un historial delictivo

paradójicamente se verán atrapadas a largo plazo en la prostitución, en la medida en que nadie les dará un empleo. Sarah Marchando, de Nueva York, fue siete veces detenida por delitos relacionados con prostitución en dos años. «No era que yo pudiera decir sencillamente, “¡Voy a buscar un trabajo!”, porque no tengo estabilidad. No puedo tenerla si cada vez que me doy la vuelta me encuentro otra vez en la cárcel».²

Aunque pudiera parecer que el «debate sobre la prostitución» tiene lugar entre las personas progresistas, la penalización de la prostituta tiene sus raíces en el desagrado y el odio, mezclado con la misoginia, el racismo y el miedo a los cuerpos visiblemente queer o enfermos. Estos factores se amalgaman en la creencia de que la prostituta es una amenaza de la que hay que protegerse mediante el castigo. Esta política reaccionaria está haciendo casi todo el trabajo ideológico de soporte a la penalización total. De vez en cuando, no obstante, hay quien trata de ponerle un barniz progresista a este sistema. Un periódico local informa de que: «El sargento Coleman, de la brigada contra el vicio del condado de Prince George dice que su meta es ayudar, y no perjudicar, a las mujeres que detiene».³ Un policía de Arizona habla de una nueva época de empatía en el trabajo policial, «centrado en las víctimas», pero añade que «aún se requieren algunas detenciones para proteger a las víctimas de los proxenetas abusivos, y una detención a veces motiva a la víctima a reexaminar su vida».⁴

Muchas escritoras en contra de la prostitución apenas abordan la cuestión de la penalización total, lo consideran claramente un caso cerrado. La activista feminista Julie Bindel abre su reciente libro *The Pimping of Prostitution: Abolishing the Sex Work Myth* [El proxenetismo de la prostitución: abolir el mito del trabajo sexual] caracterizando «dos modelos legales» (el «modelo nórdico» versus la legalización o despenalización).⁵ No hay referencia

² M. Gira Grant, «The NYPD Arrests Women for Who They Are and Where They Go - Now They're Fighting Back», *The Village Voice*, 22 de noviembre de 2016, disponible en villagevoice.com.

³ B. Bell, «Prostitution led by growth of area gambling, police say», *WJLA*, 26 de abril de 2013, disponible en wjla.com.

⁴ J. Walsh, «Sex-trafficking victims fight their way out of “the life” to help others», *East Valley Tribune*, 12 de febrero de 2017, disponible en eastvalleytribune.com.

⁵ Mientras que para Bindel estos dos modelos son «legalización/despenalización» y «el modelo nórdico» nosotros consideramos que son tres modelos distintos, en los cinco que detallamos en este libro, incluido este capítulo.

alguna al régimen legal que detiene a mujeres como Sarah Marchando. Sugiere así que la batalla real está en otro lugar, o tal vez que *no hay nada que comentar*.

La penalización total persiste, no obstante, y es la postura predominante a nivel mundial. Rusia, Sudáfrica, Estados Unidos (con la excepción de unos pocos condados de Nevada), China y Kenia, entre otros, penalizan por completo la prostitución. Todos los daños que emanan en las otras formas de penalización, más «sutiles», empiezan aquí; son daños que merecen un comentario. Para Marchando —y para las decenas de miles de trabajadoras sexuales (y de personas calificadas como trabajadoras sexuales) detenidas, procesadas, encarceladas, deportadas o multadas anualmente en Estados Unidos— es una conversación que se debe abordar con urgencia. «Si nadie dice nada, no se tratará el tema», dice Marchando.⁶

Alisha Walker y GiGi Thomas son dos mujeres trabajadoras sexuales que, en momentos distintos, han tenido que defender su vida (y, en el caso de Walker, también la vida de una amiga) contra un agresor varón violento.⁷ Ambas han sido brutalmente castigadas por actos desesperados y aterrados en defensa propia, que buscaban conservar sus vidas. En una nación en la que las leyes de «defensa de la propiedad» protegen los derechos de algunas personas a usar la fuerza letal si perciben una amenaza para su seguridad, hay un amargo doble rasero para estas mujeres.⁸ No es casualidad que ambas mujeres estén marginadas por raza y género: Alisha es una mujer cis negra y GiGi una mujer trans negra. La penalización de la prostitución les hurtaba su derecho a la seguridad y el trato que se da a las personas negras y

⁶ M. Gira Grant, «The NYPD Arrests Women for Who They Are and Where They Go - Now They're Fighting Back».

⁷ C. S. Becerril, «Why Is This Sex Worker in Jail for Surviving», *The Fader*, 16 de febrero de 2017, disponible en thefader.com. Gigi Thomas, «I am a survivor of violence», *BPPP*, 31 de enero de 2017, disponible en bestpracticespolicy.org.

⁸ En un caso reciente, Marissa Alexander, una mujer negra que vive en Florida, el mismo estado en el que George Zimmerman fue absuelto tras asesinar al adolescente negro desarmado Trayvon Martin según la ley de «defensa de tu propiedad», fue sentenciada a una larga condena de cárcel por efectuar un disparo de aviso hacia su violenta pareja, a pesar de que no hirió a nadie. S. R. Brown, «Black woman's failed "Stand your Ground" claim raises allegation of racial double standard», *The New York Daily News*, 15 de julio de 2013, disponible nydailynews.com.

a las mujeres trans en el sistema «de justicia penal» de Estados Unidos, un sistema que no se ha construido para garantizar justicia a mujeres como GiGi y Alisha, les robó tanto su derecho a la defensa propia como su derecho a la libertad.⁹

Con el renacimiento cada vez más visible del fascismo, resulta fácil para algunas personas progresistas adoptar la posición de «buena gente» colocándose simplemente a la izquierda de algunas de las ocurrencias más horribles y zafias de los políticos de la derecha radical. Los problemas estructurales se personalizan y se patologizan en figuras como la de Donald Trump. Pero solo una transformación radical de la «justicia penal» conseguirá aportar seguridad a las mujeres como Alisha y GiGi. Esto no puede dejarse en las manos de los progresistas que, al diagnosticar erróneamente el problema, se arriesgan a fortalecer el Estado carcelario. (El gobierno de Obama, por ejemplo, respondió al clamor por las muertes de personas negras a manos de la policía canalizando millones de dólares hacia los departamentos de policía).¹⁰ El control punitivo del Estado se cierra como una trampa en torno a las mujeres como GiGi y Aisha. Solo si nombramos estos modos de control y de inseguridad podremos empezar a desmontarlos.

Nación cárcel

El feminismo dominante coloca demasiado a menudo la «violencia policial» y «la violencia del hombre hacia las mujeres» en dos categorías conceptuales diferentes, y eso solo cuando considera que la violencia policial sea un tema que deba preocupar al feminismo.¹¹ Así es especialmente en lo que respecta a la violencia «normalizada» en la labor policial: lo más evidente son las detenciones, pero hablamos también de otras infracciones, como registros invasivos de la intimidad, y acosos, como los cacheos callejeros.¹² El resultado es que la violencia policial se libra de ser objeto de la labor contra la violencia del feminismo dominante. Si pensamos, no obstante, en la violencia policial no solamente como una violencia estatal, sino también (con frecuencia) como

una *violencia del hombre contra las mujeres*, la penalización de la prostitución se ve iluminada de una forma novedosa: como un impulso clave de la violencia masculina hacia las mujeres.

La infraestructura de la penalización satura nuestra conciencia política. Se trata del policía de barrio, la casilla de la cárcel del Monopoly, la serie policiaca de televisión (con su inevitable prostituta asesinada), las imágenes de persecución policial del telediario. En esta saturación, las imágenes se vuelven mundanas, dejando de lado las cuestiones acerca de la legitimidad o el fin de estos modos de control. Tal y como ha escrito Angela Davis, la cárcel «es uno de los rasgos más importantes de nuestro medio ambiente visual»:

Funciona ideológicamente como un lugar abstracto en el que se depositan las personas indeseables, aliviándonos de la responsabilidad de pensar acerca de los temas reales que afectan a esas comunidades de las que los presos proceden en una proporción tan amplia. Esta es la labor ideológica que ejerce la cárcel: nos libera de la responsabilidad de comprometernos seriamente con los problemas de nuestra sociedad, especialmente con aquellos que son producto del racismo y, cada vez más, del capitalismo global.¹³

La teórica Beth Richie usa el término *nación cárcel* para referirse a «una idea general de emplear el brazo armado de la ley para controlar a la gente, especialmente a las personas desfavorecidas y a la gente de comunidades desfavorecidas».¹⁴ El término incluye no solamente la infraestructura física de las cárceles y las prisiones, sino también la «vigilancia, represión, detención, libertad condicional, restricciones severas de la custodia infantil [...] y otras estrategias de aislamiento y eliminación».¹⁵

Tal vez el truco clave de la nación cárcel sea «nada por aquí, nada por allí». La cárcel hace desaparecer a la gente; la penalización convierte a esas mismas personas en hipervisibles. La figura profundamente racializada, negrofóbica, del proxeneta se convierte en buena medida en la responsable de la «esclavitud», mientras

¹³ A. Y. Davis, *Are Prisons Obsolete?* Nueva York, Seven Stories Press, 2003, pp. 16-18.

¹⁴ M. Schenwar, «Prisons Are Destroying Communities and Making All of Us Less Safe», *The Nation*, 11 de noviembre de 2014, disponible en thenation.com.

¹⁵ *Ibidem*.

que el sistema carcelario, uno de los legados materiales clave de la esclavitud propietaria en el continente americano, está cada vez más repleto de personas negras encarceladas.

A través de la creciente militarización de los departamentos de policía, se crea un vínculo directo entre las guerras extranjeras en las fronteras del actual imperio americano y el Estado doméstico hipercarcelario.¹⁶ Como informa *The New Yorker*, desde la década de 1990, «los gobiernos locales han recibido aproximadamente treinta y cuatro mil millones de dólares en concepto de préstamos del Departamento de Seguridad Nacional para comprar su propio material militar. [...] Eso hace que el total [de lo gastado por los departamentos de policía estadounidenses en material militar] ascienda a 39.000 millones de dólares, más que todo el presupuesto de defensa de Alemania».¹⁷ Esta misma tendencia se puede ver incluso en las historias de vigilancia policial; las tácticas policiales estadounidenses de principios del siglo XX se basaban en las experiencias del ejército estadounidense en la imposición del brutal gobierno colonial en Filipinas, de la misma manera que las tácticas policiales de Reino Unido se basan explícitamente en las tácticas desarrolladas por el ejército británico en el sometimiento de las poblaciones coloniales.¹⁸

Las comunidades sienten que la policía es un ejército de ocupación; la policía misma *se siente* un ejército de ocupación, y la policía responde ante las personas con las que se cruzan con la hostilidad que estos sentimientos engendran.¹⁹ Algunas de las fotografías más potentes que han surgido de la lucha continua por las vidas negras en Estados Unidos nos muestran la dimensión visual de este sentimiento: una icónica fotografía tomada en Baton Rouge, Luisiana, muestra a Ieshia Evans, una joven negra con un vestido de verano enfrentándose con calma a dos policías que se acercan

¹⁶ American Civil Liberties Union (ACLU), «War Comes Home: The Excessive Militarization of American Policing», 2014, disponible en aclu.org (consultado el 28 de junio de 2018).

¹⁷ D. Filkins, «“Do Not Resist” and the Crisis of Police Militarization», *The New Yorker*, 13 de mayo de 2016, disponible en newyorker.com.

¹⁸ A. W. McCoy, *Policing America's Empire: The United States, the Philippines, and the Rise of the Surveillance State*, Madison (WI), University of Wisconsin Press, 2009; E. Bell, «Normalising the exceptional: British colonial policing cultures come home», *Mémoire(s), identité(s), marginalité(s) dans le monde occidental contemporain*, núm. 10, 2013, disponible en journals.openedition.org.

¹⁹ «Cops or soldiers?», *The Economist*, 20 de marzo de 2014, disponible en economist.com.

completamente enfundados en sus trajes antibalas. Mientras los solapados complejos militar y carcelario se llevan cientos de miles de millones de dólares de los bolsillos americanos, con el fin de vestir a los policías que se precipitan sobre Ieshia con una armadura futurista «protectora», se desvían, de forma catastrófica, a estos asuntos los fondos de las comunidades negras y se producen recortes en la seguridad social, la sanidad y la educación.

El delito de trabajo sexual

Las detenciones por prostitución son racistas. Siempre han sido racistas. En 1866, la policía de San Francisco detuvo a 137 mujeres, «prácticamente todas chinas»; la policía presumió de haber «expulsado a 300 mujeres chinas».²⁰ En la década de 1970, la American Civil Liberties Union descubrió que las mujeres negras tenían siete veces más posibilidades de ser detenidas por delitos relacionados con la prostitución que las mujeres blancas.²¹ Esta disparidad no es una reliquia del pasado: entre 2012 y 2015 el 85 % de las personas acusadas en la ciudad de Nueva York por «merodear con la intención de prostituirse» eran negras o latinas, un grupo que solamente componía el 54 % de la población de la ciudad.²² El aumento de la persecución contra la prostitución supone el incremento de las detenciones de las mujeres de color. Entre 2012 y 2016 el Departamento de policía de Nueva York redobló sus operaciones contra los salones de masaje. Como detalla la periodista Melissa Gira Grant, durante este periodo, «las detenciones de personas de origen asiático en Nueva York, acusadas bien de “dar masajes sin licencia” o de prostitución aumentaron un 2.700 %».²³ Las detenciones en la calle se centran en mujeres negras o latinas, que posiblemente ni siquiera estén vendiendo sexo, son detenidas simplemente por vestir «vaqueros ajustados» o un top corto. La policía de Nueva York no arresta a mujeres blancas en las zonas rojas de la ciudad por llevar vaqueros.²⁴

²⁴ G. Gira Grant, «Interactive Map: See Where the NYPD Arrests Women Who Are Black, Latina, Trans, and/or Wearing Jeans», *The Village Voice*, 22 de noviembre de 2016, disponible en villagevoice.com.

Las disparidades raciales juegan asimismo un papel en términos de a quién se le acusa de qué. Como escribe Andrea Ritchie, las mujeres negras tienen también muchas más posibilidades que sus homólogas blancas de «ser acusadas de un delito de prostitución más grave».²⁵ Una proporción relativamente alta de personas encarceladas en los Estados Unidos por delitos de trata de seres humanos son mujeres negras en la veintena que, en el momento de su detención, estaban vendiendo sexo.²⁶ Estas mujeres son procesadas por trata con fines sexuales simplemente por compartir un espacio de trabajo con alguien que también vende sexo y que resulta que tiene 17 y no 18 años. De acuerdo con la pregunta de la abogada Kate Mogulesco: «¿Es este el fin de nuestra ley penal federal contra la trata de seres humanos? ¿Juzgar a mujeres de color entre los 20 y los 24 años implicadas en la industria del comercio sexual?»²⁷ Ritchie cuenta con detalle el caso de Gloria Lockett, una mujer negra que después colideraría la organización de defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales COYOTE, y que, en una ocasión, fue detenida por «delitos de proxenetismo» por guardarle el dinero a otra mujer. El racismo implica que a Lockett «le acusaron de delitos de proxenetismo, mientras que la policía acusaba a las mujeres blancas de una falta leve por prostituirse».²⁸

A través del prisma de un modelo legal de penalización total, la idea de que una trabajadora sexual debería ser castigada por vender servicios sexuales se ve a menudo subrayada por una filosofía de disuasión, que desea un buen escarmiento con el fin de que estas mujeres se alineen de una vez por todas con los «valores de la decencia» Tal y como lo expresaba un político neoyorquino: «A veces tienes que obligar a la gente para que se ayude a sí misma [...]

²⁵ A. Ritchie, *Invisible No More*, op. cit., p. 146.

²⁶ V. Law, «How \$40 Can Land You in Prison for Seven Years and on the Sex Offender Registry for Life», *Truthout*, 8 de octubre de 2017, disponible en truthout.org.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Las personas que venden servicios sexuales por su cuenta son a menudo penalizadas por una legislación que fue ostensiblemente redactada para el proxenetismo, pero este hecho permite que quienes se oponen a la organización de las trabajadoras sexuales puedan describir su movimiento como plagado de empresarios en la sombra. En otras palabras, la misma injusticia sobre la que las trabajadoras sexuales están tratando de llamar la atención se convierte en la «justificación» para no tenernos en cuenta. Ritchie, *Invisible No More*, op. cit., p. 150.

Es posible que necesiten un incentivo del tipo “Escucha, ¿vale? Esto tiene que terminar”». ²⁹ Pero, en el plano de la realidad material, la penalización no se limita a echar una mano o dar una palmadita de advertencia. A menudo, acusaciones como la «violación de la condicional» (seguir vendiendo sexo después de haber sido previamente arrestada por ello) generan castigos mucho más duros que el delito mismo de prostitución, por ejemplo, días de cárcel en lugar de una multa. La cárcel supone que, si la mujer tiene hijos, probablemente perderá la custodia y que, cuando salga de la cárcel, no tendrá dónde quedarse, ³⁰ que luchará por encontrar un empleo «legítimo» y que puede verse excluida de algunos tipos de garantía social como la vivienda pública. ³¹ El estatus penal de «prostituta» es, por lo tanto, una trampa.

La penalización es a menudo «una puerta giratoria de arrestos y juicios». ³² La vulnerabilidad producida por el Estado se transfigura en lo que parece ser una desgracia permanentemente «justificada». Las trabajadoras sexuales drogodependientes que tratan de lidiar con el dolor de vivir sin techo y de perder a sus hijos son percibidas como si estuvieran al volante de su propia espiral descendente hacia el caos, lo que hace más fácil denigrarlas y asumir que se «merecen» las sanciones punitivas. La forma de abordar la prostitución por parte de la policía también imparte a la fuerza el manto de la vergüenza crónica de manera más directa, como es el caso de las publicaciones de las fotos y nombres completos de las detenidas por prostitución en los medios de comunicación. Un ejemplo reciente, un departamento de policía de Florida delató a una trabajadora sexual que intentó

²⁹ A. Gruber, A. J. Cohen y K. Mogulescu, «Penal Welfare and the New Human Trafficking Intervention Courts», *Florida Law Review*, núm. 68: 5, 2016, pp. 1333-1402.

³⁰ A menudo simplemente por retrasarse en el pago del alquiler mientras se está en la cárcel. En algunas jurisdicciones, las personas que están al cuidado de menores tienen acceso prioritario a la vivienda social, por lo que perder la custodia de los niños puede llevar por sí mismo a la pérdida de la vivienda.

³¹ M. E. O'Hara, «Sex workers want to talk to you about parenting», *The Daily Dot*, 14 de agosto de 2015, disponible en dailydot.com; M. A. Curtis, S. Garlington y L. S. Schottenfeld, «Alcohol, Drug, and Criminal History Restrictions in Public Housing», *Cityscape*, 2013, núm. 15: 3, pp. 37-52, disponible en huduser.gov (consultado el 28 de junio de 2018).

³² F. L. Fernandez, «Hands Up: A Systematized Review Of Policing Sex Workers In The U.S.», *Public Health Theses*, núm. 1085, 2016, disponible en elischolar.library.yale.edu (consultado el 28 de junio de 2018).

comerciar sexo con un policía de incógnito a cambio de un menú del día. Su nombre legal y su fotografía fueron reproducidas por extenso en la prensa, como si esto fuera una diversión y no un abuso terrible sobre una persona vulnerable.³³

Antes de 2011, una ley de hace siglos que penalizaba los «delitos contra natura» por solicitación (CANS),³⁴ tuvo como resultado que algunas trabajadoras sexuales fueran apuntadas en un registro de delincuentes sexuales entre 15 años y de por vida.³⁵ Las trabajadoras sexuales que estaban en ese registro eran, de forma desproporcionada, trabajadoras negras o trans. Figurar en un registro así implica, en muchos sentidos, experimentar una total muerte social: quedas excluida del acceso a la vivienda, de la Seguridad Social, de la mayoría de los empleos y de tu propia comunidad. Se te puede expulsar de los refugios de mujeres maltratadas. En ocasiones no podrás vivir o socializar sin supervisión con niños y niñas, ni siquiera con tus propios hijos. Y en tu permiso de conducir (que necesitas mostrar cuando te paran, o para comprar alcohol, o para depositar dinero en tu banco) se podrá leer «delincuente sexual» en grandes letras naranjas. Se supone que las personas que están en ese registro son delincuentes de una violencia sexual extrema y, en tanto tales, a menudo están sometidos a un acoso por parte de sus vecinos. Después del huracán Katrina, el vecino Estado de Florida prohibió a los delincuentes sexuales registrados el acceso a los refugios públicos, redirigiéndolos en su lugar a las cárceles.³⁶ Quienes han sido procesados bajo el derecho federal como traficantes, incluso quienes únicamente se han «traficado» a sí mismas —como las jóvenes negras que vendían sexo y que hemos mencionado al comienzo de este capítulo— *aún* están inscritas en los registros de delincuentes sexuales.³⁷

³³ No hemos podido encontrar un reportaje de esta historia que no incluyera el nombre de la mujer, así que por razones éticas no podemos proporcionar una referencia.

³⁴ Véase Morrell (SB 381), Ley núm. 882, sobre el código de Luisiana: «La copulación carnal antinatural de un ser humano con otro de su mismo sexo o con un animal [...] y el ofrecimiento por parte de un ser humano a otro con la intención de practicar cualquier tipo de copulación carnal antinatural a cambio de una compensación».

³⁵ L. McTighe y D. Haywood, «“There Is NO Justice in Louisiana”: Crimes against Nature and the Spirit of Black Feminist Resistance», *Souls*, núm. 19: 3, 2017 pp. 261-285.

³⁶ Prison Legal News, «Florida Bans Sex Offenders from Hurricane Shelters», *Prison Legal News*, 15 de septiembre de 2005, disponible en prisonlegalnews.org

³⁷ V. Law, «How \$40 Can Land You in Prison for Seven Years and on the Sex

Las medidas policiales en contra de la prostitución también obstaculizan gravemente que las trabajadoras sexuales puedan llevar y usar condones, exponiéndolas a riesgos de salud como embarazos no deseados y VIH.³⁸ A una trabajadora sexual de Nueva York los policías le abrían los condones y se «los tiraban a la alcantarilla, todo el rato, unas diez veces al mes». Otra trabajadora sexual en Estados Unidos dice: «Si llevo encima muchos condones, me detienen. Si llevo pocos o solamente uno, me puedo quedar sin ellos y no podría protegerme. ¿Cuántas veces he practicado sexo sin protección porque tenía miedo de llevar encima condones? Muchas veces».³⁹ Andrea Ritchie escribe que, en Nueva York, a comienzos de la década de 2000:

La práctica estaba tan extendida que muchas creían que había una «regla de los tres condones», que a quien se la pillara con tres condones o más se la acusaría de prostitución. En realidad no había un número mágico. He visto atestados judiciales en los que un único condón servía como prueba de un intento de cometer delitos relacionados con la prostitución.⁴⁰

En un eco directo de lo que le ocurrió a Gloria Lockett, una mujer trans latina le contó a los legisladores que cuando ella y una amiga fueron detenidas en la calle «a su amiga la acusaron de merodear con fines de prostitución [una falta] y a ella la acusaron de promocionar a su amiga [un delito grave] porque llevaba condones».⁴¹

Allí donde se juntan la tecnología y el comercio sexual, los métodos policiales contra la prostitución también se hacen cada vez más presentes. En Estados Unidos, la década de 2010 ha sido

Offender Registry for Life», *op. cit.*

³⁸ Open Society Foundations, «Criminalizing Condoms: How Policing Practices Put Sex Workers and HIV Services at Risk in Kenya, Namibia, Russia, South Africa, the United States, and Zimbabwe», 2012, informe disponible en opensocietyfoundations.gov (consultado el 28 de junio de 2018); Open Society Foundations, «Condoms as Evidence», 8 de noviembre de 2010, YouTube (usuario: Open Society Foundations), disponible en [youtube.com/watch?v=b0M6keZNIUM](https://www.youtube.com/watch?v=b0M6keZNIUM).

³⁹ Human Rights Watch, «Sex Workers at Risk: Condoms as Evidence of Prostitution in Four US Cities», 2012, informe disponible en hrw.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁰ Ritchie, *Invisible No More...*, *op. cit.*, p. 151.

⁴¹ *Ibidem*, p. 153.

testigo de una guerra de erosión contra las plataformas online que acogen los anuncios de las trabajadoras sexuales: plataformas que van desde Craigslist a RentBoy y Eros han cerrado sus secciones de anuncios en respuesta a los intentos de enjuiciamiento o han sido cerradas por las detenciones.⁴² RentBoy, por ejemplo, se cayó repentinamente en el verano de 2015, cuando los agentes de policía hicieron una redada en sus oficinas y acusaron a sus directores.⁴³

Perder estas plataformas publicitarias empuja a las trabajadoras sexuales a la calle, donde el aumento de su visibilidad las hace aún más vulnerables a las detenciones o donde es más probable que tengan que depender de gestores. Cuando MyRedBook, el tablón de anuncios y de mensajes de San Francisco, se clausuró en el verano de 2014, las trabajadoras sexuales locales perdieron, no solamente la capacidad de poner anuncios gratis y de cribar a los clientes online, sino un importante recurso comunitario, que incluía información para reducir daños como, por ejemplo, listas de «malas citas» que advertían a las trabajadoras de los clientes violentos.⁴⁴

Mientras escribíamos este libro, durante la primera legislatura de Trump en Estados Unidos, se han aprobado nuevas leyes que aumentan la vulnerabilidad legal de los proveedores de páginas web por albergar anuncios de trabajo sexual. En la primavera de 2018, casi de la noche a la mañana, mientras veían cómo se desvanecía su fuente de ingresos, SESTA FOSTA ha censurado un inmenso número de plataformas de anuncios de una sentada dejando a las trabajadoras sexuales de Estados Unidos en una situación aún *más* precaria, arruinada y desesperada. SESTA FOSTA ha *aumentado el poder* de los clientes y de los potenciales managers, a medida que las trabajadoras sexuales salían en desbandada para buscar trabajo de cualquier manera. Un cliente escribía: «Claramente creo que esto va a terminar por beneficiar

⁴² J. Chiu, «Craigslist, Sex Work, and The End of “Innocence?”: Why Our Efforts to Address Sex Work Are Misguided», *Rewire News*, 8 de noviembre de 2010, disponible en rewire.news; S. Levin, «Backpage's halt of adult classifieds will endanger sex workers, advocates warn», *The Guardian*, 10 de enero de 2017, disponible en theguardian.com; C. Simon, «The Eros Raid Means None of Us Are Safe», *Tits and Sass*, 10 de noviembre de 2017, disponible en titsandsass.com.

⁴³ CBS News, «Ex-CEO of male escort service website sentenced to prison», *CBS News*, 2 de agosto de 2017, disponible en cbsnews.com.

⁴⁴ NSWP, «Sex Worker Website Seized in Anti-Trafficking Sweep; No Trafficking Charges Entered», *NSWP*, 27 de junio de 2014, disponible en nswp.org.

a los aficionados [clientes habituales]. [...] Los precios van a bajar porque las ofertantes [las trabajadoras sexuales] no podrán buscar nuevos clientes y tendrán que aceptar cualquier cosa. Los especiales [como el sexo sin condón] estarán más a la orden del día [...]. Tendrán que mostrarse amigables y ya no tendrán el lujo de poder rechazar clientes».⁴⁵

Trabajadoras sexuales a lo largo y ancho de Estados Unidos informan de que inmediatamente después de la entrada en vigor de SESTA FOSTA empezaron a recibir una marea de textos, llamadas y otras invitaciones de gente que se ofrecía a gestionar su trabajo, tratando de involucrar a las ahora desesperadas trabajadoras en acuerdos potencialmente explotadores. Como decía una trabajadora sexual: «Siempre había algo en el mensaje que aludía a las leyes que se acababan de aprobar. Era como si dijeran: “*Ahora me necesitas*”. Es realmente asqueroso, porque eso mismo era lo que la gente que aprobó la ley creía estar combatiendo y ahora lo han metido en mi vida».⁴⁶

Otra trabajadora sexual escribía: «Cuando Backpage fue requisada vi a trabajadoras de mi zona, que hace nada acababan de abrirse camino desde el trabajo de calle, que habían dejado de vivir en la calle y que habían conseguido llegar a los niveles más bajos del trabajo de puertas adentro, [...] volver a las calles de las que acababan de escapar. St James Infirmary informó de que en el distrito Mission había cuatro veces más trabajadoras de calle que antes. La comunidad virtual de trabajadoras sexuales empezó a escuchar historias de trabajadoras volviendo a las calles y saltándose sus llamadas de confirmación: a 14 de abril, por quedarnos únicamente con los datos limitados que han circulado entre nosotras, 13 trabajadoras han desaparecido y dos de ellas se ha confirmado que han muerto».⁴⁷

Podría parecer paradójico que estas leyes, que tan ostentosa-mente buscan combatir la explotación, en lugar de ello, *faciliten la explotación* y la hagan más generalizada. No se trata, sin embargo, en último término, de una paradoja: reducir la capacidad de las

⁴⁵ M. Smith (@pastachips) Twitter, 12:46 pm, 24 de marzo de 2018.

⁴⁶ S. Du, «How Congress' attempt to rescue sex workers threatens their safety instead», *City Pages*, 16 de mayo de 2018, disponible en citypages.com.

⁴⁷ C. Simon, «On Backpage», *Tits and Sass*, 25 de abril de 2018, disponible en titsandsass.com.

trabajadoras sexuales de conectar con los clientes siempre aumenta la escasez y hace más vulnerables a las trabajadoras. Lo que resulta novedoso con SESTA FOSTA es la manera en la que, en un mundo cada vez más interconectado, los efectos de la penalización en Estados Unidos golpean a las trabajadoras sexuales de todo el mundo. Las trabajadoras sexuales británicas también tuvieron que dispersarse y mover los anuncios a diferentes páginas y servidores, perdiendo trabajo en el proceso. La ley, por lo tanto, ha precarizado aún más a estas trabajadoras. Nuestra comunidad tuvo que juntar dinero y energías para ayudar a quienes sufrían las consecuencias.

La penalización obliga a las trabajadoras a ceder en algunas o en todas sus estrategias de seguridad con la esperanza de así evitar a la policía. Al mismo tiempo, señala a las personas violentas que las trabajadoras sexuales son de algún modo objetivos «legítimos» en la periferia de la sociedad. Una trabajadora sexual de Sudáfrica dice que antes:

El trabajo sexual solía ser bueno porque la policía no se ocupaba de nosotras. No sé qué fue lo que les llevó a ello, pero ahora han empezado a seguirnos los pasos. Así que tuvimos que trasladarnos a lugares más oscuros y apartados para evitar a la policía, que nos acosaba, y así es cómo empezamos a ser presas de nuestros clientes.⁴⁸

Simplemente ser policía ofrece oportunidades para perpetrar acoso, agresión, extorsión y violación. Una joven de Chicago informa: «Me entró un policía que me dijo que si tenía sexo con él no me detendría. Así lo hice. Después me esposó y presentó cargos contra mí de todos modos».⁴⁹ Otra dice: «Me dirigía a encontrarme con un nuevo cliente, pero resultó ser un señuelo de la policía. Se puso violento conmigo, me esposó y después me violó. Me mandó a la comisaría y después me condenaron a cuatro meses de cárcel por prostitución».⁵⁰

Además de estos abusos de poder ilegales, que la policía tenga sexo con prostitutas es algo formalmente respaldado por el Estado. A lo largo y ancho de Estados Unidos, los policías tienen sexo

⁴⁸ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World: Sex Worker Activism in Africa*, Nueva York, NYU Press, 2016, p. 47.

⁴⁹ C. Ángel Torres y N. Paz, «Bad Encounter Line Report», *Young Women's Empowerment Project*, 2012, informe disponible en ywepchicago.files.wordpress.com (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁰ *Ibidem*.

rutinariamente en las «operaciones encubiertas de prostitución», deteniendo convenientemente a la trabajadora únicamente después de que el policía haya eyaculado.⁵¹ En Alaska, una propuesta legislativa que prohibía a los policías de incógnito tener contacto sexual con las trabajadoras sexuales, se ha encontrado con la resistencia del departamento de policía de Anchorage, que ha argumentado que abstenerse del contacto sexual dificulta demostrar que hay prostitución.⁵² ¿Acaso alguna trabajadora sexual consentiría tener relaciones sexuales si supiera que es el preludio a ser detenida?

¿Puede una legislación en contra de la prostitución ser progresista?

En Henrico County, Virginia, la cárcel de mujeres está llena hasta los topes. Han tenido que encargar 200 camas plegables. Las mujeres duermen en el suelo de los pasillos, en las zonas comunes y entre los bancos en celdas atestadas. La razón de este pico de detenciones es el reciente y agresivo enfoque hacia la prostitución y la trata de seres humanos que ha llevado a «la cárcel a más mujeres y con condenas más largas».⁵³

Como hemos señalado, muchas de las políticas en contra de la prostitución vienen ahora con un barniz progresista. A veces se habla de la detención como de una «necesidad» para cumplir otros fines: un legislador, por ejemplo le contaba a la prensa que arrestar prostitutas es necesario porque, si la policía no tuviera la ventaja de la detención y el proceso, no podrían obligar a nadie a testificar contra aquellas personas que la policía cree que son traficantes.⁵⁴ Lauren Hersh, la directora en Nueva York de la or-

⁵¹ El policía en cuestión comentaba: «Si me pregunta si tuve un orgasmo, sí. Era un trabajo, señor. [...] No me produjo placer hacerlo. Me pagaban por hacerlo». En otras palabras, estaba buscando penalizar a las trabajadoras sexuales pero argumentaba que, para él, era legítimo practicar sexo como trabajo. Véase «Cop: Sex With Hooker Wasn't Fun, It Was Work», *Fox News*, 22 de agosto de 2008, disponible en foxnews.com

⁵² M. T. Boots, «Bills to ban police sexual contact with prostitutes they investigate met with opposition», *Anchorage Daily News*, 7 de mayo de 2017, disponible en adn.com.

⁵³ M. O'Connor, «Henrico jail strikes deal with Chesterfield after female inmate population more than doubles», *Richmond Times-Dispatch*, 8 de octubre de 2017, disponible en richmond.com.

⁵⁴ A. Metcalf, «Human Trafficking Cases Rise in Montgomery County», *Bethesda Magazine*, 11 de junio de 2017, disponible en bethesdamagazine.com.

ganización feminista Equality Now escribe que, aunque arrestar a las vendedoras de sexo pueda estar «cargado de dilemas éticos y de posibles violaciones de los derechos humanos», estas detenciones, no obstante, son útiles en varios sentidos. Por ejemplo, escribe, «a los fiscales les puede resultar así más sencillo establecer un contacto fiable con una víctima detenida».⁵⁵

La labor contra la trata que hace el Estado comienza invariablemente con una detención. Los medios de comunicación estadounidenses generalmente informan de estas detenciones llamándolas «rescates». Enmarcan así la detención de personas dentro del comercio sexual como algo, no solo progresista, sino activamente humanitario.⁵⁶ Pocas personas se opondrían a luchar contra la trata.

Para quienes son arrestadas estas detenciones son, sin embargo, profundamente traumáticas. Celia, que ha sido arrestada siete veces, comentaba a las investigadoras:

Estas redadas son desagradables y horribles. Rompen [...] la puerta, entran con las pistolas en la mano. Al principio te asustas y te pones muy nerviosa. [Los cuerpos policiales] pueden hacer cualquier cosa, no se sabe lo que van a hacer. [...] Es realmente horrible, a veces, si están muy enfadados, no dejan que te vistas. Te sacan con la ropa de trabajo. [...] Ese miedo no te lo quitas nunca. Nunca desaparece. Eso es lo que provocan.⁵⁷

Lily, a quien han detenido cinco veces, dice: «Entraron de uniforme y enseñando las pistolas y me dieron muchísimo miedo. No nos dijeron nada. Nos trataron como delincuentes durante el arresto, nos dio mucho miedo».⁵⁸

Aya Gruber, Ami Cohen y Kate Mogulesco escriben que el sistema de justicia penal estadounidense ha experimentado recientemente un desplazamiento hacia lo que ellas denominan

⁵⁵ L. Hersh, «Sex Trafficking Investigations and Prosecutions» en J. L. Goodman y D. A. Leidholdt (eds.), «Lawyer's Manual on Human Trafficking: Pursuing Justice For Victims». Supreme Court of the State of New York, 2013, informe disponible en nycourts.gov (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁶ C. Biedka, «Eight arrested in Frazer prostitution, human trafficking investigation», *Trib Live*, 4 de enero de 2018, disponible en triblive.com.

⁵⁷ M. Ditmore, «The Use of Raids to Fight Trafficking in Persons», Sex Workers Project, 2009, informe disponible en sexworkersproject.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁸ *Ibidem*.

*Estado del bienestar penal.*⁵⁹ Se trata, escriben, de la «práctica de emplear los tribunales penales para proporcionar ayudas y servicios sociales», añadiendo, «en una época en la que “encarcelación masiva” es un término familiar y en la que las ideologías de la teoría de las ventanas rotas y “tolerancia cero con el delito” están cayendo en desgracia, el Estado del bienestar penal permite que las instituciones, atrincheradas en el derecho penal, continúen funcionando a pesar de la creciente crisis de confianza pública».⁶⁰ Un ejemplo de ello son las leyes Safe Harbour, que permiten canalizar a las menores de edad que venden servicios sexuales mediante un sistema de servicios obligatorios, arrestándolas y encauzándolas a través del sistema de justicia penal. Las investigadoras han concluido que estas detenciones frecuentes «crean inestabilidad y perpetúan la necesidad de las jóvenes de dedicarse al sexo para sobrevivir, magnificando los mismos daños que el sistema está ostensiblemente tratando de remediar».⁶¹

Los tribunales de Nueva York que se dedican a la trata de seres humanos son otro ejemplo de bienestar penal. Sus partidarios defienden que constituyen un desplazamiento progresista hacia la prestación de servicios, basado en la idea de que las personas detenidas por ejercer prostitución deben ser tratadas como víctimas de trata. En cualquier caso, implican la detención de una mujer. (El Red Umbrella Project informa de que más del 98 % de las acusadas son mujeres, tanto trans como cis).⁶² Se les acusa de prostitución, pero pueden ser condenadas a servicios sociales en lugar de a una pena de cárcel. A las mujeres negras se les acusa del 94 % de las faltas por ofrecer sus servicios en público y del 70 % de las faltas por prostitución que se dirimen en los tribunales

⁵⁹ A. Gruber *et al.*, «Penal Welfare and the New Human Trafficking Intervention Courts», *op. cit.*

⁶⁰ *Ibidem.*

⁶¹ M. Dank *et al.*, «Locked In: Interactions with the Criminal Justice and Child Welfare Systems for LGBTQ Youth, YMSM, and YSWW Who Engage in Survival Sex», *Urban Institute*, 2015, informe disponible en urban.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁶² Red Umbrella Project NYC (RedUP NYC), «Criminal, Victim, or Worker? The Effects of New York’s Human Trafficking Intervention Courts on Adults Charged with Prostitution-Related Offences», 2014, disponible en redumbrellaproject.org (consultado el 28 de junio de 2018).

de trata de Brooklyn.⁶³ Y, aunque se produce un escándalo cada vez que la policía de inmigración se presenta en estos tribunales de trata de seres humanos buscando a personas que deportar, constituye una práctica habitual en todo Estados Unidos que una condena por prostitución «convierta a una persona inmigrante en alguien inmediatamente “deportable”, haciendo así de la justificación “humanitaria” del tribunal para seguir deteniendo a prostitutas algo mucho más difícil de defender».⁶⁴

Si la acusada tiene un historial de detenciones previas relacionadas con drogas, puede pasarse varias semanas en la cárcel esperando la «evaluación» antes de que se la sentencie a algunos «meses en un programa de tratamiento contra la drogadicción que apenas difiere de una cárcel».⁶⁵ Quienes presentan «casos más complejos» pueden ser sometidas a prisión preventiva; muchas no pueden permitirse pagarse las fianzas, lo que quiere decir que se ven confinadas a la famosa cárcel de Nueva York, Rikers Island, mientras esperan a que se juzgue su caso. El ostensible carácter de «víctima» de la acusada entra inevitablemente en conflicto con el hecho de que los tribunales están para imponer un juicio, un control y un castigo. Un fiscal, al negarse a ofrecer servicios sociales a una joven, explicaba:

Haber sido detenida tantas veces por prostituirse en tantos Estados diferentes. Obviamente es una víctima. [...] Pero, aún así, ha sido detenida tantas veces, que [...]. He dicho que le concederé conducta desordenada, que cuente el tiempo que ha estado en la cárcel y podrá volverse a California [...] y más vale que sea su último [arresto] porque no quiero que la gente venga a Queens [pensando]: «Oh, en Queens son benévolos».⁶⁶

Las acusadas pueden ser desahuciadas o encarceladas «por su propio bien». Un fiscal argumentaba acerca de enviar «con éxito» a una mujer a la cárcel: «No quiero ver a la señora F.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ M. Gira Grant, «ICE is Using Prostitution Diversion Courts to Stalk Immigrants», *op. cit.*

⁶⁵ M. Crabapple, «Special Prostitution Courts and the Myth of “Rescuing” Sex Workers», *Vice*, 7 de enero de 2015, disponible en vice.com.

⁶⁶ A. Gruber *et al.*, «Penal Welfare and the New Human Trafficking Intervention Courts», *op. cit.*

volviendo con su ex novio, me da igual lo que ella crea que es. En mi opinión, es la persona que la está explotando y esa no es una buena situación, Señoría. Voy a pedir que se la devuelva [a la cárcel]». ⁶⁷

Incluso para las mujeres que consiguen prestaciones, las prestaciones disponibles a través del tribunal puede que no sean necesariamente las que necesitan. A las acusadas se les asignan habitualmente actividades de un valor inmediato dudoso, como yoga, terapia de arte, terapia psicológica, bajo amenaza de detención caso de no acudir. ⁶⁸ Jenna Torres, una madre detenida cuando era menor de dieciocho años por ejercer la prostitución en Nueva York, escribe:

El programa de tratamiento que el tribunal proporcionaba no me encantaba bien. Yo no necesitaba un tratamiento por trabajo sexual. Eso no es una enfermedad. [...] Lo que realmente necesitaba era tiempo para hacer cosas más importantes. Las sesiones obstaculizaban mi capacidad para crear un entorno mejor para mí y para mis hijos y no tener que recurrir al trabajo sexual [...]. Me dieron opciones que no se ajustaban a mi situación, sugiriendo que, si me limitaba a dejar el trabajo sexual, mi vida mejoraría por arte de magia. Dejar el trabajo sexual para mí quería decir no ser capaz de ganar dinero. ⁶⁹

La terapia que le impuso el tribunal obligó a Torres a dejar de estudiar, porque no tenía tiempo en su horario de asistir a ambas cosas. Tal y como escribe la trabajadora sexual que dirige el proyecto RedUp en la ciudad de Nueva York: «Este ciclo de criminalización, especialmente para quienes no completan los servicios impuestos, puede suponer que salir del oficio de vender sexo sea aún más difícil para quienes quieren hacerlo». ⁷⁰

No hay una versión progresista de la penalización total. Las agresiones, como los métodos racistas de la policía, la corrupción y las agresiones sexuales están intrínsecamente ligadas a la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales que, cuando se les define como delincuentes, no tienen o apenas tienen la posibilidad de recurrir

⁶⁷ *Ibidem*, p. 1376.

⁶⁸ RedUP NYC, «Criminal, Victim, or Worker?», *op. cit.*, p. 8.

⁶⁹ J. Torres, «How New York City's Treatment of Sex Workers Continues to Harm Us», *Rewire News*, 22 de septiembre de 2015, disponible en rewire.news.

⁷⁰ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World*, *op. cit.*, p. 55.

a la justicia para protegerse. En todas las naciones en las que las trabajadoras sexuales están penalizadas, aparecen relatos de policías que capitalizan las debilidades de sus víctimas para infligirles palizas, violaciones o extorsiones hasta el punto de que las trabajadoras sexuales tienen más miedo de la policía que de los clientes, los gestores o la opinión pública. «La policía es nuestro mayor problema, más que ningún otro», comenta una trabajadora sexual de Lagos, Nigeria. «Cuando se ponen el uniforme se piensan que pueden hacer todo lo que les dé la gana».⁷¹

La penalización deshumaniza a las personas que ejercen trabajo sexual hasta el punto de que la opinión pública a menudo no se da cuenta, o apenas le importa, que se les trate mal. El asesino ruso (también policía) Mikhail Popkov se las apañó para salir impune después de asesinar a 82 mujeres a lo largo de 18 años como parte de su cruzada para «limpiar» las calles de prostitutas.⁷² (A veces localizaba a sus víctimas ofreciéndose a llevarlas en su coche de policía y dos veces fue convocado en su trabajo para investigar asesinatos que él mismo había cometido).⁷³ Chi Adanna Mgbako escribe acerca de un policía en Uganda que «había convertido en un grotesco deporte atormentar a las trabajadoras sexuales de calle [...], desnudarlas y después pasearlas por la ciudad».⁷⁴ A pesar de estas agresiones públicas y visibles, cuando sus víctimas lo denunciaron, simplemente lo trasladaron a otra unidad donde, informan las trabajadoras sexuales, ha continuado entrando por la fuerza en las casas de mujeres embarazadas y lactantes «arrastrándolas de los pelos hasta la comisaría de policía». Mgbako relata la historia de un grupo de trabajadoras sexuales atacadas por policías ante una multitud de espectadores que animaban a los policías a detener a las mujeres y llevárselas gritando: «Lleváoslas, lleváoslas, esta es nuestra basura».⁷⁵

⁷¹ RedUP NYC, «Criminal, Victim, or Worker?», *op. cit.*, p. 25.

⁷² A. Lusher, «Werewolf murderer tells police: “I may be one of Russia’s worst serial killers, but I was a good husband”», *The Independent*, 28 de marzo de 2017, disponible en independent.co.uk.

⁷³ Daily Express, «Russia’s worst serial killer claimed 81 FEMALE VICTIMS as he hates women drinking alone», *The Express*, 11 de enero de 2017, disponible en express.co.uk.

⁷⁴ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World*, *op. cit.*, p. 55.

⁷⁵ *Ibidem*.

En Sudáfrica, el brutal legado institucional del *apartheid* se combina con la penalización total generando agresiones especialmente horribles.⁷⁶ En Johannesburgo, por ejemplo, la policía suele atacar con gas pimienta los genitales de las trabajadoras sexuales.⁷⁷ Los trabajadores sexuales varones y las mujeres trans especialmente son objeto de esa violencia. En un caso, se ha informado de que la policía de Ciudad del Cabo arrestó a un joven trabajador sexual y después animó al resto de los hombres de la celda a agredirlo sexualmente.⁷⁸ Un tribunal de Ciudad del Cabo decretó que la policía estaba arrestando a las trabajadoras sexuales arbitrariamente, sin la intención de procesarlas, simplemente para agredirlas o acosarlas en la furgoneta policial o en las celdas de la comisaría.⁷⁹

Quienes cometen estas atrocidades, incluso las más terribles y sádicas, no son anomalías monstruosas. Son un síntoma recurrente de cualquier sistema legal que define a las prostitutas como seres sin valor y delincuentes de usar y tirar. En 2015, el policía Daniel Holtzclaw fue condenado por un jurado de Oklahoma por 18 delitos de violación.⁸⁰ Sus víctimas eran mujeres negras de bajos ingresos que, o bien tenían antecedentes penales o estaban implicadas en comportamientos penalizados, especialmente en el consumo de drogas o en el trabajo sexual. Holtzclaw se atrevía a atacar a esas mujeres porque sabía que la enorme disparidad de poder entre él y ellas implicaba que era muy improbable que

⁷⁶ En una reciente encuesta sobre más de 1.000 trabajadoras sexuales en Sudáfrica, una mayoría (54 %) informaba de haber experimentado algún tipo de violencia física durante el año anterior, incluyendo palizas, violaciones y otras formas de violencia sexual. De estas, un 55 % señala a la policía como parte de quienes cometieron esa violencia. NACOSA & Sex Worker Education and Advocacy Taskforce (SWEAT), «Beginning to build the picture: South Africa National Survey of sex worker knowledge, experiences and behaviour», 15 de enero de 2013, disponible en hivsharespace.net o en sweat.org.za.

⁷⁷ Arnott, J. y A. Crago, «Rights Not Rescue: A Report on Female, Male, and Trans Sex Workers' Human Rights in Botswana, Namibia, and South Africa», Open Society Institute, 2009, informe disponible en opensocietyfoundations.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷⁸ *Ibidem*.

⁷⁹ SAFLII, «*The Sex Worker Education and Advocacy Taskforce v Minister of Safety and Security and Others* (3378/07) [2009] ZAWCHC 64; 2009 (6) SA 513 (WCC)», 20 de abril de 2009, informe disponible en saflii.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁸⁰ E. Crockett y M. Garcia, «Ex-cop Daniel Holtzclaw was just sentenced to 263 years in prison for raping black women», *Vox*, 21 de enero de 2016, disponible en vox.com.

se le exigieran cuentas. Finalmente, cuando se le atrapó, fue porque agredió a Jannie Ligons, una mujer que no tenía antecedentes penales, una mujer que no tuvo miedo de denunciarlo y a quien la denuncia se le tomó en serio. Este mínimo de respeto por parte del sistema judicial era todo lo que la diferenciaba del resto de las víctimas. El propio Holtzclaw aludió explícitamente a esta lógica cuando, después de su condena, se quejó en una entrevista de que Ligons «no era tan inocente como la gente creía. Tuvo un arresto en la década de 1980, pero no pudimos presentarlo ante el jurado. No estamos hablando de una mujer, ya sabes, como una mamá del parque, o como alguien respetable a ojos de la sociedad».⁸¹

Claramente Holtzclaw —como otros agresores y asesinos de prostitutas— se adhiere a esa idea que le confirman las leyes que él mismo tiene que aplicar: que el cuerpo del delincuente es un cuerpo vulnerable. Las mujeres criminalizadas son presa fácil.

Cuerpos que alteran

El caso de Cyntoia Brown estuvo brevemente en los titulares en 2017, cuando famosas como Rihanna y Kim Kardashian West llamaron la atención acerca de la terrible forma en la que la había tratado el sistema de justicia penal.⁸² A los 16 años, Cyntoia había vivido una relación de abuso con un hombre que la obligaba a vender servicios sexuales. Se fue con un cliente pero, una vez en la casa del hombre, este la amenazó y la agredió. Ella lo disparó en defensa propia; sin embargo, en lugar de ser reconocida como una mujer joven traumatizada que defendía su propia vida, se la retrató como una asesina y se la condenó a medio siglo de cárcel. Cuando Rihanna y Kim Kardashian publicitaron su caso, Cyntoia tenía ya 29 años y había pasado casi 15 años de su vida en la cárcel.

El caso de Cyntoia es inusual, dada su juventud en el momento de su «delito» hacía más sencillo que la opinión pública se solidarizara con ella. De hecho, la activista antiprisiones, Mariame Kaba, y la activista por los derechos de las trabajadoras sexuales, Brit Schulte, llamaron la atención sobre el caso, señalando que la explosión de interés por Cyntoia se acompañaba de imágenes suyas con 16 años. Kaba y Schulte escriben:

¿Es una mujer negra adulta, de 29 años, una víctima desagradable? Y, si lo es, ¿por qué? Reconocer el trauma y la resiliencia son cosas que a menudo se ignoran a favor de un deseo irrefrenable por parte de los medios de comunicación y la opinión pública de apoyar únicamente a la víctima perfecta. Las víctimas perfectas son sumisas, no agresivas; no tienen un historial de consumo de drogas ni han tenido contactos previos con el sistema judicial penal; son «inocentes» y «respetables».⁸³

Como vemos una y otra vez, los requisitos para la «víctima perfecta» que bosquejan Kaba y Schulte no solo excluyen por defecto a las mujeres negras de la red de seguridad, sino que las incluyen activamente en la definición de *delincuente*. El caso de Cyntoia atrajo brevemente la atención internacional, aunque en el momento que escribíamos estas líneas se le había denegado la apelación.⁸⁴ Los casos de Alisha y GiGi, con cuyas historias comenzábamos este capítulo, han sido asumidos por las activistas del trabajo sexual y por el movimiento más amplio *Survived and Punished*, que trata de sacar de la cárcel a las supervivientes de violencia (un movimiento para el que la contribución de Kaba ha resultado esencial).⁸⁵ Pero estos casos son, por supuesto, solamente la punta del iceberg. En Estados Unidos, la criminalización de las personas que intentan sobrevivir es algo rutinario; para algunas personas, atraer la atención de la policía supone su detención en la misma medida en que para otras implica algún tipo de protección. La coalición Atlanta Solutions Not Punishments descubrió que «los encuentros [con la policía] generan en las personas trans* menos seguridad de la que tenían previamente [...] Esto resulta cierto incluso cuando son ellas mismas quienes llaman a la policía para que les ayuden frente a algún peligro o para informar de un delito».⁸⁶ El

⁸³ M. Kaba y B. Schulte, «Not a Cardboard Cut Out: Cyntoia Brown and the Framing of a Victim», *The Appeal*, 6 de diciembre de 2017, disponible en theappeal.org.

⁸⁴ L. Jacobs, «Tennessee Court Provides Explanation for Cyntoia Brown's Imprisonment», *Vibe*, 19 de febrero de 2018, disponible en vibe.com.

⁸⁵ *Survived and Punished*, disponible en survivedandpunished.org

⁸⁶ Solutions Not Punishment Collaborative (SNaP Co), «"The Most Dangerous Thing out Here Is the Police"», *SNaP Co.*, 2016, disponible en dev.rjactioncenter.org (consultado el 28 de junio de 2018).

38 % de las mujeres trans de color de Atlanta han declarado que, cuando han llamado a la policía pidiendo ayuda, acabaron siendo detenidas.⁸⁷

La aciaga carrera presidencial de Hillary Clinton en 2016 fue seguida con ira desde la izquierda, en parte por su papel a la hora de promover la Violent Crime Control and Law Enforcement Act (conocida como la Crime Act) [Ley de Control y Persecución Legal de los Delitos Violentos], una ley que firmó su esposo.⁸⁸ Clinton justificó de manera infame la ley de 1994 aludiendo a los «superdelincuentes [...] sin conciencia ni empatía, de los que podemos hablar de cómo han acabado así, pero primero tenemos que ponerlos de rodillas».⁸⁹ En la década de 2010, organizaciones como Black Lives Matter encendieron la chispa de la preocupación pública por las muertes a manos de la policía y llamaron la atención sobre el modo en que los excesos policiales y la encarcelación masiva afectaban de manera desproporcionada a las comunidades negras, perpetuando la devaluación sistémica de las vidas negras. La Crime Act había asignado 100.000 nuevos policías a las calles, había destinado casi 10.000 millones de dólares para las cárceles, había conservado la racista proporción de «cien a una» en las condenas por crack frente a la cocaína en polvo, al igual que siguió con la norma de las tres condenas y los requisitos de sentencia mínima obligatoria que metieron en la cárcel a cientos de miles de personas, en su mayoría americanos negros y pobres, a fin de cumplir largas sentencias por faltas relacionadas con las drogas.⁹⁰

Unos de los fines de la ley era usar las políticas de «detención obligatoria» para obligar a la policía a tomarse más en serio la violencia machista. No obstante, cuando la policía no estaba segura de quién era la parte agresora (o sentía antipatía hacia ambas partes) a menudo respondía arrestando tanto al agresor como a la víctima. Como resultado, las detenciones de mujeres se multiplicaron: en Los Ángeles el número de mujeres arrestadas

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ J. Lussenhop, «Clinton crime bill: Why is it so controversial?», *BBC News*, 18 de abril de 2016, disponible en bbc.com.

⁸⁹ A. Gearan y A. Phillip, «Clinton regrets 1996 remark on “super-predators” after encounter with activist», *The Washington Post*, 25 de febrero de 2016.

⁹⁰ T. Frank, «Bill Clinton’s crime bill destroyed lives, and there’s no point denying it», *The Guardian*, 15 de abril de 2016, disponible en theguardian.com.

por llamadas que alertaban de violencia machista se duplicó en 1995; en Maryland la tasa de detenciones de mujeres se triplicó entre 1992 y 1996; en Sacramento subió un 91 %.⁹¹ Una razón clave de esto es que a las madres se las penalizaba por «no lograr» proteger a sus hijos de los hombres que les agredían tanto a ellas como a sus hijos.⁹² Tal y como ha señalado la investigadora Susan Miller: «Una política de detenciones pensada para proteger a las mujeres maltratadas como víctimas [...] se está utilizando en su contra. Las mujeres maltratadas se han convertido en mujeres delincuentes».⁹³ Las mujeres negras y latinas fueron detenidas de manera desproporcionada.

Cuando una mujer joven negra trans de Los Ángeles llamó a la policía para denunciar la violencia de su pareja, la policía volvió después para detenerla por un antiguo delito de prostitución.⁹⁴ Tiawanda Moore, una joven mujer negra de Chicago, fue agredida sexualmente por un policía cuando llamó para pedir ayuda ante la violencia de su pareja.⁹⁵ Cuando trató de poner una denuncia por la agresión se la rechazó en razón de que había sido stripper.⁹⁶ Cuando grabó a los policías que hablaban de ella para poder recoger más pruebas de la inaceptable forma en la que estaba siendo tratada, la detuvieron y la acusaron de «espíar», un delito que podría haberle supuesto una condena de cárcel de quince años (por fortuna, finalmente fue absuelta).⁹⁷ Estas políticas pueden tener un doble impacto sobre las trabajadoras sexuales: las mujeres negras en el comercio sexual están siendo rutinariamente sometidas a una «detención dual» cuando llaman a la policía para denunciar violencia de género (en esos casos ambas partes implicadas en un incidente de violencia machista son detenidas).⁹⁸

⁹¹ Ritchie, *Invisible No More*, op. cit., p. 196.

⁹² T. Henderson, «Black Domestic Violence Survivors Are Criminalized From All Directions», *Truthout*, 4 de junio de 2015, disponible truthout.org.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ *Ibidem*., p. 191.

⁹⁵ Prison Culture, «The Trial(s) of Tiawanda Moore», *Prison Culture*, 24 de agosto de 2011, disponible en usprisonculture.com.

⁹⁶ S. Rubin, «To Serve and Protect - And Sexually Assault?», *Ms.* blog de la revista, 17 de junio de 2011, disponible en msmagazine.com.

⁹⁷ Chicago Taskforce on Violence Against Girls & Young Women, «Now that Tiawanda Moore is free, what lessons can we learn?», 24 de agosto de 2011, disponible en chitaskforce.wordpress.com.

⁹⁸ Feminist Newswire, «Violence against Women Act Turns 20», *Feminist Majority*

Cuando se aprobó la Crimen Act en 1994 hubo feministas que lo celebraron como un triunfo en la medida en que incluía una importante ley que trataba de abordar la violencia contra las mujeres, la Violence Against Women Act (VAWA).⁹⁹ En un ensayo de *Feminist Current* de 2015 titulado «A Thank-You Note to “Carceral”/“Sex Negative” Feminists» [Una nota de agradecimiento a las feministas «punitivas» / “antisexo”], la escritora Penny White tipifica estas alabanzas del feminismo dominante hacia la VAWA y la policía, al escribir que las feministas de las décadas de 1970 y 1980 fueron «heroínas», «abrieron el camino para la Violence Against Women Act [...] que dio a los cuerpos de seguridad del Estado 1.600 millones de dólares a fin de investigar y procesar la violencia doméstica y sexual [...]. Esto transformó nuestra cultura en un espacio *más grande, más seguro y más libre* para las mujeres de lo que nunca se hubiera podido soñar».¹⁰⁰

Esta retórica no solo olvida a las víctimas de la violencia policial y estatal, las arroja bajo las ruedas del autobús. La tertuliana liberal Amanda Marcotte provocó un escándalo cuando escribió un artículo titulado «Prosecutors Arrest Alleged Rape Victim to Make Her Cooperate in Their Case. They Made the Right Call» [Los fiscales arrestaron a una presunta víctima de violación para que cooperara en su caso. Tomaron la decisión correcta], argumentando que era «comprensible» que los fiscales «hicieran todo lo que estaba en su mano para condenar [al delincuente], incluyendo encarcelar a su víctima», añadiendo que «tenemos que decidir qué es lo más importante para nosotros: meter a los hombres agresivos en la cárcel o dejar que sus víctimas dejen voluntariamente de cooperar con la fiscalía según les parezca».¹⁰¹ El feminismo punitivista prioriza castigar a los ofensores por encima de todo, incluso por encima de proteger a las víctimas.

Foundation, 12 de septiembre de 2014, disponible en feminist.org.

⁹⁹ Legal Momentum «History of the Violence against Women Act», disponible en legalmomentum.org.

¹⁰⁰ P. White, «A thank you note to “carceral”/“sex-negative” feminists», *Feminist Current*, 5 de octubre de 2015, disponible en feministcurrent.com.

¹⁰¹ A. Marcotte, «Prosecutors Arrest Alleged Rape Victim to Make Her Cooperate in Their Case. They Made the Right Call», *Slate*, 25 de febrero de 2014, disponible en slate.com.

Estas perspectivas en conflicto sobre la Crime Act de 1994 son parte de un conflicto más amplio dentro del movimiento feminista antiviolencia. También iluminan parte de los problemas que conlleva considerar a la policía como la solución a la violencia contra las mujeres. Identificar los problemas de la perspectiva «ley y orden» nos impele a localizar la violencia contra las mujeres dentro de la textura más amplia de la violencia estatal, que incluye las detenciones, las deportaciones, los desahucios, la pérdida de custodia de los hijos, las ordenanzas en contra de las personas sin hogar, la guerra contra las drogas, la gentrificación y el racismo en la policía y en el sistema de justicia penal. La lucha por la despenalización es solo un hilo del que tirar. Trabajar para terminar con el poder de la policía de agredir, arrestar, enjuiciar o deportar a las personas que se dedican al trabajo sexual es parte de una lucha más amplia por la seguridad, una lucha que incluye liberar a las supervivientes de la cárcel, terminar con las fianzas en efectivo y luchar para que se invierta en las cosas que proporcionan seguridad a la gente, *no* en polis y cárceles.

Organizarse

En un contexto tan intensamente criminalizado, organizarse y hablar en público conlleva riesgos enormes. La experiencia de Monica Jones resulta aquí pertinente. Monica, una estudiante de trabajo social, defensora de los derechos de las trabajadoras sexuales y mujer negra trans fue arrestada en Arizona en 2013. El día anterior a su detención había hablado en contra del enfoque punitivo de la policía local en una concentración de trabajadoras sexuales y, el día de su detención, había advertido públicamente a las trabajadoras sexuales acerca de una inminente redada policial. Fue acusada de «prostitución manifiesta», una ley amplia y ambigua que abarca una serie de actividades cotidianas, entre las que se incluye caminar por las calles. Las activistas suelen referirse a esta ley como la penalización de «caminar siendo trans*». Una investigación llevada a cabo por trabajadoras sexuales en otros lugares de Estados Unidos ha concluido que dichas leyes se emplean

mayoritariamente contra las mujeres negras.¹⁰² El activismo, la raza y el género de Monica operaban conjuntamente para hacerla hipervisible ante la policía. Se convirtió en un objetivo policial entre otras cosas porque, como le dijo a la prensa: «Fui muy explícita acerca de las [detenciones de trabajadoras sexuales] que protestaban. [...] La policía me conocía perfectamente».¹⁰³

El activismo del trabajo sexual cae frecuentemente bajo el radar de la policía. En Nueva Jersey, en 2016, una trabajadora sexual fue detenida cuando salía de una reunión activista. Los policías que hacen cumplir la ley estaban usando las organizaciones autónomas de trabajadoras sexuales como una oportunidad para vigilarlas y criminalizarlas. Una compañera de la trabajadora escribió acerca de este incidente en la prensa local y, el mismo día que se publicó el artículo, su autora fue a su vez arrestada.

Cuando casi dos docenas de trabajadoras sexuales fueron brutalmente asesinadas en Uganda, 44 activistas trabajadoras sexuales se reunieron en asamblea urgente en un hotel.¹⁰⁴ El orden del día de la reunión era compartir consejos sobre seguridad mientras el asesino estuviera aún libre y reunir fondos para el funeral de una de las mujeres asesinadas. Las 44 mujeres fueron detenidas y acusadas de delitos contra el orden público, encarceladas durante dos semanas y multadas con cantidades elevadas.¹⁰⁵ Incidentes como este pasan en buena medida desapercibidos. Cuando en los meses siguientes, planificaba valerosamente más acciones públicas en relación con los asesinatos, una activista del grupo ugandés de trabajadoras sexuales

¹⁰² J. M. Grant *et al.*, «Injustice at Every Turn: A Report of the National Transgender Discrimination Survey», *Washington: National Center for Transgender Equality and National Gay and Lesbian Task Force*, 2011, informe disponible en endtransdiscrimination.org (consultado el 28 de junio de 2018); S. Brydum, «Arizona Activist Found Guilty of "Walking While Trans"», *Advocate*, 2014, disponible en advocate.com

¹⁰³ M. Crabapple, «Project ROSE Is Arresting Sex Workers in Arizona to Save Their Souls», *Vice*, 2014, disponible en vice.com

¹⁰⁴ NSW, «Ugandan Sex Workers Arrested at Crisis Meeting over Murders of Sex Workers», *NSWP*, 9 de octubre de 2017, disponible en nswp.org.

¹⁰⁵ Kuchu Times, «Sex Workers on the Rampant Murders of Women», *Kuchu Times*, 10 de agosto de 2017, disponible en kuchutimes.com.

Women's Organization Network for Human Rights Advocacy (WONETHA) señaló: «Ninguna otra organización de mujeres está prestando atención».¹⁰⁶

A pesar de este contexto de vigilancia estatal mezclado con olvido feminista, el movimiento de las trabajadoras sexuales en los países en los que la prostitución está duramente penalizada se beneficia de una enérgica organización autogestionada. Un vídeo de 2012, de esos que levantan el ánimo, muestra a docenas de trabajadoras sexuales irrumpiendo en una sesión especial del Congreso estadounidense sobre la epidemia global del SIDA para llamar la atención sobre los defectos del President's Emergency Plan for AIDS Relief (PEPFAR). PEPFAR es la fuente de financiación estatal más importante para el VIH/SIDA del mundo entero, pero exige de las organizaciones receptoras de la ayuda que se postulen explícitamente en contra del trabajo sexual («juramento anti prostitución»)¹⁰⁷ Abriendo sus paraguas rojos, irrumpieron en el escenario cantando a viva voz: «Rechazad el juramento! ¡Reformad PEPFAR!» Una activista llamada Sharmus Outlaw se dirigió a los delegados desde el estrado: «Antes de ser transgénero, antes de ser una trabajadora sexual, antes de ser cualquier cosa, soy humana».¹⁰⁸

Sharmus Outlaw murió trágicamente en 2017 como consecuencia de un rosario de errores en el sistema de salud estadounidense relacionados no solamente con su pobreza, sino también con su estatus de mujer negra trans. La biopsia que necesitaba desesperadamente se retrasó meses porque su seguro de salud afirmaba estar «confuso» acerca de la marca de género de sus documentos. Aunque se fue demasiado pronto, Outlaw logró muchas cosas en su trabajo activista para las personas LGBTQI, para las personas que viven con VIH y para las trabajadoras sexuales. Penelope

¹⁰⁶ NSW, «Ugandan Sex Workers Arrested at Crisis Meeting Over Murders of Sex Workers», *op. cit.*

¹⁰⁷ M. H. Dimore y D. Allman, «An analysis of the implementation of PEPFAR's anti-prostitution pledge and its implications for successful HIV prevention among organizations working with sex workers», *Journal of the International AIDS Society*, núm 16: 1, 2013.

¹⁰⁸ The Red Umbrella Diaries, «Sex Worker Activists Disrupt Special Session on US Congress and HIV», video, 26 de julio de 2012, YouTube (usuario: The Red Umbrella Diaries), disponible en [youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=110E941QntY](https://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=110E941QntY).

Saunders, una amiga íntima de Outlaw, dice: «Cada vez que nos veíamos me decía: “Las chicas necesitan empleos. ¡Necesitan empleos!” Sharmus nunca dejó de defender a nadie a quien la sociedad hubiera despreciado o estigmatizado». Outlaw inspiró y apoyó a muchas otras activistas y nunca desperdició una oportunidad de defender los derechos humanos y la reducción del daño, ya se dirigiera a los políticos o se fuera de viaje a ver a su familia en North Carolina, viajes en los que llevaba condones e información sobre el VIH y los derechos LGTBIQ, por si en el viaje se encontraba con alguien que necesitara su ayuda o su consejo. Hizo todo esto de forma incansable, mientras combatía sus numerosas detenciones, viviendo en la pobreza y sin haber tenido nunca una vivienda propia segura.¹⁰⁹

El activismo de las trabajadoras sexuales africanas también sigue adelante pese a la adversidad. Chi Adanna Mgbako escribe que «las trabajadoras sexuales africanas, que se niegan a tragarse la amargura de su sufrimiento, han dado lugar a un movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales que se está extendiendo como un incendio en la pradera por todo el continente».¹¹⁰ Hay 80 organizaciones que representan a las trabajadoras sexuales de todos los géneros de 27 naciones africanas, con más de 30 colectivos de trabajadoras sexuales únicamente en Kenia.¹¹¹ Health Options for Young Men on HIV, AIDS and STIs (HOYMAS), por ejemplo, es una organización de trabajadores sexuales varones en Kenia. Lucha por el acceso a los servicios de VIH/SIDA y celebra regularmente grupos de discusión entre varones gays y bisexuales y varones que ejercen trabajo sexual. Uno de sus líderes se ha personado en una demanda con el fin de derrocar la ley contra la homosexualidad de Kenia.¹¹² En Ciudad del Cabo, Sudáfrica, el colectivo de trabajadoras sexuales SistaazHood crea espacios comunitarios seguros para las mujeres trans que trabajan en la calle, al tiempo

¹⁰⁹ J. Anderson-Minshall y E. R. Mendus, «Discrimination is literally killing trans women: Outlaw was just the latest», *Plus*, 2016, disponible en hivplusmag.com.

¹¹⁰ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World*, op. cit., p. 5.

¹¹¹ African Sex Workers Alliance (ASWA), «Members», disponible en aswaalliance.org (consultado el 28 de junio de 2018).

¹¹² Warner, G., «When The U.S. Backs Gay And Lesbian Rights In Africa, Is There A Backlash?», *NPR*, 30 de agosto de 2016, disponible en npr.org.

que aborda la violencia policial transfóbica. Sus esfuerzos han garantizado que, cuando se detiene a mujeres trans, estas sean registradas por policías mujeres y que no se las ponga en las celdas junto a hombres cis.¹¹³

Las organizaciones de trabajadoras sexuales suelen caracterizarse por su tenacidad, creatividad y un toque de irreverencia. En Kenia, 300 trabajadoras sexuales activistas, con escobas y fregonas, celebraron el día mundial del SIDA de 2012 limpiando un hospital. La acción estaba diseñada para ilustrar que las trabajadoras sexuales no son el «problema», sino parte de la solución, y que quieren ayudar a la plantilla sanitaria a hacer mejor su trabajo. John Mathenge Mukaburu, un activista keniano que ayudó a organizar el acontecimiento, explica: «Queríamos sensibilizar a la comunidad y a las trabajadoras del sector sanitario que a menudo nos estigmatizan; queríamos mostrarles que las necesitamos, pero que ellas también nos necesitan».¹¹⁴ En Rusia, el grupo de trabajadoras sexuales Silver Rose se unió a la manifestación del 1 de mayo sin autorización para protestar contra la «moral podrida, los prejuicios sociales, el capitalismo y la desigualdad».¹¹⁵ La trabajadora sexual Irina Maslova explicaba la decisión de fundar el grupo: «Ninguna organización podía darnos consejo legal en aquel momento. Ocho de nosotras nos juntamos y decidimos llevar a la ruina a este sistema estatal».¹¹⁶

Para las trabajadoras sexuales, la organización eficaz *tiene* que implicar una solidaridad que se extienda más allá de un único problema. Las trabajadoras sexuales más marginadas y criminalizadas tienen más problemas aparte de la penalización del trabajo sexual. En Kenia, las trabajadoras sexuales son parte del Bunge la Mwananchi (El Parlamento Popular), un movimiento social contra la pobreza de trabajadores mal pagados, vendedores ambulantes, personas sin hogar, conductores de autobús, okupas y otras

¹¹³ B. Ao, «Battling a double dose of discrimination», *IOL*, 21 de mayo de 2016, disponible en iol.co.za.

¹¹⁴ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World*, op. cit., p. 144.

¹¹⁵ Ekaterina, «Silver Rose has joined the 1st of May march», *Sex Workers' Rights Advocacy Network (SWAN)*, 26 de mayo de 2017, disponible en swannet.org.

¹¹⁶ Ekaterina, «Silver Rose: A long way to success», *SWAN*, 1 de mayo de 2016, disponible en swannet.org.

comunidades con arraigo en las calles, que se enfrentan al acoso por parte de los guardianes de la ley.¹¹⁷ En el estado de Massachusetts, EEUU, la trabajadora sexual Caty Simon, cuyo trabajo organizativo ha incluido la resistencia a la penalización de la mendicidad y la lucha por los intercambios legales de agujas, habló en una concentración local para protestar contra la implantación de cámaras de vigilancia en una zona de la ciudad:

Como activista en pro de la reducción de daños, tengo que hablar de los efectos que [esta medida] tendrá en los consumidores pobres de sustancias ilícitas de Northampton, y que a menudo son las cabezas de turco que justifican las acciones contra todas las personas pobres [...]. [La medida] impedirá su reintegración en la comunidad cuando las soluciones son evidentes: generalización de los tratamientos voluntarios y recursos para la reducción de los daños.¹¹⁸

Muchas activistas se centran en garantizar la cobertura de las necesidades básicas de las trabajadoras sexuales. Desde 2001, Bonnie ha proporcionado una atención incansable a las trabajadoras sexuales de calle en Maryland, Virginia del Norte y Washington capital. Bonnie y otras activistas con base en Washington, especialmente Sharmus Outlaw, fueron un factor clave para derrocar la ordenanza «zona libre de prostitución» de la ciudad. Bonnie describía así su papel en la comunidad en *Tits and Sass*:

Hasta hace muy poco proporcionaba alojamiento. Tuve que dejarlo, así que ahora proporciono referencias y transporte a los albergues o una vivienda de paso o un lugar barato para vivir, según lo que se me pida. Mis ocupaciones actuales son las clínicas de metadona, los clubs de BDSM, los apartamentos de trabajadoras sexuales migrantes, las clínicas de detección de drogas... Nunca dejo fuera a alguien que quiera estar dentro. ¿Y si fuera la última vez que veo a esa persona? ¿Y si la detienen por no tener hogar? Nos ha llevado ocho años librarnos de la zona libre de prostitución de Washington, por la que se te fichaba por estar en la calle, paseando o de camino al coche. ¿Cuánta gente fue asesinada y encerrada en ese tiempo?¹¹⁹

¹¹⁷ J. Okoth, «Kenya: Bunge la Mwananchi movement and its challenges», *Pambazuka News*, 2 de febrero de 2012, disponible en ambazuka.org.

¹¹⁸ C. Simon, «Columnist Caty Simon: Spend money on treatment, not cameras», *Daily Hampshire Gazette*, 13 de noviembre de 2018, disponible en gazettenet.com.

¹¹⁹ D. Robin, «Activist Spotlight: Bonnie on Violence and Endurance», *Tits and Sass*, 29 de febrero de 2016, disponible en titsandsass.com.

El grupo de Nueva York, Lysistrata Mutual Care Collective and Fund, surgió justo después del cierre de la sección de anuncios de trabajo sexual de BackPage. Sin esa sección, sin una forma de encontrar trabajo de puertas adentro, muchas trabajadoras sexuales, especialmente las que estaban rozando el límite de la pobreza, se vieron perdidas. A través de Lysistrata, las trabajadoras sexuales comparten fondos para ayudarse unas a otras en momentos de escasez.¹²⁰ Como comenta la trabajadora sexual con discapacidad Sarit Frishman: «La mayoría de nosotras no tiene una red de seguridad. No tenemos nada parecido a un sindicato o a un fondo de pensiones».¹²¹

El activismo del trabajo sexual impulsado de manera horizontal es algo incluso más impresionante, si se tiene en cuenta sus ínfimos presupuestos. Es difícil encontrar financiación. Pero la persecución puede azuzar la inspiración; las comunidades activistas en los países con penalización completa a menudo sobresalen por su pasión y su solidaridad. La trabajadora sexual Daisy describe el entusiasmo entre las activistas de Uganda: «Alguien será detenida hoy, pasará una semana en la celda de la comisaría, pero el día que salga, antes incluso de que llegue a casa, estará hablando de nuevo [de los derechos de las trabajadoras sexuales]. Creo que eso es algo de lo que podemos estar orgullosas». Maslova, de Silver Rose, dice: «No voy a cejar hasta que el trabajo sexual sea despenalizado en Rusia, aunque me quemen en una hoguera como a una bruja»¹²². Este espíritu desafiante y audaz es típico del movimiento global por los derechos de las trabajadoras sexuales; hay una sensación de que se avecina un cambio.

La activista de base Deon Haywood trabaja con Women With a Vision (WWAV). Entre 2008 y 2013 encabezaron la campaña No Justice para cambiar las CANS y los castigos del registro de delincuentes sexuales de Luisiana. Después de la aprobación de una nueva ley, que implicaba que no se añadirían nuevas trabajadoras sexuales al registro, iniciaron una demanda

¹²⁰ Lysistrata Mutual Care Collective & Fund «Emergency Fund», *Lysistrata*, disponible en lysistratamccf.org.

¹²¹ S. Frishman, «The End of The Life: Leaving Sex Work Because Of Progressive Illness», *Tits and Sass*, 7 de septiembre de 2017, disponible en titsandsass.com.

¹²² NSWP, «Silver Rose (Russia)», *NSWP*, 2016, disponible en nswp.org.

judicial colectiva que tuvo como resultado que se eliminaran los nombres de 800 personas de la lista. Una clienta de WWAV, que había estado en el registro desde 1980 dijo en aquel momento: «¡Puedo saborear mi LIBERTAD!». ¹²³ Fue una sensación de triunfo que Haywood compartía: «Desafío a quienes dicen que en el Sur no es posible cambiar nada —decía— porque se puede. Y que no digan que la gente humilde no puede ganar, porque hemos ganado». ¹²⁴

Todas estamos impregnadas de una cultura que odia a las personas que venden sexo, como deja dolorosamente claro la persistencia y prevalencia de la penalización total. En Estados Unidos, el movimiento feminista dominante a menudo presiona para que *se incremente* la penalización sin retirar las actuales leyes penales. ¹²⁵ Debería quedar claro, sin embargo, que la penalización no *previene* el comercio sexual, no ataca la raíz de las causas de *por qué* las personas comercian con sexo, esto es, para obtener los recursos que necesitan.

¹²³ Laura McTighe & Deon Haywood, «“There Is NO Justice in Louisiana”: Crimes against Nature and the Spirit of Black Feminist Resistance», *Souls*, núm. 19: 3, 16 de enero de 2018, pp. 261-285.

¹²⁴ I. Carmon, «I am not a sex offender», *Women with a Vision*, 5 de septiembre de 2013, disponible en wwav.no.org.

¹²⁵ En su lista de «relatos de éxito», una gran organización contra la prostitución en Estados Unidos detalla casi exclusivamente medidas para penalizar aún más a los clientes, así como los «rescates» de mujeres que vendían sus servicios sexuales; véase Demand Abolition «Category: Success Stories», disponible en demandabolition.org (consultado el 28 de junio de 2018).

6. El hogar popular: Suecia, Noruega, Irlanda y Canadá

MODELO SUECO: un régimen legal que penaliza la adquisición de sexo y castiga a terceros (como gestores, chóferes y caseros) mientras que de forma ostensible despenaliza a quienes venden servicios sexuales. También llamado modelo nórdico, ley del comprador de sexo, prohibición de compra de servicios sexuales, penalización asimétrica, «fin de la demanda», *sexköpslagen*. Está también vigente en Irlanda del Norte, Francia e Islandia.

Cuando el parlamento sueco aprobó en 1999 la *sexköpslagen* —o prohibición de comprar sexo— las activistas feministas estaban eufóricas. Finalmente, pensaron, habían logrado una ley feminista sobre la prostitución, una ley que trataba de reducir la prostitución al tiempo que levantaba la amenaza de penalización sobre la vendedora, situando el crimen en su lugar, donde reside el auténtico poder de la transacción, en el putero y el proxeneta. Suecia sería el modelo para el resto del mundo. Argumentaban que penalizar la demanda del cliente y el beneficio del gestor conseguiría, de alguna manera, disminuir la industria del sexo y compensaría el enorme desequilibrio de poder que hace que las trabajadoras sexuales sean tan vulnerables. La catedrática feminista Catherine MacKinnon describe esta idea cuando escribe: «Contra su exigencia de comprarla para el sexo, esta ley [sueca]

dice que la mujer no está en venta o en alquiler. Eliminar la criminalidad de ella eleva su estatus, penalizarle a él disminuye sus privilegios».¹

Mientras tanto, afirma la teoría, a la mujer se le da un apoyo para que salga de la dolorosa situación en la que se encuentra; centrarse en la demanda tendrá un efecto disciplinario sobre una cultura del privilegio patriarcal del varón: los hombres se rehabilitarán. Esto quiere decir que, con el tiempo, cada vez menos mujeres serán explotadas por la prostitución y que los países con estas leyes serán destinos cada vez menos atractivos para los tratantes de seres humanos.

La prostitución es un terreno rico en simbolismos. Es el lugar donde se conjugan las angustias de nuestra sociedad relacionadas con el poder, la feminidad y la nación. Para las mujeres feministas, la figura de la prostituta a menudo representa el trauma que se nos inflige a todas las mujeres en el patriarcado, el símbolo último del dolor de las mujeres, de la violencia que sufren.² El cliente se convierte, por lo tanto, en el símbolo de todos los hombres violentos: es el avatar de la violencia no adulterada contra las mujeres, el delincuente arquetípico.

Empatizamos profundamente con esta perspectiva. Nuestras vidas también han sido conformadas por la violencia por razón de género y entendemos el impulso político de castigar al varón que ha acabado por simbolizar este trauma. De hecho, estamos sobradamente familiarizadas con el riesgo específico de la violencia a manos de los clientes. Y, por supuesto, las personas que apuestan por el modelo nórdico tienen razón cuando identifican la prostitución como una transacción profundamente desigual, en la que el patriarcado hace mella, al igual que el supremacismo blanco, la pobreza y el colonialismo. Intuitivamente, parece correcto penalizar a los hombres que *son*, en muchos sentidos, la encarnación viva de estas inmensas diferencias de poder.

¹ C. A. MacKinnon, «Trafficking, Prostitution, and Inequality», *Harvard Civil Rights - Civil Liberties Law Review*, núm. 46, 2011, pp. 271-309, 301.

² A. Dworkin, «Prostitution and Male Supremacy», *Michigan Journal of Gender and Law*, 1993, núm. 1: 1, disponible en repository.law.umich.edu (consultado el 28 de junio de 2018).

Añadid Escandinavia a esta mezcla y obtendremos un cóctel feminista aún más potente. Durante décadas, los países escandinavos se han considerado *las* naciones feministas por antonomasia. El gobierno sueco se define como «el primer gobierno feminista del mundo». Las fotos que ilustran la fila compuesta únicamente de mujeres esperando a firmar la ley se han hecho virales.³ De alguna manera, esta presentación es razonable: Suecia, Noruega, Islandia y Dinamarca encabezan con regularidad las puntuaciones que miden los derechos de las mujeres; desde el extranjero, políticos de izquierdas como Bernie Sanders y Jeremy Corbyn apoyan sus propuestas políticas y, a su vez, reciben elogios de las comentaristas, que consideran a estos países portadores de la antorcha de la idea de una socialdemocracia más generosa y holística.⁴ Las feministas de todo el mundo a menudo consideran que los países escandinavos, y particularmente Suecia, son una suerte de utopía, un lugar en el que el patriarcado ha sido ampliamente derrotado.⁵

Por supuesto, las utopías no existen. Las personas de color, las migrantes, las personas trans* y los consumidores de drogas están entre los que el generoso y feminista Estado sueco tiene tendencia a vigilar y fiscalizar, percibidos como desencajados del carácter «sueco».⁶ A quienes, sin embargo, no siguen de cerca estos asuntos y a quienes observan que Suecia está obviamente «haciendo las cosas bien» en temas como el cuidado de los hijos y la brecha salarial, les parece razonable conectar la ley de prostitución sueca con una percepción más general de los éxitos del feminismo en ese país y pensar que, probablemente, también lo estén haciendo bien en lo que respecta al trabajo sexual.

³ D. Crouch, «Is Sweden's feminist agenda working?», *BBC News*, 17 de febrero de 2017, disponible en bbc.co.uk; Agencies, «Is the Swedish deputy PM trolling Trump with this all-female photo?», *The Guardian*, 4 de febrero de 2017, disponible en theguardian.com.

⁴ A. Jones, «After I Lived in Norway, America Felt Backward. Here's Why», *The Nation*, 28 de enero de 2016, disponible en thenation.com; J. F. Gjersø, «Jeremy Corbyn - a mainstream [Scandinavian] social democrat», *openDemocracy*, 9 de junio de 2017, disponible en opendemocracy.net.

⁵ Por ejemplo, J. Bindel, *The Pimping of Prostitution*, *op. cit.*

⁶ J. Levy, *The War on People who Use Drugs: The Harms of Sweden's Aim for a Drug-Free Society*, Londres, Routledge, 2017; The Local Sweden, «Structural racism "still a problem" in Sweden», *The Local*, 22 de agosto de 2013, disponible en the-local.se; J. Momodou, «Sweden: the country where racism is just a joke», *The Guardian*, 18 de abril de 2012, disponible en theguardian.com.

En otras palabras, muchas defensoras del «modelo nórdico» se ven animadas por preocupaciones claramente progresistas: miedos profundamente arraigados acerca de la violencia de género; la rabia ante el racismo en el comercio sexual y en la sociedad en general; la sensación correcta de que las sociedades al estilo de la nórdica son por lo general mejores, lugares más feministas de lo que son otros como, por ejemplo, Estados Unidos. Sabemos que hay muchas personas que sostienen estas creencias de buena fe. Pero las leyes sobre prostitución siempre son ideológicamente amplias y esta ley en concreto deja suficiente espacio como para albergar tendencias regresivas y progresistas a la vez, corrientes que a veces colaboran y a veces entran en conflicto.

Además, existen diferencias clave entre el «modelo nórdico» *ideal*, que sus defensoras exponen en las discusiones políticas, y las diferentes versiones de la prohibición de la adquisición de sexo en los diferentes lugares del mundo. La manera más sencilla de dejar de lado estas confusiones ideológicas y legislativas consiste, por supuesto, en contemplar la ley con los ojos de una trabajadora sexual.

¿Cómo funciona?

La «demanda»

En los planos maestros del modelo nórdico ideal hay cuatro prioridades clave: comprador, vendedora, servicios de «salida» y terceras partes (es decir, tratantes o proxenetas). Se puede decir que la prioridad más fuerte del modelo nórdico, tal y como se refleja sobre el papel, es perseguir al hombre que paga por tener sexo. En otras palabras, «terminar con la demanda». Esta intención, centrada en los clientes, es lo que distingue este modelo legal de otras formas de penalización, incluso de aquellos modelos que también penalizan la adquisición de sexo, como puede ocurrir en Kenia y Sudáfrica. En el resto de lugares, la penalización del cliente es una consecuencia ideológica secundaria de la persecución de la trabajadora sexual. Incluso en Estados Unidos, donde la policía realiza esfuerzos más o menos concertados con el fin de detener a los clientes (por ejemplo llevando a cabo «redadas de

clientes» con mujeres policías de incógnito), solamente el 10 % del total de las detenciones por prostitución corresponden a clientes.⁷ En la perspectiva nórdica en torno a las leyes sobre prostitución, arrestar clientes constituye el punto clave: es el plato principal, no la guarnición. (En la práctica, como veremos, los objetivos del modelo nórdico están menos delimitados, como trataremos de mostrar en este capítulo).

Como hemos dicho desde el principio, nos preocupan las personas que venden servicios sexuales, nos preocupa cómo las leyes y las políticas en torno al trabajo sexual les afectan y cómo podemos reducir los daños que experimentan. Así pues, vamos a examinar lo que les ocurre a las personas que venden servicios sexuales cuando sus clientes son penalizados. Pensemos en una mujer que trabaja en la calle: su expectativa puede ser atender a tres o cuatro clientes en un par de horas y volverse a casa con el dinero que necesita antes de la una de la mañana. Con los clientes ahora penalizados, el paseo resulta más tranquilo. Puede que, en lugar de ver a sus dos o tres habituales antes de medianoche, aún no haya tenido ninguno. Ahora supongamos que alguien se le acerca a la una de la mañana, alguien que parece puesto de coca y agresivo, o que conduce un coche con una matrícula que otras trabajadoras le aconsejaron que evitara. Aún necesita ganar suficiente dinero como para poner comida en la mesa. La falta de clientes, por ahora, le *resta* poder para negar sus servicios a un hombre que, en otras circunstancias, podría rechazar.

El cliente puede que tenga miedo de que lo vean, lo que obliga a la trabajadora a ayudarle a esconderse, tal vez conduciendo hasta un parque oscuro después de un trato rápido en la calle. Puede que le ofrezca la mitad de su tarifa habitual y que se niegue a usar condón. Si ella hubiera ya conseguido la mayor parte del dinero que necesitaba esa noche, podría insistir en que el negocio se llevara a cabo en sus propios términos, o rechazarlo por completo. Pero las calles están muertas y la alternativa parece ser asentir ante cualquier cosa o volverse a casa sin nada, después de horas pasando frío. Tal vez, tratando de remediar la carencia, se haya quedado trabajando mucho más tarde de lo habitual y tiene que volver a casa andando por las calles desiertas y nevadas a las cinco de la mañana.

⁷ C. E. Neuman, *Sexual Crime: A Reference Handbook*, Santa Barbara (Ca.), ABC-CLIO, LLC, 2010, p. 154.

No es este el único efecto que ella sufre. Imaginaos *quién* sigue pagando aún por sexo. Un hombre que, en otras circunstancias, hubiera querido pagar por servicios sexuales y después regresar a su casa, con su pareja, y a su trabajo, bien puede decidir que ahora tiene demasiadas cosas que perder. Que le detengan por pagar por servicios sexuales podría traerle la desgracia en el trabajo y acabar con su matrimonio, parece mucho más sensato quedarse en casa. Pero hay muchos hombres que tienen mucho menos que perder. Tal vez nunca hayan pretendido pagar a cambio de sexo, pero siempre han pensado en atacar o en robar a una trabajadora sexual, lo que quiere decir quebrantar leyes ya existentes, así que, ¿por qué preocuparse por la posibilidad de una condena por compra de sexo? Tal vez una detención por pagar a cambio de sexo no le perjudique en el trabajo, tal vez tenga ya varias condenas por violencia contra su ex pareja y a su jefe le dé igual. Los clientes que se ven refrenados son, de manera desproporcionada, los clientes «agradables» o, al menos, los que tienen algo que perder. Los clientes que quedan es probable que sean, de manera desproporcionada, los impulsivos, borrachos o violentos: quienes tienen menos que perder. (Rhoda Grant, política pro modelo nórdico, ha descrito incluso esta dinámica cuando defendía su implantación en Escocia, señalando: «Mientras que quienes habitualmente quebrantan la ley [es decir, los agresores violentos] no consideran que la penalización de la compra de sexo sea una disuasión, muchos otros sí lo harán»⁸). Pensar en el trabajo sexual como algo siempre e intrínsecamente violento encubre, por supuesto, la diferencia entre un cliente respetuoso y un cliente abusador.

En todos los lugares del mundo, con independencia del modelo legal, las trabajadoras sexuales de calle emplean una serie de estrategias de seguridad que nos resultan familiares.⁹ Pueden, por ejemplo, trabajar juntas con un par de amigas, pueden tomarse su tiempo para evaluar a un cliente antes de subirse a su coche y pueden tener a una amiga que apunte la matrícula del coche para que se dé cuenta de que hay alguien que sabe

⁸ R. Grant, «Proposed Criminalisation of the Purchase of Sex (Scotland) Bill (2): Summary of Consultation Responses», Scottish Parliament, 2013, s. 187, informe disponible en parliament.scot (consultado el 28 de junio de 2018).

⁹ Algunas de las estrategias que las trabajadoras sexuales de calle usan en Gran Bretaña se detallan en T. Sanders, «Female street sex workers, sexual violence, and protection strategies», *Journal of Sexual Aggression*, 2001, núm. 7: 1, pp. 5-18.

con quién está. ¿Cómo modula o modifica la penalización de los clientes estas estrategias de seguridad? Trabajar con un grupo de amigas en la calle te vuelve más visible ante la policía, algo a lo que no quieres arriesgarte si tu intención es ganar dinero. Si resultas demasiado obvia y visible como trabajadora sexual, incluso aunque no estés preocupada por ser detenida, los clientes no querrán arriesgarse a acercarse a ti por miedo a ser *ellos* los detenidos. De nuevo, para obtener el dinero del cliente, a menudo tendrás que plegarte a *su* necesidad de seguridad ante la detención, trabajando en solitario en lugar de en grupo.

En cuanto a mantener una conversación antes de entrar en el coche, ese es el momento en el que el cliente resulta *más* visible como cliente a los ojos de la policía y, por lo tanto, querrá acelerar ese proceso. En lugar de tener una conversación acerca de servicios, precios y uso del condón cuando aún estéis en la calle, te pedirá que subas al coche y que tengáis esa conversación mientras os alejáis. Como necesitas conservarlo como cliente para conseguir el dinero, dices que sí. Pero eso supone que no tengas la posibilidad de llegar a un acuerdo verbal sobre precios y condones antes de subir al coche, ni mucho menos de evaluar su aspecto, o ni siquiera de saber si hay un amigo escondido en el asiento trasero.

Estos efectos se multiplican entre sí. La trabajadora sexual es más pobre, por lo que se siente más presionada a aceptar un cliente que, en otras circunstancias, rechazaría; trabaja más tarde y sola; los clientes más agradables se quedan a distancia mientras que los clientes más impulsivos o impredecibles se mantienen y ella tiene menos tiempo de evaluarlos.

En Noruega, Silvia, una mujer migrante que trabaja en la calle, le dijo a la prensa: «Antes no nos íbamos muy lejos con el cliente: nos íbamos a un aparcamiento cercano. Pero ahora el cliente quiere ir a lugares más aislados, porque tiene miedo. [...] A mí no me gusta. Corremos mucho más peligro de que ocurran cosas malas».¹⁰ En Suecia, Annabel, una trabajadora de calle, dice: «Después de la ley todavía puedes tener clientes. Pero ahora hay que pasar mucho más tiempo fuera».¹¹ Cuando Vancouver probó

¹⁰ G. Fouche, «View from the streets: New Nordic sex laws are making prostitutes feel less safe», *The Independent*, 27 de abril de 2014, disponible en independent.co.uk.

¹¹ J. Levy, *Criminalising the Purchase of Sex: Lessons from Sweden*, Oxford, Routledge, 2015, p. 121.

a penalizar a los clientes, los investigadores les preguntaron a las trabajadoras sexuales cuáles habían sido los efectos. Violet, una trabajadora de calle, respondió:

Mientras andan por ahí persiguiendo a los clientes e impidiendo que se te acerquen, tú tienes que pasar fuera mucho más tiempo [...] Si no nos acosaran podríamos elegir un poco mejor dónde nos metemos, con quién nos vamos, ¿me entiendes? Porque cuando tengo tanto frío y me están acosando así, me meto en coches en los que normalmente no me metería.¹²

Los informes propios de los gobiernos sueco y noruego corroboran estas declaraciones de las trabajadoras sexuales. La Junta Nacional de Salud y Bienestar sueca, por ejemplo, descubrió que «el miedo de los clientes [...] hace más difícil encontrar lugares de encuentro seguros [...]. Los lugares de encuentro cada vez están más apartados, como zonas boscosas, portales aislados y zonas de oficina donde los clientes no corren el peligro de que los descubran».¹³ Un informe de 2004 del Ministerio de Justicia y Seguridad Pública de Noruega concluía que:

Las prostitutas de calle suecas están pasando una época muy dura. Se exponen con más frecuencia a los clientes peligrosos, mientras que los clientes [legítimos] tienen miedo de ser detenidos [...]. Tienen menos tiempo para evaluar al cliente, porque el trato se cierra apresuradamente debido al miedo que tiene el cliente.¹⁴

Como suele ocurrir, las personas más precarias son las más afectadas por estas condiciones peores. Esto es especialmente cierto en el caso de las trabajadoras sexuales de calle sin hogar. El informe de Ministerio de Justicia concluye que «se producen mas abusos que antes, puesto que las mujeres no pueden permitirse

¹² A. Krüsi *et al.*, «Criminalisation of clients: Reproducing vulnerabilities for violence and poor health among street-based sex workers in Canada - a qualitative study», *BMJ Open*, 2014, núm. 4: e005191, disponible en bmjopen.bmj.com (consultado el 28 de junio de 2018).

¹³ Socialstyrelsen, «Prostitution in Sweden 2007», 2008, p. 48, disponible en socialstyrelsen.se (consultado el 28 de junio de 2018).

¹⁴ Norwegian Ministry of Justice and the Police, «Purchasing Sexual Services in Sweden and the Netherlands: Legal Regulation and Experiences», 2004, disponible en regjeringen.no (consultado el 28 de junio de 2018).

decir “no” a los clientes que les suscitan dudas». Y resume así el efecto de la ley: «Para quienes están obligadas a trabajar en la calle, la vida se ha hecho mucho más dura. [...] La ley sobre la adquisición de sexo ha convertido el trabajo de una prostituta en una actividad mucho más dura y peligrosa».¹⁵

Una trabajadora social de Malmö expresa cómo estas dinámicas se ponen en funcionamiento de manera especialmente potente en el caso de las trabajadoras sexuales drogodependientes, señalando que:

Hay menos clientes en las calles, y las mujeres todavía necesitan dinero para obtener heroína, así que los clientes pueden ofrecer menos dinero por más, [...] por prescindir del condón, por ejemplo. [...] Y, si realmente necesitan el dinero, y si llevan ahí de pie toda la noche y necesitan su dosis [...], pues entonces puede que acepten.¹⁶

Para una trabajadora de puertas adentro, la forma más obvia y sencilla para que la policía localice a sus clientes es vigilándola a *ella*. Después de todo, estos hombres son únicamente detectables como *clientes* cuando visitan el apartamento de alguna persona de la que la policía cree que es una trabajadora sexual. Los clientes no viven toda la vida con la palabra «putero» escrita a fuego sobre su frente.

Como sus compañeras de la calle, una trabajadora sexual de puertas adentro necesita vender sus servicios sexuales en *mucha mayor medida* de lo que sus clientes «necesitan» adquirirlos. Él está disfrutando de un momento de ocio, ella está pagando el alquiler. Esto quiere decir que ella está obligada a cambiar su forma de trabajar para poder conservar su clientela. Ella normalmente preferirá ver a los clientes en su propio apartamento, donde está en su terreno; incluso puede tener allí a una amiga vigilando discretamente en la habitación contigua. Pero, desde el punto de vista del cliente, yendo al piso de una trabajadora sexual es cuando más riesgo corre de que lo detengan. Así que, en lugar de ello, le pide que vaya a visitarlo a su casa o a una habitación de hotel que haya reservado. Aquí es ella la que se mete en un espacio desconocido.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 13, 19-20.

¹⁶ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.* p. 121.

Un informe del gobierno noruego afirma que, como resultado de la ley, «el riesgo de violencia se ha incrementado para quienes ya no trabajan en la calle [...]. Cuando visita una casa, la prostituta no sabe dónde se está metiendo». ¹⁷ En lugar de tener a su amiga pasando discretamente el tiempo con su teléfono en la habitación de al lado, a la vez que pone la oreja por si ella necesitara un respaldo, se enfrenta a un espacio en el que el cliente podría perfectamente tener al resto de su cuadrilla de borrachos escondida en el baño, esperando a que ella entre y cierre la puerta.

¿Cómo hacen las trabajadoras sexuales de puertas adentro para seguir sanas y salvas ¹⁸? Muchas de ellas tratan de filtrar a los clientes, preguntándoles sus nombres auténticos o negándose a coger llamadas de números de teléfono ocultos. Esto implica que, si el cliente se vuelve agresivo durante la reserva, la trabajadora al menos puede amenazarle con dar su nombre o su número de teléfono a la policía. Pero, si un cliente está ya penalizado, puede tener miedo de que la policía registre el teléfono de la trabajadora o su apartamento y lo identifique. Como resultado, se niega a dar una información básica para filtrarlo, como puede ser su nombre real y decide llamar desde un número oculto. Un hombre que quiere agredir o robar sabrá que puede concertar un encuentro con una trabajadora sexual y que este prácticamente sea imposible de rastrear; la penalización de los clientes le da a él ventaja para negarse a identificarse. ¹⁹ En Irlanda, la organización por la seguridad de las trabajadoras sexuales Ugly Mugs dice que ha recibido 1.635 informes de trabajadoras sexuales preocupadas por clientes violentos y abusadores en los cinco meses posteriores a la aprobación de la prohibición de adquisición de servicios sexuales de 2017, un aumento del 61 % sobre el mismo periodo en 2016. ²⁰ «La gente [...] no está dispuesta a divulgar sus datos», decía la (difunta y muy añorada) trabajadora sexual y activista Laura Lee cuando se introdujo la ley en Irlanda del Norte. «De repente, todo el mundo se llama “John”». ²¹

¹⁷ Norwegian Ministry of Justice and the Police, «Purchasing Sexual Services in Sweden and the Netherlands: Legal Regulation and Experiences», *op. cit.*, p. 13.

¹⁸ T. Sanders, *Sex Work: A Risky Business*, Cullompton, Willan Publishing, 2005, capítulo 4.

¹⁹ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.*, p. 189.

²⁰ C. Gallagher, «“Dramatic rise” in attacks on sex workers since law change», *The Irish Times*, 4 de septiembre de 2017, disponible en irishtimes.com.

²¹ A. Gentleman, «Sex worker and activist Laura Lee: “It’s now far more difficult to stay safe”», *The Guardian*, 5 de febrero de 2016, disponible en theguardian.com.

Como antes, todos estos efectos funcionan de forma combinada. Algunos clientes se alejarán, lo que disminuirá la capacidad de la trabajadora sexual de rechazar a quienes se queden, incluso aunque le parezcan asquerosos, agresivos o traten de regatear con ella sobre el dinero o los límites. Esto debería ser fácil de entender para cualquiera cuyo trabajo dependa de obtener clientes. Si se tienen menos clientes de lo esperado, se está en una posición más débil para rechazar a clientes que se alejen mucho de lo ideal. Quizás sean personalmente desagradables, o te pidan algo que se sale de tus habilidades, o no te paguen de manera justa. Pero, si no tienes dinero, tendrás mucha presión para aceptarlos de todas maneras.

Para tratar de compensar los ingresos que se están perdiendo, una trabajadora sexual puede ofrecer nuevos servicios, tal vez sexo sin condón. Una evaluación de la ley por parte del gobierno noruego concluyó que «ahora los precios han bajado con respecto a antes de la prohibición. El aumento de viajes y de anuncios y, en cierto sentido, los precios más bajos muestran que la competencia es mayor y que, hoy en día, ha descendido la demanda. Los hombres y mujeres que ejercen la prostitución necesitan ahora trabajar más duro con el fin de asegurarse unos niveles de ingreso [similares a los anteriores]». ²² Vamos a detenernos un momento y a empatizar con lo que, para las personas que venden servicios sexuales, quiere decir que «la competencia es mayor [...] y los hombres y mujeres que ejercen la prostitución tienen ahora que trabajar más duro».

Quienes defienden el modelo nórdico tienen razón cuando dicen que el cliente se beneficia de un inmenso desequilibrio de poder; lo que no tienen en cuenta es que la penalización del cliente *agrava* este desequilibrio de poder. Esto puede resultar sorprendente; como escribe la abogada de derechos humanos Wendy Lyon: «Podría suponerse intuitivamente que, en una transacción, la penalización de solamente una parte beneficie a la otra parte». ²³ Sin embargo, esto olvida el hecho crucial, que no nos cansaremos de repetir, de que *la trabajadora sexual necesita*

²² I. Rasmussen *et al.*, «Evaluation of Norwegian legislation criminalising the buying of sexual services (resumen inglés)», *Gobierno noruego*, 2014, informe disponible en rm.coe.int (consultado el 28 de junio de 2018).

²³ W. Lyon, «Client Criminalisation and Sex Workers' Right to Health», *Hibernian Law Journal*, 2014, núm. 13, pp. 58-97, 69.

vender sexo en mucha mayor medida de lo que el cliente «necesita» comprarlo. Esta «asimetría de necesidades» es esencial para entender el impacto real del modelo nórdico. Y es un efecto que se intensifica cuanto más precaria sea la trabajadora. Pensad en la desesperación con la que una trabajadora puede buscar un cliente si no ha pagado el alquiler o si no ha consumido una sustancia de la que depende. Asumirá el coste de la necesidad que el cliente percibe de sentirse seguro frente a la detención, lo que supondrá supeditar cualquier estrategia de seguridad que ella, en cualquier otro caso, trataría de desplegar. Después de todo, cuanto *más* anónimo sea él y cuanto *más* clandestina sea la cita, más protegido estará él de la detención. Wendy Lyon escribe que debido a este «desequilibrio de necesidades», «la vendedora no puede permitirse extraer ventajas del estatus penalizado del comprador. Es algo totalmente entendible, incluso predecible, que una trabajadora sexual en una situación ya desesperada negociará con el cliente *en los términos de este* si la única alternativa práctica es perder al cliente por completo». ²⁴ Ella necesita conservar su clientela más de lo que él necesita adquirir sexo, ¿no? El gobierno noruego mismo reconoce que la situación para las trabajadoras sexuales es ahora la de un «mercado de compradores». ²⁵

Todo esto es inherente al enfoque de «acabar con la demanda», que se basa en gran medida en una sencilla cuestión de economía. La idea es que la reducción de la demanda llevará a una «corrección en el mercado» en la que, en la medida en que haya menos gente que quiera pagar por sexo, habrá menos gente que lo venda. Pero lo que este astuto relato deja de lado es que lo primero que ocurre cuando se reduce la demanda de cualquier producto o servicio es que el precio al que puede venderse se desploma y que los vendedores compiten desesperadamente para conservar parte de un mercado menguante. En otras palabras, *la ley está funcionando como se pretende que funcione*, cuando vuelve más pobres y más precarias a las personas que venden servicios sexuales. Ann Martin, directora de la unidad contra la trata de Suecia, admitía esto mismo: «Creo, por supuesto, que la ley tiene unas consecuencias negativas para las mujeres que ejercen la

²⁴ *Ibidem.*, p. 70.

²⁵ Rasmussen *et al.*, «Evaluation of Norwegian legislation criminalising the buying of sexual services (resumen en inglés)», *op. cit.*

prostitución, pero es parte del efecto que queremos lograr con la ley. No debería ser tan fácil como era antes salir a la calle y vender sexo». ²⁶ No hay una manera de «acabar con la demanda» que no empobrezca a las personas que venden servicios sexuales y que las personas sean más pobres *reduce su poder* a la hora de interaccionar con los clientes. Las defensoras del modelo nórdico *tienen razón* cuando dicen que la mayor parte de la gente accede al trabajo sexual con pocas o ninguna otra opción. La falta de opciones es una de las razones por las que reducir la demanda provoca tanto daño. Cuando las personas no tienen otra opción, o no tienen apenas otra opción, no pueden «salir» fácilmente de la industria del sexo cuando las condiciones de esta empeoran.

Las personas críticas con la industria del sexo son capaces, a veces, de ver este problema en otros contextos. La destacada feminista británica en contra de la prostitución Kat Banyard señala que una de las maneras en las que los empresarios de los clubs de striptease merman el poder de las bailarinas sobre los clientes es asegurándose de que el club esté siempre lleno de bailarinas, «de forma que siempre haya una dura competencia por la clientela». ²⁷ Pero sorprendentemente, Banyard no consigue reconocer que esa misma dinámica se pone en movimiento si se reduce el número de clientes dispuestos a pagar por servicios sexuales. Como siempre, esto perjudica doblemente a las trabajadoras más precarias. Si alguien gana 25.000 libras al año y sus ingresos descienden, tendrá problemas para ahorrar e igual tiene que mudarse a un piso más barato. Pero si alguien gana, digamos, 7.000 libras al año, una reducción de sus ingresos puede llevarle a la crisis. Puede que implique perder su casa, o que para evitar quedarse en la calle se mude de nuevo a casa de su ex, que era violento. Incluso si acuden a los servicios sociales, algo de lo que hablaremos en detalle, y piden ayuda para dejar la prostitución, ese proceso puede durar meses. Durante esos meses lucharán aún más por sobrevivir en una industria del sexo que ahora se ha convertido en un «mercado de compradores».

²⁶ V. Costa-Kostritsky, «On Malmkillnadsgatan», *LRB Blog*, 20 de enero de 2014, disponible en lrb.co.uk.

²⁷ K. Banyard, *The Equality Illusion: The Truth about Women and Men Today*, Londres, Faber and Faber, 2010, p. 136.

Aproximarse al umbral de la pobreza a menudo obliga a las personas que venden servicios sexuales a plantearse buscar la ayuda de un proxeneta, socio, agente o gestor. Si apenas tienes ingresos, dividir por la mitad el dinero de futuros trabajos es una mejora comparado con no tener dinero. Esto es algo que hemos visto en nuestras propias comunidades: en momentos de bajón en el negocio, como en las vacaciones de verano o después de Navidades, las trabajadoras sexuales que tienen miedo de pasar hambre ofrecen repartirse los beneficios de cualquier encargo que les pueda pasar una compañera. Esta sencilla dinámica, que se produce entre la pobreza relativa de alguien y las destrezas o las conexiones de sus conocidas, muestra cómo una tercera persona puede beneficiarse cuando el negocio se desmorona.

Nada de esto quiere decir que nosotras creamos que los hombres que pagan por servicios sexuales o que se benefician de la prostitución de otra mujer sean buenos, o que tengan un «derecho» a adquirir sexo, que deba ser «protegido» (una acusación que se le suele hacer a las trabajadoras sexuales por parte de las personas que apoyan el modelo nórdico).²⁸ Lo que decimos sencillamente es que, si se quiere reducir la prostitución, hay que encontrar una manera de hacerlo que no implique que personas ya profundamente marginadas sean aún más precarizadas. Las defensoras de «terminar con la demanda» tienden a jugar con dos barajas: citan la pobreza de las mujeres como un impulso clave de la industria del sexo, pero tratan con trivialidad esa pobreza cuando se ponen a pensar en el impacto de sus propias «soluciones» políticas. Una organización en contra de la prostitución, la Women's Support Project, escribe en apoyo al modelo nórdico: «Si los hombres no estuvieran decididos a comprar sexo, entonces la prostitución no funcionaría como un comportamiento de supervivencia».²⁹ Cuando se pone en práctica una política que convierte un comportamiento de supervivencia en algo que ya «no es trabajo», es posible que algunas de las personas que hayan recurrido a él para sobrevivir ya no puedan sobrevivir. La organización británica Nordic Model

²⁸ Véase Amnistía Internacional, «Q&A: Policy to Protect the Human Rights of Sex Workers», 2016, disponible en amnesty.org (consultado el 28 de junio de 2018).

²⁹ The Women's Support Project, 2018, disponible en womenssupportproject.co.uk (consultado el 28 de junio de 2018).

Now! emplea una cita de una trabajadora sexual *ficticia* (inventada por un policía cuyo trabajo es hacer cumplir la ley de prohibición de adquisición de sexo) que dice: «El modelo nórdico es malo para el negocio, pero bueno para mi seguridad». ³⁰ Esta es una idea que solo cuela si no nos damos cuenta de que, como hemos visto, «negocio» y «seguridad» no pueden ser dos cosas distintas para las personas marginadas: *cuánto más pobres, menos seguras están las trabajadoras sexuales.*

Esto es algo que el movimiento feminista ya entiende. Está claro, por ejemplo, que los efectos de la austeridad en Reino Unido han recaído de forma desproporcionada sobre las mujeres, han mermado la seguridad de las mujeres a la hora de salir de relaciones agresivas. Una trabajadora de Women's Aid le dijo a la prensa:

En este momento, las grandes preocupaciones de las mujeres que usan nuestros servicios giran en torno a la austeridad, a la reforma del Estado de bienestar y a la crisis inmobiliaria. [...] Las mujeres enfrentadas con la elección de meterse en una pensión con sus hijos pueden sentir que, aunque sus circunstancias actuales son horribles, al menos en casa pueden hacerle la cena a sus hijos. ³¹

Cuando las mujeres tienen un menor acceso a los recursos, son más vulnerables ante los hombres violentos. Esto no es una defensa de la industria del sexo. Podríamos estar hablando de *cualquier* tipo de trabajo que fuera asumido de manera desproporcionada por personas marginadas; es una verdad universal que limitarse a quitarle este trabajo no ayuda a la persona que lo está ejerciendo a intentar sobrevivir. Las personas recurren a la industria del sexo como una forma de garantizarse los recursos que necesitan; cualquier política que haga que les resulte más duro mermará su seguridad, tanto dentro de la industria del sexo como en sus relaciones en cualquier otro ámbito.

Los servicios de salida

Pero, ¿qué ocurre después? ¿Incluye el modelo nórdico algún tipo de ayuda?

Estas iniciativas, llamadas «planes de salida» son la segunda vertiente del modelo nórdico ideal que han concebido las feministas punitivistas. Incluso la académica Melissa Farley, partidaria estentórea de la penalización a los clientes, concede que esto traerá más mal que bien si no existen estos planes: «Detener a los clientes sin proporcionar alternativas a la prostitución, como casas, formación profesional, así como tratamiento para los daños provocados por la prostitución, como atención sanitaria física y mental, puede hacer la vida más difícil para las mujeres en situación de prostitución».³² Se diría que la idea es que, cuando las personas que venden servicios sexuales vean que sus ingresos disminuyen, la prostitución ya no será una estrategia económica viable y se verán forzadas a acudir a un programa que les busque alternativas. Estos servicios de salida se supone que son parte integral de la prohibición de la adquisición de servicios sexuales. Nordic Model Now! escribe que «el apoyo bien financiado y los servicios de salida son vitales [...] el modelo nórdico es el único modelo legislativo que prioriza este enfoque al ayudar a las mujeres a reconstruir sus vidas».³³

Estos planes podrían adoptar muchas formas. La más evidente sería el apoyo económico directo, como la ayuda para acceder al paro o a otro empleo. También podría implicar ayudar a regularizar el estatus migratorio de las personas para que puedan encontrar un empleo en la economía oficial. Podría implicar recetas farmacéuticas, terapia o cualquier otra necesidad sanitaria. Podría implicar el acceso al cuidado de los hijos, la educación, la vivienda, cualquier cosa que aborde o alivie los factores que han influido en que la persona optara por el trabajo sexual en primer lugar.

El nombre mismo, «planes de salida» es problemático; revela un foco vergonzante, no sobre el lugar hacia donde la persona trata de llegar, sino sobre el lugar de dónde *procede*. En otros contextos, estos planes se llamarían planes «hacia un nuevo empleo» o planes «de desarrollo profesional». Para las prostitutas la atención se centra claramente en lo que deben dejar atrás.

³² M. Farley, «Book Review: Shadow's Law, The True Story of a Swedish Detective Inspector Fighting Prostitution by Simon Häggström», *Dignity: A Journal on Sexual Exploitation and Violence*, 2017, núm. 2: 2, artículo 5.

³³ Nordic Model Now!, presentación.

Los planes de apoyo eficaces y que no juzgan son algo muy positivo. Todo tipo de personas necesita ayuda con los servicios sociales, la burocracia, el cuidado de los niños o para adquirir nuevas destrezas. Desgraciadamente, los proyectos que tratan de desviar de la prostitución a las trabajadoras sexuales a menudo son ineficaces y emiten juicios.³⁴ Peor aún, algunos de ellos incluso criminalizan a las trabajadoras sexuales, como es el caso del programa Safe Exit de Kent, del que hemos hablado en el capítulo 4. En tanto tal, el término «plan de salida» no es inocuo para las trabajadoras sexuales. Defender a las trabajadoras sexuales no consiste únicamente en hacer más seguro el trabajo sexual: consiste también en retirar las barreras para dejarlo atrás. Cualquier acción que, sin juicios de valor, trate de ofrecer *más y mejores* opciones a las trabajadoras sexuales, es a la vez un «plan de salida» y una meta de los derechos de las propias trabajadoras sexuales, así como de las activistas trabajadoras sexuales que están ya trabajando en proyectos semejantes en todo el mundo.³⁵

En el nivel estatal, no obstante, iniciativas así necesitan dinero y mucho: lo suficiente como para empezar a sustituir la prostitución como forma principal de apoyo económico en las vidas de personas como Silvia, Annabel y Violet, caso de que sea eso lo que quieren. Las personas que venden servicios sexuales a menudo tienen una serie de necesidades complejas y no se puede hacer un apoyo holístico racaneando. Esto es algo en lo que las trabajadoras sexuales y las progresistas en contra de la prostitución pueden estar de acuerdo. De hecho, estas partidarias a menudo subrayan el hecho de que dejar la prostitución, incluso para las personas que quieren hacerlo, es un proceso complejo que lleva mucho tiempo y requiere de mucho apoyo.³⁶

³⁴ T. Heiberg, «Exploring Prostituted Women's Experiences of a South African Exit Intervention: An Interpretative Phenomenological Analysis», University of Cape Town (Tesis doctoral), 2011, disponible en knowledgeco-op.uct.ac.za (consultado el 28 de junio de 2018).

³⁵ Por ejemplo, la organización liderada por trabajadoras sexuales Pow Wow en Zimbabue ha puesto en marcha un proyecto de «suplemento de ingresos» que ayuda a las trabajadoras sexuales a encontrar otras fuentes de ingreso paralelas al trabajo sexual. NSWP, «Pow Wow», 2018, disponible en ennswp.org/featured/pow-wow. El proyecto X:talk en Londres ayuda a las trabajadoras sexuales migrantes a adquirir competencia en lengua inglesa, lo que les ayuda tanto a negociar mejores condiciones en su trabajo sexual como a tener la posibilidad de encontrar un trabajo alternativo. Se puede encontrar más información en xtalkproject.net.

³⁶ A. Glass, «Fact: Women often struggle to leave prostitution», Nordic Model Now!.

En cierto sentido, si lo que se quiere es que Silvia, Annabel y Violet no sean prostitutas, hay una solución fácil. Si Silvia gana 200 libras por semana con un par de noches de trabajo sexual en la calle, simplemente hay que darle las 200 libras a la semana que necesita. (Esto, hay que subrayarlo, no es exactamente lo mismo que encontrarle a Silvia otro trabajo diferente en el que se le pague 200 libras por semana. Ganar 200 libras de una manera relativamente rápida, en dos noches de trabajo sexual, es una propuesta diferente a ganar 200 libras haciendo un trabajo por turnos por el salario mínimo, más aún si tienes que pagar por que te cuiden a los niños o si tienes una discapacidad. Silvia puede tener sus razones para no poder o no querer aceptar un empleo por el salario mínimo o, de hecho, cualquier otro trabajo que le ofrezca alguien que carezca de comprensión acerca de sus necesidades específicas. La «ayuda» que exige que el receptor consiga rápidamente un trabajo se convierte en punitiva, como cualquier persona que navegue por la tenue red de seguridad de la sociedad puede testificar). A las personas que venden servicios sexuales para obtener recursos, si se les asegura que tendrán los recursos que necesitan, elegirán hacer otra cosa con su tiempo.

La buena reputación de los servicios de salida del modelo nórdico no resiste el escrutinio. En 2005, un informe del gobierno sueco concluyó que «la penalización no puede ser sino un complemento en el proceso de reducir la prostitución y no puede de ninguna manera reemplazar a las iniciativas sociales. A pesar de este propósito, *no se ha adjudicado financiación extra a los servicios sociales [...] aun cuando la policía ha recibido en repetidas ocasiones fondos adicionales para este fin*» [las cursivas son nuestras].³⁷ Un político de izquierdas expresó su preocupación en el parlamento sueco «porque en Estocolmo hay Centros de Prostitución, que trabajan en el tratamiento de las personas que están o han estado ejerciendo la prostitución, [...] pero los recursos [de estos centros] son escasos».³⁸

³⁷ Parlamento Sueco, «Makt att forma samhället och sitt eget liv-jämställdhetspolitiken mot nya mål [Poder para formar la sociedad y su propia vida. Políticas de equidad hacia nuevas metas]», 2005, disponible en riksdagen.se (consultado el 28 de junio de 2018).

³⁸ C. Sköld Jansson *et al.*, «Nationellt resurscentrum för prostituerade [Centro nacional de recursos para prostitutas], Motion 2004/05:S3068», Swedish Parliament, 2004, disponible en riksdagen.se (consultado el 28 de junio de 2018).

Cuesta creer las afirmaciones de que en los países nórdicos se considera a las trabajadoras sexuales como víctimas que merecen cuidado, cuando un violador puede obtener una sentencia más leve «porque sus víctimas eran prostitutas». ³⁹ Tampoco parece que nadie le haya hecho llegar a la policía sueca la información de que hay que apoyar a las prostitutas. El superintendente detective sueco Jonas Trolle hizo estas memorables declaraciones a la prensa: «En esta sociedad debería ser difícil ser prostituta, así que, aunque no metemos a las prostitutas en la cárcel, les hacemos la vida difícil». ⁴⁰

Una consultora política del sector de las ONG de mujeres suecas dijo en una investigación: «Si [la ley sobre prostitución] se supone que ayudaba a estas mujeres, entonces debería existir también un ambicioso programa, un programa social para ellas, que nunca se introdujo». ⁴¹ Un asesor de un alto cargo gubernamental sobre la prostitución trazaba un cuadro similar, al señalar:

El discurso en el nivel político siempre es más importante que hacer algo por las personas que integran esa categoría en los niveles más bajos. [...] El gobierno debería haber sabido que no se ha hecho nada, absolutamente nada para mejorar los servicios sociales dirigidos a las personas que venden sexo, y que no han dado ni un duro a los municipios. Por supuesto que sería caro. [...] Es mucho menos caro, por supuesto, exportar y promover la ley mediante congresos y [proyecciones] documentales. ⁴²

Las comunidades de trabajadoras sexuales tienen bien calados estos recortes. El colectivo activista canadiense Stop the Arrests (STA) dice que las trabajadoras sexuales «están obligadas vía tribunales a participar en programaciones para ayudarlas a apartarse de “sus malas elecciones vitales” [...] que tienden a situar el foco en el cambio individual, más que en el cambio social. ¡El dinero manda!» ⁴³

³⁹ VG Nyheter [VG News], «Mann fikk lavere straff fordi voldtektsofrene var prostituerte [Un hombre obtiene menor condena porque las víctimas de violación eran prostitutas]», 2017, disponible en vg.no, (consultado el 28 de junio de 2018).

⁴⁰ C. Ashton, «Could Sweden's prostitution laws work in the UK?» *BBC News*, 30 de septiembre de 2010, disponible en bbc.com.

⁴¹ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, op. cit., p. 189.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Sex Professionals of Canada, «STOP the Arrests!!! SSM - One year and still fighting with love and RAGE», *SPOC*, 2013, disponible en spoc.ca (consultado el 28 de junio de 2018).

Los servicios que existen están imbuidos de hostilidad hacia las trabajadoras sexuales, distribuir condones o cualquier otro material que minimice los daños se entiende que es animar al trabajo sexual. «Quizás algunas chicas jóvenes [...] encuentren este [recurso de seguridad] en internet y digan: “Ah, tal vez sea realmente seguro, porque tengo este manual”», comenta el coordinador nacional sueco contra la trata y la prostitución, añadiendo con desprecio: «Si ganan tanto dinero, a lo mejor se podrían comprar sus propios condones».⁴⁴ Una trabajadora social de la Unidad de Prostitución de Estocolmo comenta: «Creo que nos llevaría más tiempo hacer algo con tus problemas [es decir, la prostitución] si durante ese tiempo recibes ayuda».⁴⁵

Lisa, una trabajadora sexual de Suecia, informaba de que la Unidad de Prostitución de Estocolmo no la iba a ayudar *hasta* que dejara la prostitución:

La trabajadora social me dijo que iba a ayudarme a escribir [una nota autorizando la prestación por enfermedad] [...] así que dijo: «Si dejas la prostitución durante tres meses y no haces nada durante ese tiempo, entonces la escribiré.» [...] Yo me enfadé porque, si no estoy ejerciendo trabajo sexual, ¿cómo voy a conseguir dinero? Primero necesito el dinero y después podré dejarlo.⁴⁶

En Irlanda, los informes de que las mujeres solicitantes de asilo estaban vendiendo servicios sexuales alertaron a la ministra de Justicia Frances Fitzgerald, que en su campaña se centró en aprobar una legislación según el modelo nórdico. Fitzgerald comentaba: «Esos informes me parecieron y me parecen escandalosos. Sin ninguna duda no quiero verme con ninguna mujer en Irlanda que siente que la única opción que tiene para cuidar de ella y de su familia es la prostitución».⁴⁷ Las personas que solicitan asilo en Irlanda, un proceso que a menudo puede alargarse muchos años, reciben una «asignación» del Estado. En el momento en el que se publicaron los informes sobre prostitución, esta asignación era de 19 euros a la semana. Cuando se publicó el proyecto de ley que penalizaba a los clientes en Irlanda, Wendy Lyon escribía:

⁴⁴ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.*, pp. 144, 148, 190-191.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 150.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 166.

⁴⁷ M. Minihan, «Minister “shocked” by reports of direct provision prostitution», *The Irish Times*, 2 de septiembre de 2014, disponible en irishtimes.com.

No se han revertido los recortes en los servicios sociales y en las prestaciones por hijo que, sin la menor duda, han forzado a muchas mujeres a la prostitución; no se han aumentado los 19 euros por semana que se les da a las mujeres en el sistema de petición de asilo; no hay financiación adicional para educación, formación o programas de desintoxicación que puedan abrirles otras oportunidades.⁴⁸

En el momento de escribir este capítulo, la asignación, que las personas que solicitan asilo reciben del Estado irlandés, había aumentado a 21,60 euros a la semana.⁴⁹ Cuando las personas son empujadas a la prostitución por la pobreza, la respuesta del modelo nórdico no es aliviar su pobreza, sino tratar de limitar sus estrategias de supervivencia.

Incluso si estos servicios estuvieran a la vez bien financiados y no emitieran juicios de valor, forzar a las trabajadoras sexuales mediante el método de hacer de la industria sexual un lugar aún más duro sigue siendo una crueldad. Incluso cuando quieren hacerlo, las trabajadoras sexuales más marginadas son quienes en general tardan más tiempo en contactar con los servicios y cambiar de trabajo. Si tienes una drogodependencia o una mala salud mental y te cuesta respetar las citas, entonces te cuesta acceder a los servicios. Si eres una persona indocumentada, a la que le preocupa que visibilizarse ante los servicios suponga la deportación, o una madre que teme que revelarse como prostituta ante las trabajadoras sociales implique poner en riesgo la custodia de tus hijos, entonces, incluso aunque estas preocupaciones no tengan fundamento, aguantarás lo más posible antes de asumir el riesgo de presentarte ante los servicios sociales. La complejidad de estas situaciones supone que pasen meses, o incluso más tiempo, antes de que salgas. Y, mientras tanto, seguirás trabajando en una industria del sexo que ha sido deliberadamente convertida en algo más cruel. Pero todo esto es hipotético porque, incluso los servicios de salida en Suecia, *el epicentro del modelo nórdico*, no cubren las necesidades de quienes quieren dejar el trabajo sexual.

La vendedora

El tercer principio clave del modelo nórdico es, se supone, la despenalización de la prostituta. Sus partidarias insisten una y otra vez en este rasgo. Banyard describe la manera en la que el

modelo nórdico «penaliza la compra de sexo y el beneficio de terceras partes, pero despenaliza por completo la venta de sexo».⁵⁰ Thangham Debbonaire, miembro del Parlamento británico, dice: «Las partidarias del modelo nórdico siempre han sido claras: total despenalización de la oferta, penalización de la demanda».⁵¹

De nuevo, las intenciones, en su conjunto, tal vez sean buenas. No obstante, en la práctica, en todos los países que tienen leyes al estilo nórdico, se ha *conservado* en buena medida la criminalización de las trabajadoras sexuales. Hay leyes municipales en contra de ofertar servicios, existe la penalización de las trabajadoras sexuales que comparten piso, las trabajadoras sexuales son objetivo de desahucios y las leyes de inmigración y de prostitución se usan conjunta y agresivamente para deportar a las trabajadoras sexuales.

En Francia, las partidarias del modelo nórdico celebraron el éxito de su implantación pasado un año, afirmando que habían sido detenidos casi 1.000 clientes y «cero personas prostituidas».⁵² No obstante, Wendy Lyon ha descubierto que la historia es algo distinta. Solamente se ha revocado la ley *nacional* que castigaba el ofrecimiento de servicios sexuales. Aún quedan varios decretos *municipales* «contra la prostitución» que han llevado a continuas detenciones de trabajadoras sexuales de calle.⁵³ No son pues «cero detenciones» para las «personas prostituidas».

Cuando Irlanda implementó el modelo nórdico, los ministros rechazaron una cláusula que hubiera permitido que las trabajadoras sexuales se quedaran el dinero que tuvieran encima cuando el cliente era detenido. En lugar de ello, cuando un cliente es detenido, la policía se lleva todo el dinero en efectivo que lleve encima la trabajadora, en concepto de «ganancias del delito».⁵⁴ Esto, como debiera ser obvio, constituye de facto una multa a las trabajadoras sexuales. En Noruega,

⁵⁰ K. Banyard, «Legalise prostitution? We are being asked to accept industrialised sexual exploitation», *The Guardian*, 22 de agosto de 2017, disponible en theguardian.com.

⁵¹ T. Debbonaire (@ThangamMP) Twitter, 10:20 am, 27 de septiembre de 2016.

⁵² S. Cox, «What's Current: 937 johns, zero prostituted women arrested in France since adoption of Nordic model», *Feminist Current*, 13 de abril de 2017, disponible en feministcurrent.com.

⁵³ W. Lyon, «Sex work in France, one year on», *Feminist Ire*, 17 de abril de 2017, disponible en feministire.com.

⁵⁴ E. Coyne, «Bill makes sex workers "poorer and unsafe"», *The Times*, 3 de febrero de 2017, disponible en thetimes.co.uk.

las trabajadoras sexuales de calle seguían siendo multadas varios años después de que supuestamente hubieran sido «despenalizadas». La policía desahuciaba rutinariamente a las trabajadoras sexuales si averiguaban dónde vivían y, bajo la ley noruega, negarse a dar la dirección a un policía cuando te preguntan es una falta acreedora de multa. Si la trabajadora revela su dirección, es desahuciada (por lo general ese mismo día). Si no lo hace, le cae una multa.⁵⁵

Las mujeres negras son, de forma desproporcionada, el objetivo de esta acción policial. Tina, una trabajadora sexual de calle nigeriana en Noruega, comenta: «Cuando eres negra, se llevan a las mujeres negras y dejan al hombre blanco».⁵⁶ Esther, una trabajadora sexual negra que trabaja en Noruega, dice que ha notado un cambio importante:

Entre 2008 y 2009 la policía te preguntaba qué tal estabas. A partir de 2011 se han cerrado en banda. Ahora vienen y es como [golpea la mesa] ¡bam, bam, bam! Son mucho peores con las nigerianas que con las rumanas o las búlgaras. El último año [2014] fue el peor. Desde septiembre del año pasado, ha sido la guerra, como si no quisieran volver a ver una cara negra.⁵⁷

La trabajadora de calle nigeriana Eunice le contó a Amnistía Internacional: «Los clientes saben que la policía va a reaccionar si una chica blanca resulta herida. Saben que no va a hacer absolutamente nada para ayudar a las mujeres negras».⁵⁸

«No hay ni sombra de duda de que lo que está ocurriendo en Noruega está teniendo un impacto totalmente negativo sobre la mayoría de las trabajadoras sexuales marginadas», dice Catherine Murphy, de Amnistía Internacional. «Son las personas más

⁵⁵ Amnistía Internacional, «The Human Cost of “Crushing” The Market: Criminalization Of Sex Work In Norway», s. 3.13, *Amnesty USA*, 2016, disponible en amnestyusa.org (consultado el 28 de junio de 2018).

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ *Ibidem*.

perseguidas por la policía, las que están bajo un mayor riesgo de violencia, quienes tienen más posibilidades de perder su hogar o de ser deportadas. Quienes más sufren el impacto son esas mujeres». ⁵⁹

El exceso de acción policial sobre los grupos marginados no es, por supuesto, un problema que el modelo nórdico haya creado por sí solo. Los cuerpos policiales de todo el mundo seleccionan a determinadas poblaciones para someterlas a acoso, chantaje, robo y agresión. Pero su poder para hacer eso se cultiva *mediante las leyes que hacen cumplir*, así como la legitimidad que dichas leyes proporcionan a sus acciones. Las leyes en contra de la prostitución apuntalan la autoridad de la policía para entrar en las vidas de las prostitutas, con la justificación de impedir su supervivencia.

Sydney, una trabajadora sexual indígena de Canadá, demuestra el punto de vista oportunista de los policías, que aprovechan cualquier ocasión que se les presenta para acosar a las trabajadoras sexuales de calle. Relata: «Tenía un cigarrillo en la mano, este se estaba consumiendo y ellos decían: “¿Qué vas a hacer, vas a tirarlo al suelo? Si lo haces te vamos a obligar a recoger todas las colillas que hay por aquí”». ⁶⁰ Jenn Clamen, de Stella, el grupo de defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales radicado en Montreal, señala que «cuando la ley y el orden se presentan como “salvadores”, que es lo que intenta hacer el modelo nórdico con las trabajadoras sexuales, le damos a la policía una herramienta más en su arsenal para poder atacar esas comunidades». ⁶¹

La penalización de las trabajadoras de puertas adentro

En casi todas las jurisdicciones en las que opera el modelo nórdico, las trabajadoras sexuales que comparten piso son penalizadas. En Oslo, Noruega, una mujer trabajadora sexual fue procesada como dueña de un burdel por compartir su piso con dos amigas, aun cuando el tribunal reconoció que su principal motivación era la seguridad. ⁶² La policía sueca vigila pisos para «atraer» a parejas de trabajadoras sexuales. ⁶³ En Irlanda del Norte,

⁶² Amnistía Internacional, *The Human Cost*, *op. cit*

⁶³ M. Butcher, «Police Bust Prostitutes Using Airbnb Apartment in Stockholm», *Tech Crunch*, 4 de agosto de 2012, techcrunch.com.

las primeras detenciones que se hicieron cuando se implantó el modelo nórdico fueron un cliente y tres mujeres trabajadoras sexuales que fueron detenidas por tener un burdel: en el transcurso de la redada que supuestamente tenía como objetivo detener al cliente, se descubrió que compartían piso.⁶⁴

La República de Irlanda implantó el modelo nórdico en marzo de 2017 y en julio de 2017 dos mujeres migrantes fueron condenadas por delitos de prostitución en la pequeña ciudad de Tralee, en County Kerry. Florina, que estaba alquilando una casa, fue condenada por permitir que se usara para prostitución, aunque el tribunal aceptó que ella no se beneficiaba «material o financieramente» del acuerdo. Su amiga Mihaiela fue acusada por la ley de tenencia de burdeles de «usar la misma dirección para la prostitución», fue por ello condenada y multada.⁶⁵ Los partidarios del modelo nórdico podrían pensar que Florina, la arrendataria principal, merecía ser procesada por tener un burdel, aunque enjuiciar a una mujer migrante por compartir piso, del cual no se beneficiaba financieramente, parece una aplicación excesivamente dura de la ley. Pero es complicado entender sobre qué base una persona partidaria del modelo nórdico podría argumentar que Mihaiela debería ser llevada a juicio.

Algunas destacadas defensoras del modelo nórdico desdeñan la idea de que las trabajadoras sexuales puedan querer trabajar juntas. Una alto cargo, asesora de derechos humanos en el Carter Centre, afirmaba por ejemplo que «trabajar juntas por seguridad» es únicamente un código de «proxenetismo» o para «llevar un burdel», añadiendo que «los proxenetes se definen como trabajadores sexuales, así que todo encaja».⁶⁶

En realidad, que las trabajadoras sexuales compartan un piso es muy normal. Si alguna vez habéis tenido una compañera de piso para repartir los gastos de la casa, o para disfrutar de su compañía, deberíais empatizar con las razones por las que las trabajadoras

⁶⁴ M. S. McNamee, «First man arrested under new prostitution laws in the North», 5 de noviembre de 2015, disponible en thejournal.ie.

⁶⁵ Radio Kerry News, «Two Romanian women admit involvement in Tralee brothel», 3 de julio de 2017, disponible en radiokerry.ie.

⁶⁶ K. Ryan (@KarinDianeRyan) Twitter, 2:27 pm., 29 de septiembre de 2016: «@Davidontour1 @ThangamMP "working together for safety" is code for running brothel/pimping. Pimps call themselves SWs so that's convenient».

sexuales puedan querer compartir los pisos en los que trabajan. (Hay algo profundamente deshumanizador en la implicación de que las trabajadoras sexuales seamos tan extrañas a estas razones normales y humanas, que no se nos aplican a nosotras). Es también una medida de precaución evidente, una medida que emplean muchísimas categorías de trabajadores. Incluso algunas partidarias del modelo nórdico reconocen haber compartido piso de esta manera en la época en la que vendían servicios sexuales. La destacada activista Rachel Moran escribe en sus memorias que «si recibía una petición para una cita [...] usaba un dormitorio del burdel de una de las mujeres con las que entonces hacía yo tratos. Le pagaba una tarifa por el uso de la habitación, lo que era el procedimiento habitual. *Yo también gané dinero de esa manera cuando tuve mi propio piso*» [las cursivas son nuestras].⁶⁷

Moran ha sido durante muchos años una de las activistas más activas a favor del modelo nórdico en todo el mundo: ha hablado con políticos, ha pronunciado un discurso en las Naciones Unidas; su historia es citada por otras partidarias como *la* ilustración por antonomasia de por qué se necesita el modelo nórdico. En un contexto tan enconado y tenso, el reconocimiento de pasada de Moran, no solamente de que compartió un piso con otras trabajadoras, sino de que «ganó dinero [...] de esa manera» se lee con extrañeza. Cualquiera trabajadora sexual actual que hiciera un comentario así recibiría las maldiciones de Moran (y de la ley que ella ha contribuido a traer), se la castigaría como proxeneta. No querríamos enzarzarnos en una campaña de desprestigio similar. La forma de trabajo de Moran nos parece legítima y nada fuera de lo común; después de todo, hay un «coste de oportunidad» en dejar que otra trabajadora atienda a un cliente en tu cuarto cuando tú misma podrías haber estado usando ese mismo cuarto para trabajar. Fuera de los acalorados debates sobre la industria sexual, no sería nada escandaloso o destacable pedir a una amiga una pequeña contribución monetaria con el propósito de pagar tus facturas si usa tu espacio. Lo que es doloroso, por supuesto, es la hipocresía: la ley irlandesa por la que Moran ha pasado años luchando penaliza a las mujeres que hacen exactamente lo que ella dice que hacía y, de hecho, penaliza incluso a las mujeres que se comportan «más amablemente» como, por

⁶⁷ R. Moran, «My lessons in prostitution: How I learned the myth of the high-class hooker», *Salon*, 19 de septiembre de 2015, disponible en salon.com.

ejemplo, a quienes no aceptan contribuciones en efectivo y sencillamente permiten que una amiga comparta su espacio. (En Irlanda el modelo nórdico duplicó las penas por «tenencia de burdel» que pasó de suponer sentencias de seis meses de cárcel a un año). Cuando a Moran se le ha preguntado por esta hipocresía, se ha negado a dar una respuesta clara sobre si le parecía que una condena por tenencia de burdel la habría ayudado en esa época de su vida.⁶⁸ Por supuesto, no es Moran quien debe responder a esa pregunta: todas las defensoras del modelo nórdico deberían tal vez explicar si creen que haber condenado a Moran por tener un burdel habría sido un factor positivo para ella o para la sociedad en general y, si no es así, por qué se complacen en presionar para que se aprueben leyes bajo las cuales tantas otras trabajadoras sexuales son procesadas únicamente por hacer lo mismo que ella hacía.

Los ejemplos abundan. Incluso vender servicios sexuales en «dúos», es decir, anunciar tríos, puede poner a las trabajadoras sexuales a merced de las leyes sobre tenencia de burdeles: las trabajadoras sexuales David y Celia, una pareja casada, fueron acusadas de tenencia de burdel en Irlanda en mayo de 2018 por trabajar juntos de esta manera. Se libraron de la cárcel por un pelo y recibieron una multa de 600 euros por cabeza.⁶⁹ Y está también el caso de Terezinha, de 73 años, procesada por tenencia de burdel en Irlanda, en julio de 2017. El tribunal aceptó que no se estaba produciendo ninguna coerción. Terezinha sencillamente estaba alquilando un piso en el que ella misma podía vender servicios sexuales y lo estaba compartiendo con otra mujer trabajadora sexual. Terezinha estaba visiblemente angustiada durante la celebración de su juicio, por eso habló por medio de un intérprete judicial. Vendía sexo por desesperación, para pagar las facturas médicas de su hijo. Llevaba únicamente cuatro días en Irlanda y había tenido un solo cliente, que le había pagado 80 euros. El tribunal cogió los 80 euros como multa y el juez «decretó que el dinero [...] se destinara a una organización que ayudara a mujeres implicadas en el comercio sexual».⁷⁰

⁶⁸ R. Moran (@RachelRMoran) Twitter, 10:34 am., 9 de abril de 2018; SWARM (@SexWorkHive) Twitter, 11:19 am., 8 de abril de 2018.

⁶⁹ G. Deegan, «Husband and wife hooker team selling sex from Irish home avoid jail», *Irish Mirror*, 9 de mayo de 2018, disponible en irishmirror.ie.

⁷⁰ R. Nugent, «Sex worker (73) was trying to pay for son's kidney transplant operation», *Independent.IE*, 7 de agosto de 2017, disponible en independent.ie.

Desahucios

Cuando la policía opera bajo una legislación inspirada en el modelo nórdico entiende que perturbar el sexo comercial es un bien en sí mismo y, con frecuencia, despliega estrategias contra las trabajadoras sexuales del tipo «lo hago por tu bien». En Suecia, los caseros que alquilen sus propiedades a las trabajadoras sexuales pueden ser penalizados por «promover» la prostitución, lo que tiene como obvia consecuencia un incremento de la precariedad de las trabajadoras sexuales y del riesgo de quedarse sin casa. La ley presiona directamente en pro del desahucio de las inquilinas trabajadoras sexuales: «Si [el casero] no da los pasos que razonablemente se le requieren para *la finalización del arrendamiento*, se entenderá que él o ella están promoviendo el negocio» (las cursivas son nuestras).⁷¹

La policía noruega ha desplegado incluso una operación específica para desahuciar trabajadoras sexuales. Le decían al casero que sospechaban que una inquilina en concreto era trabajadora sexual, luego invitaban al casero bien a desahuciar a la inquilina o a enfrentarse él mismo a una denuncia. Las inquilinas eran desahuciadas. Como si quisieran deliberadamente despejar cualquier duda acerca de los fines de esta estrategia policial, la policía la llamó «Operación Sin Techo».⁷²

El descalabro financiero que supone ser desahuciada es a menudo mucho mayor que las multas impuestas a los compradores que pillan pagando por servicios sexuales. Una trabajadora sexual desahuciada puede perder su fianza; si ya ha pagado el alquiler de ese mes, también lo pierde. Para cualquier persona con sentimientos debería ser evidente que encontrarse de repente sin hogar y perder una gran cantidad de dinero no ayuda a nadie a dejar la prostitución. Medidas así no encajan bien con la afirmación de que la legislación basada en el modelo nórdico trata a las prostitutas como a víctimas de violencia. ¿A quién se le ocurre que las mujeres que sufren violencia deban ser desahuciadas?

⁷¹ Swedish Penal Code (1962: p. 700, revisión de 2017: p. 1136), ch. 6, s. 12, disponible en riksdagen.se (consultado el 28 de junio de 2018).

⁷² Amnistía Internacional, *The Human Cost*, op. cit.

Mercy, una mujer trabajadora sexual negra en Noruega, fue desahuciada tres veces de esta manera entre 2013 y 2014.⁷³ En una ocasión, fue «desahuciada» directamente cuando salió de compras: el casero le cambió las cerraduras. Tuvo que suplicar que le dejaran recoger sus cosas, contaba a Amnistía Internacional: «Tuve que estar una semana sin ropa, ni dinero, ni nada».⁷⁴ Otra trabajadora sexual, Mary, decía: «A veces nos daban unos minutos para marcharnos. [...] Perdíamos todo el dinero que habíamos pagado».⁷⁵ Eunice contaba: «Me dieron unos minutos para abandonar mi piso. No da tiempo a recoger todas las cosas. Tuve que dormir en la estación de tren».⁷⁶ Esther declaraba: «La policía nos dio veinte minutos para marcharnos. Estábamos haciendo una sopa y tuvimos que sacar la olla a la calle para tomárnosla».⁷⁷ En 2014, nueve trabajadoras sexuales negras denunciaron a la policía de Oslo que habían sido violadas y agredidas por un hombre armado con un machete que se había hecho pasar por policía. Unos días después de la denuncia, su casero, alertado por la policía de que sus inquilinas eran trabajadoras sexuales, las desahució.⁷⁸ Amnistía Internacional habló con docenas de mujeres que habían sido desahuciadas de esta manera y averiguó que a todas, menos a una de ellas, les habían dejado un día —o *menos*— para dejar sus pisos. Todas eran negras.⁷⁹ La Operación Sin Techo ya no es una operación específica, no porque la policía se diera cuenta de que era horrible, sino porque la labor de desahuciar principalmente a mujeres negras trabajadoras sexuales se ha convertido en práctica habitual de la policía de Oslo.⁸⁰

Deportaciones

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ *Ibíd.*

⁷⁵ *Ibíd.*

⁷⁶ *Ibíd.*

⁷⁷ *Ibíd.*, sección 3.9.

⁷⁸ *Ibíd.*, sección 3.10.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ *Ibíd.*, sección 3.4.

Las deportaciones son intrínsecamente violentas, pero la deportación de las trabajadoras sexuales de los países que han implantado el modelo nórdico es a menudo especialmente brutal. En Canadá, el grupo de trabajadoras sexuales Butterfly dice que las mujeres migrantes son detenidas con frecuencia por las autoridades de inmigración durante un periodo indefinido. Algunas pasan semanas e incluso meses sometidas a un «tratamiento inhumano y degradante, acusaciones falsas y pruebas falsas que se usan para mantenerlas encerradas» antes de ser deportadas.⁸¹ Una trabajadora sexual llamada Cookie dice: «La primera noche tuve un frío impresionante porque dormía en el suelo y llevaba solo una camiseta. Pensaba: “No estoy vestida y no tengo comida, ¿qué he hecho mal?” Durante toda una semana no me permitieron ducharme ni cambiarme de ropa». Butterfly informa de que otra trabajadora sexual migrante se quedó a vivir con una amiga después de haber huido de la violencia de género, cuando un cliente la atacó en el piso que ambas compartían. Cuando la policía llegó, detuvieron inmediatamente a su amiga bajo la sospecha de que estaba traficando con ella, pero también la detuvieron a ella acusada de trabajar ilegalmente. Ambas mujeres fueron deportadas.⁸²

La policía en los países nórdicos emplea rutinariamente las denuncias de violencia que ponen las trabajadoras sexuales para deportarlas. Una mujer, a quien la policía había identificado como trabajadora sexual después de que denunciara un incidente de violencia que le había dejado con una grave herida en la cabeza, fue deportada desde Oslo con tanta rapidez que la herida le dificultó seriamente viajar.⁸³

En 2014, en Oslo tres trabajadoras sexuales nigerianas fueron atacadas y robadas en su domicilio a punta de pistola. Las mujeres fueron a un albergue de emergencia para recuperarse pero, cuando regresaron a su casa unos días más tarde, fueron detenidas y deportadas.⁸⁴ Tenían visados legales y vigentes. Deportar a personas que han acudido a ti como *víctimas de un delito violento* es una manera increíblemente agresiva de cumplir la ley, no es algo que pueda considerarse ni legítimo ni normal. Cuando salió

⁸¹ E. Lam, «Behind the Rescue».

⁸² *Ibidem*.

⁸³ Amnistía Internacional, *The Human Cost*, *op. cit.*

⁸⁴ *Ibidem*.

a la luz el caso de una mujer en Londres, en 2017, que había sido amenazada con recurrir a las autoridades de inmigración después de denunciar una violación se produjo —afortunadamente— una ola de indignación nacional.⁸⁵ Y sin embargo la política nórdica sobre la prostitución, en la que casos así son pura rutina, se considera feminista y algo a lo que aspirar.

En nuestra opinión, nadie se merece que lo deporten. Pero la policía viola incluso sus *propias* reglas deportando a trabajadoras sexuales que tienen derecho legal a permanecer en el país. Las autoridades suecas deportan rutinariamente a mujeres migrantes de otras naciones de la Unión Europea con la justificación de que el trabajo sexual constituye «una amenaza para el orden público y la seguridad» o «una forma deshonesto de ganarse la vida».⁸⁶

No es una coincidencia que tantas mujeres deportadas de Escandinavia sean negras. El modelo nórdico surgió como respuesta a las ansiedades racistas acerca de la migración de trabajadoras sexuales negras, especialmente en Noruega, donde se las describía mediante los tópicos estigmatizadores de la mujer negra sexualmente agresiva.⁸⁷ La organización comunitaria de trabajadoras sexuales de Oslo, Pro Sentret señala que cuando se redactó la ley:

Hubo muchas discusiones acerca de cómo «las calles se habían vuelto inmorales». La mayor parte del debate se centraba en las muy visibles mujeres nigerianas. [...] Había políticos que hablaban de lo terrible que era para ellos que esas mujeres se les acercaran. A las mujeres se las trataba como si fueran basura que necesitaba ser limpiada. Los relatos de los medios de comunicación trataban de las «“putas negras” que provocaban inmoralidad en las calles». Ese era el enfoque principal.⁸⁸

⁸⁵ H. Siddique y K. Rawlinson, «Rape victim arrested on immigration charges after going to police», *The Guardian*, 28 de noviembre de 2017, disponible en theguardian.com.

⁸⁶ Swedish National Police Board, «Trafficking in human beings for sexual and other purposes», 2011, pp. 13-14, informe disponible en feminismandhumanrights.files.wordpress.com (consultado el 28 de junio de 2018).

⁸⁷ S. O. Jahnsen, «Women who cross borders - Black magic? A Critical Discourse Analysis of the Norwegian newspaper coverage of Nigerian women in prostitution in Norway», Trabajo de fin de máster University of Bergen, 2007, disponible en citeserx.ist.psu.edu (consultado el 28 de junio de 2018).

⁸⁸ Amnistía Internacional, *The Human Cost...*, *op. cit.*

La penalización de las trabajadoras sexuales por compartir piso, las multas y los desahucios contra las trabajadoras sexuales, y el uso extremadamente agresivo de las deportaciones son incompatibles con la afirmación de que el modelo nórdico «despenaliza por completo» a las vendedoras. Conserva, añade e intensifica numerosas herramientas con las que acosar, procesar, detener o dañar a las trabajadoras sexuales a través del derecho penal o de medidas civiles. Al dar a entender a la policía que interrumpir el comercio sexual es su trabajo, la ley la empuja a emplear esas herramientas contra las vendedoras, lo que hace con especial celeridad cuando la vendedora es negra.

El efecto, por supuesto, es que la vendedora tiene muy buenas razones para esconderse de la policía, haciendo que los innumerables comentarios por parte de los polis escandinavos acerca de lo sencillo que es aún encontrar trabajadoras sexuales («si el putero puede encontrar mujeres prostitutas, también podrá la policía»)⁸⁹ resulten más escalofriantes que agradables. Plantea, bajo una cruel luz, la pregunta retórica que escuchamos a tantos activistas: «¿Cómo podría estar en peligro una prostituta en Suecia —nos preguntan tanto los policías como los políticos y las activistas— cuando lo único que tiene que hacer es descolgar el teléfono, incluso si el putero solamente le ha faltado al respeto, y la policía lo detendrá en tanto está ya cometiendo un delito?»⁹⁰ Una pregunta así tiene por fuerza que ser retórica, obviamente estas activistas nunca se han parado a escuchar las respuestas de las trabajadoras sexuales.

La respuesta, por supuesto, es que una trabajadora sexual que trabaja bajo el modelo nórdico aún tiene mucho que temer. Si es migrante —aun cuando tenga los papeles en regla— todavía puede ser detenida y llevada *hoy* a un centro de internamiento. Si su nombre está en el contrato de alquiler del piso que comparte, puede ser acusada. ¿Llamarías a la policía si hacerlo pudiera dejarte en la calle o llevarte a juicio? Dorothy, una trabajadora sexual migrante de Canadá, hablaba de cómo este miedo modulaba su comportamiento: «Ellos [los ladrones] nos trataban como

⁸⁹ European Women's Lobby, «18 myths on prostitution», 2014, informe disponible en womenlobby.org (consultado el 28 de junio de 2018); APT Ireland, «Prostitution and Sex Trafficking: Abuse of Power, Abuse of Vulnerability», 2014, disponible en education.dublindiocese.ie (consultado el 28 de junio de 2018).

⁹⁰ Bindel, *Pimping of Prostitution*, *op. cit.*

a un cajero automático. Nos robaron cuatro veces en una semana. [...] No podíamos llamar a la policía porque nos habríamos metido en problemas peores. Le conté esto a la policía [después de que me arrestaran y encerraran] pero les dio igual».⁹¹

Cuando las personas que venden servicios sexuales tienen razones urgentes y desesperadas para esconderse de la policía, se vuelven profundamente vulnerables ante los hombres violentos. Estos hombres saben que pueden atacarnos, robarnos o agredirnos; y como contactar con la policía supondría arriesgarnos a quedarnos sin casa, *además* de haber sido robadas a punta de pistola, no iremos a la policía. Las trabajadoras sexuales bajo este sistema son un blanco demasiado fácil.

El proxeneta y el traficante

Tal y como hemos señalado cuando hablamos de la demanda, las terceras partes, como los gestores, salen beneficiadas cuando las vidas de las trabajadoras sexuales se vuelven más difíciles. Por ejemplo, cuando las trabajadoras sexuales se enfrentan a obstáculos legales para alquilar, como es el caso bajo el modelo nórdico, tiene sentido que busquen a otra persona para que sea un «intermediario» con el casero. Una relación así es enormemente desequilibrada en términos de poder: si el «intermediario» exige 300 libras al mes por hacer eso, la trabajadora sexual se ve obligada a pagarle a él *además de al casero* y, si no puede o no quiere, este puede fácilmente hacer que la desahucien. El gobierno noruego escribe que, en Suecia, «la dependencia de las prostitutas de los proxenetas probablemente haya aumentado. Hace falta alguien en segundo plano para organizar el transporte y los pisos nuevos, para que así la actividad de la mujer sea más difícil de descubrir».⁹²

Las víctimas de la explotación y de la trata con fines sexuales son una preocupación clave de muchas feministas, incluyendo activistas trabajadoras sexuales. Hay mujeres en relaciones de pareja abusivas que han sido obligadas a prostituirse por parte de su pareja. Hay personas trabajando en la prostitución que han sido obligadas a ello por personas que las prometieron un trabajo diferente y a quienes pagan parte o la totalidad de sus ingresos procedentes del trabajo sexual, normalmente para saldar una deuda que contrajeron al cruzar la frontera.

¿El enfoque nórdico mejora la situación de estas mujeres? Tened en cuenta que no hay una línea que divida claramente entre trabajadoras sexuales y aquellas a las que consideraríais objeto de trata. Todas estas personas recurren, cuando pueden, a las estrategias de precaución que hemos descrito en este libro. Todas, por la razón que sea, buscan ganar dinero: ya sea para comprar droga, para aplacar a un miembro violento de la familia o a un gestor abusivo, para dárselo al casero o para enviárselo a los miembros dependientes de su familia; o incluso para pagar a un contrabandista de personas.⁹³ Las políticas que dificultan la vida de las prostitutas *también dificultan la vida de aquellas a las que consideraríais objeto de trata*. Pensad una vez más en el informe del gobierno noruego que hemos citado anteriormente, que decía que la ley de adquisición de servicios sexuales implicaba que las personas en situación de prostitución ahora tienen que «trabajar más duro». Eso se aplica a todo el mundo que vende servicios sexuales en Noruega; no hay una excepción para quienes se encuentran en las situaciones de mayor explotación. Otro informe del gobierno noruego sobre la ley de adquisición de servicios sexuales afirma esto mismo de una manera aún más clara: los peores daños, señala, se acumulan sobre «las adictas, las enfermas mentales y las personas de otros países, las prostitutas forzadas».⁹⁴ Y si una trabajadora migrante explotada acude a la policía bajo el modelo nórdico, como bajo cualquier otro modelo, es deportada con su deuda aún sin pagar. Tal y como apuntaba un informe del parlamento sueco, cuando las mujeres «son descubiertas por la policía» y se concluye que «carecen de una base

⁹³ Hemos empleado la frase «personas a las que consideraríais objeto de trata» para reflejar lo fluida y subjetiva que puede ser una designación así. Como en el capítulo 3, los gobiernos tienden a usar el término trata no para reflejar un daño real, sino para dar un barniz progresista a políticas contra la migración y la prostitución. Como la designación de persona objeto de trata se supone que implica cierto derecho a obtener apoyo por parte del Estado, aquellas personas a las que los gobiernos consideran objeto de trata son una diminuta proporción de aquellas personas a las que dañan los sistemas estatales con los controles fronterizos. En el caso de las activistas en contra de la prostitución, la designación de persona objeto de trata parece reflejar a aquellas personas con quienes simpatizan *versus* aquellas otras a quienes dichas activistas consideran menos simpáticas, tal vez porque esas personas en concreto están defendiendo los derechos de las trabajadoras sexuales en lugar de apostar por soluciones punitivas; estas quedan así excluidas del término personas objeto de trata, con independencia de sus experiencias.

⁹⁴ *Ibídem*, p. 13.

legal para su estancia», «a menudo [...] son inmediatamente [deportadas] sin que la policía intente investigar bajo qué condiciones han llegado y han estado aquí. [...] Eso implica que se pierda una importante información sobre el tráfico de seres humanos».⁹⁵

Si una mujer en estos casos trata de buscar un nuevo empleo a través de los servicios de salida, se le puede decir que antes de que puedan ayudarla primero tiene que abandonar el trabajo sexual. Es posible que de todos modos tenga miedo a acercarse a los servicios de salida, por temor a que revelarse ante cualquier «funcionario» tenga como consecuencia su deportación. Seguirá así vendiendo sus servicios sexuales, ya sea bajo presión o por su propia voluntad, mientras, simultáneamente, el número de clientes disminuye, los turnos se alargan y el trabajo se vuelve cada vez más peligroso.

¿Todo esto no merecería la pena si el mercado de sexo comercial en los países nórdicos fuera menor? Habrá *menos* mujeres que sean explotadas en la prostitución e incluso menos víctimas de trata, ¿no? El problema de esta idea es que el derecho penal no es un determinante clave en el tamaño de la industria del sexo en ningún país. Mirad a Estados Unidos. Si la penalización fuera el factor clave en el tamaño de la industria del sexo de un país, Estados Unidos tendría una industria minúscula. Como hemos detallado en el capítulo 5, en muchos Estados, el castigo por adquirir servicios sexuales excede con mucho al de Escandinavia y, por supuesto, las propias trabajadoras sexuales, junto con los gestores, caseros, chóferes y colegas, pueden ser acusadas de prostitución. Y, sin embargo, Estados Unidos tiene una *inmensa* industria del sexo. Eso es porque el determinante clave no es el derecho penal, sino la *pobreza* y el acceso de las personas a los recursos. Cuando un país no tiene una red de seguridad social o cuando la red de seguridad social excluye a algunas personas, estas personas, que tratan de no perder su hogar o que tienen que abonar sus tratamientos médicos, tendrán muchas veces que vender servicios sexuales para conseguir vivienda o medicación. Las personas indocumentadas luchan para entrar en el mercado

⁹⁵ Parlamento sueco, «Statens offentliga utredningar [Investigación pública gubernamental] 2002:69» s. 8.3.1.1, 2002, disponible en riksdagen.se (consultado el 28 de junio de 2018).

de trabajo oficial o para defender cualquier derecho laboral. En estos contextos, algunas personas venden servicios sexuales —a menudo bajo unas condiciones que son, en un grado mayor o menor, de explotación o abuso—. Pero la solución no es criminalizar el comercio sexual. Si lo fuera, Estados Unidos sería un lugar libre de trata de seres humanos. En lugar de ello, la solución es garantizar que las personas puedan acceder a los recursos que requieren, incluyendo el derecho a una migración segura y el derecho de los y las migrantes a trabajar y defender sus derechos laborales sin temor a la deportación.

De hecho, los legisladores suecos no han sido en absoluto claros acerca de los logros de la ley. Las afirmaciones de que los niveles de trabajo sexual han disminuido son por lo general engañosas, en tanto se suelen basar únicamente en los niveles del trabajo sexual de calle.⁹⁶ El trabajo sexual de calle en Estocolmo declinó brevemente después de 1999, pero luego volvió a repuntar. La ley probablemente se limitó a acelerar una transición al trabajo de puertas adentro que internet ya estaba facilitando.⁹⁷ «Hoy es imposible llevar un burdel en Suecia», presume un policía ante la activista en contra de la prostitución Janice Raymond, que repite sus palabras sin cuestionarlas.⁹⁸ Pero, según fuentes policiales, el número de burdeles en Estocolmo se ha incrementado espectacularmente. En 2009 se calculaba que había unos 90 «salones de masaje» tailandeses (que ofrecían servicios sexuales) en la ciudad; en 2013 su número era de 250.⁹⁹ Los políticos suecos se quejan de la resiliencia de la industria del sexo, en 2003 señalaban que la prostitución de calle en una determinada región se había más que duplicado.¹⁰⁰ Refutando las afirmaciones del «abolicionismo», los políticos suecos argumentan: «Nunca ha-

⁹⁶ M. Goldberg, «Should Buying Sex Be Illegal?», *The Nation*, 30 de julio de 2014, disponible en thenation.com.

⁹⁷ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.*; A. Skarhed, «Evaluation of the prohibition of the purchase of sexual services (resumen inglés)», Government Offices of Sweden, 2010, disponible en government.se (consultado el 28 de junio de 2018).

⁹⁸ J. G. Raymond, *Not a Choice, Not a Job: Exposing the Myths about Prostitution and the Global Sex Trade*, Washington, Potomac Books, 2013, p. 72.

⁹⁹ Swedish National Police Board, *Trafficking in human beings*, *op. cit.*

¹⁰⁰ Parlamento sueco, «Förbud mot försäljning av sexuella tjänster» [Prohibición de la venta de servicios sexuales] moción 2002/02:ju284, riksdagen.se.

bíamos pensado que se podría erradicar la prostitución con la ley, pero [la *sexköpslagen*] es una señal importante de lo que es aceptable en una sociedad y lo que no». ¹⁰¹ La ley no es exactamente la «amenaza existencial» para el comercio sexual que sus defensoras decían que era. ¹⁰²

¿Hay alguien que nos escuche?

En todo el mundo, las políticas en contra de la prostitución implican rutinariamente el desahucio de las trabajadoras sexuales, su condena y su deportación. Pero únicamente en los países nórdicos esto se imagina como un logro *feminista*. ¹⁰³ En Suecia especialmente, limpiar la nación de indeseables como forma de mejora social es algo que ha formado parte de la identidad nacional desde hace mucho tiempo. A principios del siglo XX, la teoría política del *folkhemmet* («el hogar popular») se estableció a fin de conceptualizar la sociedad sueca ideal y su benevolente Estado de bienestar. La base de esta idea es que, a imagen de una pequeña unidad familiar, los ciudadanos suecos contribuyen y a su vez son benignamente atendidos por el Estado, que actúa como un «buen padre» que aparta a su prole de la corrupción y de las malas costumbres. ¹⁰⁴ No es de extrañar que el papel de la prostituta en el *folkhemmet* sea de antagonista. ¿Quién más que una prostituta puede simbolizar arquetípicamente la amenaza al hogar? Hay otros grupos de los que igualmente se percibe que alteran la normatividad familiarista sueca: las personas que consumen

¹⁰¹ Parlamento sueco, «Riksdagens snabbprotokoll [protocolo acelerado] 2001/02:78», 2001, disponible en riksdagen.se.

¹⁰² K. Banyard, *Pimp State: Sex, Money and the Future of Equality*, Londres, Faber and Faber, 2016, p. 198.

¹⁰³ «Las crudas mediciones del éxito que Noruega esta aplicando a su labor en contra de la trata —básicamente una reducción general del mercado del comercio sexual— implica que Noruega, en efecto, puede presumir de éxito a la hora de deportar víctimas de trata a otros países». Amnistía Internacional, «The Human Cost of “Crushing” the Market: Criminalization of Sex Work in Norway», informe, EUR/36/4024/2016, 26 de mayo de 2016, pp. 11-12.

¹⁰⁴ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, op. cit., «Introducción».

drogas, las personas con VIH, las personas trans*. La manera en la que esta «familia nacional» ha respondido históricamente a estos grupos nos dibuja el cuadro del control sueco.

En nombre del compromiso eugenésico del *folkhemmet* con la «higiene social», antes de 1975 se esterilizó por la fuerza a 21.000 personas. El 90 % de quienes fueron esterilizadas eran mujeres a las que se les consideró «inferiores, antisociales, peligrosamente hipersexuales, [...] promiscuas o débiles mentales». ¹⁰⁵ Durante la década de 1990, el Estado sueco encarceló a las personas que convivían con el VIH sin juicio previo, a algunos de ellos durante años: el 90 % eran trabajadoras sexuales y personas consumidoras de drogas. ¹⁰⁶ Este legado está presente en la gobernanza sueca. En 2009, un político del partido de la izquierda señaló que esas respuestas punitivas ante el VIH jugaban un papel en la construcción social de una «Suecia limpia y agradable». ¹⁰⁷ Hasta 2013, para poder reasignar legalmente su género, las personas trans* eran sometidas a una esterilización obligatoria. ¹⁰⁸ Incluso el rastro de drogas en el cuerpo está penalizado. ¹⁰⁹ La ley sueca contra la droga es mucho más severa que la de cualquier otro país europeo, lo que contribuye a explicar en cierto modo el terrible número de muertes por droga en Suecia, el segundo más alto de Europa. ¹¹⁰ En último término, únicamente los ciudadanos suecos «ideales» y normativos —las personas sanas y productivas de estirpe nórdica— son quienes pueden considerarse responsables, racionales, que se cuidan a sí mismos de una manera independiente pero acorde con las reglas de la familia.

Proteger la marca

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 5. Véase también P. Baldwin, *Disease and Democracy: The Industrialized World Faces AIDS*, Berkeley, University of California Press, 2005, p. 242.

¹⁰⁶ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.*, pp. 6-7.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 7.

¹⁰⁸ J. Ahlander, «Sweden to offer compensation for transgender sterilizations», *Reuters*, 27 de marzo de 2017, disponible en reuters.com.

¹⁰⁹ Transform, «Drug policy in Sweden: A repressive approach that increases harm», 2014, disponible en tdpf.org.uk.

¹¹⁰ C. Ederyd, «Sweden's Battle Against Drugs and Prejudice», *Vice*, 2016, disponible en vice.com.

Para las feministas en contra de la prostitución, seducidas por la idea del «hogar popular» —una utopía del orden social— la ley de prostitución sueca representa un sueño. No debemos permitir que la realidad se entrometa. Escuchamos una letanía de elogios exaltando la «despenalización» sueca de «las personas prostituidas». El grupo feminista británico Object dice, «el “modelo nórdico” despenaliza por completo a quienes venden servicios sexuales a la vez que ofrece servicios de apoyo para dejar la prostitución». Mientras la doctora Meagan Tyler, de la Nordic Model Information Network dice que la ley «básicamente gira, esencialmente, sobre un marco legal en el que todas las personas prostituidas son despenalizadas, de forma que no haya sanciones penales contra nadie en situación de prostitución, pero en el que la compra de sexo, el proxenetismo y la tenencia de burdeles están penalizados».¹¹¹

Cuando alguien le mencionó la Operación Sin Techo en los comentarios de su página web, la prolífica feminista en contra de la prostitución Meghan Murphy se quedó algo confusa:

¿Podrías al menos explicar [...] cómo y por qué la policía está supuestamente «persiguiendo y acosando a las trabajadoras sexuales» y qué tiene eso que ver con el modelo nórdico? Me parece que los artículos que has adjuntado tienen algo que ver con algo llamado «Operación Sin Techo». No sé qué es y no entiendo cómo se relaciona con el modelo nórdico.¹¹²

Murphy ha redactado literalmente cientos de artículos *defendiendo el modelo nórdico* durante un buen número de años. Que ella no sepa nada de la Operación Sin Techo deja traslucir una notable —y típica— falta de curiosidad feminista por las experiencias de las trabajadoras sexuales bajo el sistema que defendían. Abundan los ejemplos similares. En su libro *Pimp State* [Estado proxeneta], en el que también defiende el modelo nórdico, Banyard escribe: «Garantizar la Ley de Adquisición de Servicios Sexuales

¹¹¹ Object, «Prostitution - The Facts», 2015, disponible en object.org.uk; S. Woodward, «Calls for Australia to adopt “Nordic Model” on prostitution», *SBS News*, 2016, disponible en sbs.com.au.

¹¹² M. Murphy, comentario en S. Berg «From Norway to New Zealand, pro-prostitution research is its own worst enemy», *Feminist Current*, 28 de noviembre de 2014, disponible en feministcurrent.com.

no supone que las activistas tengamos el trabajo hecho. En lugar de ello, nuestra tarea se centra en presionar para introducir enmiendas en la propia legislación». ¹¹³ En ese momento, quien lea el libro podría preguntarse si *Pimp State* va a reconocer la Operación Sin Techo, las condenas, deportaciones u otros abusos que sufren las trabajadoras sexuales en las naciones nórdicas. En cambio, Banyard continúa: «En Suecia, por ejemplo, en 2011, se aumentó de seis meses a un año de cárcel la pena máxima posible por pagar a cambio de sexo». Este tipo de asuntos, o que a veces no se haya hecho cumplir la ley contra los clientes o que las penas sean muy bajas, son las únicas críticas que Banyard hace a la ley.

Otra activista en contra de la prostitución contó ante un público compuesto por políticos y activistas: «Por supuesto, bajo el modelo nórdico nadie que venda servicios sexuales es penalizado; aún así nos dicen constantemente que están criminalizadas de facto *y no estoy segura de a qué se refieren con eso*. Quiero decir, o se te penaliza por vender sexo, o no se te penaliza» [las cursivas son nuestras]. ¹¹⁴ Cuando se publicó el informe de Amnistía Internacional, con las voces de personas como Mercy, Mary, Esther y Eunice, que hablaban sobre la criminalización, los desahucios y las deportaciones, el grupo de presión británico Nordic Model Now! se limitó a comentar: «El modelo nórdico funciona y debería seguir implantándose». ¹¹⁵

La marca *sexköpslagen* está estrechamente vinculada a las ideas de una socialdemocracia innovadora. Como resultado, cuando otros países implementan leyes sobre prostitución basadas en las de Suecia, se benefician del mismo caché feminista, incluso cuando no se merecen en absoluto esas palmaditas en la espalda.

En Canadá la Ley C-36 o la Protection of Communities and Exploited Persons Act (PCEPA) [Ley de protección de las comunidades y personas explotadas] fue aprobada en 2014. La ley (que penaliza clientes y anuncios, a la vez que conserva la mayoría de los castigos que ya existían para las prostitutas) ¹¹⁶ se acom-

¹¹³ Banyard, *Pimp State*, *op. cit.*

¹¹⁴ J. Bindel, Contribution to «Prostitution and Gender Inequality», SPACE International, disponible en spaceintl.org.

¹¹⁵ Nordic Model Now (@nordicmodelnow) Twitter, 3:57 am., 27 de mayo de 2016: «The Nordic model works and should keep on keeping on», disponible en <https://t.co/SrIAGZFzZb>.

¹¹⁶ El antiguo régimen penalizador de Canadá (semejante a la actual ley británica) fue desmantelado cuando el Tribunal Supremo canadiense echó abajo tres de las cláusulas principales contra la prostitución, justificándolo en que violaban los

pañó de una serie de destacadas declaraciones políticas, desde algunas reaccionariamente hostiles hasta otras poéticamente progresistas. La parlamentaria conservadora Joy Smith habló con sentida compasión de una joven superviviente de abusos que había inspirado su combate para que la ley se aprobara: «un ser humano vivo, que respira, hermoso, con alma».¹¹⁷ Es sin duda un sentimiento encomiable (nunca es mal momento, por supuesto, para recordar que las prostitutas tienen alma), especialmente cuando se compara con las palabras de su compañero conservador Donald Plett, que dijo: «No queremos garantizar una vida segura para las prostitutas, queremos acabar con la prostitución. Esa es la intención de la ley».¹¹⁸

Otros defensores de la C-36 enmarcaron el problema como un asunto de «daños comunitarios», como el ruido, el aumento del tráfico, el acoso a residentes, «comportamientos no sanitarios» y la irrupción de las trabajadoras sexuales en el espacio de los niños en edad escolar.¹¹⁹ Una vez más, «terminar con la demanda» se revelaba como un concepto lo bastante espacioso como para albergar múltiples ideologías políticas. En el mismo debate, Smith afirmaba de nuevo sus credenciales feministas: «Esta ley es [...] histórica

derechos humanos a la seguridad y la libertad de las trabajadoras sexuales. Los jueces estuvieron en parte influidos por los asesinatos en serie de Vancouver (BC) cuyas víctimas eran predominantemente indígenas; estas eran objeto prioritario de la violencia porque el derecho penal en el viejo sistema contribuía a su vulnerabilidad. No obstante, en lugar de priorizar la seguridad, en línea con el veredicto del Tribunal Supremo, el gobierno conservador incluyó una batería de penalizaciones adicionales con la Ley C-36. Esta Ley incluía castigos para «comunicarse con el propósito de vender servicios sexuales en un lugar público», lo que continúa penalizando a las propias trabajadoras sexuales. Véase *Canada (Fiscal General) contra Bedford*, 2013 SCC 72, Veredicto del Tribunal Supremo, scc-csc.lexum.com; A. Nanda, «From Bedford to MWCI, Chronicling the Legal Consequences of Pickton», *The Court*, 8 de enero de 2014, thecourt.ca; The Canadian Press, «Controversial prostitution law introduced on day of action on violence against women», *The Star*, 3 de diciembre de 2014, disponible en thestar.com.

¹¹⁷ L. De Visser, «Interview with MP Joy Smith - Human Trafficking and Prostitution», ARPA Canada, 2013, disponible arpacanada.ca.

¹¹⁸ C. Pablo, «New prostitution law leaves sex workers “invisible and anonymous”, advocate says», *Straight*, 2014, disponible en straight.com.

¹¹⁹ P. MacKay, «Debate on Protection of Communities and Exploited Persons Act», 11 de junio de 2014, disponible en openparliament.ca.

y es progresista. Por primera vez en la historia de Canadá, las mujeres que han sido objeto de trata para entrar en la prostitución no serán tratadas como una molestia, se las tratará con dignidad». ¹²⁰

Poco tiempo después de esto, en Ottawa, once trabajadoras sexuales migrantes fueron detenidas y deportadas. ¹²¹ Por mucho que las feministas digan que priorizan la violencia contra las víctimas —abordando el dolor que se nos causa por la compra de sexo— es sorprendente con que frecuencia se les resbala la máscara. Y, cuando lo hace, vemos una vez más que la meta de «deshacerse» de las trabajadoras y el espectro de los «daños a la comunidad» son lo que verdaderamente impulsa estas políticas. Para quienes han conocido la violencia en el comercio sexual el doble lenguaje de estas políticas está más que claro.

En cuanto al tan alabado efecto disciplinario de la ley sobre el privilegio sexual masculino... A medida que van surgiendo pruebas de los daños a las trabajadoras sexuales y de la poca o nula reducción de las dimensiones de la industria del sexo, las feministas contrarias a la prostitución, deseosas de «proteger la marca» del modelo nórdico, pasan cada vez más a citar los cambios en las actitudes sociales hacia la prostitución como una medida clave del éxito de la ley. Cuando la ley se implementó por primera vez, la mayoría de la población sueca no la apoyaba. Casi veinte años después, una gran mayoría de la población lo hace. Como escribe Banyard: «El cambio de actitud está en el corazón de la Ley de Adquisición de Servicios Sexuales. Su presencia en el cuerpo legal y su cumplimiento sobre el terreno habla de una sociedad que colectivamente traza una línea sobre la arena». ¹²² Lo que aquí se insinúa es, por supuesto, que el efecto de la ley ha sido fijar una norma nueva y más feminista: los suecos ya no creen que sea aceptable «comprar a una mujer con fines sexuales».

Al plantear este argumento, las partidarias del modelo nórdico omiten algo muy significativo: la misma encuesta que muestra cuántos suecos piensan ahora que es inaceptable

¹²⁰ C. Macartney, «Canada begins implementing transformational prostitution laws», *Christian Week*, 2015, disponible en christianweek.org.

¹²¹ C. McIntyre, «Migrant sex workers caught up in Ottawa sting facing deportation, further exploitation: activists», *The National Post*, 13 de mayo de 2015, disponible en nationalpost.com.

¹²² Banyard, *Pimp State*, *op. cit.*, p. 194.

pagar por sexo también muestra que muchos más suecos piensan ahora que es inaceptable *vender sexo*. A una mayoría de los suecos, especialmente a las mujeres, les gustaría que a las prostitutas se las multara o se las encerrara.¹²³ La «línea sobre la arena», que tan dispuestas están Bayard y otras a celebrar, parece mucho menos feminista cuando se traza no solo con el fin de penalizar a los clientes *sino también a las prostitutas*. Como escribe el académico jubilado Robert Fullinwider: «El cambio en la opinión hacia una fuerte mayoría que apoya la penalización de todas las facetas de la prostitución indica que la prohibición de la compra de sexo ha implantado una norma, sin duda, pero [...] podría ser una norma que a las feministas no les resultara cómoda».¹²⁴

El patriarcado, la policía y el Estado

Las trabajadoras sexuales activistas se han percatado a menudo de que la retórica en contra de la prostitución es un lugar de bienvenida para que los varones feministas fanfarroneen. Las políticas en contra de la prostitución se ponen al servicio del deseo de los «buenos chicos» de apuntalar su propia masculinidad; un activismo que ostensiblemente se ponga al lado del feminismo puede ser impulsado por algunas ideas bastante chovinistas. Tal y como dijo públicamente un fiscal sueco:

Un hombre de verdad debería ser capaz de conseguir a sus mujeres, lograr su cuota de sexo mediante sus poderes de seducción y, el consentimiento mutuo y por amor, o por disfrute mutuo, o procreación o por pasar el día; no por dinero. Irse de putas suponía engañar, era degradante, despreciable, pasarse de la raya. Las putas eran para los pardillos.¹²⁵

Esta idea de los «hombres de verdad», el zasca a las «putas», por no hablar de la idea de que un «hombre de verdad» debería tener su «ración» de sexo y mujeres, difícilmente constituyen un testimonio de las credenciales feministas de los legisladores suecos.

Idolatrar a la policía contribuye en buena medida a establecer estas políticas como un entorno amistoso para otros que se identifican a sí mismos como «hombres feministas». Si la policía va a

impartir justicia a las pobres y abusadas mujeres, se la puede alabar como un símbolo de la masculinidad heroica, un portal a través del cual otros hombres pueden entrar. Mientras que ellos se proyectan en la figura del «heroico» policía, los activistas varones en contra de la prostitución pueden emplear esas políticas para distanciarse superficialmente de otros tipos de masculinidad: «Las putas eran para los pardillos». El político que propuso esta ley en Suecia señaló específicamente las credenciales feministas de sus compatriotas, afirmando que la ley saldría adelante porque «los hombres suecos tienen unas opiniones sobre la prostitución diferentes a las de los hombres de otras partes del mundo».¹²⁶ El periodista y celebrado activista en contra de la prostitución, Nicholas Kristof, reveló una concepción del sexo bastante rara cuando se lamentó de la «promiscuidad» estadounidense en *The New York Times*, a la vez que afirmaba que los varones indios tenían una tendencia cultural a pagar por tener relaciones sexuales con niñas de catorce años.¹²⁷ Ese tipo de condenas se basan en gran medida en la moral de los «chicos malos» individuales, a menudo racializados.

Al defender leyes «que terminen con la demanda», los hombres desplazan la culpa del patriarcado en unos hombres concretos obviamente monstruosos, sintiéndose superiores al señalar las violaciones que cometen *otros* hombres o su tratamiento cosificador de las mujeres. La hipocresía reside, por supuesto, en que el movimiento contra la prostitución es en ocasiones profundamente cosificador de las trabajadoras sexuales. El feminismo contra la prostitución es un lugar en el que los hombres pueden participar en el archivo de insultos a las trabajadoras sexuales del tipo *agujeros, putas, orificios y basureros de esperma* y llamarlo análisis feminista.¹²⁸ Es un lugar en el que los hombres que se consideran a sí mismos en sintonía con el feminismo pueden ser paternos y despreciar a las mujeres prostitutas, de la misma manera que lo han hecho los hombres desde hace siglos. Es un lugar en el que un policía puede registrar la papelera del baño del piso de una trabajadora sexual, recuperar sus tampones empapados de sangre, publicar fotografías de estos en su libro de

¹²⁶ Levy, *Criminalising the Purchase of Sex*, *op. cit.*, p. 63.

¹²⁷ N. D. Kristof, «“Sex Work” versus “Prostitution”», *The New York Times*, 23 de enero de 2006, disponible en kristof.blogs.nytimes.com.

¹²⁸ Para un ejemplo de comentario, véase S. Buckland, «Call things by their proper names: A Reply to the Anti Porn Men Project», 2012, disponible en Zetkin.net.

memorias (con una conmovedora dedicatoria a las trabajadoras sexuales que ha conocido en su trabajo: «Este es mi intento de describir vuestra realidad») y aún así ser considerado un activista feminista.¹²⁹ Como observa la trabajadora sexual Charlotte Shane, el feminismo en contra de la prostitución hace que sea progresista para los hombres regodearse incesantemente en el sexo violento y coaccionado y en los cuerpos abyectos, al mismo tiempo que se les tributan elogios e incluso premios Pulitzer.¹³⁰

Mientras las feministas en contra de la prostitución se recrean en el abuso y la explotación de los «proxenetas y puteros» pasan por alto, o tácitamente apoyan, abusos similares por parte de la policía, de los caseros y de las autoridades de inmigración. Os llevará mucho tiempo, si lo buscáis, encontrar algún comentario sobre la detención, la confiscación de dinero o la deportación brutal de las trabajadoras sexuales que suceden en jurisdicciones marcadas con el «modelo nórdico». La periodista Joan Smith viajó a Suecia en 2013 para informar sobre el *sexköpslagen* y le preguntó a la policía si la prostitución se había vuelto más peligrosa para las mujeres. Informó con aplomo que «todos los policías suecos con los que había hablado insistían en que eso era un mito».¹³¹ Su reportaje empieza y termina con un policía dentro de un coche policial, vigilando a las trabajadoras sexuales a través de la ventanilla. Es difícil concebir una mejor manera que esta de encapsular el feminismo punitivista: una perspectiva que se abre y cierra ocupando el lugar de un policía, sentado en su asiento,

¹²⁹ S. Häggström, «Shadow's Law: The True Story of a Swedish Detective Inspector Fighting Prostitution», Estocolmo, Bullet Point Publishing; Häggström, S. (n.d.) Contribution to «Prostitution and Gender Inequality», *SPACE International*, 2016, disponible en spaceintl.org.

¹³⁰ C. Shane (@CharoShane) Twitter, 10:34 am., 7 de junio de 2018: «Men like CH, who are hardcore into sex worker rescue and determined to code all prostitution as rape, are so obviously getting a huge thrill from imagining sexually violated female bodies, helpless women ravaged by dozens of dicks, etc.» [«Los hombres como CH, tan entregados a rescatar a la trabajadora sexual y obstinados en codificar toda prostitución como violación, es evidente que se excitan a lo bestia imaginándose los cuerpos femeninos violados, a las mujeres indefensas arrasadas por docenas de pollas, etc.»].

¹³¹ J. Smith, «Why the game's up for Sweden's sex trade», *The Independent*, 2013, disponible en independent.co.uk.

literalmente compartiendo su posición y reproduciendo su mirada. Está claro con qué zapatos camina Smith y no es con los zapatos de las mujeres lejanas y aparentemente sin voz.

Las diferencias de poder entre hombres y mujeres constituye un tipo de desequilibrio estructural; las diferencias de poder entre las trabajadoras sexuales y la policía constituye otro. La comentarista feminista sueca Gunilla Ekberg escribe: «Aquellas personas que están a favor de la prostitución por supuesto ignoran la diferencia de poder entre hombres y mujeres»; pero las feministas punitivistas están profundamente dedicadas tanto a ignorar como a reforzar las diferencias de poder entre la policía y las prostitutas.¹³² Al intentar erradicar la desigualdad de género que localizan correctamente en la adquisición de sexo, intencionada o accidentalmente fortalecen el poder del Estado para dañar a las prostitutas, que es, por supuesto, en sí mismo, una dinámica profundamente patriarcal. Podríais pensar que esto nos deja, en tanto feministas, en un impás: si desafiar la patriarcal industria del sexo fortalece el Estado patriarcal entonces es difícil saber cómo podemos actuar. De hecho, es fácil imaginar un mundo en el que ningún hombre pueda pagar por sexo, simplemente porque todo el mundo que hubiera podido necesitar venderlo *ya tenga los recursos que necesita*. Podemos trabajar por un mundo más feminista haciendo menos pobres a las mujeres, pero no mediante un apuntalamiento del poder patriarcal del Estado carcelario.

Ignorar o apuntalar el poder del Estado permite que las experiencias de personas como Mercy, Mary, Tina, Eunice y Esther desaparezcan por una grieta. El feminismo dominante tiene un profundo desinterés por las experiencias de mujeres como ellas: por la violencia directa del Estado (multas, desahucios, y deportaciones) y por las violencias que sufren porque el Estado no las protege. Cuando las periodistas escriben que el modelo nórdico «despenaliza a las mujeres que venden servicios sexuales» y las organizaciones activistas repiten la afirmación de que la ley sueca «despenaliza por completo a todas aquellas personas que son prostituidas» es difícil sacar una conclusión diferente de que el

¹³² G. Ekberg, «Abolishing Prostitution: The Swedish solution», *Rain and Thunder*, 2008, disponible en catwinternational.org, p. 41.

feminismo dominante simplemente *no cuenta como tal* la criminalización o la deportación de las trabajadoras sexuales migrantes, en su mayoría negras, de los países nórdicos.¹³³

Como escribíamos en el capítulo sobre las fronteras, las deportaciones suponen una violación de los derechos humanos: a la gente se le separa a la fuerza de sus familias y de sus amigos simplemente por el lugar en el que han nacido. Pero, incluso dentro de la izquierda, la injusticia de la deportación a veces resulta un tema demasiado espinoso como para plantearlo.¹³⁴ A pesar de su presunción de radicalismo, en las posturas partidarias de abolir la prostitución pocas veces figura un análisis de las fronteras. Una valoración generosa de este hecho indicaría que, para algunas, las fronteras y la inmigración parecen ser realidades demasiado inmutables o permanentes como para tratarlas, realidades que nunca desaparecerán.

En tanto trabajadoras sexuales y feministas, no aceptamos que las fronteras y su control sean inmutables o inevitables. Nosotras también estamos trabajando por un feminismo radical que pueda abolir las fronteras, el capitalismo y la industria del sexo *sin causar daños a las trabajadoras sexuales*. Al igual que es un mal tópico afirmar que un futuro sin sexo comercial es una empresa fútil porque «la industria del sexo siempre existirá» o porque es «la profesión más antigua del mundo», es también una débil excusa rechazar la abolición de las fronteras simplemente porque el cambio sea difícil.

En este capítulo hemos tratado de hablar tanto del modelo nórdico «ideal» como del modelo nórdico tal cual existe en la realidad. El modelo nórdico tal cual existe produce daños a las trabajadoras sexuales y, cuando sus defensoras se niegan a reconocerlos o a tratar de remediar estos daños, revelan en último término lo poco que les importa la seguridad de las personas que venden servicios sexuales. Pero incluso si estos problemas —las deportaciones, los desahucios, las multas— se arreglaran, el «modelo nórdico ideal»

¹³³ J. Smith, «Pimp State: Sex, Money and the Future of Equality by Kat Banyard - Review», *The Guardian*, 2016, disponible en theguardian.com; Nordic Model Now!, presentación powerpoint, 2017, disponible en nordicmodelnow.files.wordpress.com/2017/05/nmn-slideshow-handout-v1b.pdf.

¹³⁴ D. Goodhart, «Why the left is wrong about immigration», *The Guardian*, 27 de marzo de 2013, disponible en theguardian.com.

aún seguiría provocando daño a las personas que venden servicios sexuales y tanto o más daño a las personas más marginadas. La razón está en que cualquier política que haga más pobres a las trabajadoras sexuales también tenderá a hacerlas estar menos seguras. Como señala el colectivo de trabajadoras sexuales tailandesas Empower, la criminalización se ocupa de lo que se les puede *arrebat*ar a las trabajadoras sexuales. Si lo que te preocupan son las personas más marginadas en esta sociedad, ¿por qué no empezar por pensar qué se les puede *ofrecer*?

7. El círculo mágico: Alemania, Países Bajos y Nevada

REGULACIONISMO: modelo legal que regula fuertemente una parte legal de la industria del sexo mientras continúa penalizando a las trabajadoras que no pueden o no quieren cumplir con los diversos requisitos burocráticos, como pruebas de salud obligatorias, empleo en determinados locales o registrarse públicamente como prostituta. También llamado legalización, licenciador, *Prostitutionsgesetz*.

Esta ley no quiere proteger a las trabajadoras sexuales. Es una cuestión únicamente de control.

Trabajadora sexual en Alemania¹

Muchas personas están familiarizadas con los términos *legalización* y *despenalización* pero sin darse cuenta de que estas palabras se refieren a cosas totalmente diferentes.

Por medio de la legalización, *parte* del trabajo sexual, en *algunos* contextos, es legal. Este trabajo sexual legal está fuertemente regulado por el Estado, por lo general no de una manera que priorice el bienestar de las trabajadoras. Esto es así, en parte, por una predisposición mental que hace que las personas que defienden la legalización del trabajo sexual tiendan a considerar a las prostitutas,

¹ Global Network of Sex Work Projects (NSWP), «Mandatory Registration and Condom Use Proposed in Germany», 2016, disponible en nswp.org.

no como trabajadoras, sino como vectores de enfermedad o símbolos de desorden que les producen angustia y que deben ser controladas. A menudo legalizar significa implementar nuevas leyes dedicadas específicamente al trabajo sexual, incluyendo nuevas sanciones penales, más que derogar las ya existentes.

Por comparación, la despenalización, de la que hablaremos con más detalle en el próximo capítulo, describe una situación en la que el trabajo sexual es legal *en tanto situación por defecto*. Con la regulación es legal únicamente cierto trabajo sexual, solo en algunos contextos, mientras que con la despenalización la prostitución, como punto de partida, no es delito. Las regulaciones que existen bajo la despenalización tienden a priorizar el bienestar de las personas que venden sexo, en parte debido a que la predisposición mental de quienes defienden la despenalización tiende a considerar a las trabajadoras sexuales como *trabajadoras* y de ahí surge la preocupación por los derechos de las trabajadoras.

Para las feministas escépticas, la legalización —la idea de que el gobierno conceda licencias para burdeles o cree zonas especiales para el trabajo de calle— es una manera de extender una alfombra roja al patriarcado. ¿Qué tipo de mensaje se envía cuando el Estado formaliza la prostitución? ¿Qué efecto produce el comercio sexual legalmente ratificado sobre las pretensiones sexuales del varón? ¿Los cuerpos explotados de las mujeres que trabajan en estos lugares quedan dañados por el exceso de uso? Las activistas contra la prostitución han objetado desde hace tiempo contra cualquier forma de legalización, enfatizando el efecto de «burdelización» global sobre el bienestar de las «mujeres prostituidas».²

Aunque diversas naciones han legalizado su industria sexual (incluyendo Bangladesh, Austria, Senegal, Letonia, Túnez, Hungría, Perú, Venezuela, Chile, partes de Australia y algunos condados del estado de Nevada) buena parte del debate feminista se centra en los modelos regulatorios europeos, especialmente en los de Alemania y Países Bajos, que a menudo se describen en términos como «buffet libre», «relajados», «barra libre» y «liberal».³

² F. Mackay, *Radical Feminism: Feminist Activism in Movement*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 209-227.

³ N. Grimley, «Amnesty International row: Should prostitution be decriminalised?», *BBC News*, 2015, disponible en bbc.com; C. Shanahan, «Amnesty prostitution vote rebuked», *The Irish Examiner*, 2015, disponible en irishe Examiner.com.

El apoyo de los liberales al regulacionismo está vinculado a la idea de que la prostitución es algo innato, perenne, inevitable, el trabajo sucio que *alguien* tiene que hacer. Esta idea tiene raíces profundas: los teólogos cristianos, por ejemplo, han defendido que el comercio sexual es una válvula de escape para los impulsos sexuales que, de otra manera, tendrían como resultado pecados peores.⁴ La doble moral patriarcal alaba a los varones por tener múltiples parejas sexuales, pero abochorna y condena a las mujeres por la misma razón. Matemáticamente, la única manera de que los varones practiquen la promiscuidad y que a la vez permita que la mayoría de las mujeres sigan siendo «respetables» es que un pequeño número de mujeres sean extremadamente activas sexualmente. Un editorial de 1897 en un periódico de Johannesburgo lo decía explícitamente: «La virtud del *monde* está garantizada por el *demi monde*».⁵ Es decir, las normas sexuales del patriarcado convierten el trabajo sexual no solamente en una actividad económicamente viable sino en cierto sentido *necesaria*, ya sea para beneficio del cliente individual o para el beneficio de la sociedad.

Después están quienes ven en el trabajo sexual un objetivo mayor capitalista. Esta lógica apunta a que, desde una perspectiva empresarial, aún hay esperanza para la industria del sexo, que, de manera muy parecida al mercado del cannabis, es una frontera salvaje que simplemente necesita una mano firme que la guíe hasta su crecimiento controlado. Estas industrias, en manos de la gente adecuada, pueden convertirse en una bendición para todo aquel que se pueda beneficiar del turismo, de la recaudación fiscal y de las normativas, que harán que los ricos sean más ricos y que las trabajadoras sexuales que comparten su visión queden visiblemente legitimadas en tanto profesionales. Esta ideología también contempla a veces los derechos de las trabajadoras como intercambiables con los derechos de los gestores del trabajo sexual, la lógica detrás de ello es que estos últimos están también criminalizados.⁶

⁴ Véase, por ejemplo, D. A. Richards, *Sex, Drugs, Death, and the Law: An Essay on Human Rights and Overcriminalization*, Totowa (NJ), Rowman and Littlefield, 1982, p. 133.

⁵ L. White, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 1990, p. 3.

⁶ Compartimos las críticas que han hecho las feministas contra la prostitución al International Union of Sex Workers (IUSW) por su decisión de permitir que los

Para mayor desesperación de las feministas trabajadoras sexuales con frecuencia se nos acusa de compartir esos mismos valores. Cuando dejamos claro que estamos pidiendo la *despenalización* del trabajo sexual, casi siempre se malinterpreta que queremos decir legalización y se nos calumnia como liberales, capitalistas o activistas por los derechos del varón, interesadas en garantizar la primacía sin trabas de la sexualidad masculina. Cuando la despenalización de la prostitución es falsamente caracterizada como legalización y ambas se agrupan semánticamente, las defensoras de la prohibición pueden culpar a ambas políticas por los defectos de una de ellas.

Contrariamente a su reputación como una benigna feria de sexo y diversión, un enfoque legalista regulacionista frente a la prostitución no resulta amable con las trabajadoras sexuales. Las legislaciones regulacionistas se manifiestan de maneras ampliamente diversas a medida que países de todos los continentes se esfuerzan con ansiedad en eliminar selectivamente, a través del derecho penal, lo que consideran los aspectos más perniciosos de la prostitución. En conjunto, estos enfoques denotan claramente una serie de miedos transculturales que, a estas alturas, ya serán familiares a quienes nos lean: el miedo al cuerpo visiblemente queer o enfermo, el miedo a la migración, el miedo a la contaminación sexual en lo social, el miedo a las mujeres que se mueven desordenadamente y sin supervisión en la sociedad o que se adueñan del poder económico organizándose el trabajo entre ellas.

El círculo mágico

Paradójicamente, legalizar el trabajo sexual no es necesariamente hacer legal el trabajo. Más bien crea un sistema de dos niveles en el que una parte es legal y una gran parte no. En Nevada, por

gestores se organicen junto a las trabajadoras sexuales. Esta decisión tiene sentido dentro de una política que está estrechamente dirigida contra el poder del Estado, en tanto los gestores también se enfrentan a la penalización. Pero no tiene en cuenta, en cambio, el hecho de que los gestores (en cualquier industria) tienen poder sobre sus trabajadoras y pueden emplear ese poder para explotarlas. El objetivo fundamental del sindicalismo es desplazar el equilibrio de poder para que favorezca a los trabajadores, y esto no puede lograrse si se permite organizarse a la dirección junto a ellos.

ejemplo, diez de los 17 condados permiten burdeles con licencia, y no se puede ejercer trabajo sexual en ninguna otra zona (incluyendo la ciudad más grande, Las Vegas). En Países Bajos, las personas pueden vender sexo legalmente en los burdeles y en los clubes sexuales, en los escaparates del barrio rojo, en las *tippelzonen* (áreas para el trabajo sexual de calle), en los cines sexuales y en los salones de masaje. Todos estos lugares tienen una licencia municipal. En cualquier otro lugar es ilegal.

Desde la legalización en los Países Bajos, más del 40 % de estos locales ha perdido su licencia, dejando a las trabajadoras sexuales con menos lugares en los que trabajar legalmente.⁷ En Alemania, la Ley de Protección de Prostitutas de 2017 estipula que toda trabajadora sexual debe registrarse y obtener un carnet identificativo como trabajadora sexual. Algunas de las condiciones para obtener este carnet incluyen hacerse pruebas de embarazo, de ETS y de consumo de drogas, así como una terapia obligatoria.⁸

Nevada, Países Bajos y Alemania son los casos típicos de lugares que imponen reglas acerca del modo en el que debe operar la industria sexual. Las trabajadoras sexuales más precarias no pueden cumplirlas y, por lo tanto, deben trabajar de forma ilegal, formando así una clase lumpen, vulnerable y criminalizada.

Las mujeres trans, por ejemplo, no pueden trabajar en los burdeles de gestión estatal en Turquía.⁹ Muchas trabajadoras sexuales en Alemania viven muy lejos de las estrechas zonas que se han designado como «áreas de prostitución» y, por lo tanto, trabajan fuera de ellas.¹⁰ Muchas trabajadoras sexuales australianas no pueden arriesgarse a perder su privacidad añadiendo sus nombres al registro oficial del gobierno para las

⁷ A. L. Daalder, «Prostitutie in Nederland anno 2014», Netherlands Ministry of Safety and Justice, 2015, disponible en rijksoverheid.nl, pp. 17-18.

⁸ Véase Hydra Berlin, «Information Pamphlet about the “Prostitutes Protection Law”», 2016, disponible en hydra-berlin.de; y A. Herter y E. Fem, «Professed Protection, Pointless Provisions – Overview of the German Prostitutes Protection Act», International Committee on the Rights of Sex Workers in Europe (ICRSE), 2017, disponible en sexworker europe.org.

⁹ K. Delgado, «Stacey Dooley’s Sex in Strange Places is a shocking look at Turkey’s sexual underworld», *Radio Times*, 2016, disponible en radiotimes.com.

¹⁰ K. Koster, «Legal in Theory: Germany’s Sex Trade Laws and Why They Have Nothing to Do With Amnesty Sex Work Proposal», *The Huffington Post*, 6 de diciembre de 2017, disponible en huffingtonpost.com.

prostitutas.¹¹ Quienes están en Nevada y tienen antecedentes penales —a menudo por delitos de supervivencia, como robar en las tiendas— no pueden trabajar en los burdeles legales.¹² Las trabajadoras sexuales que se acercan al umbral de la pobreza no tienen medios para pagar el alquiler en los escaparates de los barrios rojos holandeses (entre 80 y 100 euros por turno, que se abonan por adelantado).¹³ En Senegal, las trabajadoras sexuales que conviven con el VIH no pueden obtener un certificado de salud frente a la policía y por lo tanto no pueden trabajar legalmente; se las conoce como *les clandestines*.¹⁴ En Grecia se prohíbe que las mujeres casadas trabajen en los burdeles regulados por el Estado.¹⁵ Las migrantes sin papeles no pueden trabajar en *ninguna* jurisdicción legalizada.

Para estas personas, la idea de un marco «legalizado» no tiene ningún sentido: el Estado ha trazado un círculo mágico y ellas se han quedado fuera. Frente a estas imponentes barreras, para la enorme mayoría de las personas el estatus legal es algo imposible de obtener. En la mayoría de lugares, la cantidad de comercio sexual ilegal y no regulado excede con mucho al volumen de la industria del sexo.

En Alemania, una trabajadora de calle migrante y trans comentaba acerca de la implantación de la Ley de Protección de Prostitutas de 2017: «No tengo [...] seguro sanitario y normalmente no tengo dónde dormir. ¿Y ahora me tengo que registrar? ¿Cómo voy a hacer eso?». ¹⁶ Dee, una trabajadora sexual migrante en Austria, dice:

¹¹ Scarlet Alliance, «The Principles for Model Sex Work Legislation», 2014, disponible en scarlettalliance.org.au.

¹² B. Mansfield, «Nevada's Brothels: Legalization Serves the Man», *Tits and Sass*, 2014, disponible en titsandsass.com.

¹³ F. Anna, «How to start in window prostitution in Amsterdam?», *Behind the Red Light District*, 12 de marzo de 2015, disponible en behindtheredlightdistrict.blogspot.co.uk.

¹⁴ G. M. Tucker, «The Invisible Challenge to HIV/AIDS Prevention: Clandestine Prostitution in Senegal», *Journal of International Women's Studies*, 2012, núm. 13: 1, pp. 19-31.

¹⁵ NSW, «Greek Sex Workers Organise Conference and Demand Law Reform», 2017, disponible en nswp.org.

¹⁶ Hydra Berlin, «Information Pamphlet about the "Prostitutes Protection Law"», *op. cit.*

Aquí estoy indefensa. No tengo una nómina. No puedo obtener ningún crédito o préstamo. No puedo alquilar un coche. Pago los impuestos, la seguridad social, pero no tendré pensión. No me dan nada. Tampoco tengo derecho a paro. [...] No puedo hacer nada en mi nombre.¹⁷

La organización holandesa en pro de los derechos de las trabajadoras sexuales De Rode Draad describe el sistema holandés anterior de *gedoogbeleid* (política de tolerancia) hacia las trabajadoras sexuales: «Antes, el trabajo de estas mujeres [migrantes] se toleraba de la misma manera que el trabajo de otras trabajadoras sexuales. Con la legalización de un grupo de mujeres, el trabajo del otro grupo de mujeres se ha convertido en ilegal».¹⁸

Este patrón de dos niveles es un rasgo universal — también defectuoso — de las leyes a las que nos referimos como *legalización* o *regulacionismo*, que tienden a empoderar a los peores especuladores. Un rasgo frecuente de los regímenes legalizados es que trabajar para un jefe sea legal, mientras que trabajar de manera independiente, ya sea por tu cuenta o con amigas, esté total o parcialmente penalizado. El resultado es que la legislación *obliga a las trabajadoras sexuales a trabajar a las órdenes de jefes*, y concede a estos jefes un poder adicional sobre las trabajadoras. Como escribe la ex trabajadora de un burdel, Mariko: «Los burdeles legales agitan su estatus legal como si fuera una zanahoria para que tú sientas *que los necesitas* a fin de poder ganar dinero».¹⁹ Si tus opciones se reducen a trabajar para un jefe o montártelo de manera independiente y arriesgarte a que te detengan, es posible que no tengas más remedio que aceptar unas condiciones de trabajo por debajo de lo habitual o incluso abusivas. La extrabajadora de un burdel Amy Walker dice acerca de la época en la que estaba en los burdeles de Melbourne: «A los dueños de los burdeles les interesa sobre todo que las mujeres estén inseguras, incómodas y compitan entre sí».²⁰

¹⁷ H. Wagenaar, S. Altink y H. Amesberger, «Final Report of the International Comparative Study of Prostitution Policy: Austria and the Netherlands», *Platform31*, 2013, disponible en kks.verdus.nl/upload/documents/P31_prostitution_policy_report.pdf.

¹⁸ Citado en Ministerio de Justicia y Policía de Noruega. «Purchasing Sexual Services in Sweden and the Netherlands: Legal Regulation and Experiences», 8 de octubre de 2004, informe disponible en regjeringen.no, p. 34.

¹⁹ M. Passion, «Cautionary words from a brothel survivor: But still a sex worker activist», 25 de agosto de 2008, disponible en marikopassion.wordpress.com.

²⁰ A. Walker, «Women's Experiences of Different Legislative Models», *SPACE International*, 2016, disponible en spaceintl.org.

Las trabajadoras sexuales nos han contado que han conocido a dueños de burdeles en Nevada que delatan a la policía a las trabajadoras independientes de la zona: esas trabajadoras representan una amenaza para su negocio que «resuelven» consiguiendo que las detengan.²¹

La legalización exacerba las vulnerabilidades de las trabajadoras sexuales. Después de la aprobación en Alemania de la Ley de Protección de las Prostitutas, surgió inmediatamente una industria parásita que ofrecía servicios a las trabajadoras sexuales en dificultades; por ejemplo, proporcionando direcciones falsas y remitiéndoles el correo, o ayudándoles a rellenar las solicitudes escritas en alemán. Esto, por supuesto, permitía que los delincuentes identificaran fácilmente a las trabajadoras sexuales que podían ser un blanco fácil para la explotación: aquellas que no estaban seguras de sus derechos o que rozaban la indignancia.²² Una trabajadora de calle migrante en Alemania dice:

Mi novio me lleva la burocracia. Yo intento entender lo que hace, para no depender demasiado de él, pero no lo consigo. Debido a la creciente complejidad de tener que registrarse bajo la Ley de Protección de Prostitutas, aún entenderé menos las cosas y mis colegas que trabajan con proxenetas aún se volverán más dependientes de ellos.²³

Quienes tienen que trabajar de manera ilegal bajo un régimen «legalizado» siguen sometidas a muchos de los daños de la penalización pura y dura. Sus intereses y los de la policía siguen siendo opuestos.²⁴ En Alemania la policía tiene ahora la facultad de entrar en cualquier local de prostitución en cualquier momento.²⁵ Como en cualquier sistema penalizado, en el que la policía actúa *de facto* como los reguladores del trabajo sexual,

²¹ En conversación privada.

²² A. Herter y E. Fem, «Professed Protection, Pointless Provisions - Overview of the German Prostitutes Protection Act», International Committee on the Rights of Sex Workers in Europe (ICRSE), 2017, disponible en sexworkereurope.org.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Scarlet Alliance and the Australian Federation of AIDS Organisations, «Unjust and Counter-Productive The Failure of Governments to Protect Sex Workers from Discrimination», 1999, informe disponible en scarletalliance.org.au, p. 14.

²⁵ Hydra Berlin, «Information Pamphlet about the “Prostitutes Protection Law”», *op. cit.*

esta facultad no solamente proporciona un terreno fértil para la corrupción policial, sino que impide a quienes no cumplen las normas (a menudo las vulnerables trabajadoras de calle, que son quienes corren más peligro de violencia) acudir a la ayuda policial cuando la necesiten. Muchas de ellas no denuncian violaciones o agresiones porque pueden acabar con una acusación, o con cualquier otra sanción, debido a su trabajo no autorizado, por parte del policía que las atienda. Durante el juicio del violador y asesino en serie Adrian Bayley, se destapó que al menos diez de sus víctimas de violación en Victoria, Australia —donde el trabajo sexual está regulado—, eran trabajadoras sexuales que se habían negado a prestar testimonio porque temían y desconfiaban de la policía.²⁶

En cuanto a esas trabajadoras sexuales que *pueden* trabajar legalmente, el regulacionismo las trata como imprudentes adolescentes a quienes sus preocupados padres regañan. El resultado son las medidas que encierran a la trabajadora entre las cuatro paredes de un burdel. En Australia Occidental en las décadas de 1970 y 1980, a las mujeres trabajadoras sexuales bajo la legalización:

No se les permitía tener parientes en un radio de 500 kilómetros, sus hermanos varones no podían ir a visitarlas, no se les permitía tener relaciones estables con la gente de la localidad y estaban limitadas a determinadas áreas de la ciudad, [...] el acceso a la piscina estaba restringido. Las mujeres debían vivir [...] en los burdeles.²⁷

Hoy en día, en Nevada, las trabajadoras sexuales legales están generalmente sometidas a un toque de queda durante toda la duración de su contrato y deben vivir dentro de las instalaciones. «Las chicas se escapan todo el tiempo, se van a la ciudad, a hacerse las uñas», dice George Flint, que trabaja como lobista para los dueños de burdeles de Nevada. «Pero yo soy un entusiasta partidario de que las chicas se queden en las instalaciones. Sin el entorno controlado que proporciona el burdel, pueden hacer cosas sin tomar precauciones (es decir, sin usar condones)».²⁸ Si

²⁶ R. Spooner, «Adrian Bayley trials: Street sex workers still reluctant to report crimes», *The Age*, 2015, disponible en theage.com.au.

²⁷ R. Perkins, «Working girls: Prostitutes, their life and social control», *Australian studies in law, crime and justice*, Canberra, Australian Institute of Criminology, 1991, capítulo 2.

²⁸ M. Gira Grant, «Resisting the Sex Panic: Sex Workers Struggle for Evidence-Based Regulation in Nevada», *Rewire*, 2009, disponible en rewire.news.

se ausentan más de 24 horas, las trabajadoras deben pagar una prueba de ETS, una precaución inútil, puesto que la posible infección procedente del sexo recreativo no se detectaría en cualquier caso hasta las dos semanas. Se trata, de todos modos, de una medida diseñada para servir como disuasión financiera y social de aventurarse demasiado tiempo fuera de la «seguridad» del hogar institucional. En las calles de la Europa legalizada, las trabajadoras sexuales pueden ser encerradas en cabinas o albergues y se les permite trabajar legalmente solo en una zona específica.

Además de acorraladas, las trabajadoras sexuales pueden también ser expulsadas o empujadas hacia los márgenes, fuera de la vista. La planificación urbanística sitúa los establecimientos de trabajo sexual lejos de la comunidad, en localizaciones como polígonos industriales, aísla a las mujeres y las convierte en objetivo de los agresores violentos. En una ciudad rural de Nevada las ordenanzas locales dictan que, cuando una mujer deja de trabajar en un burdel legalizado, debe «abandonar la ciudad en el siguiente modo de transporte disponible». Susan López, directora de Las Vegas Sex Workers' Outreach Project, dice: «A veces da la sensación de que solamente quieren que las “sucias putas” salgan de la ciudad para que no infecten al público».²⁹

El cuerpo «infeccioso» de la prostituta está presente en cualquier conversación acerca de la regulación del trabajo sexual, y el discurso acerca de la salud pública hace que los daños de la regulación sean más difíciles de discernir. El control opresivo sobre los cuerpos de las personas parece de algún modo más razonable cuando atañe a la salud de toda la nación. ¿Por qué no se debería obligar a las trabajadoras sexuales a someterse a dichos controles de salud? ¿A quién podrían perjudicarle unas leyes así?

Estas observaciones, a menudo bienintencionadas, no toman en consideración que cualquier cosa que se vuelve obligatoria genera automáticamente una simultánea violación de esa regla. Irónicamente, estas medidas son profundamente ineficaces a la hora de proteger la salud pública: cuando una trabajadora sexual se enfrenta a un castigo si se descubre que tiene una infección, también tendrá un incentivo para evadir pruebas similares en un futuro. De manera similar, quienes son lo suficientemente pobres como para

²⁹ *Ibidem*.

haber sido convencidas en un momento de necesidad a acceder a tener sexo sin condón por un dinero extra, es probable que eviten acudir a los servicios de salud a fin de escapar de la penalización.³⁰

En Senegal, la policía elige a las trabajadoras sexuales registradas como objetivo de la extorsión o coerción sexual; esta es una de las razones por las que tan pocas de ellas deciden registrarse.³¹ Además, en muchas naciones, los resultados de las pruebas se ponen a disposición de los cuerpos policiales, lo que quiere decir que las trabajadoras seropositivas se arriesgan a que se las acuse bajo las leyes de confidencialidad del VIH si se descubre que están trabajando. Una vez más, esto es un enorme incentivo para que las trabajadoras sexuales que sospechen que pueden ser seropositivas *eviten* ir a los servicios de salud.

Nosotras apoyamos inequívocamente el acceso gratuito y universal a los servicios sanitarios. En todo el mundo, desde Ciudad del Cabo a Glasgow, las trabajadoras sexuales hacen campaña por unos mejores servicios sanitarios e incluso los fundan ellas mismas, prácticamente sin dinero y de la nada.³² Pero las pruebas *obligatorias* constituyen una violación de los derechos humanos. Todo el mundo tiene derecho a la intimidad médica y a la autonomía médica, las pruebas obligatorias violan estos derechos humanos básicos. Estas políticas muestran a las trabajadoras sexuales que la «salud pública» no incluye preservar *su* autonomía corporal y su privacidad y las anima a desplegar ingeniosas estrategias de evasión en momentos de infección, cuando necesitan llevar dinero a casa.

En 2008, un trabajador sexual en Australia fue condenado por trabajar siendo seropositivo, fue expuesto y avergonzado en la prensa. (No había ninguna prueba de que alguna vez hubiera trabajado de manera no segura o de que hubiera transmitido la infección). El furor de los medios de comunicación tuvo como consecuencia que

³⁰ Global Network of Sex Work Projects (NSWP), «Mandatory Registration and Condom Use Proposed in Germany», 2016, disponible en nswp.org.

³¹ Open Society Foundations, «Laws and Policies Affecting Sex Work: A Reference Brief», 2012, disponible en nswp.org.

³² Por ejemplo, Umbrella Lane es una organización caritativa dirigida por trabajadoras sexuales en Glasgow, Escocia, que proporciona suministros gratis para el sexo seguro y forma a las trabajadoras del sector sanitario para ofrecer consejos no estigmatizadores y servicios de salud para las trabajadoras sexuales. Su web es umbrellalane.co.uk.

el número medio de trabajadoras sexuales que se sometían a las pruebas quincenalmente descendiera, de 30 a menos de dos.³³ Nadie quería arriesgarse a que le dijeran que ellas también convivían con el VIH y a convertirse en el blanco de una furia tal. Las intervenciones en nombre de la «salud pública» tienen el efecto opuesto si alejan a las trabajadoras sexuales de los servicios de salud.

Incluso cuando hablamos de trabajadoras sexuales sin infecciones, los certificados de salud sexual crean una falsa sensación de seguridad. No todas las infecciones se muestran enseguida en las pruebas; cualquier resultado limpio, se refiere únicamente a lo que se ha hecho hace un par de semanas.³⁴ Las pruebas, inadecuadamente punitivas, malgastan fondos públicos y ocupan una enorme cantidad de recursos, recursos que se podrían dedicar a medidas de salud pública *que realmente funcionen*. Una profesional de la salud pública hablaba casi con orgullo de este supersticioso enfoque en 2006: «Hacemos tantas pruebas a esta gente que es casi como que les hacemos pruebas de más».³⁵

¿A quién le beneficia?

Lejos de *defender* el regulacionismo, nos posicionamos firmemente en contra, junto con otras feministas. No puede haber duda ninguna de que este marco legal no está diseñado para defender a la trabajadora, antes bien, forra los bolsillos de los hombres que no ejercen la prostitución, especialmente de quienes dirigen o facilitan la prostitución. Como se expresa en el blog de la comunidad de trabajo sexual *Tits and Sass*, «La legalización está al servicio del varón».³⁶ Los académicos Hendrik Wagenaar y Sietske Altink apuntan que «muchas autoridades municipales de Países Bajos han decidido “capar” el número de burdeles hasta el número que existía cuando entró en vigor la legalización. Esto ha abierto el camino a un “oligopolio” de poderosos y despiadados dueños de burdeles que controlan el mercado».³⁷ Las empleadas lo pasan mal en su puesto de trabajo cuando los ricos capitalistas se sienten cómodos despojando a sus empleadas de condiciones laborales decentes. En esto, la industria del sexo no difiere de la «perjudicial» startup Uber, en la que los trabajadores, cada vez más precarizados, están fuertemente regulados por la empresa en la que trabajan, pero sin derechos.

Muchos de los análisis feministas sobre el regulacionismo no son más que defectuosas expresiones de un pánico racializado acerca de la «explosión de la trata» por lo que, en estas conversaciones, se pierde la complejidad. El mecanismo de los dos niveles es simplemente otra ocurrencia de la malla explotadora que atrapa a tantas migrantes cuando cruzan las fronteras y tienen que elegir entre la pobreza y el trabajo ilegal. Los espacios de trabajo criminalizados son inherentemente vulnerables para los trabajadores y, cuando a las migrantes se les proscriben, por su estatus migratorio, de otras formas de trabajo, se vuelven presa fácil para la explotación a manos de terceras personas en la economía ilícita.

Tratantes, proxenetas y clientes, por sí solos, no producen todo aquello que es dañino en la industria del sexo. Cualquier análisis potente de los fallos de la legalización estaría incompleto sin reconocer el papel que juega el Estado. Bajo la legalización, la policía y el sistema de justicia penal aún reciben sus salarios de la prostitución, como los reciben en todas las demás partes del mundo, mediante las multas y el dinero confiscado.

Regular la prostitución le permite al Estado estar en misa y repicando. Por una parte, puede castigar a las trabajadoras sexuales inaceptables y apoderarse de su dinero. Por otra parte, disfruta de las ventajas financieras de una industria del sexo legal: impuestos sobre los burdeles con licencia, ingresos procedentes del turismo y la reputación de ser un fantástico destino de vacaciones para los muchachotes.³⁸

En el debate se produce, a menudo, un incómodo choque entre los «derechos de las trabajadoras sexuales» y «los derechos del consumidor», en discusiones que, de manera acrítica, retratan al comprador de sexo como alguien con una necesidad (o incluso con un derecho) de adquirir sexo. El regulacionismo dice que el cuerpo de una trabajadora sexual debe ser regulado *por el bien del cliente*, en lugar de confiar en que las trabajadoras supervisarán su salud por sí mismas.

³⁸ M. Gira Grant, «Resisting the Sex Panic: Sex Workers Struggle for Evidence-Based Regulation in Nevada»; Jenny Heineman, Rachel Mac-Farlane y Barbara G. Brents, «Sex Industry and Sex Workers in Nevada» en N. Shalin Dmitri (ed.), *The Social Health of Nevada: Leading Indicators and Quality of Life in the Silver State*, Las Vegas, UNLV Center for Democratic Culture, 2012.

Otorgar a las trabajadoras sexuales la misma confianza que se deposita en el cliente es incompatible con una perspectiva que contempla «vender su propio cuerpo» como una forma de autoherida. Según esta visión, las trabajadoras sexuales representan cuerpos aberrantes a los que se les debe imponer la intervención médica, con o sin su consentimiento.

Combatir el poder

«Toda prostitución es mala», decía la autora alemana y feminista en contra de la prostitución Alice Schwarzer cuando inauguraba una mesa redonda en Berlín en 2013. Agitando sus banderas y abriendo los paraguas rojos, 50 trabajadoras sexuales irrumpieron en el evento, esperando llamar la atención hacia sus experiencias de primera mano sobre el tema que se trataba. Sus panfletos decían: «Llamamos a fortalecer los derechos de las trabajadoras sexuales y a mejorar sus condiciones vitales y laborales». Schwarzer, impertérrita, les habló desde el micrófono: «Plegad vuestros paraguaitas. Ya os tocará el turno luego. Primero vamos a hablar nosotras».³⁹

Antes de que se aprobara en 2016, la ley alemana, titulada irónicamente Ley de Protección de las Prostitutas, se encontró con una intensa oposición por parte de las organizaciones de trabajadoras sexuales. Desde entonces se ha pedido repetidamente que la ley se derogue porque viola los derechos humanos. Como el grupo de trabajadoras sexuales alemanas Hydra e. V. plantea: «La rechazamos políticamente [...] cambiará drásticamente las condiciones vitales y laborales de las personas que se dedican al trabajo sexual».⁴⁰

La cobertura de la prensa sobre la industria sexual alemana está con frecuencia saturada de pánico. La idea de los «burdeles de tarifa plana» en el «putiferio de Europa» produce una particular aversión; apenas se presta atención a cómo esta versión del comercio sexual puede alterar las experiencias de las trabajadoras.⁴¹ Algunos de estos burdeles de tarifa plana, en los que el cliente paga en la entrada y puede visitar a varias trabajadoras, pagan un salario por horas en lugar de una comisión según el número de clientes, de forma que, aunque las condiciones sean

inevitablemente variables, estos empleos pueden suponer un ingreso estable comparado con la mayor parte del resto de las modalidades del trabajo sexual.⁴²

Las trabajadoras sexuales en Países Bajos se enfrentan a dificultades similares. En 2015, la alcaldía de Ámsterdam se dedicó a arrancar de raíz la prostitución. Esto incluía la previsión de cerrar casi cien lugares de trabajo y minar los derechos de privacidad, recogiendo datos sobre salud mental de las trabajadoras sexuales.⁴³ El 1 de mayo, después de que 18 escaparates fueran clausurados (a lo que le seguirían 80 más) las trabajadoras que habían sido despedidas llevaron a juicio al ayuntamiento. Para atraer la atención sobre su caso, ocuparon durante un día uno de los escaparates clausurados y después, ese mismo año, más de 200 personas desfilaron por las calles para exigir que se les diera más poder a las trabajadoras sexuales en los debates políticos.⁴⁴

La industria de los clubes de striptease británica está, en cierto sentido, legalizada de la misma manera. Las licencias para clubes están férreamente reguladas por los ayuntamientos y son enormemente caras. Esto ocurrió en la década de 2010 en buena medida porque las feministas opuestas al trabajo sexual protestaban por la permisividad de las licencias, especialmente por lo que la existencia de estos clubes de striptease simbolizaba para las mujeres no strippers. Los clubes ahora tienen que pagar 30.000 libras anuales por la licencia. Los clubes empezaron a usar sistemas de «reserva de plazas» y a multar a las empleadas como forma de recuperar el dinero que ahora perdían al pagar la licencia, lo que les condujo a superpoblar los clubes y a forzar a

⁴² M. Pearson, «Inside one of Germany's "flat rate" brothels: What it's like working at the King George Club», 2015, disponible en News.com.au.

⁴³ En una carta al ministro holandés de justicia, el alcalde escribía: «Para demostrar el grado de autoestima de una trabajadora sexual es necesario tener datos sobre su salud física y mental. Esto sirve para detectar posibles riesgos en una fase temprana. Para tener estos datos es necesario procesar los datos personales de las trabajadoras sexuales». E. E. van der Laan, alcalde de Ámsterdam, «Letter to the Minister of Security and Justice I.W Opsteleten», 23 de febrero de 2015, archivada y disponible en holandés e inglés en researchprojeckorea.files.wordpress.co; F. Anna, «Mayor Amsterdam wants to violate privacy rights sexworkers», *Behind the Red Light District*, 31 de marzo de 2015, disponible en behindtheredlightsdistrict.blogspot.com.

⁴⁴ Van F. Rossum, «Sex workers in the Netherlands are making history», *Research Project Korea*, 2015, disponible en researchprojectkorea.wordpress.com.

las bailarinas a compartir menos clientes por menos dinero.⁴⁵ En 2014, después de una serie de protestas por parte de una coalición de feministas y residentes locales, un club de striptease de Londres vio cómo el ayuntamiento le reducía su horario de apertura, a la vez que presumía de que así había «676 horas menos al año de cosificación de las mujeres».⁴⁶ Apenas nadie se interesó en lo que 676 horas menos de salario al año podía suponer para la plantilla del club, de la que ninguna de sus componentes había participado en la campaña.

Una y otra vez, las trabajadoras sexuales ven cómo las intervenciones y comentarios procedentes del feminismo dominante no contemplan las relaciones de poder en el puesto de trabajo y la necesidad de ganarse un sustento. En estos análisis, los chequeos obligatorios no son nada que deba preocuparnos y que las trabajadoras sexuales lleven consigo una identificación que revela su verdadero nombre a potenciales delincuentes es un procedimiento correcto. Schwarzer, a pesar de identificarse como «abolicionista», apoya los chequeos forzados y el registro obligatorio, mientras que la destacada feminista Julie Bindel critica el regulacionismo en tanto modelo legal, pero sugiere que la promesa de registrar a las prostitutas es uno de sus pocos rasgos redentores.⁴⁷

Muchas feministas en contra de la prostitución no se muestran críticas con la interferencia estatal, la consideran inocua para las mujeres o incluso una forma de protección. La escritora Kat Banyard cita con aprobación a una mujer que le dijo:

Si no hubiera sido legal, no lo habría hecho, [...] de la misma manera que no robo a una anciana o que no robo en las tiendas o cosas así. No habría tomado esta decisión si no hubiera sido tan sencillo y legal. En

⁴⁵ P. Smith, «East London Strippers Collective Is Standing Up for Strippers' Rights», *Vice*, 2014, disponible en vice.com.

⁴⁶ W. McLennan, «“676 hours less of objectification of women”: Councillor's delight as Spearmint Rhino's opening hours are cut», *Camden New Journal*, 4 de febrero de 2015.

⁴⁷ S. Dolinsek, «Sex workers fight against compulsory registration and identification in Germany», *openDemocracy*, 2016, disponible en opendemocracy.net; J. Bindel, «Women's Experiences of Different Legislative Models», *SPACE International*, 2016, disponible en spaceintl.org.

realidad desearía que no hubiera sido legal y que el Estado, ya sabes que en Alemania al Estado se le llama «el padre»... yo hubiera querido que el padre me hubiera protegido de esto con una buena ley.⁴⁸

Dejando de lado la implicación de que una prostituta deba ser penalizada de la misma manera que alguien que roba a una viejecita (una extraña asociación para encontrarse en un texto ostensiblemente feminista) que las mujeres pidan al «padre Estado» protección, ante lo que podríamos percibir como si fueran nuestras propias «malas decisiones», es la más explícita apelación al patriarcado que se puede imaginar. La palabra *patriarcado* literalmente significa «gobierno de los padres», o podríamos decir el «padre Estado».

Aunque estas políticas son enormemente frustrantes y dolosas para las trabajadoras sexuales, no es difícil entender por qué se producen. El regulacionismo representa una pesadilla comprensible: nos dirigimos hacia una distopía sexual hipercapitalista en la que el beneficio de los varones sobre la prostitución de las mujeres se convierte en una industria legitimada, imparable, donde los cuerpos de las mujeres son los engranajes de la máquina.

Estamos de acuerdo en que la legalización no es buena. De hecho, nos encantaría tener un debate más sustancioso con gente como Bindel, Banyard y Schwarzer acerca de exactamente *por qué* y *cómo* de nociva es la legalización y cuáles son sus alternativas. Regular y controlar a las trabajadoras sexuales, con la amenaza del castigo si no cumplen, es abandonar a las más pobres y vulnerables a las sombras. Para estas trabajadoras, la legalización *es* una criminalización, en tanto la capacidad de trabajar bajo la ley está, en la práctica, fuera de su alcance. Resulta tentador imaginarse a grupos de machos borrachos agresivos dando tumbos por los bares de la Reeperbahn de Hamburgo o por los barrios rojos de De Wallen en Amsterdam y pensar que lo único que podría remediar esa situación son restricciones adicionales, castigos y sanciones. Pero las sanciones, de cualquier modo en el que se manifiesten, solo convierten a la industria del sexo en algo más peligroso para las trabajadoras sexuales. Las sanciones suponen restar poder a las trabajadoras y dárselo a la policía, a los dueños o a los clientes.

⁴⁸ K. Banyard, *Pimp State: Sex, Money and the Future of Equality*, Londres, Faber and Faber, 2016, p. 182.

Ahora vamos a examinar las maneras en las que, *retirando* esas leyes —en lugar de añadiendo más— se puede beneficiar a las trabajadoras.

8. No hay bala de plata: Aotearoa (Nueva Zelanda) y Nueva Gales del Sur

DESPENALIZACIÓN TOTAL: un modelo legal que despenaliza a la trabajadora sexual, al cliente, a terceras personas como gestores, chóferes y caseros y regula la industria sexual mediante el derecho laboral.

Unos días después de que se aprobara la despenalización yo esperaba en el tribunal de distrito de Auckland con una trabajadora sexual de calle *fa'afafine*,¹ que había sido la última persona arrestada por ofrecer sus servicios, en la víspera de la tercera lectura de la PRA (Ley de Reforma de la Prostitución). El juez echó un ojo al pliego de acusaciones y declaró: «Señora, usted ya no es una delincuente. A día de hoy sus delitos ya no existen. La prostitución ha sido despenalizada. Puede marcharse».

Annah Pickering, New Zealand Prostitutes' Collective (NZPC)²

¹ *Fa'afafine* es una comunidad de tercer género de Samoa y de las islas polinesias que la rodean. Descrito por el artista japonés-samoano Yuki Kihara como «un género fronterizo que incluye tanto un género masculino como femenino», el concepto no se puede incorporar fácilmente dentro de la conceptualización binaria occidental del género. La palabra se traduce como «a la manera de una mujer». Véase Stevens, P. (2011) «Bite 59: Shigeyuki Kihara - Fa'afafine: In the Manner of A Woman, 2004-5», disponible en realitybitesartblog.blogspot.com

² New Zealand Prostitutes' Collective, «Celebrating 25 Amazing Years», 2012, disponible en nzpc.org.nz.

Como ya debería haber quedado claro a estas alturas, la mayoría de las leyes del mundo sobre prostitución no cumplen bien su propósito. Penalizar el trabajo sexual no funciona. En el fondo, el intercambio de sexo por dinero —como la migración, como el consumo de drogas y como el aborto— es una respuesta humana pragmática y legítima ante necesidades específicas. Prohibirlo produce conductas evasivas y de riesgo entre las trabajadoras sexuales, lo que las lleva a los márgenes y a estar expuestas a mayores daños.

Muchas feministas presentan el modelo nórdico como «la respuesta al problema», a menudo sin una evaluación crítica de sus defectos («La solución sueca a la prostitución: ¿Cómo es que nadie lo había intentado antes?»),³ pero ninguna reforma legislativa aislada —con independencia de su enfoque— es una bala de plata para la multitud de problemas a los que se enfrentan las trabajadoras sexuales.

El movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales a menudo también parece aferrarse a soluciones mágicas. El movimiento se esfuerza en expresar con los términos más sencillos posibles que lo que las trabajadoras sexuales *quieren* —y *necesitan* con urgencia— es la despenalización. Las trabajadoras sexuales ponen el ejemplo de Nueva Zelanda,⁴ donde la Prostitution Reform Act de 2003 (PRA) despenalizó el trabajo sexual, como un talismán contra el modelo nórdico: «*Esta ley no. Esta sí*». Tiene su lógica: si el problema es la penalización, entonces parece que la respuesta debe ser la *despenalización*.

A las personas que lean este libro se les perdonará también que alberguen la esperanza de que este capítulo proporcione una solución indiscutible, una panacea para que los peligros de la prostitución desaparezcan. Para que eso ocurra, sin embargo, tendría que *haber* un único problema singular, en lugar de una matriz de opresiones que actúan conjuntamente.

Los dos ejemplos de despenalización en la práctica son Nueva Zelanda y Nueva Gales del Sur, Australia. Su logro *incompleto* de la total despenalización —volveremos más tarde sobre esta

³ M. de Santis, «Sweden's Prostitution Solution: Why Hasn't Anyone Tried This Before?», *Women's Justice Center*, 2014, disponible en esnoticia.co.

⁴ Nueva Zelanda es el nombre acuñado por los exploradores y colonos europeos (Pākehā), mientras que Aotearoa es el nombre que usa el pueblo indígena maorí.

consideración— es lo más cerca que hemos estado nunca de la legislación ideal sobre el trabajo sexual. Nueva Zelanda y Nueva Gales del Sur han rechazado las sanciones por el trabajo de calle y la tenencia de burdeles, permitiendo a los colectivos de trabajadoras sexuales que trabajen juntas o en burdeles gestionados por otros. Los patronos responden ante sus trabajadoras sexuales según el derecho laboral. Este marco se ha ganado las alabanzas de organizaciones de derechos de la mujer, de las organizaciones de defensa de los derechos humanos y de organismos internacionales como Amnistía Internacional, Human Rights Watch, UNAIDS y la Organización Mundial de la Salud.⁵

En último término, como hemos señalado, ni Nueva Zelanda ni Nueva Gales del Sur han llegado lo suficientemente lejos. Aunque se trata incuestionablemente de un progreso fundamental para los derechos de las trabajadoras sexuales, dentro de estas jurisdicciones algunas de las trabajadoras más marginadas aún son dejadas atrás, incapaces de disfrutar de un acceso pleno a las libertades concedidas al resto de trabajadoras con la aprobación de la nueva legislación.⁶ Aunque el estigma de ser prostituta ha disminuido, un cambio legal que lleva activo menos de veinte años tiene aún que deshacer el daño producido por los milenios que lo precedieron. La policía ha perdido algo de poder, pero las trabajadoras sexuales aún no tienen demasiadas razones para confiar en los policías, cuyo trabajo, a nivel estructural, sigue siendo acosar, vigilar y encarcelar a las pobres, las vulnerables y las «revoltosas». Los sucesivos gobiernos de derecha han impuesto nuevas medidas de austeridad; y las poblaciones maoríes, trans*, joven y sin techo aún soportan un exceso de vigilancia policial y una carencia de protección.⁷ Las leyes de extranjería

⁵ Amnistía Internacional, «Global movement votes to adopt policy to protect human rights of sex workers», 2015, disponible en amnesty.org; Human Rights Watch, «World Report 2014», *op. cit.*, p. 47; UNAIDS, «Sex Work and HIV/AIDS: UNAIDS Technical Update», 2002; World Health Organisation Department of HIV/AIDS, «Prevention and Treatment of HIV and other sexually transmitted infections for sex workers in low-and middle-income countries: Recommendations for a public health approach», 2012.

⁶ New Zealand Prostitutes' Collective, citado en Global Network of Sex Work Projects (NSWP), «Sex Work And The Law: Understanding Legal Frameworks and the Struggle for Sex Work Law Reforms», 2014, disponible en nswp.org.

⁷ T. McClure, «A Racist System: Māori and Pacific Kiwis Talk about the Police», *Vice*, 2017, disponible en vice.com.

implican que las migrantes indocumentadas tengan que seguir trabajando de manera ilegal, mientras la fallida guerra contra las drogas sigue coleando. Todo esto moldea un contexto en el que, trágicamente, el asesinato de trabajadoras sexuales aún no ha terminado.⁸

La Global Alliance Against Traffic in Women (GAATW) describe el modelo neozelandés como «contradictorio»:

Por una parte, la despenalización del trabajo sexual es un factor de protección contra la explotación de las trabajadoras sexuales, puesto que ahora tienen el derecho de desafiar la explotación. No obstante, la política que prohíbe el trabajo sexual migrante supone que no todas las trabajadoras sexuales se puedan beneficiar por completo de la despenalización. [...] Es vital que [estos beneficios] se refuercen, [...] extendiendo los derechos a las trabajadoras sexuales migrantes que tienen permisos temporales.⁹

De todos modos, el movimiento por los derechos de las trabajadoras sexuales apuesta claramente por la despenalización, tomando el modelo de Nueva Zelanda como *punto de partida*.¹⁰ Aunque tendríamos mucho que decir acerca de lo que se podría mejorar en Nueva Zelanda, nada de ello invalidaría las pruebas de que la *penalización* —del trabajo, del lugar de trabajo, de los clientes— perjudica a las trabajadoras sexuales y debe suspenderse. Los problemas del modelo de Nueva Zelanda radican en el hecho de que algunos factores de criminalización (como la penalización de las drogas, de la migración y del trabajo sexual migrante) permanecen, perpetuando así parte de los daños presentes en todas las naciones con sistemas de penalización. Esto ha suscitado críticas

⁸ T. Livingston y K. Dennett, «Auckland's infamous K Road: NZ's first serial killer's hunting ground», *Stuff*, 2017, disponible en stuff.co.nz; S. Sherwood y B. Ensor, «Christchurch sex workers staying off the streets after death of Renee Duckmanton», *Stuff*, 2016, disponible en stuff.co.nz.

⁹ GAATW, «Sex Workers Organising for Change: Self-representation, community mobilisation, and working conditions», 2018, disponible en engaatw.org, p. 105.

¹⁰ Puesto que Nueva Zelanda despenalizó el trabajo sexual en un único cambio legislativo, los términos *modelo de Nueva Zelanda* y *despenalización* a menudo se emplean de manera alternativa. Queremos separar esas dos ideas: el modelo de Nueva Zelanda es *un ejemplo*, mientras que la despenalización es *el concepto general*, que puede ser implementado de manera distinta en diferentes lugares.

por parte del movimiento en contra de la prostitución; obviamente, sin embargo, la solución para el problema de los remanentes punitivos no pasa por retractarse de la despenalización.

Con el privilegio del espacio ininterrumpido que se nos concede en este capítulo, y que tan pocas veces se les concede a las feministas trabajadoras sexuales que tratan de discutir las reformas legales, podemos explorar qué resulta *eficaz* para reducir los daños en estos ejemplos de despenalización. Podemos examinar así si es útil reclamar que estos países sean una referencia para naciones en las que el comercio sexual, la cultura, la economía y la población pueden parecer muy diferentes. Podemos hablar de un futuro en el que la total despenalización del trabajo sexual beneficie a todas las trabajadoras sexuales en todo el mundo.

«Es trabajo y funciona»¹¹

¿Qué es la despenalización? Despenalizar la prostitución es un proceso de derogación de leyes penales (por ejemplo, la que prohíbe ofrecer servicios sexuales) y administrativas o civiles (por ejemplo, las órdenes ASBO), que tienen como objetivo punitivo a las trabajadoras sexuales de calle, el trabajo colectivo, el trabajo asalariado, la publicidad, etc. Se trata de leyes que persiguen castigar a las trabajadoras y erradicar los lugares de trabajo. En un sistema despenalizado, la venta, adquisición y facilitación del sexo comercial se ha desplazado en gran medida fuera del ámbito del derecho penal y se ha incluido en el marco del derecho comercial y laboral. La adquisición y la facilitación de servicios sexuales quedan sometidas a las mismas leyes razonables sobre la coerción, explotación, acoso, agresión y violación que se aplican en los demás contextos.

En Nueva Zelanda, las trabajadoras sexuales de calle pueden trabajar en grupos de amigas, en lugares bien iluminados y centrales de su elección, sin el temor de que ni ellas ni sus clientes sean detenidos. La investigadora en salud pública Lynzi

¹¹ C. Haiti, C. Healy y A. Wi-Hongi, «It's work, it's working: The integration of sex workers and sex work in Aotearoa/New Zealand», 2017, disponible en wsanz.org.nz.

Armstrong ha concluido que «las trabajadoras sexuales ahora se sienten más capaces de trabajar [...] en lugares bien iluminados y seguros». La trabajadora sexual Claire dice que antes de la despenalización «estábamos en los lugares más oscuros, [...] era todo muy turbio», y lo contrasta con la situación presente, donde «ha cambiado mucho. [...] Antes muchas de nosotras teníamos que escondernos».¹² Armstrong escribe que, para las trabajadoras de calle, el «proceso de selección [de clientes] es [...] menos complejo en un contexto despenalizado».¹³

El 90 % de las trabajadoras sexuales de calle entrevistadas para una revisión de la PRA encargada por el Ministerio de Justicia neozelandés dijeron a los investigadores que con la ley tenían la sensación de tener derechos laborales.¹⁴ Otro 90 % sentía que tenía derecho a la seguridad y a la salud laboral. De manera impresionante, un 96 % decía que se sentía con derechos legales. (Estas cifras tan altas son aún más impresionantes porque bien podrían ser mejores que las de quienes están contratados en otro tipo de trabajos precarios. El trabajo de teleoperadora, por ejemplo, está «diseñado de manera tal que despoja a los trabajadores de sus derechos».¹⁵

Catherine Healy, coordinadora nacional y miembro fundador del New Zealand Prostitutes' Collective, habla de este incremento de la sensación de poder para las trabajadoras:

La despenalización supone que las personas tienen una expectativa más alta de que las cosas saldrán bien y de que funcionarán adecuadamente, [...] tienen la expectativa de que las cosas pueden arreglarse [...] «¿A quién se lo puedo contar?» es ahora la primera respuesta, en lugar de lo que solíamos escuchar [antes de la despenalización], tipo: «Bueno, no se puede hacer nada».¹⁶

¹² L. Armstrong, *Managing risks of violence in decriminalised street-based sex work: A feminist (sex workers' rights) perspective*, Tesis doctoral, Victoria University of Wellington, 2011, disponible en core.ac.uk/download/pdf/41338266.pdf.

¹³ L. Armstrong, «Screening clients in a decriminalised street-based sex industry: Insights into the experiences of New Zealand sex workers», *Australian & New Zealand Journal of Criminology*, núm. 47: 2, 2014, pp. 207-222.

¹⁴ G. Abel, L. Fitzgerald y C. Brunton, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers: Report to the Prostitution Law Review Committee», informe, University of Otago, 2007, p. 139, disponible en otago.ac.nz

¹⁵ J. Woodcock, «As a call centre worker I saw how employees are stripped of their rights», *The Guardian*, 2017, disponible en theguardian.com.

¹⁶ GAATW, «Sex Workers Organising for Change», *op. cit.*, p. 104.

Las trabajadoras sexuales de puertas adentro pueden trabajar con amigas en un piso compartido como en una cooperativa informal, sin tener que pasar por los aros burocráticos o temer redadas y detenciones. Tanto las trabajadoras de calle como de interior pueden comunicarse de manera clara y directa con sus clientes en lo que se refiere a los servicios, el uso del condón, el dinero y sin tener que ir a toda prisa ni recurrir a eufemismos.¹⁷ Como decía una trabajadora: «Les digo desde el primer momento lo que pueden y lo que no pueden hacer, de verdad». Los patronos deben someterse al derecho laboral que protege a las trabajadoras sexuales y denunciar a un patrón no supone la pérdida del empleo y el cierre del lugar de trabajo. Agredir o abusar de una trabajadora sexual —tanto por parte de un patrón como de un cliente— sigue estando penalizado (como lo está el abuso o la agresión a cualquier otro trabajador) pero el *trabajo* del trabajo sexual está regido, en cambio, por las mismas leyes laborales y protecciones al empleo que se aplican en el resto de centros de trabajo.

A veces las personas no están seguras del aspecto que adoptan las protecciones al empleo en el contexto del trabajo sexual. La idea del derecho laboral en los burdeles parece extraña y ajena, incluso risible a veces. (De hecho, un comentarista conservador objetaba al empleo del término *trabajadora sexual* precisamente porque «indicaba que habría un sindicato, un fondo de pensiones», una definición absurda de trabajador, teniendo en cuenta que muchos centros de trabajo carecen de representación sindical, y, cada vez más, de hucha de pensiones).¹⁸ Ni que decir tiene que a las trabajadoras sexuales no les parece risible la idea de que deban tener acceso a protección y seguridad en el centro de trabajo. Algunos ejemplos de derechos laborales que las trabajadoras sexuales esperan tener dentro de un contexto despenalizado

¹⁷ Por ejemplo, bajo un régimen de total penalización como el estadounidense, una trabajadora sexual puede describir sus servicios en un anuncio como «masaje corporal íntimo y completo». En diferentes contextos este eufemismo puede significar relación con penetración, beso con lengua o sexo oral sin condón. Los clientes abusadores a menudo querrán aprovecharse de esta ambigüedad presionando para tener una actividad (como una penetración sin protección) que la persona que lo proporciona no quiere hacer, argumentando que estaba implícita en la oferta.

¹⁸ T. Stanley (@timothy_stanley), Twitter, 3:19 am., 13 de abril de 2016: «@rmc ahill hmm. I don't like it. Suggests there's a union, pension fund etc».

incluyen protección contra el acoso sexual en el trabajo, pausas adecuadas en los turnos y entre los turnos, la obligación de que la dirección proporcione los materiales para el sexo seguro (y que respalde a las trabajadoras cuando insistan en el sexo seguro con los clientes), cláusulas que eviten la discriminación en el lugar de trabajo y el derecho de las trabajadoras sexuales a rechazar clientes y a recibir el apoyo de sus jefes cuando así lo hagan. Las encuestas arrojan que las trabajadoras sexuales en todos los sectores se han sentido más capaces de rechazar clientes a partir de la aprobación de la PRA y que las trabajadoras por cuenta ajena es mucho más probable que así lo hagan.¹⁹ ¿Es esto risible? Vicky, una trabajadora sexual por cuenta ajena en Wellington dice: «Por lo que les he oído a las mujeres [...] que trabajaban antes de que cambiara la ley, ahora es mucho mejor para nosotras y todo está más abierto, las chicas no tienen que librar sus propias batallas cada noche entre los clientes y los jefes».²⁰

Merece la pena recordar que existe una tensión de clase intrínseca en todos los centros de trabajo, entre los intereses de la dirección y la propiedad y los intereses de los y las trabajadoras. El papel estructural de los jefes y de los dueños es extraer todo el beneficio posible del trabajo de sus empleadas. En teoría, la despenalización ha colocado los lugares de trabajo de las trabajadoras sexuales de Nueva Zelanda al mismo nivel legal que el resto de lugares de trabajo en términos de acceso de los trabajadores a sus derechos y a su seguridad. Con esto no queremos decir, no obstante, que la despenalización haya eliminado la explotación, ni tampoco que cualquier otro lugar de trabajo (por ejemplo, restaurantes o constructoras) esté libre de explotación simplemente porque no está penalizado. La despenalización no puede eliminar el conflicto de clases entre los intereses de la dirección y de los empleados; lo que pretende es mitigar la *intensa* explotación en el lugar de trabajo que la penalización impulsa y alimenta.

¹⁹ G. Abel, *Decriminalisation: A Harm Minimisation and Human Rights Approach to Regulating Sex Work*, Tesis doctoral, University of Otago, Christ-church, Tesis doctoral, 2010, p. 233, disponible en prostitutionresearch.info/pdfs_all/GillianAbelPhDNewZealand.pdf.

²⁰ Abel *et. al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers: Report to the Prostitution Law Review Committee», *op. cit.*, pp. 118-119.

Poder trabajar de puertas adentro con otras colegas sin temor al arresto *aumenta el poder de la trabajadora en su relación con los jefes*. En último término, si lo necesita, la trabajadora puede marcharse y trabajar con amigas. Este poder se refleja en los datos: desde que Nueva Zelanda implementó la despenalización, hay menos personas trabajando para terceras personas y más personas trabajando en pisos compartidos con amigas.²¹ (¡De hecho los patronos se quejan de ello!).²² Cuando trabajar en grupo está criminalizado, los delincuentes pueden usar la amenaza de la detención contra las trabajadoras, tal y como hemos visto a lo largo de este libro. En cambio, las trabajadoras de las pequeñas cooperativas de Nueva Zelanda no son vulnerables ante los hombres violentos que emplean la ley en su contra de esta manera. Tal y como le dijo una trabajadora de uno de estos establecimientos al comité de reforma de la PRA: «Ahora que tengo derechos me siento más segura, [...] ya no tengo miedo de que me detenga la policía. Era más difícil cuando yo era joven. Me sentía como una delincuente y era menos asertiva».²³ Petal, otra trabajadora por cuenta propia, dice:

Creo que el cambio más grande de la ley es [...] el apoyo emocional para que las chicas digan: «Sí, no estoy haciendo nada malo. [...] Estoy únicamente haciendo un trabajo». Creo que es el cambio más grande, [...] el decir que no es ilegal [...] eso es lo que me gusta de la ley. Que nos apoya.²⁴

Nueva Zelanda implementó algunas formas adicionales de regulación que, a diferencia de las leyes alemanas u holandesas, están diseñadas teniendo en cuenta el beneficio de las trabajadoras sexuales, más que la especulación, el control o el castigo. Por

²¹ G. Abel, L. Fitzgerald y C. Brunton, «The impact of decriminalisation on the number of sex workers in New Zealand», *Journal of Social Policy*, núm. 8: 3, 2009, pp. 515-531; C. Miller, «Northland brothel bringing sex out of the shadows», *New Zealand Herald*, 2017, disponible en nzherald.co.nz.

²² New Zealand Ministry of Justice, «Report of the Prostitution Law Review Committee on the Operation of the Prostitution Reform Act 2003», 2008, p. 38, informe disponible en prostitutescollective.net.

²³ E. Mossman y P. Mayhew, «Key Informant Interviews Review of the Prostitution Reform Act 2003», New Zealand Ministry of Justice, 2007, disponible en chezstella.org/docs/NZ-KeyInformantInterviews.pdf.

²⁴ G. Abel *et al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers», *op. cit.*

ejemplo, un artículo de la PRA estipula que, si una trabajadora sexual desea abandonar la industria del sexo, puede tener acceso inmediato a la Seguridad Social sin pasar por la sanción temporal que habría recibido si hubiera dejado «voluntariamente» cualquier otro trabajo.²⁵

¿Cómo se ha llegado a esta situación? En 1988, el gobierno neozelandés empezó a financiar a un grupo de reciente formación dirigido por trabajadoras sexuales, el New Zealand Prostitutes' Collective. El NZPC se fundó como un grupo de promoción de la salud; su razón de ser era que las trabajadoras sexuales deberían ser capaces de «asumir el control de sus propios programas de salud en la medida de lo posible para poder decidir la dirección que debían adoptar dichos programas». El NZPC identificó inmediatamente la penalización de la prostitución como un grave problema para las vidas de las trabajadoras sexuales y presionó al gobierno para que formara un comité que investigara la despenalización.²⁶

A lo largo de la década de 1990, el NZPC trabajó para llevar la ley al Parlamento; en 2000, el parlamentario Tim Barnett presentó una proposición para despenalizar el trabajo sexual. Se aprobó en 2003, con la importante ayuda de la intervención de la parlamentaria Georgina Beyer, una mujer trans maorí y ex trabajadora sexual de calle. Beyer le contó al Parlamento: «Hubiera estado bien saber que [...] podría haberme acercado a las autoridades y decirles: "Sí, me han violado y sí, soy prostituta y no, no tenían derecho a violarme"».²⁷

La ley fue redactada por las propias trabajadoras sexuales. Más allá de cualquier regulación específica, este hecho resultó crucial. Lo que distingue a la despenalización del resto de modelos es la completa implicación de las trabajadoras sexuales a la hora de confeccionar la ley, así como la centralidad de *la seguridad de las personas que venden servicios sexuales*. De hecho, el texto de la PRA describe como su principal prioridad «salvaguardar

²⁵ Prostitution Reform Act 2003, s. 18, legislación neozelandesa, disponible en legislation.govt.nz.

²⁶ New Zealand Prostitutes Collective, «History», 2018, disponible en nzpc.org.nz/history.

²⁷ J. Jordan, «Sex work - Legislation and decriminalisation», Te Ara - the Encyclopedia of New Zealand, 2011, disponible en teara.govt.nz.

los derechos humanos de las trabajadoras sexuales». ²⁸ Es muy raro que una legislación que aborde la industria del sexo conciba explícitamente que las personas que venden servicios sexuales tienen derechos en absoluto, más allá del derecho a ser rescatadas de ser «vendidas».

Derrocar el poder de la policía

La despenalización, primero y antes que nada, *aparta a la policía* de la función reguladora *de facto* del trabajo sexual. Este es su papel en los sistemas en los que algunos o todos los aspectos de la industria sexual están penalizados, en otras palabras, en todos los sistemas legales de los que hemos hablado hasta ahora en este libro. La despenalización reduce los poderes de un policía de hacer una detención injusta-pero-legal y reduce su ventana de oportunidad de acosar, explotar, abusar, extorsionar o agredir a una persona con mucho menos poder.

Antes de la despenalización, las tácticas policiales contra la prostitución en Nueva Zelanda y Nueva Gales del Sur eran una letanía de daños. Un informe sobre la corrupción de la policía en Nueva Gales del Sur, antes de la despenalización, descubrió una cultura machista «que permitía el sexismo y glorificaba el abuso de las [...] indulgencias heterosexuales», una «mentalidad de asedio» y una «postura conservadora en política y en moral». En 1971, la trabajadora sexual Shirley Brifman identificó a 34 policías de Nueva Gales del Sur y Queensland que la extorsionaban, tanto a ella, como a otras trabajadoras sexuales. Más tarde encontraron muerta a Brifman. A todos los policías a los que acusó se les permitió dejar el cuerpo por baja a consecuencia de heridas en el cumplimiento del deber. Ni las acusaciones originales de Brifman ni la causa exacta de su muerte se resolvieron. ²⁹

Además de hacer detenciones por ofrecer servicios sexuales (principalmente de trabajadoras trans* y maoríes), los policías aprovechaban las oportunidades para abusar de las trabajadoras sexuales. Shania, una trabajadora de calle en Nueva Zelanda,

dice: «Algunos eran unos imbéciles y te cogían, creo que lo peor era que te encerraban y tenías que presentarte ante el tribunal con la ropa de trabajo. [...] Y eso era [...] simplemente degradante».³⁰

¿Qué puede hacer la despenalización para abordar estos daños? Bianca, una trabajadora sexual de calle, dice a los investigadores: «Yo no solía llamar a la policía, llamaba a una amiga. [...] Pero ahora es distinto, [...] la policía cuida de nuestra seguridad, lo que está muy bien».³¹ Shannon, una trabajadora sexual de calle, describe una mala experiencia al denunciar una violación a la policía antes de la despenalización: «Bueno, fue una mierda»; pero añadiendo que, «ahora que la ley ha cambiado, es diferente [...]». Si hubiera estado entonces despenalizada, habría sido diferente».³² Dora, una mujer trans trabajadora de calle en Nueva Zelanda, dice:

Ahora se puede trabajar. Eso me hace sentir segura; me hace sentir mejor con la policía. Antes solía esconderme de ellos [especialmente después de] que me la metieran por ofrecer mis servicios [...], pero lo que quiero decir es que ahora me siento mejor estando en la calle, más legitimada, más como «sí, se me permite estar aquí».³³

Esto se refleja en los datos: el 65 % de las trabajadoras sexuales de calle le dijeron a los investigadores que les parecía que la policía había mejorado a resultas de la ley, y cerca de un 70 % que sentían que «en su mayor parte o por completo» los policías ahora velaban por su seguridad.³⁴ Esta inusual relación positiva entre policías y trabajadoras sexuales llegó a los titulares de todo el mundo en 2014, cuando se informó de que un policía había ayudado a una mujer a la que un cliente le debía dinero, escoltando al cliente hasta un cajero automático. El portavoz de la policía le dijo a la prensa: «Puede parecer excepcional, pero es

³⁰ L. Armstrong, «From Law Enforcement to Protection? Interactions between Sex Workers and Police in a Decriminalized Street-based Sex Industry», *The British Journal of Criminology*, núm. 57: 3, 2017, pp. 570-588.

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibidem*.

³³ Abel, G., *et al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers», *op. cit.*, p. 140.

³⁴ *Ibidem*, p. 163

un asunto de rutina. La policía ayudaría a cualquier ciudadano que tuviera diferencias con otro, ya sea una trabajadora sexual o un repartidor de pizza».³⁵

Es importante no dejarse llevar por el entusiasmo. El modelo de Nueva Zelanda no ha resuelto todos los problemas. GAATW observa que, al no ir lo bastante lejos a la hora de despenalizar el trabajo sexual, el modelo de Nueva Zelanda no consigue proteger a las migrantes.

La prohibición de que las migrantes ejerzan trabajo sexual ha creado un contexto contradictorio en el que las trabajadoras sexuales nacidas en Nueva Zelanda disfrutan de los beneficios de un contexto laboral que se caracteriza por su apertura y transparencia mientras que las trabajadoras sexuales migrantes están esencialmente forzadas a la «clandestinidad» y, como resultado, son vulnerables a la explotación y a la violencia.³⁶

Las migrantes en Nueva Zelanda dicen que su criminalización les dificulta denunciar delitos e informan de condiciones laborales precarizadas y explotadas.³⁷ La trabajadora sexual Amy explica cómo se ha encontrado con este tipo de presiones: «Un cliente [...] pensará que no tienes un visado adecuado y dirá [...] que le prestes un buen servicio o si no se lo dirá a la policía».³⁸ Es fácil que, tanto los clientes como los patronos, se aprovechen de su estatus precario.

Healy, de la NZPC dice: «Creo que es importante acordarse de que [...] la ley facilita las condiciones que se requieren para la trata al convertir en ilegales a las trabajadoras sexuales que están trabajando como migrantes [...]. Es una preocupación muy, muy real».³⁹

En una encuesta reciente entre trabajadoras sexuales en Nueva Zelanda un 3 % había sido violada por un cliente en el último año y la mayoría de ese 3 % no había denunciado a la policía. Las trabajadoras de calle tenían muchas más posibilidades que las trabajadoras de puertas adentro de resultar víctimas y,

³⁵ K. Wynn, «Police help short-changed sex worker», *New Zealand Herald*, 13 de julio de 2014, disponible en nzherald.co.nz.

³⁶ GAATW, «Sex Workers Organising for Change», *op. cit.*, p. 96.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*, p. 89.

en gran medida, había menos probabilidades de que denunciaran.⁴⁰ Esto no resulta sorprendente: es mucho más probable, en comparación con el resto, que las trabajadoras sexuales de calle sufran problemas de salud mental y es más probable que consuman drogas.⁴¹ En otras palabras, es más probable que tengan menos recursos y que vivan dentro de una red de experiencias y comunidades estigmatizadas y todavía criminalizadas. Como es el caso de muchas otras naciones, los defectos del sistema judicial penal de Nueva Zelanda suponen que las querellantes que consumen drogas o que padecen enfermedades mentales tengan menos probabilidades de que se las crea en el momento de la denuncia inicial y más probabilidades de que sean rechazadas (o apartadas) por el sistema.⁴² Esto no es algo específico de las trabajadoras sexuales: la mayoría de las supervivientes de violencia sexual, tanto en Nueva Zelanda como en el resto del mundo, no informan a la policía de sus experiencias. Las supervivientes son muy conscientes de que el sistema de justicia penal a menudo suele ser más un lugar traumático, que un lugar de justicia reparadora.

Las trabajadoras sexuales tienen muchas razones para desconfiar de la policía. La despenalización aborda *una* de esas razones. Como la trabajadora de calle Sally dijo a los investigadores: «Yo no me llevo muy bien [con la policía] [...]. Pero no he tenido ningún problema cuando he estado trabajando. Se portan bien. Se limitan a decir, “¿Estás bien?” y ya sabes, nunca me han preguntado mi nombre».⁴³ Su compañera de trabajo Hollie dice: «Todavía no me fío de ellos. Quiero decir que un poli es un poli. Pero sí, lo intentan y me hablan, y se aseguran de que estoy bien, y yo pienso, “Vale, pero dejadme en paz,

⁴⁰ Abel *et al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers», *op. cit.* p. 120.

⁴¹ M. Roguski, «Occupational Health and Safety of Migrant Sex Workers in New Zealand», informe, New Zealand Prostitutes' Collective, 28 de marzo de 2013, disponible en nswp.org.

⁴² S. Triggs *et al.*, «Responding to sexual violence: Attrition in the New Zealand criminal justice system», informe, New Zealand Ministry of Women's Affairs, septiembre de 2009, disponible en women.govt.nz.

⁴³ Abel *et al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers», *op. cit.*, p. 165.

estoy bien”». ⁴⁴ La despenalización ha otorgado a Sally y Hollie el poder de mantener a raya a la policía. Pania también toca este tema cuando dice: «Vienen a montones, pero ya saben lo que estoy haciendo. Me ven y charlan un rato o cosas así. Y yo les digo, “¡Venga, marchaos ya! ¡Que me espantáis los clientes!”. Y se lo toman bien». ⁴⁵

El poder de mantener a raya a la policía es un poder que la penalización niega, en buena medida, a las trabajadoras sexuales y a otras poblaciones sometidas a excesiva presencia policial en todo el mundo. No obstante, las trabajadoras sexuales de Nueva Zelanda parece que tienen ese poder y que lo ejercen para evitar la intrusión de la policía, al menos en algún momento. Ningún cambio legal puede alterar fundamentalmente la actitud de un policía, que seguirá simbolizando la violencia intrusiva ante las más pobres y las más vulnerables, pero despenalizar explícitamente los delitos de prostitución elimina una de las herramientas de su arsenal. Los policías en las jurisdicciones despenalizadas descubren que se les ha cerrado una vía para explotar o acosar, una estrategia mucho más eficaz y radical que tratar de «sensibilizar» acerca de las actitudes machistas y de la mentalidad de asedio. ⁴⁶

Taponar las vías del abuso, reduciendo el poder de la policía, reduce los daños de las trabajadoras sexuales. Estas políticas deben implementarse junto con una batería de reformas que aborden el resto de vulnerabilidades de las poblaciones sometidas a control policial, como las trabajadoras sexuales indígenas y las trabajadoras sexuales de color. Quienes siguen siendo tratadas como problemáticas y alborotadoras, como las consumidoras de drogas, los jóvenes queer, las migrantes o las personas sin hogar, saben que la despenalización *por sí misma no es suficiente*. Como escribe Alex Vitale: «Reformar los cuerpos policiales para que estén mejor formados, que se les pueda pedir cuentas y que sean menos racistas son metas loables. Pero dejan intactas las funciones básicas institucionales de la policía, que nunca han sido en

⁴⁴ L. Armstrong, «From Law Enforcement to Protection? Interactions between Sex Workers and Police in a Decriminalized Street-based Sex Industry», *The British Journal of Criminology*, núm. 57: 3, 2017, pp. 570-588.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ Woods, «Ipswich victims drug addicts, not “sex workers”», *op. cit.*, p. 13.

realidad la seguridad pública o el control de la delincuencia». ⁴⁷ Cuando las personas como los consumidores de drogas o las trabajadoras sexuales son vulnerables porque se les niegan sus derechos humanos básicos y cuando un policía puede ganar fácilmente dinero en efectivo o una gratificación sexual aprovechándose de esa situación comprometida, no basta con albergar la esperanza de que esas personas, que tienen como misión controlar sus vidas, sean simplemente amables.

Escepticismo feminista

Tratar de desmentir la idea equivocada de que *despenalizar* el trabajo sexual es lo mismo que *legalizarlo* es una de las mayores frustraciones del activismo del trabajo sexual. Las dos palabras son engañosamente próximas en lo que indican y muchas personas emplean una equivocadamente cuando lo que quieren decir es la otra. El pensamiento es comprensible: ¿O acaso no significan ambos términos que algo es legal? Merece la pena pues insistir una vez más en las diferencias. La *despenalización* coloca a las trabajadoras de los oficios sexuales como las principales derechohabientes que necesitan un apoyo adicional, mientras que la *legalización* o el *regulacionismo* (como hemos visto en el capítulo anterior) sitúa a las prostitutas como indisciplinadas, temibles, y considera que deben ser controladas mediante medidas punitivas específicas. Lo que se deriva de la perspectiva de la despenalización es un sistema en el que se priorizan el conocimiento, la seguridad y los derechos de las personas que venden servicios sexuales y, para hacer esto, las regulaciones que se aplican a la industria del sexo son diseñadas por las propias trabajadoras sexuales.

Más que un error genuino, esta «confusión» es a menudo una útil muestra de prestidigitación. Una periodista en contra de la prostitución, por ejemplo, escribe: «Si crees que la despenalización va a hacer que la prostitución sea segura, echa un vistazo a los megaburdeles alemanes», un argumento incoherente que achaca los defectos del segundo modelo al primero. ⁴⁸

⁴⁸ S. Ditum, «If you think decriminalisation will make prostitution safe, look at

El modelo de Nueva Zelanda es a menudo desdeñado sin más: sus oponentes argumentan paradójicamente que conceder derechos *laborales* a las personas que venden sexo aumentará la explotación de las prostitutas.

El enfoque de Nueva Zelanda ante el trabajo sexual azuza los temores de las feministas en contra de la prostitución; a menudo preocupadas porque si se despenaliza la prostitución, las personas que buscan empleo se verán obligadas a ejercer la prostitución por la mano de las agencias de empleo o de las ferias de empleo de los institutos.⁴⁹ Pero en realidad, tal cosa no ocurre. Las agencias de empleo de Nueva Zelanda no exhiben anuncios de trabajo relacionados con la industria sexual y obligar a las trabajadoras sexuales a empezar o a seguir trabajando en el comercio sexual, incluyendo la amenaza de perder el paro, está prohibido.⁵⁰ La Ley de Reforma de la Prostitución declara que «las prestaciones de una persona, o su derecho a dichas prestaciones bajo la Ley de la Seguridad Social de 1964, no pueden ser canceladas o afectadas de ninguna manera por su rechazo a trabajar, o a seguir trabajando, como trabajadora sexual».⁵¹

No se trata de un sistema desconocido: en Gran Bretaña, trabajar en un club de striptese o ante una webcam es completamente legal y, sin embargo, las agencias de empleo o las ferias de empleo de los institutos no imponen los empleos en clubs de striptease o ante una webcam. El *estatus legal actual* del porno y de los *peepshow* no resulta en que quienes se apuntan a una empresa de trabajo temporal estén obligados a hacer un baile erótico o a enviar una foto de ellos desnudos para hacer la entrevista de trabajo.

Despenalizar la prostitución, se dice, supondría que las trabajadoras sexuales estarían desprotegidas frente al sexismo y a los abusos en el centro de trabajo. El director nacional de la Nordic Model Australia Commission pregunta: «¿Qué puede

Germany's mega brothels», *New Statesman*, 5 de febrero de 2015, disponible en newstatesman.com.

⁴⁹ Banyard, *Pimp State*, *op. cit.*

⁵⁰ TVNZ, «WINZ won't promote sex jobs», *tekarere*, 1 de julio de 2011, disponible en tvnz.co.nz.

⁵¹ Prostitution Reform Act 2003, s. 18, legislación neozelandesa, disponible en legislation.govt.nz.

hacer la policía si el acoso sexual es parte de tus condiciones laborales? Puedes denunciar violación, pero ese trabajo ya es una forma de violación». ⁵²

Reconocer algo como un *curro* en algunos contextos y como un acoso sexual en otros es algo que nosotras, en tanto feministas, nos apañamos colectivamente en hacer todo el tiempo. Por ejemplo, parte del trabajo de algunas personas consiste en dar masajes, pero si tú tienes un trabajo de oficina y tu jefe te pide que le des un masaje, eso es acoso. Una ocurrencia así no es un argumento legítimo que justifique prohibir a la gente vender masajes.

Es sorprendente y doloroso que estas preocupaciones acerca del acoso sexual estén tan dadas la vuelta. Lejos de impedir la concesión de estas protecciones a las trabajadoras sexuales, la despenalización es la única medida que puede empezar a hacer posibles dichas protecciones en el lugar de trabajo. Lejos de convertir el concepto en legalmente ininteligible, la despenalización *amplía* las protecciones de las *trabajadoras sexuales* contra el acoso sexual en el trabajo. En cierto sentido, la repetida construcción de que «todo trabajo sexual es violación» nos recuerda a los chistes sexistas de los adolescentes sobre si agredir sexualmente a una prostituta es una violación o un robo: ambas se basan en la idea de que, puesto que vendes sexo, es intrínsecamente absurdo imaginar que la sociedad va a reconocer que se te ha hecho daño en caso de una violación real.

De hecho, en 2014, una trabajadora sexual de un burdel de Nueva Zelanda llevó a su jefe a los tribunales de empleo por acoso sexual y ganó el caso. Un veredicto así sería inimaginable en cualquier otro lugar en el que los centros de trabajo de las trabajadoras sexuales están criminalizados. *No hay derecho laboral en un lugar de trabajo criminalizado*. El tribunal que sentenció el caso comentaba: «Las trabajadoras sexuales tienen el mismo derecho a la protección contra el acoso sexual que quienes trabajan en otras actividades [...]. Las trabajadoras sexuales tienen los mismos derechos humanos que el resto de los trabajadores». ⁵³

⁵² New Zealand Herald, «Former prostitutes call for ban to industry», *New Zealand Herald*, 8 de abril de 2016, disponible en nzherald.co.nz.

⁵³ M. Harris, «Sex Workers Equally Protected from Sexual Harassment as Other Workers - Says New Zealand Case», Oxford Human Rights Hub blog, 2014, disponible en ohrh.law.ox.ac.uk.

Algunas de las preocupaciones feministas acerca de la despenalización parecen en ocasiones un poco desconectadas de las vidas de las trabajadoras sexuales. Una activista se preocupa, por ejemplo, de que bajo el modelo de Nueva Zelanda nos veamos obligadas a pagar impuestos y que «como a una trabajadora “normal”, [...] las autoridades fiscales nos puedan perseguir [por no pagar]»⁵⁴. En realidad las trabajadoras sexuales ya estamos obligadas a cumplir con los impuestos y con las sanciones en caso de no pagarlos, ya sea nuestro trabajo legal o ilegal, también en Gran Bretaña y en los países nórdicos cuyas leyes esta activista defiende.⁵⁵ Ser tratadas como «trabajadoras normales» bajo un régimen de despenalización podría suponer que las trabajadoras sexuales tuvieran la oportunidad de beneficiarse de sus contribuciones en forma de derechos laborales y de protección en el puesto de trabajo, beneficios que actualmente les son negados, aunque paguen sus impuestos, en países como Gran Bretaña, Suecia y Noruega.

Incluso aunque algunos miedos no tengan mucho sentido, es no obstante crucial para nosotras examinar la despenalización con una mirada rigurosa. ¿Va a obtener la gente que lo pasa mal en el negocio del sexo bajo la despenalización una asistencia significativa para dejar de trabajar o para cambiar de algún otro modo su situación? ¿Y qué aspecto va a tener esa «asistencia significativa»?

En Nueva Zelanda, la única iniciativa potente para ayudar a las personas a dejar el trabajo sexual es que las trabajadoras sexuales no tengan una sanción por «desempleo voluntario» cuando lo dejan y que, por lo tanto, pueden pedir inmediatamente sus prestaciones.⁵⁶ Aparte de esto (y de que la despenalización elimina el obvio impedimento de los antecedentes penales por prostitución), no está claro si se ha hecho lo suficiente para proporcionar recursos a las personas que quieren hacer la transición a un nuevo trabajo, más allá de un puñado de albergues gestionados por grupos religiosos, ONG o individuos.⁵⁷

⁵⁴ K. Banyard, *Pimp State*, *op. cit.*, p. 64.

⁵⁵ Local, «Norway a “pimp” for my prostitute client: lawyer», *The Local*, 2011, disponible en thelocal.no.

⁵⁶ Prostitution Reform Act 2003, s. 18, legislación neozelandesa, disponible en legislation.govt.nz.

⁵⁷ International Labour Organization, «Direct Request for information from the Government of New Zealand», Direct Request (CEACR), adoptada en 2007, publicada en la sesión 97 de la ILC (2008), disponible en ilo.org.

Lauren, una trabajadora sexual y activista que ha trabajado tanto en Reino Unido como en Nueva Zelanda, dice: «Me parece difícil en Nueva Zelanda separar [la escasez de fondos para servicios] de un contexto social más amplio, en el que la falta de techo está muy extendida y los servicios de violencia de género para las mujeres migrantes han sido recortados [...] años de gobiernos liberales han destruido el Estado de bienestar».⁵⁸ Como hemos visto en el ejemplo de Suecia en el capítulo anterior, las medidas inadecuadas en este área no es algo propio del modelo de trabajo sexual de Nueva Zelanda. Podrían fácilmente aplicarse a Gran Bretaña, donde los recortes en los servicios y en el bienestar son cada vez más duros.

Las necesidades de las trabajadoras sexuales son diversas y no pueden asumirse o recogerse con los limitados bolsillos de los fondos de «salida». En Sudáfrica, por ejemplo, las personas en el comercio sexual identifican temas sexuales interseccionales como la tuberculosis, el VIH y las enfermedades mentales como factores que reducen su capacidad de salir del trabajo sexual.⁵⁹ Las trabajadoras sexuales indígenas del grupo canadiense Sex Workers United Against Violence señalan que los servicios deberían reflejar sus necesidades específicas en tanto personas indígenas, como financiación para las comunidades indígenas destinada a programas autogestionados de educación y formación profesional, y otros programas relacionados con la vivienda, la salud, la renta mínima y el cuidado infantil que se basen en las tradiciones indígenas.⁶⁰

Esta forma de apoyo especializado a menudo procede del interior de la comunidad. La organizadora residente en Vancouver Kerry Porth dice: «Las organizaciones de apoyo al trabajo sexual han estado ayudando a las mujeres a dejar definitivamente el trabajo sexual y por lo general lo hacen al margen de nuestro despacho y sin tener financiación específica para ello».⁶¹ No es esta una

⁵⁸ Correspondencia privada.

⁵⁹ D. Learmonth, S. Hakala y M. Keller, «“I can't carry on like this”: barriers to exiting the street-based sex trade in South Africa», *Health Psychology and Behavioral Medicine*, 2015, núm. 3: 1, pp. 348-365.

⁶⁰ Canadian Alliance for Sex Work Law Reform, «Joint Submission for Canada's Review before the UN Committee on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women, 65th Session», octubre de 2016, disponible en nswp.org

⁶¹ GAATW, «Sex Workers Organising for Change», *op. cit.*, p. 29.

carga que deba colocarse sobre los hombros de las trabajadoras sexuales y de otras comunidades. Le incumbe al gobierno financiar un apoyo sin juicios de valor que cubra las necesidades de las trabajadoras sexuales en sus propios términos, en lugar de imponerles soluciones que no han pedido o de estigmatizarlas como perezosas, deshonradas o pecadoras.

Hay feministas a quienes les preocupa que la despenalización dificulte aún más abordar la explotación y castigar a quienes abusan. Al contrario, es la penalización la que implica que las trabajadoras sexuales deban esconderse de la policía por miedo a sanciones como la detención, el desahucio o la deportación.⁶² Quienes abusan saben bien que las trabajadoras sexuales no podemos pedir ayuda al Estado y que es muy improbable que se nos tome en serio en los raros casos en los que recurrimos al mismo. La penalización de la prostitución fomenta la violencia hacia *todas las mujeres*; las trabajadoras sexuales criminalizadas se convierten en un «campo de entrenamiento» en el que los varones violentos pueden experimentar con la violencia, con la certeza de que sus objetivos son incapaces de protegerse a sí mismas o de apelar a la justicia. Tras «practicar» con trabajadoras sexuales, estos varones a menudo pasan después a atacar a mujeres que no son trabajadoras sexuales. Hemos visto este patrón en asesinatos como Peter Sutcliffe y Adrian Bayley.

A muchas les preocupa que, si permitimos que exista la industria del sexo sin prohibición, acabemos aceptándola y haciendo que prolifere. Se podría argumentar que esta preocupación revela una creencia tácita en que mantener el estatus de peligrosidad de la prostitución — mediante su carácter ilegal — funciona como una presión eficaz ante lo que de otro modo podría ser una tendencia «desatada» a vender sexo. (Ocasionalmente se verbaliza esta creencia «tácita»: cuando las trabajadoras sexuales se reunieron con la ministra de justicia irlandesa, para explicarle que la penalización les restaría seguridad, la ministra respondió diciendo que el aumento de la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales ante la violencia al menos disuadiría a las mujeres a entrar en el negocio).⁶³

⁶² E. Lam, «Behind the Rescue», *op. cit.*

⁶³ M. McGrath, «Sex worker Kate McGrew (36): “I feel that once we stop seeing sex work as a social ill we’ll start to see sex workers as humans”», *The Independent*, 2015, disponible en independent.ie.

Merece la pena observar que el número de trabajadoras sexuales en Nueva Zelanda se ha mantenido estable, la «explosión» que se había anunciado no se ha materializado.⁶⁴ No se ha podido demostrar que los cambios en el derecho penal, incluyendo su retirada, hayan tenido un impacto significativo sobre la cantidad de personas que venden sexo. Como decía a los investigadores la trabajadora sexual Jenny:

He trabajado ilegalmente en otros empleos, ¿saben? He trabajado sin contrato y cosas así. Así que, supongo que yo diría que probablemente me habría dedicado [al trabajo sexual] de todas maneras. Pero, ya saben, sí es cierto que, como es legal, [...] me siento más segura.⁶⁵

De todos modos, las conversaciones en los espacios feministas se han convertido en una guerra abierta. Una organización feminista en contra de la prostitución comenta: «No hay ninguna ventaja en mandar el mensaje a los hombres de que las mujeres y las niñas son mercancías que se pueden comprar. Las desventajas para una sociedad que emite ese mensaje son graves y muy difíciles de revertir». ⁶⁶ En el otro extremo está la voz no escuchada de las trabajadoras sexuales, como Pania, que habla del resultado real de los «mensajes» punitivos: «He tenido clientes que venían de países en los que es ilegal ser cliente y estaban de los nervios, atemorizados, eran difíciles de manejar». ⁶⁷ ¿A qué preocupaciones entonces, tenemos que darles más peso? ¿A las angustias relativamente abstractas de las mujeres no prostitutas acerca del «mensaje» o a las necesidades cotidianas y prácticas de las personas de clase obrera que quieren que su trabajo sea más seguro? Elegir esta última es la esencia de la reducción del daño.

⁶⁴ G. Abel, L. Fitzgerald y C. Brunton, «The impact of decriminalisation on the number of sex workers in New Zealand», *Journal of Social Policy*, núm. 8: 3, 2009, pp. 515-531.

⁶⁵ Abel, *et al.*, «The impact of the Prostitution Reform Act on the health and safety practices of sex workers», *op. cit.*, p. 84.

⁶⁶ R. Moran, «SPACE International's response to consultation for Prostitution Law Reform (Scotland) Bill 2015», 2015, disponible en womenssupportproject.co.uk/userfiles/file/space%20international%20response.pdf.

⁶⁷ New Zealand Prostitutes Collective (NZPC), «Decriminalisation of Sex Work in New Zealand: Impact on Maori», 2015, disponible en sexworklaw.co.nz.

La violencia real, diaria, contra las trabajadoras sexuales que *hoy* se produce en todo el mundo no puede ser un término de comparación con un pronóstico feminista de un futuro que aún está por llegar. Comparad estas preocupaciones con la realidad de la vida bajo la prohibición, donde la criminalización del trabajo sexual *no ha avanzado nada* en el objetivo de erradicar el comercio sexual y donde la violencia se percibe como un gaje del oficio. La penalización del trabajo sexual y el «mensaje» que emite, que «los cuerpos de las mujeres no están en venta», claramente no ha evitado que muchas personas, de Estocolmo a Nueva York y Harare, vendan sus servicios sexuales. Debería ser evidente que el verdadero mensaje de la penalización es que las personas que venden sus servicios sexuales existen en los márgenes de la seguridad, de los derechos o de la justicia.

Aún así, una escritora en contra de la prostitución forcejea infructuosamente con el concepto de la reducción del daño.

¿Llevar un condón reduce el impacto de la violación? [...] Si yo «consiento» que un hombre me penetre [...] pero no me pega la clamidia en el proceso, ¿quiere decir que lo que me ha ocurrido está bien? ¿Que me debo sentir bien por ello? ¿Que la sociedad debe desentenderse? [...] ¿Por qué se niegan a admitir que los daños de la prostitución no se pueden tratar con condones y burdeles?⁶⁸

Quienes se hacen esas preguntas bien podrían pensar en plantearlas, con respeto y compasión, a las actuales trabajadoras sexuales que han sobrevivido a la violencia sexual o que viven con el VIH. Ellas, y no quienes pontifican en abstracto, son las mejor situadas para decir si los condones y los burdeles son elementos inmateriales *para ellas* durante su etapa de la vida en el comercio sexual.

Trabajar sobre medidas más pequeñas para mitigar los daños inmediatos, mientras que *al mismo tiempo* se trabaja en soluciones más radicales que apuntan a las raíces del problema, no supone ninguna idea novedosa. El activismo feminista protestaba para acceder al aborto mientras que, *al mismo tiempo*, se organizaba en favor de una mejor educación sexual, más dinero para las madres y un acceso universal a los métodos anticonceptivos. Luchamos

⁶⁸ M. Murphy, «Male progressives who support harm reduction need a lesson in feminism and in radicalism», *Rabble*, 2015, rabble.ca.

con uñas y dientes por más refugios para la violencia de género, mientras que *al mismo tiempo* trabajamos para lograr un mundo en el que ya no haya violencia machista. Trabajamos para lograr un mundo sin fronteras mientras que, *al mismo tiempo*, nos organizamos contra las incursiones específicas de la ley de extranjería en nuestras casas, escuelas y hospitales.

El proceso es tal vez más lento de lo que les gustaría a muchas feministas en contra de la prostitución. Para estas comentaristas, nada que no sea una completa y rápida abolición de la prostitución es lo bastante radical. Pero despenalizar el trabajo sexual es tratar como algo importante la seguridad material, inmediata, de las personas que venden servicios sexuales. En este sentido, la despenalización constituye una demanda profundamente radical, mucho más que arrojar a las trabajadoras sexuales más pobres del mundo a los lobos en un intento de aniquilar la industria del sexo mediante una presión policial creciente.

Dudu Dlamini, una trabajadora sexual en Sudáfrica, entiende el impacto que a largo plazo tendría la despenalización. Al describir sus miedos mientras se prepara para defender la despenalización en una reunión sindical, recuerda:

Pensé acerca de todas las cosas malas que ocurren en las calles debido a la criminalización. ¿Y si mi hija se une a la industria del sexo y esas cosas malas le ocurren a ella? Si no le cuento estas cosas a esta gente no apoyarán la despenalización y entonces, ¿qué será de mi hija?⁶⁹

Despenalizar el trabajo sexual no resolverá todas las injusticias del mundo: ese es un problema demasiado grande para un solo cambio legislativo. Pero sí hará que las personas que venden sus servicios sexuales, ahora y mañana, estén más seguras mientras hacen lo que tienen que hacer para sobrevivir. Eso es algo profundamente valioso. Como dice Joyce, una trabajadora sexual en Nueva Zelanda: «Cambió por completo la calle, lo cambió todo. Así que mereció la pena».⁷⁰

⁶⁹ C. A. Mgbako, *To Live Freely in This World: Sex Worker Activism in Africa*, Nueva York, NYU Press, 2016, p. 40.

⁷⁰ G. Abel, «A decade of decriminalization: Sex work “down under” but not underground», *Criminology and Criminal Justice*, núm. 14: 5, 2014 pp. 580-592.

Conclusión

Las probabilidades de que tus actos de resistencia no puedan detener la injusticia no te exime de actuar de la manera que tú consideres, sincera y reflexivamente, que mejor sirve a los intereses de tu comunidad.

Susan Sontag¹

Cada una de nosotras tiene que encontrar su tarea y cumplirla. La militancia ya no es salir a la calle con armas, si es que alguna vez fue así. Significa trabajar activamente por el cambio, a veces en ausencia de cualquier garantía de que este ocurra.

Audre Lorde²

EN EL OTOÑO DE 2016, nosotras dos, acompañadas de una compañera, asistimos a un congreso feminista en Glasgow. Una mujer algo hostil pero curiosa se acercó a hablar con nosotras. Resultó que dirigía una ONG que defendía los derechos de las mujeres migrantes en Europa y quería hablar con nosotras de los hombres, de los *puteros*. ¿No eran *asquerosos*, quería saber? ¿Cómo no podíamos estar de acuerdo en que debían ser castigados?

¹ S. Sontag, «Of Courage and Resistance», *The Nation*, 2003, disponible en thenation.com.

² A. Lorde, «Learning from the 60s», en *Sister Outsider: Essays and Speeches*, Berkeley (CA), Crossing Press, 1982, pp. 134-144 [ed. cast.: *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*, Madrid, Horas y horas, 2003].

Nosotras estábamos de acuerdo en que los clientes son a menudo malos, pero le explicamos que castigarlos produce daño a las personas que venden sexo. Le mencionamos los desahucios de las trabajadoras sexuales en los países nórdicos. Nuestra interlocutora estuvo de acuerdo en que dichos desahucios eran reales; sí, a las mujeres se les está expulsando de sus casas en Escandinavia. De hecho, nos contó, las mujeres migrantes *acuden a su ONG* quejándose de que se les ha echado de pisos o de hoteles en Suecia, a veces en mitad de la noche. La mujer continuó, ahora con una nota de desprecio en su voz: «Cuando eso ocurre, suelo pensar [...] Pienso únicamente, ¡qué suerte has tenido, al menos no te han matado!». Mientras movía sus ojos hacia nosotras.

No os estamos pidiendo que adoréis la industria del sexo. Nosotras desde luego no lo hacemos. Os estamos pidiendo que vuestro asco por la industria del sexo y por los hombres (los *puteros*) no sobrepase vuestra capacidad de empatizar con las personas que venden servicios sexuales. Una dificultad clave con la que las trabajadoras sexuales se enfrentan en los espacios feministas consiste en lograr que las personas desplacen su visión de lo que la prostitución *simboliza*, para enfrentarse con lo que la penalización de la prostitución causa *materialmente* en las personas que venden sexo. Las personas en esos espacios ven fácilmente abstracciones como «cosificación» y «sexualización», en tanto preocupaciones con las que toda mujer puede identificarse universalmente. Cuando les señalamos que las políticas que emanan de estas discusiones a menudo conducen a que trabajadoras sexuales sean desahuciadas o deportadas, nos ven como si estuviéramos sacando temas «nicho» o como si fuéramos obtusamente incapaces de ver «el cuadro general».³ Tenemos que forzar a nuestras hermanas a enfrentarse a las cuestiones «nicho». Nadie puede construir un mundo mejor, más feminista, calificando como triviales *las necesidades materiales actuales* de las trabajadoras sexuales, su necesidad de ingresos, de garantías frente a los desahucios, de seguridad ante las leyes de inmigración.

Tanto la forma punitivista como la forma progresista del feminismo son atractivas porque ofrecen respuestas aparentemente sencillas a problemas complejos. ¿El trabajo de las mujeres está

³ J. Smith, «The Duel: Should it be illegal to pay for sex?», *Prospect*, 2016, disponible en prospectmagazine.co.uk.

devaluado y mal pagado? *¡Pedid ya ese aumento de sueldo!* ¿La violencia sexual es endémica? *¡Dinero para más policía!* ¿En internet se comercia con el sexo? *¡Aprobad una legislación para expulsar a las trabajadoras sexuales de internet!* El feminismo punitivista presume incluso de ser radical haciendo esto: se muestra radicalmente intransigente con los supuestos derechos sexuales del varón, tratando radicalmente de quemar y arrasarse la industria sexual.⁴ Este radicalismo se evapora cuando se examina de cerca: *los policías no son feministas*. El movimiento feminista dominante tiene razón cuando identifica la prostitución como una institución patriarcal, pero se olvida convenientemente de que la policía también lo es. Tratar de erradicar el comercio sexual mediante la acción policial no desafía al patriarcado; en lugar de ello, continúa causando acosos, arrestos, condenas, desahucios, violencia y pobreza a las personas que venden servicios sexuales.

El modelo nórdico esconde la trata de seres humanos debajo de la alfombra. La pobreza y los impedimentos para la migración legal son las causas de la vulnerabilidad de las personas migrantes; detener a los clientes y enviar a su tierra a las personas indocumentadas en el primer vuelo disponible no hace nada a fin de remediar el problema. Aunque pretenda quitar poder a quien abusa, ninguna solución que venga bajo la forma de un aumento del poder policial puede ser un buen sustituto de dar poder a las propias trabajadoras sexuales.

Las personas dentro del comercio sexual no deberían ser el *foco* del movimiento en contra de la trata, sino sus *líderes*. Ni la más aguerrida activista contra la prostitución tiene un incentivo mejor para abordar la violencia y la explotación dentro de la industria del sexo que alguien que está vendiendo sus servicios sexuales. La Global Alliance Against Traffic in Women señala que:

Estas divisiones dentro del campo han privado a los esfuerzos globales contra la trata de unas aliadas cruciales, que podrían mejorar enormemente los resultados de la lucha contra la misma a través de su valioso conocimiento interno de la industria, de las personas implicadas en ella y de las condiciones de trabajo.⁵

⁴ H. Jeni, «Burning down the Sex Trade», *Medium* (@GappyTales), 12 de octubre de 2017, disponible en medium.com.

⁵ GAATW, «Sex Workers Organising for Change», *op. cit.*, p. 9.

Al activismo de la prostitución nunca se le concede el primer plano en el movimiento dominante contra el tráfico de seres humanos. Y hay quien incluso considera que la idea es absurda pero, si se les diera la oportunidad, las trabajadoras sexuales podrían perfectamente liderarlo con el ejemplo.

«Lo primero es no hacer daño»⁶

En Myanmar, la AIDS Myanmar Association (AMA, «ama» es la palabra birmana para designar a la hermana mayor) entiende que la pobreza y la indefensión financiera es uno de los principales impulsos de la trata dentro de la industria del sexo, por eso proporcionan formación sobre gestión financiera y ayuda para obtener documentos de identidad y para abrir una cuenta corriente. La miembro fundadora Kay Thi Win dice:

Nuestro sueño es una organización dirigida por las trabajadoras sexuales: para la comunidad, con la comunidad y creada por la comunidad. AMA es una organización gestionada por completo por las trabajadoras sexuales y podemos tomar nuestras propias decisiones según nuestras necesidades. Defendemos nuestra independencia frente a otras organizaciones y conocemos mejor que nadie los problemas y asuntos de nuestra vida cotidiana en tanto trabajadoras sexuales [...] Creemos que el dinero da poder.⁷

Los miembros de la Durbar Mahila Samanwaya Committee (DMSC), un grupo de trabajadoras sexuales de Bengala Occidental, han formado 33 pequeños comités a lo largo de todo el Estado, llamados Juntas Autorreguladas (SRBs). Cada comité tiene seis trabajadoras, junto con un concejal local y cuatro profesionales del sector sanitario y laboral. A lo largo de tres años, más de 2.000 personas dedicadas al comercio sexual han sido examinadas por su SRB local, y menos del 10 % de ellas fueron consideradas «menores o adultos sin su consentimiento». A estas personas se les ofrecía asistencia y apoyo para salir de su situación, incluyendo acompañamiento a sus hogares por otra trabajadora sexual o alojarse en las instalaciones de la DMSC.

⁶ *Ibidem*, p. 36.

A algunas también se les proporcionó terapia, servicios sanitarios y la opción de unirse a los planes comunitarios diseñados para reducir la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales. Uno de estos programas es un banco dirigido completamente por y para las trabajadoras sexuales, que combate la servidumbre por deudas ayudando a las trabajadoras sexuales a abrir cuentas y ahorrar dinero.⁸

Bharati De, de DMSC, comenta que el estilo de las intervenciones de «rescate» del movimiento dominante contra la trata son:

Simplemente de una escala demasiado pequeña como para servir de algo. Hay organizaciones que ofrecen formación en costura, fabricación de velas y cosas así, con lo que solamente pueden ganar 2.000 ó 3.000 rupias al mes, pero una trabajadora sexual hoy, incluso sin familia, necesita un mínimo de 5.000 rupias para vivir en Calcuta.⁹

El movimiento feminista debería estar prestando atención a grupos como DMSC: suponen una importante amenaza para los proxenetas explotadores. Hace solo unas pocas décadas, la totalidad de la industria del sexo de Sonagachi, un enorme barrio rojo de Calcuta, estaba controlada por bandas mercenarias encabezadas por *hadiya* o *madames*. Mediante el poder de la negociación colectiva y las reuniones sindicales, DMSC ha doblegado al 80 % de los jefes de los burdeles de Somagachi: ahora se atienen a una tarifa más justa y a un sistema de comisiones.¹⁰

El grupo de trabajadoras sexuales de la India, Veshya Anay Mukti Parishad (VAMP) ha imaginado soluciones parecidas. Han formado equipos especiales llamados Thanta Mukti Samithis (TMS) o Comités de Reparación de Conflictos, que intervienen cuando una trabajadora sexual está siendo acosada o explotada dentro y fuera de su puesto de trabajo. Global Alliance Against Traffic in Women observó que, mediante el proceso de los TMS, una *madam* (dueña de un burdel) planteó una demanda a un proxeneta que intentó llevar a una menor de edad a su lugar de trabajo. La menor pudo reunirse con sus padres y se le dio

⁸ S. Jana *et al.*, «Combating human trafficking in the sex trade: Can sex workers do it better?», *Journal of Public Health*, núm. 36: 4, 2014, pp. 622–628.

⁹ NSWP, «Sex Work And The Law», *op. cit.*, p. 11.

¹⁰ *Ibidem*, p. 13.

apoyo y asesoramiento para presentar la denuncia a la policía. Mientras tanto, los datos y la descripción del proxeneta fueron compartidos por los grupos de TMS en las zonas colindantes.

El grupo tailandés Empower también adopta un enfoque pragmático a la hora de tratar con los gestores. Som, una trabajadora sexual migrante que asistía a sus clases de inglés, reveló que su jefe le restringía los movimientos, le retenía el sueldo y le había confiscado el pasaporte. Ella temía provocar la ira de su jefe si huía y dejaba sin pagar la deuda, porque este sabía dónde vivía su familia. También tenía miedo de ser detenida o deportada y se negó a presentar una denuncia o a comparecer ante la policía como víctima de trata. En realidad, lo que quería era seguir haciendo su trabajo sexual y pagar su deuda, pero con una mayor flexibilidad y libertad en sus condiciones laborales. Le pidió a Empower que la respaldara a la hora de negociar con su jefe y juntas consiguieron establecer un nuevo acuerdo con él; el mismo calendario de devoluciones, pero con la posibilidad de trabajar en otro lugar de manera independiente.

Las feministas punitivistas tienen la sensación de que no se hace justicia si no se mete en la cárcel a unos cuantos tipos malos, pero un enfoque desde la comunidad implica *poner por delante a las trabajadoras sexuales*. GAATW comenta: «Las soluciones no siempre son obvias o convencionales; en algunos casos las trabajadoras sexuales tienen que usar la creatividad para encontrar la mejor solución, una que priorice no hacer daño, para cada situación concreta».¹¹

Estos enfoques prácticos y eficaces están realmente en otro mundo con respecto del «humanitarismo» mal concebido y abusivo que a veces se les impone a las trabajadoras sexuales en el sur global. Por ejemplo, a las trabajadoras sexuales en Camboya y en la India se les somete regularmente a operaciones de «rescate» en las que son atrapadas en los burdeles para asignarles empleos en las fábricas de ropa por un salario mínimo.¹² Las trabajadoras sexuales simplemente quieren que se les pregunte qué es lo que creen que es mejor *para ellas*, en lugar de

¹¹ GAATW, «Sex Workers Organising for Change», *op. cit.*, p. 36.

¹² Una empresa, The International Princess Project, manufactura *punjammies*, pijamas hechos por las mujeres que han sido «rescatadas» de los burdeles. Su fin es «crear senderos hacia la libertad para las mujeres que han escapado de los estragos de la esclavitud sexual para lograr vidas de esperanza y libertad». Véase sudara.org/collections/punjammies.

ser rescatadas a la fuerza de la vida que están tratando de construirse. Como decía el lema del grupo de trabajadoras sexuales camboyano Women's Network for Unity: «No me hables de máquinas de coser, háblame de derechos de las trabajadoras». ¹³

Ninguna persona es desechable

Los derechos de las trabajadoras sexuales no pueden desvincularse de otros movimientos pro derechos. Los derechos humanos para todas las trabajadoras sexuales implican abordar las injusticias en un espectro más amplio que la legislación sobre la prostitución. La despenalización no es así sino un paso más en un largo camino. Por ejemplo, como hemos visto en el capítulo 4, la guerra contra las drogas es un tema que atañe a las trabajadoras sexuales. Si se da el caso de que una trabajadora sexual puede llevar a juicio a su jefe porque no le paga el sueldo, pero esa misma trabajadora se gasta cada céntimo de ese sueldo en adquirir drogas peligrosas, que podrían ser seguras y baratas, entonces nuestro movimiento aún tiene mucho que hacer.

De la misma manera, tal y como hemos dejado claro en el capítulo 3, las fronteras son una cuestión que atañe a las trabajadoras sexuales. La labor de nuestro movimiento no habrá terminado si la policía deja tranquilas a unas trabajadoras sexuales para que ejerzan su oficio en la calle, pero detiene y deporta a sus compañeras migrantes. El estigma y la discriminación en el sistema sanitario en general son también temas que atañen a las trabajadoras sexuales. Va a hacer falta mucho más que una clínica de ETS favorable a las trabajadoras sexuales para arreglar las muchas maneras en las que se les han impuesto barreras médicas racistas, transfobas y capacitistas.

Mientras las personas continúen navegando por los márgenes vendiendo sexo, todos los temas sociales que las afecten serán objeto de los derechos de las trabajadoras sexuales. Tal y como escribe la ex trabajadora sexual Janet Mock: «No seremos

libres hasta que las más marginadas, más acosadas por la policía, más ridiculizadas, presionadas y juzgadas se pongan en el centro. Ninguna persona es desechable».¹⁴

Estos límites son clave para las activistas trabajadoras sexuales, porque la despenalización por sí sola no «resuelve» aquello por lo que se margina a las personas y lo que las lleva al trabajo sexual. Despenalizar el trabajo sexual no va a convertir a nadie automáticamente en menos pobre; el trabajo sexual es una estrategia eficaz para resistir la pobreza, pero no combate directamente la pobreza. Ni penalizar ni despenalizar la industria del sexo erradicará, por ejemplo, la falta de hogar; la manera de terminar con la falta de vivienda es darle a las personas una vivienda estable que se puedan permitir, con el apoyo que sea apropiado para ellas.¹⁵ Lo que *sí puede* hacer la eliminación de la legislación penal es ayudar a garantizar que las personas estén seguras mientras están haciendo lo que necesitan hacer, hoy mismo, para sobrevivir.¹⁶ La despenalización puede sencillamente evitar que la vida sea peor para las trabajadoras sexuales, a diferencia de todos los demás modelos que hemos estudiado.

La despenalización necesita implementarse en paralelo con otras políticas vitales que pongan remedio a la precariedad de las trabajadoras sexuales marginadas. La idea de que funcionará por sí misma es una idea al servicio de los intereses de las trabajadoras sexuales privilegiadas, cuyas vidas serían más o menos buenas si tuvieran acceso a los derechos laborales dentro de la industria del sexo. Para ellas, la penalización es el *único* problema, así que basta con levantarla. Al igual que recordamos a las feministas que no son trabajadoras sexuales que hay más problemas para las trabajadoras sexuales en lucha que los malos clientes, el movimiento de trabajadoras sexuales debería ser igualmente consciente de que para las trabajadoras sexuales pobres, para las trabajadoras sexuales migrantes, para las trabajadoras sexuales

¹⁴ J. Mock, «On the Women's March "Guiding Vision" and its inclusion of Sex Workers», *Janet Mock on Tumblr*, 17 de enero de 2017, disponible en janetmock.tumblr.com.

¹⁵ Por supuesto, penalizar el sexo comercial sí que tiene como consecuencia que algunas personas se queden *sin hogar*, como pueden testificar las trabajadoras sexuales desahuciadas de Noruega.

¹⁶ Discurso del congresista que defendió la PRA. T. Barnett, «Prostitution Reform Bill - Procedure, Third Reading», Parlamento de Nueva Zelanda, 25 de junio de 2003, disponible en parliament.nz.

con discapacidad y para muchas más, no basta con derogar las leyes que impiden ofrecer servicios sexuales en público o la tenencia de burdeles.

Nuestro movimiento debe centrarse en las experiencias y en el activismo de las trabajadoras sexuales de color, que soportan el embate de una extrema violencia estatal e interpersonal. Las vidas de estas trabajadoras, especialmente de las trabajadoras negras, a menudo se consideran prescindibles. La novelista y poeta Aya de Leon escribe: «En una época en la que nosotras, en Estados Unidos, luchamos por la idea de que las vidas negras importan, ser negra y mujer, africana y trabajadora sexual, es habitar el lugar del más profundo desdén y olvido».¹⁷ Ya sean africanas, afroamericanas o miembros de las diásporas africanas y caribeñas, las trabajadoras sexuales negras sufren por la violenta concatenación de la pobreza racializada, el estigma social, el abandono y la agresión a manos de la policía. Esto compone la violencia que se comete contra ellas cuando los delincuentes reciben la señal de que las prostitutas negras no son prioridad de nadie y que pueden ser agredidas sin que nadie venga a pedirles cuentas. Las trabajadoras sexuales negras continúan siendo encarceladas, deportadas y desahuciadas simplemente por tratar de sobrevivir.

Las defensoras de la despenalización tienen que tener cuidado para no subrayar en exceso el potencial de los pequeños cambios políticos. Despenalizar el trabajo sexual no va a terminar mágicamente con el acoso policial a las personas negras, todo lo que puede hacer es reducir el poder de la policía de forma específica y darles a las trabajadoras sexuales algunos recursos cuando la policía sobrepase sus funciones. Deberíamos recelar de los severos reglamentos que en la práctica vuelven a penalizar a las trabajadoras sexuales, devolviendo el poder a la policía por caminos diferentes. Allí donde la policía aún conserva su poder sobre las trabajadoras sexuales por vías distintas a las de la ley de prostitución (por ejemplo, persiguiendo migrantes o a quienes estén en posesión de drogas), la policía abusará de ese poder.¹⁸

¹⁷ A. De Leon, «Black Sex Workers' Lives Matter», *For Harriet*, octubre de 2015, disponible en forharriet.com.

¹⁸ Esto se ilustra mediante el caso de Nueva Gales del Sur a finales de la década de 1980, en la que el trabajo sexual había sido despenalizado sobre el papel, pero la policía seguía deteniendo a las trabajadoras sexuales en un porcentaje igual e incluso superior al de las jurisdicciones adyacentes, donde el trabajo sexual

Las defensoras del trabajo sexual no necesitan estar a la defensiva frente a esta visión realista de la despenalización. El carácter limitado de la reforma legal no es algo exclusivo del trabajo sexual. La ley sobre la violación dentro del matrimonio no ha terminado con las violaciones maritales. Al igual que tampoco el acceso al aborto legal ha logrado la total justicia reproductiva. Estas medidas son únicamente los primeros pasos necesarios de un camino más largo que todas las feministas debemos recorrer colaborando. La despenalización es necesaria, pero no suficiente, para hacer justicia al trabajo sexual, de la misma manera que el aborto es crucial, pero no suficiente, para alcanzar la justicia reproductiva.

Nuestra postura no es que la industria del sexo sea valiosa o deseable por sí misma. En tanto feministas, sabemos que la misoginia y la violencia que hemos experimentado en el comercio sexual son aberrantes. Pero la abolición humana del trabajo sexual solamente puede ocurrir cuando las personas marginadas ya no tengan que mantenerse a sí mismas mediante la industria del sexo; cuando ya no sea necesaria para su supervivencia.

Para que el trabajo sexual sea *innecesario*, queda mucho por hacer: ganar el derecho a la libertad de movimiento, derechos laborales, acceso a los servicios y al empleo sin amenazas de deportación, alternativas de empleo, mejores prestaciones de bienestar, vivienda más barata, servicios de apoyo para madres solas, etc. Si todo el mundo tuviera los recursos que necesita, nadie tendría que vender sexo.

Impacientarse con esta meta es restar prioridad a la seguridad física y económica de las trabajadoras sexuales, a la vez que continuar usándolas como carne de cañón en la guerra contra el patriarcado. Esperar una abolición instantánea y una erradicación del daño, golpeando en la cabeza al «problema» de la prostitución mediante la penalización, es en sí mismo un gesto dañino. En lugar de ello, una estrategia de reducción de daños mediante la despenalización haría que ahora mismo el trabajo sexual fuera más seguro. Si fuéramos capaces entonces de terminar con la pobreza y con las fronteras (y con el resto del rosario de males de los que

seguía penalizado. R. Perkins, «Working girls: Prostitutes, their life and social control» en *Australian studies in law, crime and justice*, Canberra, Australian Institute of Criminology, 1991, capítulo 2, disponible en aic.gov.au.

hemos hablado aquí), el trabajo sexual podría de hecho marchitarse y ser efectivamente abolido para todo el mundo excepto para el pequeño número de personas que realmente lo disfrutan.

«El terrorismo que practica el Hombre y los hombres individuales»¹⁹

Cuidado con el progresismo. No basta con considerarse una aliada de las trabajadoras sexuales si tu política se limita a ser una mera defensa de la «igualdad y el respeto» o de la libertad «de hacer con el propio cuerpo lo que cada una quiera».

No es que haya nada que objetar a ideas como estas. En las casas y en los lugares de trabajo, una retórica benigna acerca de los grupos desplazados y estigmatizados que son «como todo el mundo» puede ser un antídoto eficaz contra el ostracismo social. La representación es también una poderosa herramienta política; una película de éxito con un personaje de trabajadora sexual con el que nos podamos identificar puede hacer mucho para combatir la querencia cultural por los chistes de «putas muertas». En cualquier nivel, combatir el estigma de las trabajadoras sexuales es una labor esencial.

No obstante, quienes apoyan los derechos de las trabajadoras sexuales y, de hecho, incluso algunas trabajadoras sexuales, a menudo creen que la lucha consiste *solo* en combatir el estigma, una mejor representación, lograr la «aceptación» y garantizar un respeto por lo que hacemos.

Cuando la trabajadora sexual y activista sueca Jasmine, de quien hablamos en el capítulo 2, fue asesinada a puñaladas por el padre de sus hijos, su muerte desencadenó una protesta a las puertas de la embajada sueca en Londres. Las trabajadoras sexuales se reunieron para concienciar a la gente acerca de su oposición a la *sexköpslagen*, con carteles que decían «El estigma mata». El estigma, por supuesto, la mató: su asesino la estigmatizaba como una persona sin valor y prescindible, al igual que muchas otras mujeres son estigmatizadas.

Pero esto es únicamente una parte del cuadro. En el momento de su muerte, Jasmine estaba atrapada en una desagradable disputa con su expareja para recuperar la custodia de sus hijos. A Jasmine

se le había retirado la custodia para concedérsela a su expareja agresor, con la justificación de que ella no era una madre adecuada. A los ojos de los trabajadores sociales suecos, su trabajo como escort era la confirmación de ese juicio. Al concederle a él la custodia de los hijos, el Estado agravó la situación de Jasmine, obligándola a seguir viéndolo para poder ver a los niños. Fue durante uno de esos encuentros cuando él la apuñaló mortalmente.

No basta con colocar la culpa de la muerte de Jasmine solo en la violencia de su expareja o descartarla como no relacionada con la ley de prostitución, como han hecho algunas comentaristas feministas.²⁰ Él la asesinó, pero en un contexto que el Estado sueco ignoró, perdonando tácitamente su historial de violencia. La vida y la muerte de Jasmine muestran cómo la misoginia y los mecanismos opresores del Estado trabajan en tándem.

Terminar con la violencia contra las mujeres requiere interrogarse acerca de cómo opera en toda su extensión. Todo el mundo es capaz de entender una pistola cargada y el daño que produce. Pero, ¿quién tiene licencia para portar ese arma? ¿Quién puede usarla con impunidad? ¿Cuándo y por qué le fue concedido ese poder? Estas cosas son tan importantes como las intenciones asesinas de la persona que aprieta el gatillo. Debemos abordar la violencia basada en el género en un nivel humano y encontrar una estrategia diferente con el fin de derrocar los sistemas que la sostienen. Algunas de estas soluciones se superponen. Es crucial que entendamos la coexistencia simbiótica de estos mecanismos y que no prestemos toda nuestra atención a un solo aspecto.

La representación es una cuestión feminista y las campañas para que las mujeres entren en las juntas de gobierno, en los ministerios y en los billetes de banco están muy bien. Para algunas, el vínculo entre la representación y el estigma o el respeto es evidente. El símbolo de una mujer presidenta bien podría ayudar a dar autoridad a la única mujer sentada en cualquier consejo de administración.

Pero todo esto no resulta eficaz sin un análisis material de las vidas de la clase obrera. Limitarse a examinar el modo en el que las trabajadoras sexuales están representadas en la sociedad, en lugar de

²⁰ J. Bindel, *The Pimping of Prostitution: Abolishing the Sex Work Myth*, Londres, Palgrave Macmillan, 2017, capítulo 2.

los mecanismos de su opresión, es una simple política de gestos. Podemos ver a las trabajadoras sexuales combatiendo el estigma, protagonizando series de Netflix, viviendo en la Casa Blanca o incluso figurando en los billetes de banco pero, sin un auténtico cambio legislativo y económico, las personas más marginadas seguirán ocultándose en las sombras de los coches de policía, dormirán en la calle y languidecerán en celdas y centros de internamiento.

«Poder para las mujeres prostitutas de todo el mundo, poder para todas las mujeres»²¹

Al principio dijimos que este libro no sería un libro de memorias o un relato de empoderamiento. *Empoderamiento* es una palabra que sale mucho en las discusiones sobre el trabajo sexual. Se abusa de ella hasta el punto de la sátira (a menudo en las descripciones que hacen los medios de comunicación de las trabajadoras sexuales de clase media), para hablar de rebelión sexual, de la emoción del dinero fácil en mano o de la supuesta libertad de elección individual para vender servicios sexuales. Estas conversaciones absurdas enmarcan el intercambio de sexo por dinero como una acción inherentemente empoderadora. Esta perspectiva liberal —que la capacidad de una persona de aprovecharse de su propia cosificación sexual puede mágicamente transformar el *statu quo* de todas— sume en la duda a muchas críticas feministas.²²

Nosotras también criticamos las descripciones simplistas del «empoderamiento» o de la «elección». Si bien depende de cada trabajadora sexual describir sus propias experiencias (y sabiendo que estos argumentos son muchas veces una respuesta defensiva ante el estigma), compartimos el punto de vista de otras feministas que observan que la prostitución está normalmente contextualizada por una *falta* de opciones, antes que por su abundancia.

El «empoderamiento» es una pantalla de humo. Lo vemos desplegado como un gancho en titulares como «¿El trabajo sexual empodera o esclaviza?», «Me convertí en escort para empoderarme, pero solo me aplastó el alma», «Mi experiencia: fui escort durante ocho años, creyendo que me empoderaría, y no lo hizo»

o «Trabajadora sexual y madre: sí, mi trabajo me empodera».²³ Estas invocaciones a los sentimientos personales nos desvían de una conversación, mucho más complicada, sobre el colonialismo, el capitalismo y el patriarcado.

Desgraciadamente para las trabajadoras sexuales, el impulso por volver a colocar estas estructuras en el foco a menudo parece venir acompañado de una buena dosis de bilis. Las críticas al «feminismo de la elección», casi inevitablemente, suben de tono hasta el punto de pronunciar juicios mordaces en los cuales el trabajo que hacen las prostitutas no resulta «un trabajo de verdad» y en los que los legítimos argumentos económicos para sus estrategias, no solamente *no son radicales*, sino despreciables o traidores. La periodista Meghan Murphy escribe: «Vuestra “libertad” de tomar “elecciones” bien puede representar vuestros sentimientos de empoderamiento personal en vuestra propia vida, pero de ninguna manera libera a nadie más que a vosotras y, de hecho, vuestra “elección” solo puede existir a expensas de la opresión de otra mujer».²⁴

Este tipo de declaraciones pocas veces se aplica a la elección de las mujeres de asumir trabajos que soportan el Estado carcelario. Una feminista en contra de la prostitución, por ejemplo, adopta el consabido modo confesional para entregarnos un ensayo que fácilmente podría haberse titulado: «Mi experiencia: me gustó la cárcel y a ti te gustará también». La ensayista escribe que sus experiencias, «afortunadamente me llevaron a la cárcel». Y añade: «Nunca pensé que la cárcel sería mi salvación. Ahora espero hacer lo mismo para otras víctimas como yo».²⁵ Al final del ensayo se descubre que la autora ahora trabaja como fiscal. Cuando las trabajadoras sexuales escriben este tipo de ensayos: «Hice *foot porn* para pagarme

²³ Ravishly, «Is Sex Work Empowering or Enslaving? 12 Experts Weigh In», *Huffington Post*, octubre de 2014, disponible en huffingtonpost.com; Rebel Circus, «I Became an Escort To Empower Myself, but It only Crushed My Soul», *Rebel Circus*, 2017, disponible en rebelcircus.com; Femme Fatale, «IT HAPPENED TO ME: I Was an Escort for Eight Years, Believing It Would Empower Me, and It Didn't», *xo jane*, 2015, disponible en xojane.com; E. Sless, «Sex worker & mother: “Yes, I AM empowered by my job”», *Mamma Mia*, 2012, disponible en mamamia.com.

²⁴ M. Murphy, «The trouble with choosing your choice», *Feminist Current*, 2011, disponible en feministcurrent.com.

²⁵ M. Hatcher, «76% of all inmates end up back in jail within 5 years. Here's how I broke the cycle», *Vox*, 2017, disponible en vox.com.

los estudios universitarios», inevitablemente le dicen: «Puede que a ti te haya ido bien, pero, ¿realmente crees que tu experiencia es representativa? Piensa en las mujeres a las que daña este sistema». Si algún ensayo se ha hecho alguna vez meritorio de tal respuesta es sin duda este encendido elogio de la detención y la cárcel. El feminismo dominante parece, no obstante, estar más cómodo haciéndose estas preguntas sobre las *cam girls* que sobre las fiscales.

Las trabajadoras sexuales se convierten de manera desproporcionada en chivos expiatorios. Una organización feminista ostensiblemente en contra de la prostitución sugiere que la prostitución causa un daño medioambiental significativo, destacando el uso de medicación (supuestamente de anticonceptivos orales) y de maquillaje por parte de las trabajadoras sexuales.²⁶ No vemos un desprecio tan generalizado por las feministas que han tratado de apañárselas lo mejor que pueden con el contrato del matrimonio patriarcal. Tampoco deberíamos ver ese desprecio. No todo el mundo tiene los recursos para derribar la institución del matrimonio, una institución que está conformada por las necesidades económicas de las mujeres de una manera muy parecida a lo que lo está la prostitución.

Las trabajadoras sexuales que no aparecen en las revistas de moda definen a veces la capacidad de migrar para salir de la pobreza, de decir que no a los usureros, de asistir a la escuela nocturna, o de separarse con seguridad de una pareja maltratadora como «empoderamiento». En lugar de discutir sobre si los triunfos individuales de las trabajadoras sexuales sobre la adversidad constituyen un «auténtico feminismo», deberíamos hacernos una pregunta más útil: «¿Qué es lo que les ha restado poder? ¿Cómo pueden recuperarlo?»

La fuente más potente y desaprovechada de poder para las trabajadoras sexuales no es la liberación sexual, la rebelión social o ni siquiera el dinero, sino la solidaridad. La comunidad de trabajadoras sexuales se está expandiendo rápidamente a medida que las personas se percatan del potencial de resistir juntas. «Durante tres años viví una vida dividida: la vida de una mujer y la vida de una prostituta», dice Bárbara, colíder de la ocupación de una iglesia de Lyon, Francia, por parte de las trabajadoras sexuales,

²⁶ Object! (@objectUK) Twitter, 5:39 am., 3 de marzo de 2018.

lo que impulsó el moderno movimiento de las trabajadoras sexuales. «Y un día, en 1975, me di cuenta, hablando con las demás, de que así no podía seguir». Cuando salieron las noticias de la ocupación de Lyon, las trabajadoras sexuales de toda Francia se inspiraron en esta: a lo largo de la siguiente semana se ocuparon iglesias en París, Marsella, Grenoble, Saint-Étienne y Montpellier. La idea de que una prostituta, objeto de abuso de la policía, pudiera un día tomar a la fuerza una iglesia junto con docenas de amigas era emocionante y esperanzadora. «Ninguna de nosotras irá a la cárcel», proclamaron audazmente las manifestantes. «La policía tendrá que masacrarnos en la iglesia».²⁷

En la misma década, pero a medio mundo de distancia, la prostituta brasileña Gabriela Leite tuvo una inspiración similar. Después de que en 1978 su amiga fuera asesinada por un policía empezó a hablar en público acerca de la vida en la calle.²⁸ Hizo autostop sola por todo Brasil para presentar su visión de un movimiento de *putas revolucionarias*, convenciendo a quienes se encontraba en la calle o en los burdeles para que se organizaran, que se negaran a ser aplastadas, que transformaran la represión en rabia y que fueran las protagonistas de sus propias historias.

Nadie nos va a dar el poder: ni la policía, ni nuestros jefes, ni nuestros clientes. El poder siempre se conquista. Tenemos que tomar lo que se nos debe, tal y como demostraron activistas como Gabriela y Bárbara hace cuatro décadas. Ellas sabían lo que sabe ahora el movimiento: que no tener la ocasión de hablar no significa que no tengamos voz. A cuarenta trabajadoras sexuales gritando en contra de las deportaciones en el exterior de un edificio gubernamental se les escucha.²⁹ Cien trabajadoras sexuales bloqueando el tráfico son fáciles de ver.³⁰

²⁷ E. Aroney y J. Beressi, «La Revolte des Prostituees [The Prostitutes' Revolt]», RTBF (Brussels) and Radio France Culture, video, Vimeo (usuario: In The Dark), 16 de septiembre de 2015, disponible en vimeo.com/139457788.

²⁸ G. S. Leite, «The prostitute movement in Brazil: Culture and religiosity», *International Review of Mission*, núm. 85: 338, 1996, pp. 417-426.

²⁹ Sex Worker Advocacy and Resistance Movement (SWARM), «Shut down Yarl's Wood», *SWARM*, 15 de mayo de 2017, disponible en swarmcollective.org.

³⁰ T. Davidson, «Toronto sex workers protest new prostitution legislation», *The Toronto Sun*, 14 de junio de 2014, disponible en torontosun.com.

A las trabajadoras sexuales se nos ha hecho escuchar; ahora es nuestro momento de hablar. No estamos esperando a que nos inviten al movimiento feminista. Siempre hemos estado ahí. En 1977, *Black Women for Wages for Housework* afirmaba que «parte del trabajo de ser prostituta es convertirte en un ejemplo de lo que supone rechazar la pobreza en la que el Hombre nos obliga a vivir, ser un látigo contra otras mujeres».³¹ La amenaza de ser «tratada como una puta» obliga a las mujeres a mantenerse a distancia de nosotras; pero la manera en la que una puta combate contra el poder tiene valor para todas.

Las políticas de prostitución no deberían implicar la disputa entre mujeres, sino la colaboración. Como lo queremos todas, las trabajadoras sexuales quieren un futuro mejor, uno en el que todo el mundo tenga su justa parte en los recursos y en el que las supervivientes puedan tener acceso a la curación y a la justicia. Queremos un futuro en el que la revuelta y la resistencia feminista sean avivadas por el espíritu audaz de las prostitutas que exigen estar seguras, que las paguen y que las escuchen. En las palabras de *Black Women for Wages for Housework*: «Cuando las prostitutas ganan, todas las mujeres ganan».

³¹ *Black Women for Wages for Housework*, «Money for Prostitutes is Money for Black Women», *op. cit.*

Agradecimientos

LE DEBEMOS MUCHÍSIMO a nuestra comunidad. Tener y reconocer deudas de ese tipo es algo increíblemente gozoso. Muchísimas personas nos han enseñado y nos han apoyado de muchísimas maneras a lo largo de la escritura de este libro y, en términos de nuestra formación política, a lo largo de (casi) la última década. Las primeras gracias deben ser para Luca que, para empezar, fue quien nos introdujo en la comunidad y que hace (y ha hecho) un trabajo impresionante, la mayor parte invisible, para garantizar que haya una comunidad de trabajadoras sexuales en Gran Bretaña. Gracias a Jo Breeze (y a bebé Breeze, que estuvo con nosotras —bajo su forma fetal— durante buena parte del proceso) por montar una estructura que nos permitió terminar este proyecto. No exageramos si decimos que nunca podríamos haber completado este trabajo si no hubiera sido por ti, Jo.

Gracias, Frankie Mullin, por tu apoyo incondicional, tu amistad y tus ideas; Melissa Gira Grant, por tus ánimos, comentarios y por tu inspiradora obra; Chlöe, por tantas cosas, pero especialmente por tus reflexiones sobre las lavanderías de la Magdalena y por tu lasaña. Gracias, Charlotte Shane, por tus escritos y tu amor sororo. Gracias Niki, Laura, Cari, Sarah y todas las mujeres de ECP: vuestra fuerza, comunidad y combate sin descanso por las trabajadoras sexuales son un dechado de amor.

Mucha gente (incluyendo a muchas de las personas que ya hemos mencionado) leyó parte o todo el manuscrito y aportaron comentarios. Gracias a todas aquellas personas que lo hicieron; vuestras ideas, ánimos y a veces correcciones severas nos han ayudado mucho más de lo que podemos expresar. (Los errores que pudieran quedar son, por supuesto, nuestros). Gracias a Emily Dall'Ora Warfield, Zoé Samudzi, Jenn Clamen y PJ Starr. Gracias a Janet Eastham, Hamish Allen, Alison Phipps, Sarah Woolley, Meg-John Barker, Brit Schulte, Justin Hancock, Sarah Dorman, Sami, William y Natalie Huntley-Clarke, Clare Havell y Hollis Robin. Gracias a Tom Peters y Tom Sissons, cuyo optimismo e impulso nos dieron un par de empujones en la dirección correcta.

Gracias, Ray Filar, por tu apoyo y por el rato perfecto que compartimos en Wiltshire; gracias, Ash, por escuchar hablar de los derechos de las trabajadoras sexuales durante tres viajes enteros; gracias a todo SCOT-PEP, especialmente a Stew, Staci, Fiona, Raven, George, Jewel, Jamie, Lily y Fran. Gracias a todas las integrantes de SWARM: Ethie, Catty, Caoimhe, Yigit, Jordan, Vanessa, Priscilla, Travis, Jet Young, Grace, Fez, Aggie, Martha, Konsequent, Lauren, Daisy, Emma, Amber, Harley y Nikita. Gracias Dani Anderson (especialmente por tus atinados comentarios sobre el borrador, bien sabes que nos encantaron), Justin, Nine, Bridget Minamore, Aisling Gallagher, Marika Rose, Clark, Naomi Beecroft y Nell. Gracias, Euth Jacobs, por tus increíbles comentarios en «Resaca victoriana». Gracias, Lilith Brouwers, por tu ayuda valiosísima con «Un círculo mágico». Gracias a todas las personas que estuvieron en el Lackett Retreat, especialmente a Eleanor Newman-Beckett por tu papel crucial encarnando a nuestra lectora ideal. Gracias, April, Alice y Devon, por estar ahí. Gracias, Jennifer Moore, tu amistad dulce y tu naturaleza rigurosa nos ha hecho sin duda mejores personas y tu atención paciente ha afinado y aclarado nuestro trabajo en el libro de muchas maneras. Gracias, Tash, por tu increíble ayuda, ya sabes tú con qué.

Amor y gratitud a Laura Lee, que murió trágicamente mientras estábamos sumidas en el proceso de terminar esta obra. Tu defensa incansable y férrea de las trabajadoras sexuales es una inspiración. Te echamos mucho de menos y pensamos muy a menudo en ti.

Gracias a todas aquellas cuya escritura, pensamiento y obra ha contribuido tanto a nuestro pensamiento y nuestra comprensión. Gracias en este sentido a Sarah Mann, Charlotte Cooper, Sofie Buckland, Mariame Kaba, Laura Agustín, Peech, Wendy Lyon, Reni Eddo-Lodge (tanto por vuestro trabajo en general como por vuestra amable y atinada sugerencia de que podríamos escribir un libro), Nic Mai, Thierry Schaffauser, Chi Adanna Mgbako, Jay Levy y Julia O'Connell Davidson. Gracias a Carol Leigh, Gail Pheterson y Nickie Roberts. Gracias a Caty Simon y a todo el equipo de *Tits&Sass*: el trabajo que hacéis para mantener un espacio donde tener conversaciones detalladas y complejas es extraordinario. Gracias de todo corazón al movimiento global por los derechos de las trabajadoras sexuales, que se organiza día a día para transformar el mundo para mejor y con quien hemos contraído una inmensa deuda.

Gracias a todas las personas de Verso, que nos han apoyado y animado sin desfallecer. Gracias especiales, por supuesto, a Rosie Warren y Sarah Grey, que han sido unas editoras increíblemente atentas, pacientes y amables. Gracias a la Open Society Foundations, cuya decisión de otorgarnos una beca para este proyecto nos proporcionó el indispensable regalo del tiempo.

Nuestro agradecimiento final es para Dean y James, cuyo apoyo, tanto material como emocional, ha sido realmente incalculable. Muchas, muchísimas gracias a los dos.

